SHE SAID

Jodi Kantor Megan Twohey

La investigación periodística que destapó los abusos de Harvey Weinstein e impulsó el movimiento #MeToo

Traducción de Lucía Barahona

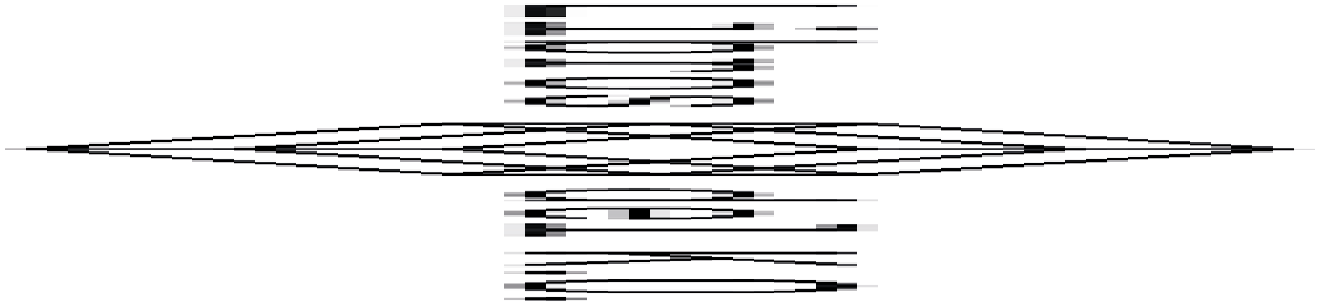
Libros del K.O.

SHE SAID

Jodi Kantor Megan Twohey

La investigación
periodística
que destapó
los abusos
de Harvey Weinstein
e impulsó el
movimiento
#MeToo

Traducción de Lucía Barahona



PRIMERA EDICIÓN: marzo de 2021
TÍTULO ORIGINAL: *She Said*

© Del texto: Jodi Kantor, Megan Twohey, 2019
© De la traducción, Lucía Barahona Lorenzo, 2021

© De la presente edición: Libros del K.O., S.L.L., 2021
Calle Infanta Mercedes, 92, despacho 511
28020 - Madrid

ISBN: 978-84-17678-63-0
CÓDIGO IBIC: DNJ
ILUSTRACIÓN DE CUBIERTA: Ángela León
MAQUETACIÓN: María O'Shea
CORRECCIÓN: Zaida Gómez y Melina Grinberg

Para nuestras hijas: Mira, Talia y Violet

Prólogo

En 2017, cuando comenzamos nuestra investigación sobre Harvey Weinstein para *The New York Times*, las mujeres tenían más poder que nunca. El número de trabajos que en el pasado habían estado casi exclusivamente en manos de los hombres —agente de policía, soldado, piloto de aerolínea— se había reducido hasta casi alcanzar el punto de fuga. Había mujeres al frente de naciones, incluidas Alemania y Reino Unido, y de compañías como General Motors y PepsiCo. Una mujer de treinta y tantos podía, en un solo año de trabajo, ganar más dinero que todas sus antepasadas juntas.

Sin embargo, a las mujeres se las acosaba sexualmente con demasiada frecuencia y con total impunidad. Científicas y camareras, animadoras, ejecutivas y trabajadoras fabriles tenían que sonreír ante los manoseos, las miradas lascivas o las insinuaciones indeseadas para obtener la siguiente propina, sueldo o aumento salarial. El acoso sexual era ilegal, pero en algunos trabajos era una práctica rutinaria. A menudo se ignoraba o denigraba a las mujeres que alzaban la voz. Muchas veces se ocultaba a las víctimas y se las aislaba a unas de otras. Para muchas de ellas, su mejor opción era aceptar una suma de dinero como una especie de compensación por su silencio.

En cambio, era habitual que, mientras tanto, los agresores alcanzaran niveles de éxito y alabanza cada vez más altos. En multitud de ocasiones se aceptaba o incluso jaleaba a los acosadores como meros chicos malos y traviesos. Raras veces su comportamiento entrañaba consecuencias graves para ellos. Megan firmó algunos de los artículos en los que distintas mujeres afirmaban haber sido víctimas de Donald Trump; más tarde, escribió sobre su triunfo en las elecciones presidenciales de 2016.

Después de que el 5 de octubre de 2017 sacáramos a la luz la historia de los presuntos acosos y abusos sexuales de Weinstein, observamos, llenas de asombro, algo parecido al desmoronamiento de una presa. Millones de mujeres en todo el mundo hicieron públicas sus propias historias. De repente, un gran número de hombres tuvieron que responsabilizarse de su comportamiento depredador. Fue un momento de rendición de cuentas sin precedentes. El periodismo había ayudado a inspirar un cambio de paradigma. Nuestro trabajo fue solo uno de los impulsores de aquel cambio que llevaba años fraguándose gracias al esfuerzo de feministas pioneras y expertas legales, de Anita Hill, de Tarana Burke —la activista que creó el movimiento #MeToo— y de muchas otras, entre las que se incluyen compañeras periodistas.

Sin embargo, ser testigos de cómo los hallazgos de nuestra investigación, obtenidos a base de tanto esfuerzo, ayudaban a resetear actitudes nos llevó a preguntarnos: ¿por qué esta historia en particular? Tal como señaló uno de nuestros editores, Harvey Weinstein ni siquiera era tan famoso. En un mundo donde tantas cosas parecen estancadas, ¿cómo se produce este tipo de cambio social tan trascendente?

Nos embarcamos en este libro con el objetivo de dar respuesta a estas preguntas. El cambio no tenía nada de inevitable ni de anunciado. En estas páginas describimos las

motivaciones y las desgarradoras y arriesgadas decisiones de las primeras y valientes fuentes que rompieron el silencio que rodeaba a Weinstein. Laura Madden, antigua asistente de Weinstein, madre y ama de casa en Gales, habló en medio de una situación de inestabilidad por su divorcio y por una inminente cirugía mamaria tras un cáncer. Ashley Judd, en un periodo poco conocido de su vida en el que se apartó de Hollywood para reflexionar con una perspectiva mayor sobre la igualdad de género, puso en riesgo su carrera. Zelda Perkins, una productora londinense cuyas denuncias contra Weinstein se habían visto anuladas por un acuerdo firmado dos décadas antes, habló con nosotras a pesar de las posibles represalias legales y económicas. Un veterano empleado de Weinstein, cada vez más afectado por todo lo que sabía, jugó un papel fundamental —no revelado hasta ahora— para ayudarnos a desenmascarar finalmente a su jefe. La imprecisión del título, *She Said* [*Dijo ella*], es intencionada: escribimos sobre aquellas mujeres que sí hablaron, pero también sobre otras que eligieron no hacerlo, y sobre los matices del cómo, el cuándo y el por qué.

Esta es también una historia sobre periodismo de investigación que comienza en nuestros primeros e inciertos días de indagaciones, cuando disponíamos de muy poca información y casi nadie hablaba con nosotras. Describimos cómo sonsacamos secretos, cómo encontramos información y cómo perseguimos la verdad sobre un hombre poderoso que no dudó en usar tácticas turbias para sabotear nuestro trabajo. También, por primera vez, hemos reconstruido nuestra confrontación definitiva con el productor —su última batalla— en las oficinas de *The New York Times* justo antes de publicar nuestro primer artículo, cuando fue consciente de que estaba arrinconado.

Nuestras investigaciones sobre Weinstein llegaron en una época plagada de acusaciones por la publicación de «noticias falsas», cuando el consenso nacional en torno a la verdad parecía estar fracturándose. Pero el impacto de las revelaciones sobre Weinstein fue tan enorme, en parte, porque nosotras y otros periodistas fuimos capaces de encontrar un conjunto de pruebas que acreditaban una conducta delictiva. En estas páginas explicamos cómo documentamos un patrón de comportamiento a partir de relatos en primera persona, de informes legales y financieros, de comunicaciones internas en empresas y de otros materiales reveladores. Nuestro trabajo generó escaso debate público sobre lo que Weinstein había hecho a las mujeres; en su lugar, se hablaba de qué debería hacerse en respuesta a ello. Pero Weinstein ha continuado negando todas las acusaciones de relaciones sexuales no consensuadas y ha afirmado hasta la saciedad que nuestras informaciones son incorrectas. «Lo que aquí exhiben son alegaciones y acusaciones, pero no tienen hechos absolutos», dijo un portavoz ante nuestra petición de respuesta a las revelaciones aquí presentadas.

Este libro alterna entre lo que aprendimos durante nuestras investigaciones originales sobre Weinstein en 2017 y la enorme cantidad de información que hemos recopilado desde entonces. Gran parte de las nuevas informaciones que aportamos ayudan a ilustrar cómo el sistema legal y la cultura corporativa han contribuido a silenciar a las víctimas, y cómo todavía impiden el cambio. Las empresas han optado por proteger a los depredadores. En algunos casos, algunos abogados que defienden a las víctimas de este tipo de conductas aceptan unos acuerdos que permiten ocultar las fechorías. Muchos de quienes advierten el problema —como Bob Weinstein, el hermano de Harvey y socio empresarial, que ha concedido extensas entrevistas para este libro— hacen poco para intentar detenerlo.

En el momento de escribir este libro, en mayo de 2019, Weinstein continúa a la espera de un juicio penal por presuntas violaciones y otros abusos sexuales, y se enfrenta a una serie de demandas civiles en las que actrices, antiguas empleadas y otras mujeres tratan de que asuma su responsabilidad económica. Independientemente de cómo se resuelvan estos casos, confiamos en que este libro sirva como testimonio perdurable de lo que hizo Weinstein: su explotación del lugar de trabajo para manipular, presionar y aterrorizar a las mujeres.

En los meses posteriores a la publicación del artículo sobre Weinstein, a medida que crecía el movimiento #MeToo, también surgieron nuevas polémicas sobre temas que iban desde el concepto de violación al abuso sexual de menores, pasando por la discriminación por motivos de género e incluso las situaciones inapropiadas en fiestas. Esto contribuyó a un debate público más rico y exhaustivo, pero también confuso: ¿cuál era el objetivo?, ¿eliminar el acoso sexual?, ¿reformar el sistema de justicia penal?, ¿hacer añicos el patriarcado?, ¿o flirtear sin ofender? ¿Se había llevado demasiado lejos el ajuste de cuentas y, en consecuencia, hombres inocentes habían visto empañado su honor con pruebas menos que convincentes?, ¿o, por el contrario, no se había llegado lo bastante lejos, con la consiguiente y frustrante ausencia de un cambio sistémico?

Casi un año después de que se publicara nuestro primer reportaje sobre Weinstein, la doctora Christine Blasey Ford, una profesora universitaria de Psicología en California, compareció ante un comité del Senado de Estados Unidos y acusó al juez Brett Kavanaugh, en ese momento candidato a la Corte Suprema, de haberla agredido sexualmente estando borracho cuando iban al instituto. Él lo negó ferozmente. Hay quienes vieron en Ford a la heroína definitiva del movimiento #MeToo. Otros la consideraron un símbolo de los excesos del propio movimiento: un caso que justificaba las reacciones negativas que estaba suscitando.

Para nosotras era la protagonista de una de las historias «dijo ella» más complejas y reveladoras que se habían conocido hasta el momento, sobre todo cuando empezamos a ser conscientes de la incomprensión pública del camino que había recorrido hasta llegar al Senado. Desde la sala de audiencias, Jodi observó las intervenciones de sus abogadas. A la mañana siguiente, se reunió con ella. En diciembre, durante un desayuno en Palo Alto, Megan entrevistó por primera vez a Ford después de su comparecencia. Al cabo de varios meses, Megan había recopilado decenas de horas de entrevistas adicionales en las que Ford le relataba cómo había llegado a alzar la voz y cuáles habían sido las consecuencias. También hablamos con otras personas que la habían influido y que habían sido testigos de su experiencia. Contamos la travesía de Ford hasta Washington, y cómo se vio envuelta en un apabullante torbellino institucional, de puntos de vista, presiones políticas y miedos.

Mucha gente se pregunta cómo le han ido las cosas a Ford desde su testimonio. El capítulo final consiste en una entrevista grupal única en la que reunimos a algunas de las mujeres sobre las que hablamos en este libro, incluida Ford. Pero en su odisea hay algo mayor en juego: la consabida pregunta de qué es lo que impulsa e impide el progreso. El movimiento #MeToo es un ejemplo de cambio social en los tiempos que corren, pero supone también una prueba de fuego: en este ambiente fracturado, ¿seremos capaces de forjar un nuevo conjunto de reglas y protecciones que sean igual de justas?

Este libro relata dos años asombrosos en la vida de las mujeres en Estados Unidos y en otros lugares. Esta historia nos pertenece a todas las que la hemos vivido; a diferencia de

algunas investigaciones periodísticas que se enfrentan a gobiernos en la sombra o a secretos corporativos, esta trata de experiencias que muchas de nosotras reconocemos en nuestras propias vidas, lugares de trabajo y escuelas. Pero hemos escrito este libro para acercaros lo más posible a la zona cero.

Para narrar estos acontecimientos de la forma más directa y auténtica posible, hemos incorporado transcripciones de entrevistas, correos electrónicos y otros documentos esenciales. Hemos incluido notas de nuestras primeras conversaciones sobre Weinstein con estrellas de cine, una minuciosa carta que Bob Weinstein escribió a su hermano, extractos de textos de Ford y muchos otros materiales de primera mano. Parte de lo que compartimos en un primer momento era extraoficial, pero a través de investigaciones adicionales, entre las que se incluyen nuevas visitas a las personas involucradas, hemos logrado incluirlas aquí. A través de informes y entrevistas, hemos tenido la oportunidad de plasmar conversaciones y acontecimientos de los que no fuimos testigos directos. A fin de cuentas, el libro está basado en tres años de investigaciones y en centenares de entrevistas, de Londres a Palo Alto; las notas explican con detalle la procedencia de las distintas informaciones que obtuvimos por medio de fuentes y archivos.

Por último, este libro es una crónica del compañerismo que desarrollamos mientras nos las veíamos y nos las deseábamos para comprender los acontecimientos. Para evitar confusiones, nos referimos a nosotras mismas en tercera persona. (En un relato en primera persona sobre nuestras investigaciones, que fueron colaborativas pero a menudo nos condujeron por caminos separados, el pronombre «yo» podría referirse indistintamente a Jodi y a Megan). Por eso, antes de sumergirnos en esa forma de contar la historia, queremos decir, con nuestras propias voces: gracias por uniros a nosotras a lo largo de estas páginas, por reconstruir este rompecabezas de acontecimientos y pistas igual que lo hemos hecho nosotras, por ser testigos de lo que hemos presenciado y por escuchar lo que hemos escuchado.

Capítulo 1 La primera llamada telefónica

La investigación de *The New York Times* sobre Harvey Weinstein empezó con el rechazo de la fuente más prometedora a hablar con nosotras, incluso por teléfono. «Mira, ha habido veces en las que he recibido un trato de lo más penoso por parte de vuestro periódico, y creo que la raíz del problema está en el sexismo», escribió la actriz Rose McGowan el 11 de mayo de 2017 en respuesta a un correo electrónico de Jodi en el que le pedía que hablase.

McGowan enumeró sus críticas: en cierta ocasión, pronunció un discurso durante una cena política y el periódico se hizo eco de ello en la sección de estilo en lugar de las páginas de noticias; en una conversación previa sobre Weinstein con un periodista del *Times* se había sentido incómoda.

«El *NYT* necesita mirarse a sí mismo en temas de sexismo —respondió—. La verdad es que no tengo muchas ganas de ayudar».

Unos meses antes, McGowan había acusado de violación a un productor sin revelar su nombre —se rumoreaba que era Weinstein—. Había tuiteado: «Porque era un secreto a voces en Hollywood, y los medios de comunicación me humillaron mientras que adulaban a mi violador»,[1] y había añadido el hashtag #PorQuéLasMujeresNoDenuncian. Al parecer ahora estaba escribiendo unas memorias con la intención de exponer el maltrato a las mujeres en la industria del entretenimiento.[2]

A diferencia de cualquier otra persona en Hollywood, el historial de McGowan incluye haber arriesgado sus propias perspectivas laborales para desafiar el sexismo. Y en cierta ocasión había llegado a denunciar los insultantes requisitos de vestuario en casting para una película de Adam Sandler: «Camisa de tirantes que enseñe el escote (se sugiere el uso de sujetadores de realce)».[3] En general, el tono que empleaba en las redes sociales era duro, beligerante: «Está bien enfadarse. Que no os dé miedo: desmantela el sistema», había tuiteado un mes antes.[4] Si McGowan, que era actriz y activista a partes iguales, no estaba dispuesta a mantener una conversación en privado, ¿quién iba a estarlo?

Harvey Weinstein no era el hombre del momento. En los últimos años, la magia de sus películas había flaqueado, pero su nombre seguía siendo sinónimo de poder, concretamente del poder de crear e impulsar carreras. En primer lugar, se había inventado a sí mismo, pasando de una modesta educación en Queens (Nueva York) a la promoción de conciertos, y de ahí a la producción y distribución de películas. Y parecía conocer el secreto para que todo reluciera a su alrededor: películas, fiestas y, sobre todo, personas. Una y otra vez había propulsado al estrellato a jóvenes actores, como Gwyneth Paltrow, Matt Damon, Michelle Williams o Jennifer Lawrence. Podía convertir minúsculas películas independientes en auténticos fenómenos, como *Sexo, mentiras y cintas de vídeo* o *Juego de lágrimas*. Había sido de los primeros en planificar el lanzamiento de sus películas con la mente puesta en la entrega de los Óscar, ganando un total de cinco estatuillas a la mejor película para sí mismo y muchas más para otros.

Llevaba casi veinte años consiguiendo dinero para Hillary Clinton y apareciendo a su lado en un sinfín de actos de recaudación de fondos. Cuando Malia Obama quiso realizar unas prácticas en el mundo del cine, trabajó para «Harvey» (ni siquiera hacía faltar añadir el apellido, incluso para quienes no lo conocían). En 2017, aunque el éxito de sus películas fue menor que en años anteriores, su reputación seguía siendo impresionante.

Los rumores relativos a su forma de tratar a las mujeres circulaban desde hacía tiempo. Hasta se bromeaba sobre ello públicamente: «Enhorabuena, vosotras cinco podéis dejar de fingir que os sentís atraídas por Harvey Weinstein», dijo el cómico Seth MacFarlane durante el anuncio de las nominaciones a los Óscar en 2013. Pero mucha gente se había limitado a calificar su comportamiento como simplemente «mujeriego», y nunca se habían visto denuncias en su contra. Otros periodistas que lo habían intentado en el pasado habían fracasado en su empeño. Una investigación de 2015 realizada por el Departamento de Policía de Nueva York (NYPD) sobre una acusación de manoseos contra Weinstein había concluido sin que se presentaran cargos criminales. «En algún momento, todas las mujeres que han tenido miedo de protestar contra Harvey Weinstein van a tener que unir sus fuerzas y saltar al vacío», tuiteó entonces la periodista Jennifer Senior.[5] Habían pasado dos años y nada había cambiado. Jodi había oído que otros dos periodistas, un escritor de la revista *New York* y Ronan Farrow, de la NBC, lo habían intentado, pero no habían publicado ningún reportaje.

¿Se equivocaban los rumores sobre el comportamiento de Weinstein? ¿Haría referencia el tuit de McGowan a otra persona? En público, Weinstein presumía de credenciales feministas. Acababa de realizar una gran donación para ayudar a dotar una cátedra en nombre de Gloria Steinem. Su empresa había distribuido *The Hunting Ground*, un documental que se había convertido en una llamada de atención contra las agresiones sexuales en los campus universitarios. Incluso había participado en la histórica Marcha de las mujeres en enero de 2017, uniéndose a las multitudes de sombreros rosas en Park City (Utah) durante el Festival de Cine de Sundance.[6]

Lejos del zumbido de la sala de redacción, el objetivo de la sección de investigación del *Times* era sacar a la luz lo que nunca antes se había contado, exigiendo que las personas e instituciones cuyas transgresiones se habían ocultado deliberadamente tuvieran que rendir cuentas. A menudo, el primer paso consistía en acercarse al asunto con pies de plomo. Por tanto, ¿qué argumentos podíamos ofrecer a McGowan que la motivaran a contestar nuestra llamada?

En su correo se atisbaban ciertas posibilidades. Para empezar, había respondido. Mucha gente nunca llegó a hacerlo. Su contestación denotaba que había reflexionado sobre el tema y que le importaba lo suficiente como para mostrar una posición crítica. Tal vez estuviera poniendo a prueba a Jodi, metiéndose con el *Times* para ver si la periodista salía en su defensa.

Pero Jodi no tenía intención de entrar en una discusión sobre el que había sido su lugar de trabajo de los últimos catorce años. Halagar a McGowan («Realmente admiro la valentía de tus tuits…») tampoco era el camino, porque debilitaría el escaso crédito del que Jodi pudiera gozar en la interacción. Tampoco podía hacer referencias a la investigación a la que McGowan estaría contribuyendo; si McGowan le preguntaba con cuántas mujeres más había hablado Jodi, la respuesta era con ninguna.

Haría falta redactar un mensaje impecable, sin mencionar el nombre de Weinstein: McGowan era conocida por haber hecho públicas conversaciones privadas en Twitter,

como el anuncio del casting de Adam Sandler. Quería hacer que las cosas explotaran por los aires, pero este tipo de impulsos podían producir un efecto indeseado en una situación así. («Hola a todo el mundo, mirad este correo electrónico de una periodista del *Times*»). Lo delicado del asunto volvía la respuesta aún más complicada: McGowan afirmaba haber sido víctima de una agresión, por lo que presionarla no era el procedimiento correcto.

En 2013, Jodi había empezado a investigar las experiencias de las mujeres en multinacionales y otras instituciones. En aquella época, el debate sobre género en Estados Unidos parecía estar copado por lo emocional: columnas de opinión, memorias, expresiones de ira o sororidad en las redes sociales. Hacía falta sacar a la luz hechos desconocidos, en especial aquellos relacionados con el lugar de trabajo. Las mujeres trabajadoras, desde las que formaban parte de la élite a las más humildes, temían cuestionar a quienes las habían contratado; las periodistas podían hacerlo. Mientras escribía esas historias, Jodi había descubierto que la cuestión de género no era un tema como cualquier otro, sino el punto de partida para una investigación más ambiciosa. Dado que la presencia de mujeres en muchas organizaciones seguía siendo escasa, documentar sus experiencias era una forma de ver cómo operaba el poder.

Respondió a Rose McGowan recurriendo a esas experiencias:

> Esta es mi propia trayectoria en estos temas: Amazon, Starbucks y la Escuela de Negocios de Harvard han modificado sus protocolos de respuesta a los problemas relacionados con el género tras haberlos publicado. Cuando escribí sobre la brecha de clase en la lactancia —las trabajadoras administrativas pueden amamantar en el trabajo mientras que las mujeres peor remuneradas no—, los lectores respondieron creando las primeras unidades móviles de lactancia; ahora hay más de 200 operativas en todo el país.
>
> Si prefieres que no hablemos, lo comprendo, y te deseo toda la suerte del mundo con la publicación de tu libro.
>
> Gracias,
>
> Jodi.

McGowan respondió al cabo de unas horas. Podía hablar en cualquier momento antes del miércoles.

Podía tratarse de una llamada un tanto delicada: McGowan aparentaba dureza, con el pelo rapado y un *timeline* de Twitter que parecía una llamada a las armas. Sin embargo, la voz al otro lado del teléfono pertenecía a una persona apasionada y divertida, a alguien que tenía una historia y que buscaba la forma adecuada de contarla. Los tuits sobre su violación eran insinuaciones poco detalladas. Por lo general, las entrevistas se grababan por defecto —es decir, podían publicarse— a menos que se dispusiera lo contrario. Pero era previsible que cualquier mujer con una denuncia de agresión contra Weinstein se mostrara reacia a participar siquiera en una primera conversación. De modo que Jodi accedió a mantener la llamada en privado hasta que se decidiera lo contrario, y entonces McGowan empezó a hablar.

En 1997, era una joven que acababa de conocer el éxito y que disfrutaba de una emocionante visita al Festival de Cine de Sundance, donde alternaba entre estrenos y

fiestas, mientras un equipo de televisión la seguía por todas partes. Hasta la fecha solo había aparecido en cuatro o cinco largometrajes, entre ellos la peli de terror juvenil *Scream*, pero se estaba convirtiendo en una de las chicas del momento, con varios estrenos en ese mismo festival. «Yo era como la niña bonita de Sundance», dijo. En ese momento, las películas independientes eran lo más, aquel festival era el lugar donde ser vista y Harvey Weinstein era soberano: allí era donde el productor-distribuidor había comprado películas pequeñas, como *Clerks* y *Reservoir Dogs*, y se habían convertido en referentes culturales. En su relato, McGowan no recordaba qué año era; muchas actrices no explican su pasado basándose en fechas, sino en función de la película que estuvieran filmando o que se hubiera estrenado en ese momento. McGowan se acordaba de una proyección en la que se había sentado al lado de Weinstein: la película se llamaba *Going All the Way* [*Llegar hasta el final*], dijo con una carcajada incrédula.

Después de la proyección, Weinstein le pidió que se reuniera con él, y lo cierto es que tenía sentido: el productor más importante quería conocer a la futura estrella. McGowan fue a verlo a su habitación en el Hotel Stein Eriksen Lodge Deer Valley, en Park City. La actriz aseguraba que el encuentro se había limitado a la clásica conversación sobre películas y papeles.

Pero, según McGowan, al marcharse, Weinstein tiró de ella hasta una estancia con jacuzzi, la desnudó al borde de la bañera y metió su cara a la fuerza entre las piernas de ella. La actriz recordaba sentirse como si hubiera abandonado su cuerpo, como si flotara hasta el techo y observase la escena desde las alturas. «Estaba en shock total y entré en modo supervivencia». Para poder escapar, dijo McGowan, fingió un orgasmo y se dio instrucciones mentalmente: «Gira el pomo de la puerta». «Vete de aquí». Paso a paso.

Al cabo de unos días, Weinstein le dejó un mensaje en el contestador telefónico de su casa en Los Ángeles con una oferta espeluznante: otras grandes estrellas femeninas eran sus «amigas especiales», y ella también podría unirse a ese club. McGowan, conmocionada y destrozada, se quejó a sus representantes, contrató a un abogado y terminó consiguiendo un acuerdo por el que Weinstein le pagó 100 000 dólares —básicamente, para borrar el asunto sin que el productor admitiese ningún tipo de conducta inapropiada—, que ella dijo haber donado a un centro de atención para víctimas de violación.

¿Tenía algún comprobante de aquel acuerdo?

—Nunca me dieron una copia —dijo ella.

McGowan afirmaba que el problema no se limitaba a Weinstein. Hollywood era un sistema organizado para el abuso contra las mujeres. Las atraía con promesas de fama y las convertía en productos altamente rentables, manejaba sus cuerpos como si le pertenecieran, exigía que lucieran perfectas y después las repudiaba. Durante la llamada telefónica, sus acusaciones se sucedían a gran velocidad, una tras otra:

—Weinstein… No es solamente él, es la maquinaria al completo, una cadena de suministro.

—Sin supervisión, sin miedo.

—Cada estudio se encarga de que las víctimas sean las que se avergüencen, y de las indemnizaciones que reciben.

—Casi todo el mundo tiene un acuerdo de confidencialidad.

—Si los hombres blancos pudieran tener un patio de recreo, sería este.

—Las mujeres en este caso son igual de culpables.

—No te pases de la raya; eres completamente reemplazable.

Las palabras de McGowan resultaban sobrecogedoras. La idea de que Hollywood se aprovechaba de las mujeres, las obligaba a conformarse y las tiraba a la basura cuando se hacían mayores o se rebelaban no era en absoluto novedosa. Pero escuchar de primera mano una historia de explotación, por boca de un rostro tan conocido, con todo lujo de detalles perturbadores e implicando como agresor a uno de los productores más renombrados de Hollywood era algo totalmente diferente, contundente, concreto, repugnante.

La llamada finalizó con el compromiso mutuo de volver a hablar pronto. La actriz era un personaje poco común, pero para el propósito que les ocupaba, las cosas escandalosas que hubiera dicho o hecho en alguna ocasión, o con quién hubiera salido, eran lo de menos. La pregunta era si su relato soportaría los rigores del proceso periodístico y, en caso de que llegase tan lejos, el reto inevitable de su confrontación con Weinstein, primero, y con la opinión pública, después. Antes de que el *Times* se planteara incluso la posibilidad de publicar las acusaciones de McGowan, sería necesario consolidarlas y, en última instancia, presentárselas a Weinstein, que debía tener la oportunidad de responder por ellas.

El periódico tenía la obligación y el deber de ser justo, sobre todo dada la gravedad de los cargos. En 2014, la revista *Rolling Stone* publicó, sin disponer de suficientes pruebas, el relato de lo que describieron como una espantosa agresión sexual en grupo en la Universidad de Virginia.[7] La consiguiente controversia desencadenó una serie de demandas[8] que estuvieron a punto de arruinar la reputación de la revista, proporcionó munición a quienes afirmaban que las mujeres se inventaban las denuncias e hizo retroceder la causa contra las agresiones sexuales en los campus. *The Washington Post* informó de que, en palabras de la policía, la historia era «un completo disparate», la *Columbia Journalism Review* lo tachó de «chapuza» y el artículo fue distinguido como «error del año».[9]

A primera vista, el relato de McGowan parecía vulnerable ante una posible confrontación por parte de Weinstein. Fácilmente podía afirmar que él recordaba las cosas de otra manera, que parecía que ella se había divertido. Es más, disponía de la prueba perfecta: su orgasmo fingido. La vieja cinta del mensaje en el contestador era potencialmente significativa, porque era una muestra de que Weinstein utilizaba su poder como productor para la imposición de favores sexuales. Pero a menos que McGowan hubiera guardado la cinta desde hacía dos décadas, no era más que el recuerdo de un mensaje muy antiguo, lo que también era muy fácil negar.

Solo con su relato, la historia de McGowan tenía grandes probabilidades de convertirse en la clásica disputa de «él dijo, ella dijo». McGowan relataría una historia terrible. Weinstein la negaría. Sin testigos, la gente tomaría partido: equipo Rose vs. equipo Harvey.

Pero McGowan había dicho que había llegado a un acuerdo. No iba a ser nada fácil encontrar algún tipo de registro sobre ello, pero lo cierto es que había habido abogados, un acuerdo firmado, dinero que había cambiado de manos, la donación al centro de atención para víctimas de violación. El acuerdo tenía que estar documentado en alguna parte. Aunque no sirviera para demostrar qué había sucedido en la habitación de hotel, podía reforzar la historia porque probaba que en aquel momento Weinstein había pagado a McGowan una suma considerable para zanjar un litigio.

Jodi mostró todos sus hallazgos a Rebecca Corbett, su editora de toda la vida en el *Times*, una verdadera experta en investigaciones complejas. Analizaron si las afirmaciones de McGowan hallarían respaldo y se hicieron la pregunta más importante de todas: ¿habría más mujeres con historias similares sobre él?

Descubrirlo iba a requerir un enorme esfuerzo. Weinstein había producido o distribuido centenares de películas en las últimas décadas. Junto a su hermano Bob, había sido propietario de y dirigido dos empresas: Miramax y The Weinstein Company (TWC), su actual proyecto. Esto significaba que eran muchas las posibles fuentes. Es decir, una situación preferible a otras en las que la información crítica estaba en pocas manos. La cantidad de personas con las que debían ponerse en contacto —actrices y antiguas empleadas desperdigadas en distintos continentes, muchas de las cuales probablemente se mostraran reticentes a hablar— era abrumadora.

A mediados de junio, Corbett sugirió a Jodi que se pusiera en contacto con Megan Twohey, una compañera relativamente nueva en el periódico. Megan estaba de permiso por maternidad, pero la editora le aseguró que era muy buena en este tipo de trabajos. Jodi desconocía la clase de ayuda que Megan podría ofrecerle, pero siguió el consejo de Corbett y le envió un correo electrónico.

Cuando Megan recibió el correo electrónico de Jodi, estaba cuidando de su bebé y recuperándose del periodo de investigación más duro y doloroso de toda su carrera. Había llegado al *Times* en febrero de 2016 para cubrir temas políticos, investigando a los candidatos presidenciales. Había aceptado con reservas porque la política nunca había sido su área de especialización ni su esfera de interés.

A las pocas semanas de su llegada, y debido a su experiencia, Dean Baquet, el editor ejecutivo del periódico, había recurrido a Megan para una línea de investigación concreta: ¿había traspasado alguna vez Donald Trump los límites de lo ético o lo legal en su comportamiento hacia las mujeres? Durante más de una década, Megan había destapado crímenes y conductas sexuales inapropiadas. En Chicago había revelado cómo la policía y los fiscales de la zona habían dejado que se acumulasen inutilizados kits para la investigación de violaciones, arrebatando así a las víctimas la oportunidad de obtener justicia,[10] y cómo médicos acusados de cometer abusos sexuales habían continuado ejerciendo. También reveló una red clandestina de niños adoptados, algunos de los cuales habían acabado en manos de depredadores sexuales.

Desde hacía tiempo, Trump se vendía a sí mismo como un *playboy* o, por lo menos, como la caricatura de uno. Iba por su tercera mujer y había accedido a la carrera presidencial dejando a su paso una colección de entrevistas con Howard Stern en las que alardeaba de sus proezas sexuales y soltaba comentarios de lo más soeces sobre las mujeres; no se salvaba ni su propia hija, Ivanka.

Debajo de toda esa bravuconería, Baquet advertía señales de alarma. En el supuesto de que Trump hubiese sido simplemente promiscuo, ahí no había ninguna historia (sin disponer de una buena razón, el periódico no fisgoneaba en la vida sexual de las personas, ni siquiera en la de los candidatos presidenciales). Pero algunos de los comentarios de Trump habían ocurrido en el lugar de trabajo, un posible indicio de acoso sexual. En *The Celebrity Apprentice*, un programa de televisión que había ayudado a producir y que él mismo protagonizaba, Trump soltó a una participante: «Debe de ser una bonita imagen, tú de rodillas».[11] Décadas antes, Ivana Trump, su primera mujer,

supuestamente lo había acusado de violación conyugal, pero enseguida relativizó la acusación. Baquet había contratado a otro periodista, Michael Barbaro, para que investigara cómo trataba Trump a las mujeres, y quería que tanto él como Megan respondieran a la pregunta de si Trump era sencillamente un grosero o si el problema iba más allá.

Al principio, las investigaciones se desarrollaron a paso de tortuga: la mayoría de exempleados de Trump habían firmado acuerdos de confidencialidad[12] por los que estaban legalmente obligados a guardar silencio (por eso y porque el historial vengativo hacia quienes le hacían enfadar era pavoroso). Además, se habían presentado tantas denuncias en su contra a lo largo de los años, que era difícil saber cuáles debían examinarse.

En mayo de 2016, Megan y Barbaro se preparaban para escribir un artículo que se apoyaba en centenares de informes y en más de cincuenta entrevistas con gente que había trabajado con o para Trump, y que había salido o había socializado con él. Trump era un hombre poderoso que había hecho gala de comportamientos contradictorios hacia las mujeres. Podía mostrarse amable y alentador con las mujeres con las que había trabajado, y algunas de ellas incluso habían ascendido a los puestos más altos de su empresa. Pero también tenía la costumbre de hacer todo tipo de comentarios sobre el cuerpo de las mujeres y de exhibir una conducta desconcertante en el lugar de trabajo.

Y lo que era todavía más importante: Megan había recopilado múltiples denuncias de acoso sexual que iban más allá de la denuncia de violación de Ivana.[13] Una ex miss Utah había explicado con todo lujo de detalles cómo, en 1997, Trump la había besado a la fuerza en dos ocasiones: la primera en una ceremonia celebrada tras el concurso de Miss Estados Unidos, y la segunda en su despacho, durante una reunión para hablar de una posible carrera como modelo. En dos demandas anteriores, una antigua socia de Trump en el concurso de belleza había declarado que este la había manoseado por debajo de la mesa en una cena de trabajo en el Hotel Plaza, y que en otra reunión la había arrastrado a otra habitación, donde la «besó y toqueteó» en contra de su voluntad, «impidiendo» que se marchara.[14]

Era fundamental actuar con precaución. El artículo entero podía verse afectado si una sola demanda resultaba poco convincente. Cuando una exparticipante de concursos de belleza explicó a Megan que Trump le había metido mano en su mansión en Palm Beach, lo que le había hecho salir huyendo a otra habitación presa del pánico para llamar a su padre, un compañero de la periodista localizó al hombre en otro país. «Tengo al padre —informó en un correo electrónico—. En resumidas cuentas, no recuerda en absoluto que pasara nada de lo que ella cuenta sobre Trump». Esto no quería decir que la mujer mintiera, pero significaba que no podrían incluir esa denuncia en el reportaje.

El artículo —en el que numerosas mujeres relataban sus experiencias empleando sus propias palabras— se publicó de madrugada (huso horario del este) el sábado 14 de mayo de 2016, y rápidamente se volvió viral, llegando a convertirse en el artículo político más leído del *Times* en lo que iba de año. El hecho de que Trump, cuyos feroces ataques contra cualquier crítica eran de sobra conocidos, no hiciera ningún comentario sobre el artículo en todo el fin de semana fue interpretado como una señal de su prepotencia. Antes de publicarlo, Megan y Barbaro entrevistaron largo y tendido al candidato y añadieron sus respuestas al texto, incluyendo su negación de cualquier tipo de mala praxis y su insistencia en que siempre había tratado a las mujeres con respeto.[15]

El lunes por la mañana, Twohey y Barbaro se encontraban en la sala de espera del programa informativo *This Morning* de la cadena CBS para ser entrevistados a raíz del artículo, cuando Gayle King entró en la habitación y señaló el televisor: «¿Lo habéis visto? Rowanne Brewer Lane acaba de salir en *Fox and Friends* para desmentir vuestra historia».[16]

Brewer Lane era la primera persona que aparecía citada en el artículo. La exmodelo, que había conocido a Trump en 1990 en una fiesta en Mar-a-Lago, había explicado en una entrevista que él se había encaprichado con ella y la había animado a ponerse un traje de baño para después presumir de acompañante ante los invitados. Brewer Lane no ponía en tela de juicio la veracidad de las citas que había ofrecido durante la entrevista, pero no estaba de acuerdo con la forma en que los periodistas habían caracterizado aquella situación: como «un degradante encuentro entre Trump y una joven a la que apenas conocía».

Su relato se limitaba a unos pocos párrafos en un reportaje de 5000 palabras, en el que también se señalaba que Brewer Lane después había salido con Trump. Pero aquellas críticas públicas dieron pie a Trump para atacar el artículo en su totalidad. Se sirvió de esos comentarios para devolver los golpes al periódico en una serie de tuits:

> El @nytimes es totalmente deshonesto. ¡Rowanne Brewer acaba de hacer volar por los aires su gran historia de portada de ayer diciendo que todo lo que decían sobre mí es mentira!
>
> Con el paso al frente que ha dado hoy la mujer alrededor de la cual gira el gran artículo sobre mí publicado por el deteriorado @nytimes, ¡lo hemos dejado al descubierto como el auténtico fraude que es![17]

Sus seguidores no tardaron en replicar su ejemplo y cargaron directamente contra Megan y Barbaro en las redes sociales, en correos electrónicos y en llamadas telefónicas furiosas. El artículo había documentado con sumo cuidado las graves denuncias contra Trump. Pero debido a las críticas hacia una anécdota mucho menos grave, Megan y Barbaro tuvieron que adoptar una actitud defensiva.

El equipo de Bill O'Reilly, el arrogante rey de las noticias de derechas, llamó una y otra vez a Megan preguntando: «¿Eres feminista?», como si eso la desacreditara. Megan, recelosa de sus motivos, rechazaba sus peticiones de entrevista y veía cómo el presentador se dirigía a sus millones de espectadores para pedirles que desconfiaran del trabajo de la periodista. «El problema es que Megan Twohey es una feminista, o eso es lo que parece», afirmaba. Era un argumento totalmente absurdo —«¿debería cubrir una información así alguien machista?», se preguntaba *The Washington Post*—,[18] pero O'Reilly empleó toda la fuerza de su influencia para mitigar el impacto de sus descubrimientos y tratar de desacreditarla.

Megan jamás se había enfrentado a esa clase de ataques públicos, por lo que se sintió muy agradecida cuando, a comienzos de junio de 2016, un compromiso previamente programado, su propia boda, la sacó de la sala de redacción.

Pero ¿habría más mujeres que hubiesen sufrido besos, manoseos o incluso algo peor? Al volver de su luna de miel, Megan retomó sus investigaciones sobre Trump.

Al cabo de unos meses, el viernes 7 de octubre, Megan estaba al teléfono con una

fuente cuando sus colegas se levantaron en masa de las sillas para acercarse a los televisores que había en la sala de redacción. *The Washington Post* había obtenido parte de una cinta de audio del programa de cotilleos *Access Hollywood* en la que Trump se vanagloriaba de sus agresiones hacia las mujeres.[19] La grabación era de 2005:

> Me siento automáticamente atraído por las chicas guapas, simplemente empiezo a besarlas… Ni siquiera espero. Y cuando eres una estrella, dejan que lo hagas. Puedes hacer cualquier cosa… Agarrarlas por el coño. Puedes hacer cualquier cosa.

Nunca un candidato a la presidencia había pronunciado públicamente unos comentarios de ese tipo. Parecían confirmar el comportamiento que Megan llevaba meses reconstruyendo.

Trump pidió disculpas por sus palabras y acto seguido redobló sus negativas.[20] Insistió en que los comentarios de la grabación de *Access Hollywood* pertenecían a una charla informal entre amigos. Dos días después, en el transcurso de un debate presidencial, el 9 de octubre, negó haber besado jamás a una mujer sin su consentimiento o haber agarrado a alguna por sus partes íntimas. Sí, había alardeado de ello, pero ¿había llegado realmente a hacerlo? «No, nunca lo he hecho», aseguró el candidato.[21]

En el plazo de una semana, Megan y Barbaro tenían casi a punto un nuevo artículo en el que otras dos mujeres confirmaban que las palabras de Trump en aquella cinta coincidían con sus experiencias.[22] Tanto Jessica Leeds, excorredora de bolsa y bisabuela de setenta y cuatro años que vivía en un pulcro apartamento de una habitación en el Upper East Side de Manhattan, como Rachel Crooks, doctoranda en Administración de Educación Superior de treinta y tres años, de Green Springs (Ohio), habían enviado sendos correos electrónicos al *Times* en los que resumían sus acusaciones.

Leeds se encontraba de viaje como representante comercial de una compañía de papel prensa a principios de los ochenta cuando, en un vuelo de Dallas a Nueva York, tuvo la suerte de que la trasladaran a primera clase. El pasajero en el asiento contiguo resultó ser Donald Trump; alto, rubio y parlanchín. Leeds afirmaba que cuarenta y cinco minutos después del despegue, él se había inclinado sobre ella, le había agarrado los senos y había intentado meterle mano por debajo de la falda.

«Se me echó encima, sus manos estaban por todas partes», explicó en el correo electrónico, y añadió que había salido huyendo a sentarse en clase turista.

Crooks era hija de una enfermera y un mecánico que no hablaban de política pero que se identificaban como republicanos. En el instituto sobresalió en baloncesto, atletismo y voleibol y fue votada como la persona con más probabilidades de triunfar. En 2005 quiso experimentar de primera mano la ciudad de Nueva York y alquiló con su novio un apartamento barato en las afueras de Brooklyn, durmiendo en colchones inflables hasta que ahorraron dinero suficiente para un futón. Para pagar el alquiler, entró a trabajar como secretaria en una inmobiliaria ubicada en la planta vigesimocuarta de la Torre Trump y vinculada a The Trump Organization. *The Apprentice*, el programa de televisión más popular de esa temporada, se había estrenado el año anterior.[23]

Un día en aquel invierno vio a Donald Trump esperando el ascensor junto a su despacho y se levantó del escritorio para saludarlo con un apretón de manos profesional, pero él después no la soltaba, la besó en las mejillas y a continuación se abalanzó sobre sus labios y los apretó con fuerza. El incidente solo duró uno o dos minutos. Ella tenía

veintidós años y el único hombre que la había besado en su vida era el novio con el que vivía.[24]

«Me enfureció que el señor Trump me considerara alguien tan insignificante como para poder imponerse sobre mí de esa manera».

El beso forzado que había descrito Crooks era casi igual al que había denunciado la ex miss Utah. Leeds, por su parte, describía un manoseo similar al que había soportado la antigua socia del concurso de belleza. Y todo esto coincidía con el comportamiento del que Trump había alardeado en aquella grabación de audio. Por teléfono, tanto Leeds como Crooks dijeron a Megan que estaban preparadas para ser citadas en el artículo. Ninguna de ellas quería llamar la atención, pero querían que el mundo entero supiera que Trump mentía.

Conscientes de lo que estaba en juego, Megan y Barbaro verificaron varias veces ambas historias con los amigos y familiares a quienes las mujeres habían confiado lo ocurrido. Revisaron el historial de las dos mujeres para asegurarse de que no existían vínculos con la campaña de Hillary Clinton. Megan incluso pidió a Crooks que le enviara una foto de su antigua mesa en la Torre Trump para confirmar que había trabajado allí. Tal vez ambas encontraran insultantes todas aquellas gestiones, pero eran necesarias para protegerlas a ellas y al *Times*.

El último paso era presentar las acusaciones al equipo de Trump. A la caída del sol, Megan aguardaba pegada a la bandeja de entrada de su correo electrónico, en la mesa del comedor de su casa, a la espera de que alguno de los portavoces de Trump le enviara un desmentido genérico. En lugar de eso, sonó su teléfono.

Al otro lado estaba Trump.

Megan apenas había empezado a formularle las preguntas cuando él se lanzó al ataque. Jessica Leeds y Rachel Crooks mentían. No tenía ni la más remota idea de quiénes eran. Si de verdad les hubiera hecho todo aquello, ¿cómo es que no habían acudido a la policía?

Megan le explicó que las mujeres no afirmaban conocerlo, sino simplemente haber mantenido un encuentro fortuito con él. Le recordó las acusaciones vertidas por la ex miss Utah y por su antigua socia en el concurso de belleza.

Furioso, Trump cambió de táctica. *The New York Times* se había inventado los relatos de aquellas mujeres. En el caso de que publicase la historia, lo demandaría.

A Megan le interesaba que él siguiera hablando, por lo que continuó presionándole. ¿Y la grabación de *Access Hollywood* que se había filtrado recientemente? Volvió a preguntarle si alguna vez había hecho las cosas de las que se vanagloriaba.

—No hago esas cosas —insistió, levantando la voz—. No las hago. Eran bromas entre amigos.

—¡Eres repugnante! —estalló contra Megan—. ¡Eres un ser humano repugnante!

Cuando se acabó el intercambio, Megan respiró tranquila. A pesar de lo violenta que había sido la conversación, ella le había ofrecido la oportunidad de responder a las acusaciones. Ahora nada le impedía seguir adelante y publicar el artículo completándolo con los comentarios de Trump.

Minutos después, Trump salía al escenario en un acto de campaña en Florida, dispuesto a canalizar contra los periodistas la energía y la furia atronadoras de aquella multitud.[25]

«Los medios de comunicación son unos corruptos y se han unido contra vosotros, el pueblo estadounidense. Y dejadme que os diga algo más: son calumniosos, son

difamatorios, son horribles y son realmente injustos. Pero nosotros vamos a vencer al sistema».

Quedaban menos de cuatro semanas para las elecciones. El presidente republicano de la Cámara de Representantes afirmó sentirse asqueado por la grabación de *Access Hollywood*. El senador John McCain retiró su apoyo a Trump. El gobernador Mike Pence, candidato a vicepresidente, dijo que rezaba por la familia Trump. Distintas voces republicanas le urgieron a que abandonara la carrera presidencial.[26]

Otras mujeres alzaron la voz y formularon acusaciones contra Trump. Una de ellas se lo había encontrado de fiesta con unos amigos en una discoteca. Otra era exconcursante de *The Apprentice*. Una tercera era una periodista a la que habían asignado un artículo de San Valentín que girara en torno al primer aniversario de boda de Trump con Melania, su tercera esposa. Algunas de estas historias eran prácticamente iguales a las divulgadas por Megan. Supuestamente, Trump las había agarrado, manoseado o acariciado, las había empujado contra una pared o había presionado sus caderas o genitales contra ellas. ¿Quién podía ignorar o desestimar ahora el patrón de comportamiento depredador?

Sin embargo, era materialmente imposible que los periodistas siguieran la pista a semejante volumen de acusaciones. Una explosiva demanda civil alegaba que dos décadas antes había violado a una niña de trece años en una fiesta organizada por un conocido empresario llamado Jeffrey Epstein,[27] a quien más tarde investigarían por la gestión de una red sexual de menores para hombres poderosos y condenarían por solicitar los servicios de una prostituta. Pero la supuesta víctima de Trump, conocida simplemente como Jane Doe,[28] nunca había sido identificada ni se había puesto a disposición de los periodistas, ni siquiera de forma confidencial. Sin una denunciante cuya existencia pudiera confirmarse y cuya historia pudiera ser investigada, Megan rehusó cubrir el caso y desalentó a los colegas que pretendieron hacerlo.

Otras denuncias resultaron asimismo llamativas, pero no se consideraron de interés periodístico. En una rueda de prensa televisada, Megan escuchó el relato entre lágrimas de una mujer sobre un incidente que sonaba a que Trump le había rozado el pecho sin querer y que luego la había acribillado a preguntas mientras esperaba a la persona que debía recogerla.[29] A medida que las acusaciones cuidadosamente documentadas de Crooks y Leeds empezaron a embarullarse con las demás, Trump pasó de las negaciones categóricas a los ataques generalizados. Quienes lo acusaban eran unas mentirosas que solo perseguían la fama, que trabajaban para Hillary Clinton, que eran demasiado feas y poco atractivas para haber llamado su atención. Las demandaría.

Sus defensores escuchaban sus directrices y una vez más se lanzaban a la carga. Lou Dobbs, el presentador de Fox Business, compartió con su casi millón de seguidores en Twitter el enlace a una entrada de una web de noticias conservadora donde se indicaba el número de teléfono y la dirección de Jessica Leeds, junto con la afirmación falsa de que trabajaba para la Clinton Foundation.[30]

Leeds no era de las que se asustaban fácilmente. Rachel Crooks, en cambio, estaba extremadamente nerviosa. No podía salir de casa debido a la gran cantidad de periodistas que abarrotaban su parcela de césped en Ohio. Tampoco podía conectarse a Internet por la avalancha de mensajes a la que la tenían sometida algunos de los troles de Trump: «Eres tan fea». «Te están pagando». «Alguien debería apuntarte con una pistola en la cabeza y hacer un favor a este país». Una desconocida publicó un mensaje

en Facebook en el que identificaba a Crooks como amiga de la familia y afirmaba que mentía sobre Trump. Esta publicación terminó convirtiéndose en el primer resultado cada vez que se escribía el nombre de Crooks en los buscadores. Otro hombre, del que Crooks nunca había oído hablar, la acusó de haber robado en una empresa para la que ella jamás había trabajado.

A medida que se sucedían los ataques, Megan se sentía cada vez peor. Había animado a aquellas dos mujeres a que dejaran constancia de sus acusaciones; les había dicho que al compartir información vital sobre un candidato a la presidencia estarían realizando un servicio público. Era ella la que había plasmado detalles íntimos de sus vidas en un muro gigante, lo bastante grande como para que todo el país pudiera leerlos. Y ahora se encontraban bajo asedio. Crooks, con voz temblorosa al otro lado del teléfono, le preguntó cómo procedería el *Times* en caso de que Trump llegara a cumplir sus amenazas y la demandara. Megan repuso que el periódico podría hacer bastante poco. Cada semana, miles de personas eran citadas en el *Times*, e, igual que ocurría en el resto de publicaciones, el periódico no podía asumir las responsabilidades legales por todas ellas.

Megan también recibía ataques. Las amenazas de quienes defendían a Trump le llegaban tanto al teléfono como al ordenador. Alertó al equipo de seguridad del *Times* después de recibir mensajes anónimos de un hombre que decía que iba a violarla, a asesinarla y a tirar su cuerpo al río Hudson. Estaba embarazada, una circunstancia cada día más evidente, y agitadores desconocidos tuiteaban amenazas dirigidas al bebé o cosas aún peores.

El propio Trump amenazaba con denunciarla. Su abogado envió una carta a Baquet —que el equipo de Trump después hizo pública— ordenándole que se retractara de los relatos de Leeds y Crooks. «De lo contrario, mi cliente no tendrá más remedio que emprender todas las acciones y recursos disponibles».[31]

David McCraw, vicepresidente y abogado general adjunto de *The New York Times*, una figura muy querida en la sala de redacción por su imperturbabilidad y firme protección de los periodistas, respondió con la misma contundencia: «Silenciar sus voces habría perjudicado no solo a nuestros lectores sino a la propia democracia».[32]

Prácticamente animaba a Trump a que denunciara al *Times:*

> Si cree que los ciudadanos estadounidenses no tienen derecho a escuchar lo que tienen que decir estas mujeres y que la ley de este país nos obliga, a nosotros y a cualquiera que se atreva a criticarle, a permanecer en silencio o a sufrir el castigo de no hacerlo, celebramos la oportunidad de que un tribunal ponga las cosas en su sitio.

Era una emocionante defensa no solo del periodismo sino del derecho de las mujeres a formular acusaciones contra hombres poderosos. Cuando el *Times* publicó la carta en su página web, inmediatamente se viralizó.

Pero dentro de la sala de redacción, Megan temía que Trump cumpliera su palabra e interpusiera una denuncia contra ella, contra Barbaro y contra el propio periódico, tal como McCraw sospechaba que ocurriría en caso de que no saliera elegido. En última instancia, Trump perdería en los tribunales, pero el proceso legal sería largo y arduo. Megan había empezado a conservar todas sus notas, correos electrónicos y mensajes de texto de cara a futuros procesos judiciales.

Tres semanas y media después, el 7 de noviembre, Megan volaba a Illinois para ser

testigo de lo que mucha gente creía que sería la elección de la primera presidenta de los Estados Unidos. En aras del simbolismo, los editores de Megan le habían pedido que capturara el momento en los colegios electorales de Park Ridge, la ciudad residencial, pegada a Chicago, en la que había nacido Hillary Clinton.

Megan no apoyaba a Clinton ni a ningún otro candidato. Los periodistas no hacían eso. Varias semanas antes, en un artículo que se había convertido en el blanco de los ataques de los defensores de la candidata demócrata, Megan subrayaba el papel de Hillary Clinton en la batalla contra las mujeres que habían denunciado conductas sexuales inapropiadas y cosas peores de Bill Clinton. Sus aliados insistían en que su intervención había sido mínima, pero Megan halló pruebas de que había contratado a un detective privado para que sacara trapos sucios con los que difamar a las mujeres.

Megan sabía que los votantes no solo tomarían sus decisiones basándose en las acusaciones de conducta sexual indebida contra Trump, sino con muchas cuestiones en mente, pero esperaba encontrar cierta inquietud al respecto. En las semanas previas a las elecciones, un coro de mujeres había comenzado a alzar la voz en Internet con *hashtags* como #PorQuéLasMujeresNoDenuncian para referirse a otros hombres que les habían tratado de forma similar. Entre ellas se encontraba Rose McGowan con sus tuits sobre un productor que la había agredido sexualmente.

Sin embargo, en el colegio electoral, una entrevista después de otra, le fue quedando claro que a muy pocas mujeres blancas de zonas residenciales les preocupaban las presuntas infracciones de Trump o lo que se escuchaba en la grabación de *Access Hollywood*. Esa noche, Megan apenas necesitó mirar la pantalla: sabía que Trump había ganado.

En el mes de abril siguiente a las elecciones, Megan y Jodi, cada una por su lado, contemplaban con asombro una serie de acontecimientos que desembocarían en el comienzo de su investigación sobre Weinstein. Bill O'Reilly, el presentador de televisión de derechas, que se encontraba en la cima de su poder, fue despedido de Fox News Network después de que el *Times* destapara que tanto él como la empresa habían ocultado reiteradas acusaciones de acoso sexual.[33] El artículo, firmado por Emily Steel y Michael Schmidt, había necesitado ocho meses de preparación y demostraba que O'Reilly había llegado a acuerdos con un mínimo de cinco mujeres que lo acusaban de abusos verbales, comentarios lascivos y acercamientos no deseados. O'Reilly y Fox News habían pagado lo que entonces parecía un total de trece millones de dólares para silenciar a las mujeres: un cuantioso pago secreto de uno de los principales detractores estadounidenses del feminismo.

En aquella ocasión, solo una mujer había contado públicamente sus acusaciones: Wendy Walsh, una exinvitada del programa que había perdido una oferta muy lucrativa para formar parte del equipo de O'Reilly tras declinar una invitación a irse a su hotel con él. La mayoría de las mujeres del artículo tenían prohibido hablar porque habían alcanzado algún tipo de acuerdo con O'Reilly o con la cadena. Habían aceptado grandes sumas de dinero a cambio de no contar nunca lo que había pasado.

Pero Steel y Schmidt se habían dado cuenta de algo importante: transacciones tan complejas como aquellas no podrían permanecer en secreto para siempre. Los acuerdos implicaban abogados, negociaciones y dinero, e, inevitablemente, otros también tuvieron que enterarse: compañeros, agentes, familiares y amigos. Juntos, los pagos constituían un rastro financiero que relataba la cronología de las acusaciones contra O'Reilly. Los

acuerdos no impedían la historia: eran la historia; un relato de encubrimientos que ilustraba las presuntas infracciones. Esta era la nueva manera de informar sobre acoso sexual.

Al cabo de pocos días, anunciantes como Mercedes-Benz y Allstate abandonaron el programa de O'Reilly.[34] Y lo que era más importante, otras mujeres de la propia cadena Fox empezaron a formular denuncias contra la conducta del presentador.[35] El 19 de abril, menos de tres semanas después de haberse publicado el artículo del *Times*, O'Reilly fue despedido. Tanto él como Roger Ailes, el poderoso e influyente republicano, fundador de la cadena, habían perdido sus empleos, pero no debido a las acusaciones presentadas por mujeres —Fox estaba al tanto de muchos de esos casos—, sino a causa de la exposición pública de dichas acusaciones.[36] El que hubiese ocurrido dos veces resultaba aún más asombroso: parecía que se hubiera producido una inversión momentánea en la física del poder.

Los editores del *Times* fueron capaces de calibrar con rapidez el pulso del momento. Las mujeres parecían cada vez más hartas. Como había sucedido después de los comentarios de «agarrarlas por el coño» de Trump, expresaron su rabia ante las revelaciones sobre O'Reilly. Convencerlas para que el relato de este tipo de asuntos quedara registrado nunca había sido sencillo, pero tal vez se abría una rara oportunidad para la franqueza.

El artículo sobre O'Reilly era como una guía. Raras veces alguien daba un paso al frente completamente solo, pero si se lograba revelar un patrón de mala praxis, entonces quizá podría haber alguna forma de contar más historias semejantes. Los editores reunieron a un equipo de periodistas para que examinaran un conjunto de industrias: Silicon Valley y la industria tecnológica, un terreno utópico que supuestamente estaba libre de viejas reglas pero que, pese a todo, excluía a las mujeres. También parecía el momento idóneo para investigar el ámbito académico, dado el poder que ejercían los profesores sobre las estudiantes graduadas que querían labrarse una carrera en el mismo campo. Los periodistas también tenían previsto centrarse en las trabajadoras de bajos ingresos, pues tenían poca visibilidad, una presión económica abrumadora y menos recursos que las mujeres en peldaños más altos de la escala económica.

Pocos días después de que despidieran a O'Reilly, Rebecca Corbett pidió a Jodi que profundizara en las respuestas a dos preguntas. La primera era: «¿Había más hombres poderosos en la vida estadounidense encubriendo conductas abusivas hacia las mujeres?». Jodi efectuó algunas llamadas discretas para asesorarse, y Shauna Thomas, una activista feminista, le sugirió que volviera la cabeza hacia Hollywood, hacia el futuro libro de Rose McGowan y hacia Harvey Weinstein. Pero Corbett también asignó a Jodi la misión de ir más allá de las infracciones individuales a fin de definir el sistema que convertía el acoso sexual en una práctica tan generalizada y difícil de abordar. La segunda pregunta era: «¿Hasta qué punto eran habituales este tipo de acuerdos que parecían surgir en todas las historias, y cómo habían enmascarado el problema?».

Cuando Jodi telefoneó a Megan para pedirle consejo, esta todavía no sabía a qué clase de temas se dedicaría una vez se reincorporase al trabajo. Aun así, examinaron qué había motivado que mujeres como Jessica Leeds y Rachel Crooks dieran un paso al frente, y cómo el artículo sobre O'Reilly se había convertido en la prueba de que el *Times* sabía cómo ejecutar un proyecto tan delicado. Analizaron qué debía decirse en los primeros segundos de una conversación telefónica con una desconocida que podía ser una víctima;

Megan sugirió nuevos enfoques, incluyendo uno que había empleado en el Congo para que víctimas de violaciones compartieran sus experiencias: «No puedo cambiar lo que te ha ocurrido en el pasado, pero tal vez juntas logremos usar tu experiencia para proteger a otras personas».

Esa frase cuajó como ninguna otra. No ofrecía promesas excesivas ni le bailaba el agua a nadie. Sugería razones convincentes para arriesgarse a hablar de temas dolorosos y enrevesados. Eso era lo que Jodi había tratado de decirle a McGowan en su primer correo electrónico: vamos muy en serio.

La propuesta consistía en ayudar a otras personas. Esta era siempre la razón más válida y efectiva para hablar con una periodista, además de una de las únicas réplicas convincentes a un «no quiero llamar la atención» o «quiero vivir tranquila».

Tras aquella llamada, Jodi solo tenía una pregunta para Corbett: «¿Cuándo se reincorporaba Megan de la baja por maternidad?».

[1] Rose McGowan (@rosemcgowan): «because it's been an open secret in Hollywood/Media & they shamed me while adulating my rapist. #WhyWomenDontReport», Twitter, 13 de octubre de 2016, <https://twitter.com/rosemcgowan/status/786723360550035460>.

[2] Rose McGowan, *Brave. La valentía de hablar*, Gaia Ediciones, 2018, traducción de Puerto Barruetabeña Díez.

[3] Rose McGowan (@rosemcgowan): «casting note that came w/script I got today. For real. name of male star rhymes with Madam Panhandler hahahaha I die», Twitter, 17 de junio de 2015, <https://twitter.com/rosemcgowan/status/611378426344288256>.

[4] Rose McGowan (@rosemcgowan): «It is okay to be angry. Don't be afraid of it. Lean in. Like a storm cloud it passes, but it must be recognized. #readthis», Twitter, 3 de abril de 2017, <https://twitter.com/rosemcgowan/status/849083550448193536>; «dismantle the system», Twitter, 4 de mayo de 2017, <https://twitter.com/rosemcgowan/status/860322650962264064>.

[5] Jennifer Senior (@JenSeniorNY): «At some pt, all the women who've been afraid to speak out abt Harvey Weinstein are gonna have to hold hands and jump», Twitter, 30 de marzo de 2015, < https://twitter.com/jenseniorny/status/582657086737289216?lang=es >.

[6] Jodi Kantor (@jodikantor): «Harvey Weinstein at the January 2017 Women's March in Park City, Utah», Twitter, 5 de octubre de 2017, <https://twitter.com/jodikantor/status/916103297097961472>.

[7] Sabrina Rubin Erdely, «A Rape on Campus», *Rolling Stone,* 4 de noviembre de 2014. *Rolling Stone* se retractó de la historia el 5 de abril de 2015, y encargó un estudio al *Columbia Journalism Review*, que se publicó en la revista. Sheila Coronel, Steve Coll y Derek Kravitz, «Rolling Stone and UVA: The Columbia University Graduate School of Journalism Report», *Rolling Stone*, 5 de abril de 2015, <https://www.rollingstone.com/culture/culture-news/rolling-stone-and-uva-the-columbia-university-graduate-school-of-journalism-report-44930>; Ravi Somaiya, «Rolling Stone Article on Rape at University of Virginia Failed All Basics, Report Says», *The New York Times*, 5 de abril de 2015, <https://www.nytimes.com/2015/04 /06/business/media/rolling-stone-retracts-article-on-rape-at-university-of-virginia.html>.

[8] Ben Sisario, Hawes Spencer y Sydney Ember, «Rolling Stone Loses Defamation Case Over Rape Story», *The New York Times*, 4 de noviembre de 2016, <https://www.nytimes.com/2016/11/05/business/media/rolling-stone-rape-story-case-guilty.html>; Hawes Spencer y Ben Sisario, «In Rolling Stone Defamation Case, Magazine and Reporter Ordered to Pay $3 Million», *The New York Times,* 7 de noviembre de 2016, <https://www.nytimes.com/2016/11/08/business/media/in-rolling-stone-defamation-case-magazine-and-reporter ordered-to-pay-3-million.html>; Matthew Haag, «Rolling Stone Settles Lawsuit Over Debunked Campus Rape Article», *The New York Times*, 11 de abril de 2017, <https:// www.nytimes.com/2017/04/11/business/media/rolling-stone-university-virginia-rape-story-settlement.html>; Sydney Ember, «Rolling Stone to Pay $1.65 Million to Fraternity Over Discredited Rape Story», *The New York Times*, 13 de junio de 2017, <https://www.nytimes.com/2017/06/13/business/media/rape-uva-rolling-stone-frat.html>.

[9] Erik Wemple, «Charlottesville Police Make Clear That Rolling Stone Story Is a Complete Crock», *The Washington Post,* 23 de marzo de 2015, <https://www.washingtonpost.com/blogs/erik-wemple/wp/2015/03/23/charlottesville-police-make-clear-that-rolling-stone-story-is-a-complete-crock>; Bill Grueskin, «More Is Not Always Better», *Columbia Journalism Review,* 5 de abril de 2015, <https://www.cjr.org/analysis/rolling_stone_journalism.php>; Craig Silverman, «The Year in Media Errors and Corrections 2014», *Poynter Institute,* 18 de diciembre de 2014, <https://www.poynter.org/newsletters /2014/the-year-in-media-errors-and-corrections-2014>.

[10] Megan Twohey, «Dozens of Rape Kits Not Submitted for Testing by Chicago Suburban Police Departments», *Chicago Tribune,* 14 de junio de 2009, <https://www.chicagotribune.com/news/chi-rape-kits-14-jun14-story.html>; Megan Twohey, «Illinois to Test Every Rape Kit», *Chicago Tribune*, 6 de julio de 2009, <https://www.chicagotribune.com /news/ct-met-rape-kit-law-20100706-story.html>; Megan Twohey, «Doctors Continue to Operate Unchecked», *Chicago Tribune,* 23 de agosto de 2010, <https://www.chicagotribune.com/lifestyles/health/chi-doctor-sex-charges-gallery-storygallery.html>; Megan Twohey, «The Child Exchange», *Reuters,* 9 de septiembre de 2013, <https://www.reuters.com/investigates/adoption/#article/part1>.

[11] *The Celebrity Apprentice: All-Stars*, temporada 6, episodio 1, NBC, 3 de marzo de 2013; Mark Graham, «Did Donald Trump Just Utter the Most Blatantly Sexist Statement in the History of Broadcast Television?», VH1, 5 de marzo de 2013, <http://www.vh1.com/news/84410/donald-trump-brande-roderick-on-her-knees>.

[12] *The Associated Press*, «For Many Trump Employees, Keeping Quiet Is Legally Required», *Fortune*, 21 de junio de 2016, <http://fortune.com/2016/06/21/donald-trump-nda>; John Dawsey y Ashley Parker, «"Everyone Signed One": Trump Is Aggressive in His Use of Nondisclosure Agreements, Even in Government», *The Washington Post*, 13 de agosto de 2018, <https://www.washingtonpost.com/politics/everyone-signed-one-trump-is-aggressive-in-his-use-of-nondisclosure-agreements-even-in-government/2018/08/13/9d0315ba-9f15-11e8-93e3-24d1703d2a7a_story.html>.

[13] Michael Barbaro y Megan Twohey, «Crossing the Line: How Donald Trump Behaved with Women in Private», *The New York Times,* 14 de mayo de 2016, <https://www.nytimes.com/2016/05/15/us/politics/donald-trump-women.html>.

[14] *Ibid.*

[15] Donald Trump fue entrevistado por Megan Twohey y Michael Barbaro el 10 de mayo de 2016.

[16] *Fox and Friends*, «Trump's Ex-Girlfriend Says She Was Misquoted by the NY Times», Fox News, 16 de mayo de 2016, <https://video.foxnews.com/v/4895612039001/#sp=show-clips>.

[17] Donald J. Trump (@realdonaldtrump): «The @nytimes is so dishonest. Their hit piece cover story on me yesterday was just blown up by Rowanne Brewer, who said it was a lie!», Twitter, 16 de mayo de 2016, <https://twitter.com/realdonaldtrump/status/732196260636151808>; Donald J. Trump (@realdonaldtrump): «With the coming forward today of the woman central to the failing @nytimes hit piece on me, we have exposed the article as a fraud!», Twitter, 16 de mayo de 2016, <https://twitter.com/realdonaldtrump/status/732230384071680001>.

[18] Erik Wemple, «Bill O'Reilly Follows Donald Trump into the Racist Hellhole», *The Washington Post,* 7 de junio de 2016, <https://www.washingtonpost.com/blogs/erik-wemple/wp/2016/06/07/bill-oreilly-follows-donald-trump-into-racist-

hellhole>.

[19] David A. Farenthold, «Trump Recorded Having Extremely Lewd Conversation about Women in 2005», *The Washington Post* (actualizado), 8 de octubre de 2016, <https://www.washingtonpost.com/politics/trump-recorded-having-extremely-lewd-conversation-about-women-in-2005/2016/10/07/3b9ce776-8cb4-11e6-bf8a-3d26847eeed4_story.html>.

[20] Video: «Trump Responds in 2016 to Outrage over Comments», *The New York Times*, 8 de octubre de 2016, <https://www.nytimes.com/video/us/politics/100000004698416/trump-responds-to-outrage-over-lewd-remarks.html>; Maggie Haberman, «Donald Trump's Apology That Wasn't», *The New York Times*, 8 de octubre de 2016, <https://www.nytimes.com/2016/10/08/us/politics/donald-trump-apology.html>.

[21] «Transcript of the Second Debate», *The New York Times,* 10 de octubre de 2016, <https://www.nytimes.com/2016/10/10/us/politics/transcript-second-debate.html>.

[22] Megan Twohey y Michael Barbaro, «Two Women Say Donald Trump Touched Them Inappropriately», *The New York Times,* 12 de octubre de 2016, <https://www.nytimes.com/2016/10/13/us/politics/donald-trump-women.html>.

[23] Entrevistas de Megan Twohey a Rachel Crooks realizadas entre octubre de 2016 y la primavera de 2019.

[24] Eli Saslow, «Is Anyone Listening?», *The Washington Post,* 19 de febrero de 2018, <https://www.washingtonpost.com/news/national/wp/2018/02/19/feature/trump-accuser-keeps-telling-her-story-hoping-someone-will-finally-listen>.

[25] Vídeo: «Presidential Candidate Donald Trump Rally in Panama City, Florida», C-SPAN, 11 de octubre de 2016, <https://www.c-span.org/video/?416754-1/donald-trump-campaigns-panama-city-florida>.

[26] Jessica Taylor, «"You Can Do Anything": In 2005 Tape, Trump Brags about Groping, Kissing Women», National Public Radio, 7 de octubre de 2017, <https://www.npr.org/2016/10/07/497087141/donald-trump-caught-on-tape-making-vulgar-remarks-about-women>; Alan Rappeport, «John McCain Withdraws Support for Donald Trump after Disclosure of Recording», *The New York Times,* 10 de octubre de 2018, <https://www.nytimes.com/2016/10/08/us/politics/presidential-election.html> ; Jonathan Martin, Maggie Haberman, y Alexander Burns, «Lewd Donald Trump Tape Is a Breaking Point for Many in the G. O. P.», *The New York Times,* 8 de octubre de 2016, <https://www.nytimes.com/2016/10/09/us/politics/donald-trump-campaign.html>.

[27] Josh Gerstein, «Woman Suing Trump over Alleged Teen Rape Drops Suit, Again», *Politico*, 4 de noviembre de 2016, <https://www.politico.com/story/2016/11/donald-trump-rape-lawsuit-dropped-230770>; Jane Coaston y Anna North, «Jeffrey Epstein, the Convicted Sex Offender Who Is Friends with Donald Trump and Bill Clinton, Explained», *Vox*, 22 de febrero de 2019, <https://www.vox.com/2018/12/3/18116351/jeffrey-epstein-trump-clinton-labor-secretary-acosta>.

[28] *John Doe* es el nombre genérico que en Estados Unidos reciben los hombres cuando, en situaciones jurídicas, se desea mantener el anonimato o se desconoce el nombre real. *Jane Doe* sería el equivalente femenino. *(N. de la T.)*

[29] abc.com staff, «Woman Accuses Trump of Inappropriate Sexual Conduct at 1998 US Open», ABC, 20 de octubre de 2016, <https://abc7.com/politics/woman-accuses-trump-of-inappropriate-sexual-conduct-at-1998-us-open/1565005>.

[30] Katie Mettler, «She Accused Trump of Sexual Assault, Lou Dobbs Tweeted Her Phone Number», *The Washington Post*, 14 de octubre de 2016, <https://www.washingtonpost.com/news/morning-mix/wp/2016/10/14/she-accused-trump-of-sexual-assault-lou-dobbs-tweeted-her-phone-number>.

[31] Marc Kasowitz, «re: Demand for Retraction», carta de Marc Kasowitz a David McCraw, 12 de octubre de 2016, <https://assets.donaldjtrump.com/DemandForRetraction.PDF>.

[32] David McCraw, «re: Demand for Retraction», carta de David McCraw a Marc Kasowitz, 13 de octubre de 2016, <https://www.nytimes.com/interactive/2016/10/13/us/politics/david-mccraw-trump-letter.html>.

[33] Emily Steel y Michael S. Schmidt, «Bill O'Reilly Thrives at Fox News, Even as Harassment Settlements Add Up», *The New York Times,* 1 de abril de 2017, <https://www.nytimes.com/2017/04/01/business /media/bill-oreilly-sexual-harassment-fox-news.html>.

[34] Karl Russell, «Bill O'Reilly's Show Lost More Than Half Its Advertisers in a Week», *The New York Times*, 11 de abril de 2017, <https://www.nytimes.com/interactive/2017/04/11/business/oreilly-advertisers.html>.

[35] Emily Steel y Michael S. Schmidt, «Bill O'Reilly is Forced Out at Fox News», *The New York Times,* 19 de abril de 2017, <https://www.nytimes.com/2017/04/19/business/media/bill-oreilly-fox-news-allegations.html>.

[36] John Koblin y Jim Rutenberg, «Accused of Sexual Harassment, Roger Ailes Is Negotiating Exit from Fox», *The New York Times,* 19 de julio de 2016, <https://www.nytimes.com/2016/07/20/business/media/roger-ailes-fox-news-murdoch.html>.

Capítulo 2 Secretos de Hollywood

El consejo de Megan era valioso, pero en junio de 2017, a medida que avanzaba la investigación sobre Weinstein, la desmoralizadora pregunta era cómo conseguir que actrices de primera fila se pusieran al teléfono. La vocación profesional de estas mujeres les exigía mantener las apariencias, y vivían de una forma orientada a limitar el escrutinio público. El procedimiento habitual para llegar hasta ellas era a través de sus agencias de publicidad, una opción del todo impensable. También lo era la de ponerse en contacto con sus agentes y mánagers, quienes cobraban por construir y mantener barreras y a menudo permanecían leales a personas influyentes y poderosas como Weinstein. Además, eran asuntos privados, demasiado incómodos para ser compartidos con intermediarios a sueldo. La única esperanza de Jodi era ponerse en contacto directamente con las actrices, pero no estaba segura de conocer a alguna: era un mundo en el que prácticamente no tenía fuentes ni contactos.

Lo primero que hizo fue examinar las fotografías de la alfombra roja del Festival de Cine de Cannes que se había celebrado recientemente.[37] Como de costumbre, había pocas imágenes de hombres. Nicole Kidman, Jessica Chastain, Salma Hayek, Charlize Theron y Marion Cotillard posaban para las cámaras; Uma Thurman, de pie con una brillante falda dorada, en un acto benéfico que cada año patrocinaba el propio Weinstein y que consistía en una fiesta de gala y una subasta para la Fundación Estadounidense para la Investigación sobre el Sida (o amfAR, por sus siglas en inglés). ¿Cabía la posibilidad de que algunas de ellas hubieran sido víctimas del productor? ¿Qué sabían acerca de las experiencias de las demás? Parecían perfectas, serenas e irremediablemente inalcanzables.

Jodi empezó a buscar las direcciones de correo electrónico y los números de teléfono privados de las mujeres que habían aparecido en las películas de Weinstein, en especial el de Ashley Judd, que en 2015 había concedido una entrevista a la revista *Variety* en la que contó que había sido acosada sexualmente por un productor.[38] Algunas de las búsquedas se convertían en auténticas investigaciones: llamadas a familiares que figuraban en los registros telefónicos, búsquedas de intermediarios que pudieran hacer las presentaciones.

Las pocas veces que Jodi conseguía hablar por teléfono con alguna actriz, las conversaciones solían ser breves e improductivas, hasta que una amiga bien relacionada le ofreció el siguiente consejo: «Llama a la actriz Judith Godrèche». Jodi no obtuvo respuesta. Volvió a intentarlo y recibió un mensaje: «Lo siento mucho, mi abogado no quiere que me involucre», decía Godrèche.[39] Una respuesta frustrante, desde luego, pero una pista al fin y al cabo: ¿no quería que su cliente se involucrara en *qué*?

Ponerse en contacto con antiguas empleadas de Weinstein fue más fructífero. Ciertamente era más fácil acceder a ellas, vía LinkedIn o llamando a sus trabajos o a sus domicilios. Las respuestas que le ofrecían eran variadas. A muchas de ellas, la llamada de

una periodista no les sorprendía en absoluto. Pero aun así se negaban a hablar. Otras estaban dispuestas a ofrecer retazos sueltos: viejas sospechas que no se habían diluido a lo largo de los años; sugerencias sobre a qué estrellas de Hollywood intentar llegar.

Algunas de estas antiguas trabajadoras le devolvían reproches: la vida sexual de Harvey Weinstein era un asunto privado. Consideraban que el «casting de sofá», la práctica por la que las actrices se sometían a productores y directores a cambio de papeles, era tan viejo como el propio Hollywood, una parte desagradable pero habitual del negocio. (Como para hacer hincapié en esto, en Los Ángeles, cerca de los antiguos teatros chinos donde a menudo se estrenaban las películas, se encontraba la escultura de uno de esos sofás). Muchas de ellas emplearon la misma frase para describir la forma en que Weinstein trataba a las actrices: «Podía ponerse a perseguirlas alrededor del sofá», decían a propósito de una o de otra, como si describieran una pantomima. Estas antiguas empleadas se dirigían a Jodi como si no fuera más que una ingenua con la cabeza repleta de ideales. Le dijeron que el trato de Weinstein a las mujeres había sido un secreto a voces durante años. Jodi jamás lograría publicar ningún reportaje. Y, aunque lo consiguiera, no le importaría a nadie.

El viernes 30 de junio, Jodi acudió a un pequeño restaurante en West Hollywood para reunirse con la actriz Marisa Tomei. Una exempleada de Miramax le había dicho que Weinstein había acosado a Tomei, y que se había dedicado a molestarla hasta el punto de hacerle llorar mientras trabajaba. Jodi había localizado a Tomei a través de un dramaturgo, y ahora compartían mesa en un restaurante.

Sin embargo, la información no era cierta.[40] Tomei no había sido víctima de Weinstein, aunque sí acumulaba décadas de frustraciones sobre el modo en que el cine trata a las mujeres. Había protagonizado numerosas películas y programas de televisión, desde *A Different World* (1987) a *Empire* (2015), pasando por *Mi primo Vinny* (1992). Había hecho frente a disparidades salariales aparentemente irremediables, y una y otra vez se había descubierto relegada a un accesorio en escenas que giraban alrededor de personajes masculinos. Con frecuencia, actuar se reducía a reaccionar ante cualquier cosa que los hombres estuvieran haciendo.

Tomei compartió una teoría con Jodi: las actrices y el público estaban atrapados en un bucle de percepción errónea. Desde muy pequeñas, a las niñas se les enseñaba a admirar y a tomar como modelo a las mujeres irreales que aparecían en la pantalla, lo que llevaba a muchas de ellas a querer convertirse en actrices. Las afortunadas que lo lograban no podían describir el acoso o los agotadores estándares físicos a los que estaban sometidas, porque eso sería autosabotearse. Así, el bucle se perpetuaba y una nueva generación de chicas crecía soñando con Hollywood sin apenas ser conscientes de que la industria podía maltratarlas también a ellas.

Tomei sintió vértigo solo de pensar en la idea de quedar expuesta. Casi nunca había comentado su teoría con nadie, ni siquiera con otras actrices. Dijo que compartir sus opiniones sobre un negocio completamente basado en las apariencias la dejaría en una posición demasiado vulnerable. A favor de la solidaridad, se aferraba a una entrevista que la revista *Vogue* había publicado en 2013 en la que Claire Danes explicaba lo que había aprendido de Meryl Streep y de Jodie Foster: «Tienes que pedir dinero, porque siempre hay más dinero, pero no están dispuestos a dártelo a ti porque eres una chica».[41]

—¿Puedes creerte que cuando encontré este fragmento en mitad de un párrafo en un artículo tuve que recortarlo para sentirme acompañada? —preguntó Tomei a Jodi—.

Para sentir que no estaba sola.

Poco a poco, Jodi fue acercándose a otras actrices conocidas; a través de un amigo mutuo por aquí, de un mánager excepcionalmente cooperativo por allá. Las direcciones de algunos de sus correos electrónicos eran seudónimos, a menudo muy graciosos, y cuando se ponían al teléfono Jodi debía jurar que les guardaría el secreto. Pero no se andaban con rodeos. La mayoría de ellas afirmaron que los abusos sexuales campaban a sus anchas en Hollywood. Daryl Hannah, una voz sumamente reconocible tras años de éxitos de taquilla, aunque aquellos no habían evitado que se sintiera llena de ansiedad, reconoció haber sido víctima de Weinstein, pero dijo que estaba demasiado asustada para entrar en detalles. Otra actriz, ganadora de un Óscar, dijo que deseaba verlo detenido desde hacía años, pero que realmente nunca había sabido cómo ayudar porque las otras actrices que le habían confiado sus encuentros con él querían proteger su privacidad. Esta mujer había seguido los fallidos esfuerzos de la investigación de *The New Yorker*, así como el artículo estancado de la revista *New York*. Se preguntaba por qué todas esas historias parecían evaporarse.

Las conversaciones con estas actrices no verían la luz, pero en cualquier caso resultaban reveladoras y contradecían toda esa cantinela de que Weinstein era una no-historia. Tomei y las demás habían cosechado éxitos a nivel mundial, habían conseguido papeles importantes, habían recibido premios. Tenían información privilegiada, pero su capacidad de impulsar el cambio era escasa. Querían que la investigación del *Times* prosperara.

Cuando Jodi acudió a otras mujeres cuyos nombres le habían sugerido, no sirvió de nada: todas declinaban hacer comentarios. Incluso algunas de las actrices que, en un primer momento, habían sido de gran ayuda pronto dejaron de responder a sus correos electrónicos y a sus mensajes.

La misma semana de su reunión con Tomei, Jodi recibió un correo electrónico prometedor. Lisa Bloom, una famosa abogada feminista, que además era hija de Gloria Allred, la célebre abogada de los derechos de las mujeres, quería hablar con ella. Había representado a distintas mujeres en algunos de los casos de mala conducta masculina más importantes y con mayor repercusión, entre los que se incluían los casos contra Bill O'Reilly y Bill Cosby. Jodi imaginó que Bloom tenía clientes con acusaciones contra Weinstein, que el proyecto del *Times* había llegado a sus oídos y que se había puesto en contacto con ella para echarle un cable.

Jodi reenvió el correo a su compañera Emily Steel, una de las periodistas que habían firmado el artículo sobre los acuerdos a los que había llegado Bill O'Reilly. Steel era unos diez años menor que Jodi, pequeñita y con la voz aguda, y Jodi había aprendido pronto a escucharla. En cuanto recibió el correo, Steel la llamó para advertirle. Le dijo que Bloom tenía negocios con Weinstein, y que era una información de dominio público. Un par de meses antes, Bloom había publicado un efusivo tuit: «¡GRANDES NOTICIAS: Mi libro *suspicion nation* va a convertirse en una miniserie producida por Harvey Weinstein y Jay Z!».[42]

Jodi se percató de que la persona que estaba detrás del correo electrónico no era Bloom, sino Harvey Weinstein: sabía en qué estaba trabajando el *Times* y había decidido pasar a la ofensiva.

Todavía no tenía la obligación de notificar la investigación a Weinstein —ni siquiera

estaba claro que fuera a haber una historia—, y el deber de solicitarle una entrevista o unas declaraciones vendría más adelante. No obstante, el hecho de que Weinstein estuviera al tanto de las pesquisas las dificultaba aún más. Cualquier investigación relacionada con un delito grave suponía una confrontación con el sujeto de dicha investigación para el manejo de la información y la obtención de fuentes: una carrera para revelar información del lado de los periodistas, y una carrera para ocultarla del otro.

Jodi habría preferido disponer de un mayor margen de maniobra, pero lo único que podía hacer era seguir investigando, así que concertó de inmediato una llamada con Bloom, durante la que la periodista no pudo ser más breve y escueta.

Nicholas Kristof, un columnista de opinión del *Times*, le facilitó a Jodi el contacto de Judd: había escrito el prólogo de su autobiografía.[43] Pocos días después de las presentaciones, ambas hablaron por FaceTime. A esas alturas, Judd ya había deducido el motivo de su llamada. Y, a diferencia de Tomei, ella sí tenía una historia personal sobre Weinstein.[44]

En 1996, con veintipocos años, Judd se había convertido en una estrella gracias a películas como *Heat* y *Tiempo de matar*. Conoció a Weinstein en un evento en Los Ángeles. El productor le dijo que quería reunirse con ella, y Judd dio por hecho que se trataría de una conversación de negocios. Quedaron en encontrarse en el Hotel Beverly Hills (Judd suponía que en el restaurante Polo Lounge). No sospechaba nada. Su padre la había acompañado en aquel viaje y ella presentó a los dos hombres, de edades parecidas, en el mismo evento en el que había conocido al productor. «Mi propio padre no lo vio venir», dijo Judd.

Cuando llegó al hotel, le indicaron que se reuniría con Weinstein en una suite, donde le esperaba una botella helada de champán. Judd dio un par de sorbos. Hablaron de temas triviales y «salí pitando de allí lo más rápido que pude», recordó, pues desconfiaba de las intenciones del productor.

Unos días después, Weinstein le envió una nueva invitación, esta vez para desayunar en el Hotel Peninsula en Beverly Hills. Judd pensó que una conversación a una hora tan temprana, por fuerza, habría de ser segura.

Llegó al hotel agotada. Había estado despierta toda la noche rodando *El coleccionista de amantes*, su primera gran película de suspense, junto a Morgan Freeman, y había ido directamente al hotel desde el plató. Cuando los recepcionistas le dijeron que se reuniría con el productor en su suite en vez de en el restaurante, se enfadó: necesitaba dormir y estaba segura de que el servicio de habitaciones tardaría horas en aparecer. Decidió pedir cereales para ahorrar tiempo.

Al llegar a la habitación vio que Weinstein llevaba puesto un albornoz, algo que ella desde luego no esperaba. Weinstein quiso hacerle un masaje, pero ella rechazó la oferta. Entonces le sugirió un masaje de hombros, pero también se negó. A continuación, la condujo hasta un armario y le pidió que le ayudara a elegir qué ponerse ese día. Después la llevó hacia el baño. Judd aseguraba que veinte años después aún recordaba la disposición de aquella habitación de hotel.

Las peticiones de Weinstein fueron tomando un cariz cada vez más sexual. Rechazó todas y cada una de ellas, pero él seguía insistiendo. «Le dije que no de muchas maneras y un montón de veces, pero siempre respondía con una nueva petición babosa». Sus

indicaciones casi parecían órdenes militares, del tipo «vamos, primero por aquí, ahora por acá». Al final, terminó planteando la posibilidad de que ella le observara mientras él se duchaba, como si hubieran alcanzado algún tipo de punto intermedio.

Recordaba haberse sentido atrapada en esa habitación, temerosa de perjudicar sus perspectivas cinematográficas.

—Había mucho en juego. El caché de haber trabajado con Miramax no era ninguna broma —dijo ella.

Necesitaba encontrar una salida estratégica, una forma de escapar de Weinstein. «Te propongo un trato, Harvey —recordaba haberle dicho—. Cuando gane un Óscar gracias a una película de Miramax, te haré una mamada». Y se marchó.

Era la pescadilla que se mordía la cola: rechazar al productor habría tenido consecuencias en su carrera, así que rápidamente se le ocurrió aquella broma que no podía ofenderlo y que al mismo tiempo le procuraba una escapatoria segura.

En aquel momento, Judd lo catalogó como un incidente asqueroso. No tardó en describir lo sucedido a su madre (la cantante Naomi Judd), a su padre, a su agente y, con el tiempo, a otras personas de confianza. Durante la llamada, Judd había sonado tranquila, y tal vez se debía precisamente a eso, a que no había reprimido su historia y por ese motivo su relato no era una cruda confesión.

Algunos años después, a petición de Salma Hayek, aceptó un papel en la película *Frida*, producida por Miramax y protagonizada por Hayek en el papel de la artista mexicana Frida Kahlo. (Judd era cautelosa con Weinstein, pero quería ayudar a Hayek). Durante la filmación en México, pasaron un día libre en un balneario con Valeria Golino, que también actuaba en la película. Las tres mujeres estaban juntas en una de las terrazas cuando de pronto apareció Weinstein. Saludó afectuosamente a las otras dos, pero apenas prestó atención a Judd.

Una vez se hubo marchado, explicó a sus compañeras de reparto lo que había ocurrido en aquella habitación de hotel en Los Ángeles. Eso es muy típico de él, le dijeron. Siempre hacía esa clase de peticiones. Ellas habían vivido situaciones parecidas con él.

Judd quiso saber por qué las mujeres no unían sus fuerzas para hacer frente a Weinstein. «No entendía cómo tantas de nosotras podíamos tenerle tanto miedo». Pero *Frida* era el empeño personal de Hayek y Weinstein era el productor, de modo que podía detener la producción en cualquier momento.

A lo largo de la hora entera que duró la conversación con Judd, la investigación tomó otro rumbo. Judd había descrito a un grupo de actrices que años atrás habían hablado sobre el comportamiento problemático de Weinstein. Dijo que era un jefe poderoso que utilizaba las reuniones de trabajo como un pretexto para presionar a las mujeres a que mantuvieran relaciones sexuales con él. Pero nadie hacía nada al respecto.

La infancia y adolescencia de Ashley Judd se habían caracterizado por la soledad. Nacida en 1968 como Ashley Ciminella, sus padres se separaron cuando ella era muy pequeña. Su madre era muy aficionada a la música y practicaba escalas armónicas en casa, pero en aquellos años, para poder pagar las facturas, aún trabajaba como camarera, primero, y como secretaria, después. Antes de graduarse en el instituto, Ashley había asistido a trece colegios distintos en cuatro estados; cada vez que se mudaban perdía a sus amigos. Su anhelo de tener compañeros era tan fuerte que inventó todo un elenco de hadas para sentirse acompañada.[45] En tercer curso ya «me preparaba la comida, por ejemplo pizzas

congeladas, o me hacía galletas con trocitos de chocolate, y caminaba sola hasta la parada del autobús del colegio, incluso el primer día de clase, aunque no estuviera muy segura de a dónde se suponía que tenía que ir», explicaba en sus memorias *All That Is Bitter and Sweet*. Tal como ella cuenta, la muletilla de su infancia fue: «¿Dónde están todos?».

En sus memorias explicó que había sufrido acoso sexual en varias ocasiones mientras crecía. En la escuela primaria, un anciano le había ofrecido un cuarto de dólar para jugar al *pinball* con la condición de que se sentara en su regazo. «Me quedé de piedra cuando de repente me abrazó, me apretó y me asfixió con su boca, metiéndome la lengua hasta la garganta». Se lo contó a los adultos que supuestamente debían cuidarla, pero no la creyeron. Un verano en la época del instituto, mientras trabajaba como modelo en Japón, su jefe la agredió sexualmente y un conocido la violó.

Pero en la Universidad de Kentucky, gracias a unos cursos de estudios de género y sororidad, descubrió el compañerismo femenino. Los caminitos iluminados y los teléfonos públicos para prevenir la violencia sexual en los campus le parecían una señal de injusticia, dijo más tarde. ¿Por qué las mujeres debían autoconfinarse para permanecer a salvo? Impulsada por una sensación de que las cosas podían ser mejores, descubrió el gusto por el activismo y lideró un parón estudiantil para protestar contra el uso de un epíteto racial por parte de un miembro del consejo de administración. Barajó la idea de hacerse misionera cristiana; solicitó el ingreso y fue aceptada en el Cuerpo de Paz, al que tenía la intención de incorporarse después de su graduación.

Pero en su lugar se convirtió en actriz —quería intentarlo mientras fuera joven y pudiera probar suerte— y después en una estrella. Aun así, en su tiempo libre empleaba su estatus de celebridad en causas activistas. Visitaba aldeas pobres, arrabales y clínicas por todo el mundo para visibilizar el sida, la violencia contra las mujeres, la salud materna y la planificación familiar. En 2006, Salma Hayek y ella visitaron clínicas de VIH y burdeles en Guatemala, donde se reunieron con prostitutas que les explicaron que necesitaban el dinero y que podían llegar a ganar dos dólares por cliente entre diez y doce veces al día. A pesar de los problemas que Judd había visto en Hollywood, mantuvo sus dos vidas separadas —el mundo del espectáculo y la defensa de la salud pública—. En 2009, a los cuarenta y un años, en la mitad de su carrera, se inscribió en un programa de máster en la Escuela de Gobierno John F. Kennedy de la Universidad de Harvard. (Ban Ki-Moon, secretario general de las Naciones Unidas, también había completado el mismo programa… Al igual que Bill O'Reilly). En privado, daba vueltas a la idea de meterse en política. El estado de Tennessee nunca había tenido una gobernadora ni una senadora.

En Harvard se sentía más cómoda que en la industria del espectáculo, y no estaba segura de volver a actuar en el futuro. «Había encontrado a mi gente», dijo. Su asignatura favorita, que llevaba por título Violencia de Género, Derecho y Justicia Social, la impartía una profesora de la escuela de Derecho llamada Diane Rosenfeld.[46] Judd se hizo amiga de estudiantes de Derecho de segundo y tercer año, y les propuso que organizaran un grupo de estudio; les preparaba galletas y conversaba tranquilamente con ellos en clase, pero pocas veces les hablaba de Hollywood.

En clase, Rosenfeld demostraba que el sistema legal se había construido para proteger más a los hombres que a las mujeres. Les habló de las investigaciones sobre el comportamiento igualitario de los simios bonobos, que en el transcurso de su evolución

habían eliminado la coerción sexual masculina. Rosenfeld les explicó que si un macho se volvía agresivo con una hembra, esta emitía un grito especial y las demás acudían en su ayuda, descendiendo de los árboles y ahuyentando al atacante.

Para Judd, aquella asignatura fue una revelación y, en cierto sentido, un retorno. Rosenfeld trataba cuestiones que Judd había conocido y visto durante toda su vida —en su infancia, en Hollywood, en los viajes a los burdeles y en clínicas de otros países—, y le proporcionaba el marco intelectual y la teoría necesarios para comprenderlas desde ángulos nuevos. «En mi clase, lo absorbió todo», dijo Rosenfeld. La profesora reparó en que Judd se apuntaba a cualquier cosa: a conferencias de profesores invitados, a recepciones, a la presentación de una investigación sobre la vigilancia mediante GPS de delincuentes de violencia machista de alto riesgo.

Dio forma a sus pensamientos en un trabajo final en el que pedía a las mujeres que reconocieran sus experiencias comunes e hicieran frente a la coerción sexual. «Propongo un modelo basado en las alianzas entre mujeres», escribió en la primera página.[47] Quería que las mujeres siguieran el ejemplo de los bonobos, que estuvieran menos separadas unas de otras y se mostraran menos reservadas, y que se unieran para ahuyentar a los hombres abiertamente agresivos.

«Será difícil convencer a las mujeres de que las cosas pueden cambiar», dejó por escrito en aquel trabajo, que obtuvo el Dean's Scholar Award y que añadía: «El sesgo está incorporado en las propias estructuras de nuestras instituciones formales, en la economía y en la vida diaria». Pero «algo nos espera al otro lado».

Era necesario dar un «paso valiente y lleno de confianza hacia delante para romper el aislamiento».

A pesar de todo, en junio de 2017 Judd aún no estaba segura de querer acusar a Weinstein públicamente. Ya había tratado de denunciar su conducta en una ocasión. En 2015 había ofrecido aquella entrevista a la revista *Variety* sin mencionar los nombres de Weinstein, Hayek o Golino, con la esperanza de que provocara algo, tal vez una oleada de mujeres unidas bajo una misma causa.

Sin embargo, no pasó gran cosa. La consiguiente ola de atención se había dirigido hacia Judd, no hacia Weinstein, y había sido tan breve como sensacionalista. Judd tuvo que acortar la promoción de su película *Soltera a los 40* para evitar que le hicieran demasiadas preguntas sobre aquel incidente.

Fue una advertencia. La historia de Judd en *Variety* había sido valiente, pero era un relato solitario en el que no aparecía el nombre del agresor ni ningún otro tipo de información adicional. En el periodismo, tener impacto iba de la mano de la especificidad: nombres, fechas, pruebas y patrones de comportamiento. Jodi no quería que Judd se negara a participar en lo que podría ser una historia mucho más poderosa solo porque otra más débil no hubiera llegado a ningún lado.

Judd también estaba escarmentada porque tan solo unos meses antes había pagado el precio de alzar la voz. A lo largo de los años, había mantenido un lucrativo contrato como imagen de Copper Fit, una marca de calcetines, medias de compresión, rodilleras y coderas. En los anuncios, recitaba alegremente frases como: «Me gustan mis suelos de madera maciza, pero pueden ser duros para mis pies. Por eso me encantan mis calcetines Copper Fit Gripper». Mantenía una relación cordial con la empresa y a veces socializaba con el director ejecutivo.

En las semanas previas a la Marcha de las mujeres en enero de 2017, Judd le había enviado al directivo un poema de protesta sobre la rabia femenina escrito por Nina Donovan, de diecinueve años y vecina de Franklin (Tennessee), que Judd había descubierto y que pensaba leer en el escenario principal de la marcha. «Soy una mujer repugnante —empezaba diciendo—. No tanto como el hombre que parece que se baña en polvo de Cheetos».[48] No era un poema vulgar, pero sí beligerante: «Estamos aquí para ser repugnantes, como las sábanas manchadas de sangre», había escrito Donovan, expresando que la menstruación formaba parte de la vida. Copper Fit no presentó ninguna objeción, pero pocas semanas después de la marcha, Judd fue despedida.[49] La empresa dijo que los clientes se habían quejado del poema.

Por todo esto, Judd tenía motivos para ser cautelosa. Pero durante la llamada, Jodi había pronunciado una palabra que la actriz llevaba tiempo queriendo escuchar: «patrón». Para Judd, había dos cosas determinantes: la cantidad de historias que las periodistas lograran reunir y el número de actrices que dieran la cara. Fiel a su texto de Harvard, quería ser una de las muchas mujeres que se alzaran unidas contra Weinstein.

La llamada finalizó con un plan: Judd se pondría en contacto con Salma Hayek.[50] A fin de obtener un asesoramiento adicional, Jodi también habló con Jill Kargman, una persona que ya le había brindado consejos sobre mundos desconocidos y que más adelante se convertiría en la guionista, productora y estrella del programa de televisión *Odd Mum Out*. Kargman instó a Jodi a que hablara con Jenni Konner, la socia productora de Lena Dunham en la serie de televisión *Girls*. Konner, por su parte, quiso que Jodi hablara también con Dunham. Jodi vaciló. Desde fuera, Dunham parecía lo contrario a una guardiana de secretos. Tuiteaba constantemente y convertía en material creativo incluso los aspectos más íntimos de su vida.

Pero valió la pena arriesgarse con esas llamadas.[51] Konner y Dunham habían oído historias sobre la presunta conducta depredadora de Weinstein, y habían querido denunciarlo en *Lenny Letter*, su *newsletter*, pero carecían de los recursos legales o de investigación necesarios. Dunham, que había participado activamente en la campaña de Hillary Clinton de 2016, dijo a Jodi que había pedido a los trabajadores de Clinton que dejaran de apoyarse en Weinstein para las recaudaciones de fondos, pero sus advertencias habían caído en saco roto. (Más tarde, Tina Brown, la editora que a finales de los noventa se había asociado brevemente con Weinstein para crear la revista *Talk*, dijo a Jodi que ella también había hecho una advertencia parecida a la campaña de Clinton de 2008.[52] Cuando estas revelaciones se hicieron públicas, Clinton y su equipo manifestaron gran sorpresa y negaron la relevancia de las advertencias de Dunham).

Konner y Dunham se convirtieron en una especie de centralita compuesta por dos celebridades, y con gran rapidez y discreción le proporcionaron a Jodi algunos de los contactos directos que necesitaba. Otra directiva del mundo del espectáculo con tendencias feministas hizo lo mismo.

El ratio de respuestas de las actrices seguía siendo bajo. Pero a finales de junio Konner tuvo noticias: Gwyneth Paltrow quería hablar.

En un primer momento, Jodi apenas había considerado a Paltrow en su lista de personas con las que ponerse en contacto. Había sido la niña bonita de Weinstein, una de sus principales estrellas; veinte años después de su aparición, el recuerdo de su carrera como actriz aún estaba ligado a él. Se les había fotografiado juntos en numerosas ocasiones,

riéndose, como un padre con su hija. En 1999, cuando Paltrow ganó el Óscar a la mejor actriz por su papel en *Shakespeare enamorado*, Weinstein estuvo a su lado, irradiando orgullo: él había hecho la película, él había moldeado a la estrella. En aquella época, a Paltrow se la conocía como «la primera dama de Miramax». Parecía poco probable que estuviese dispuesta a ayudar al *Times*. Difícilmente se la podía considerar una rebelde como McGowan o una activista como Judd. Se había convertido en empresaria en un negocio de salud y belleza y, para algunas personas, en un blanco habitual de críticas.

Pero desde el momento en que la llamada quedó fijada para el último fin de semana de junio de 2017, Paltrow dio una impresión diferente: era alguien que había estado en pleno meollo y que tal vez supiera más que nadie hasta la fecha. Por teléfono, Paltrow era educada y parecía algo nerviosa. Después de la consabida petición de garantías —sí, es una conversación privada; sí, Jodi comprendía lo delicado de la situación—, Paltrow compartió el lado desconocido de su relación con Weinstein.[53]

Se habían conocido en un ascensor durante el Festival de Cine de Toronto, en 1994 o 1995, cuando ella tenía veintidós años. En ese momento, su carrera apenas había despegado. Sus padres, la actriz Blythe Danner y el director y productor Bruce Paltrow, eran exitosos, y ella había recibido críticas alentadoras en una película llamada *Como uña y carne*, pero aún tenía que presentarse a distintas audiciones para conseguir nuevos papeles.

Weinstein le dio su voto de confianza allí mismo, en el ascensor. «Te vi en esa película, tienes que venir a trabajar con nosotros —le dijo—. Tienes muchísimo talento».

—Solo recuerdo que su opinión me hizo sentir legitimada.

Al poco tiempo le ofreció dos películas. Weinstein le dijo que si participaba en una comedia llamada *Mi desconocido amigo*, también podría ser la protagonista de su inminente adaptación de *Emma*, la novela de Jane Austen, un trabajo de ensueño, un papel que podría lanzarla al estrellato.

Paltrow se unió al núcleo duro de Miramax, que en aquel momento le parecía un equipo cálido y creativo.

—Me sentía como en casa —dijo.

Salía con Brad Pitt, que en esos momentos era mucho más famoso que ella, y vivía a caballo entre Nueva York y Los Ángeles. En uno de esos desplazamientos, antes de que comenzara el rodaje de *Emma*, recibió un fax de sus representantes en la agencia Creative Artists donde le comunicaban que debía reunirse con Weinstein en el Hotel Peninsula de Beverly Hills.

Era el mismo hotel que en la historia de Judd. Lo que Paltrow dijo a continuación también resultaba familiar. La reunión iba a celebrarse en una suite, supuestamente por razones de privacidad, lo que también formaba parte de una rutina.

—Llegué allí dando saltos, como una especie de golden retriever, feliz y contenta de encontrarme con Harvey —dijo.

Hablaron de negocios, pero Weinstein concluyó la reunión colocando sus manos sobre ella y pidiéndole que fueran a la zona del dormitorio e intercambiaran masajes. Paltrow apenas lograba procesar qué estaba ocurriendo. Veía a Weinstein como a uno de sus tíos, y la idea de que pudiera estar sexualmente interesado en ella le sorprendió y le provocó náuseas. Él le pidió por segunda vez que se trasladaran a la habitación.

Paltrow se excusó, pero «no de manera que él pudiera sentir que había hecho algo malo», dijo. En cuanto se marchó, le contó lo sucedido a Brad Pitt, y a continuación a

unos cuantos amigos, a familiares y a su agente.

El resto de la historia de Paltrow se apartaba de la de Judd y, posiblemente, la volvía más relevante. Semanas más tarde, cuando Paltrow y Pitt coincidieron con Weinstein en un estreno cinematográfico, Pitt se encaró con el productor y le exigió que tuviera las manos quietas. En aquel momento, Paltrow se sintió aliviada de que su novio la protegiera.

Sin embargo, cuando regresó a Nueva York, Weinstein la llamó con amenazas y la regañó por haberle contado a Pitt aquel encuentro.

—Me soltó alguna variante del clásico «voy a arruinar tu carrera» —dijo. Paltrow recordaba estar de pie en su viejo apartamento en la calle Prince del SoHo, temiendo perder ambos papeles, sobre todo el protagonista en *Emma*—. Yo no era nada, era una niña, había firmado un contrato. Estaba petrificada, pensé que iba a despedirme.

Trató de reconducir la relación a un terreno más profesional. Le explicó que le había parecido natural contárselo a su novio, pero que quería pasar página y seguir adelante con su vida.

—Siempre quise que entre nosotros hubiera paz, no quería problemas —le explicó a Jodi.

Durante un tiempo, la relación se restableció.

—Sé que sonará raro, pero yo pensaba: «Bueno, lo hecho, hecho está».

Cuanto mayores eran sus triunfos a partir de su relación con Weinstein, menos capacitada se sentía para hablar sobre el desagradable episodio ocurrido en los inicios de su colaboración.

—Tenía una carrera increíble, así que de ninguna manera podía volver atrás y hablar de lo que había ocurrido —dijo—. De mí se esperaba que guardara el secreto.

La ética de Hollywood consistía en tragarse los lamentos y soportar ese tipo de comportamientos. Paltrow no pensó que aquel encuentro formara parte de algo más grande o sistémico. Durante sus años en Miramax, de vez en cuando le llegaban los perturbadores rumores que circulaban sobre Weinstein, pero nunca iban acompañados de detalles específicos. El comportamiento de Weinstein era agresivo de distintas maneras, y su encuentro en aquella habitación de hotel parecía suave en comparación. Weinstein, por ejemplo, arrojaba objetos a los demás. Sus invectivas iban más allá de cualquier cosa que Paltrow u otros hubieran visto en un hombre hecho y derecho. Los empleados de Miramax que ella conocía tenían miedo de la inestabilidad de Weinstein. «Es la bomba de hidrógeno, viene la bomba H», advertían antes de que apareciera.

Después de que Paltrow protagonizara otras dos películas de Miramax —*Algo que contar*, en 2000, y *A View from the Top*, en 2003—, la actitud de Weinstein hacia ella cambió.

—Ya no era la niña bonita que convertía en oro todo lo que tocaba —dijo—. Mi valor había disminuido a sus ojos.

Cuando Paltrow se quedó embarazada de su primer hijo, se fue distanciando discretamente del productor.

Así siguieron las cosas hasta 2016, cuando falleció Miriam Weinstein, madre del productor y una figura muy querida en Miramax.[54] Paltrow escribió a Weinstein un breve correo de condolencia y, para su sorpresa, este lo leyó en voz alta en el funeral. Poco después la llamó… Paltrow supuso que para agradecerle el gesto.

Sin embargo, después de las habituales cortesías, empezó a presionarla de nuevo. La

revista *New York* estaba preparando un reportaje sobre la forma en que trataba a las mujeres. Weinstein aseguró a Paltrow que no tenían ninguna historia, nada de nada. Quería que le prometiera que nunca hablaría del incidente ocurrido en el Peninsula hacía ya tantos años. «En realidad, lo único que quiero es proteger a la gente que dijo que sí». Se refería a las mujeres que habían cedido a sus proposiciones. Paltrow rechazó ser entrevistada por la revista, pero no cerró la puerta a la posibilidad de hablar sobre ello en el futuro.

«Esta historia necesita ver la luz», le dijo a Jodi. Durante mucho tiempo había dado por hecho que jamás revelaría lo sucedido, pero veinte años después todo era muy diferente, y por ese motivo se encontraba ahora al teléfono.

Paltrow dejó bien claro que no se comprometía a que sus declaraciones se hiciesen públicas. Hablando en plata, su imagen pública no pasaba por un buen momento. Por aquel entonces, Goop, su tienda *online* y marca de estilo de vida, vendía un huevo de jade por sesenta y seis dólares que se insertaba en la vagina para «ayudar a cultivar la energía sexual, despejar los caminos del chi en el cuerpo, intensificar la feminidad y revigorizar la fuerza vital», según afirmaba la página web.[55] Estos huevos habían dado lugar a meses de bromas y acusaciones de que Paltrow vendía alegremente productos cuyos beneficios para la salud eran dudosos o nulos. «Supongo que en la página de Goop pronto podrán adquirirse medidores del pH de la orina de origen orgánico y de comercio justo por setenta y siete dólares», escribió la doctora Jen Gunter, una ginecóloga y obstetra que realizaba mordaces críticas a este y a otros productos promocionados por Goop.[56]

En Instagram, a Paltrow se la veía tan despreocupada como siempre. En privado, se sentía derrotada e insegura de si podría hacer frente a nuevas controversias. Estaba convencida de que cualquier noticia que hablara de Weinstein, de ella y de sexo terminaría adoptando un cariz sensacionalista y se convertiría en el escándalo entre famosos de la semana.

—No sabía si iban a arrastrarme por el barro —dijo más tarde—. Si te fijas, históricamente eso es lo que les suele pasar a las mujeres.

Además, tenía más de un centenar de empleados, personas que pagaban sus hipotecas y criaban a sus hijos; entrar en nuevas polémicas podría afectarles también a ellos. «No puedo arruinar el negocio», fueron sus palabras.

Pero Paltrow decidió que usaría su red de contactos en Hollywood para ayudar a Jodi a identificar y a reclutar a otras víctimas de Weinstein, para que así las mujeres pudieran repartir la carga de alzar la voz al unísono. (Jodi no podía mencionar a Judd en sus conversaciones con Paltrow, y viceversa). Paltrow hizo una lista con media docena de nombres famosos a los que llamaría, y pidió indicaciones sobre los protocolos del periodismo de investigación. Jodi sugirió otros nombres. Paltrow estaba de vacaciones con sus hijos en Europa, y en sus redes sociales aparecían copas de vino, un pícnic, un lago italiano. De puertas para dentro, en cambio, enviaba mensajes a antiguas compañeras de rodaje y a conocidas para conseguir los contactos de unas y de otras, y preguntaba a ciertas mujeres si estaban dispuestas a hablar.

El 5 de julio, Megan volvió a la redacción del *Times*, pendiente aún de saber qué temas iba a cubrir. Aquel primer día, Rebecca Corbett le indicó las posibles opciones. La primera era retomar a Donald Trump. Durante los últimos meses de su embarazo, Megan

había empezado a investigar la empresa de Trump y sus lazos con Rusia, haciendo hincapié en su afán por construir la Torre Trump en Moscú durante la carrera presidencial y en otros negocios cuestionables. La segunda era sumarse a la investigación sobre Harvey Weinstein. Jodi seguía deseando que Megan se uniera a ella. ¿Estaba interesada?

Megan se tomó un día para deliberar y pidió consejo a varios colegas de confianza. Los que cubrían a Trump lo tenían clarísimo: investigar al presidente era una oportunidad única en la vida, mucho más importante que ir detrás de un sórdido productor de Hollywood acusado de aprovecharse de actrices jóvenes. Dejarla escapar sería un gran error por su parte. Pero Megan no estaba tan segura; estaba aburrida de ver cómo los artículos contundentes sobre Trump se iban amontonando sin causar ningún revuelo.

Aun así, la investigación sobre Weinstein todavía estaba en el aire. La acusación de McGowan era grave, pero parte del material recopilado por Jodi no parecía tan terrible comparado con los crímenes sexuales sobre los que Megan había informado en Chicago. ¿Cuánto daño verificable había realmente en las historias de los masajes? Le costaba imaginarse a actrices famosas en la categoría de víctimas. Una de las misiones fundamentales del periodismo es dar voz a los que no la tienen, a los que a menudo son ignorados. Las estrellas cinematográficas, con su fama y su fortuna, estaban lejos de ocupar estas posiciones.

Es más, ¿cumplía el casting de sofá con la definición legal de acoso sexual? Estas mujeres técnicamente no eran empleadas de Weinstein, y para algunas de ellas no había habido papeles específicos de por medio. ¿Hasta dónde podría llegar esta investigación?

Pero Jodi insistía en que si los relatos eran ciertos, Weinstein era la personificación de cómo los hombres poderosos podían abusar de su condición de jefes para establecer un dominio sobre las mujeres. Él invitaba a esas mujeres a las reuniones y ellas respondían porque querían trabajar, porque tenían ambición, creatividad, esperanzas y sueños. A cambio, él las ponía en situaciones sin salida: en caso de no someterse a sus exigencias sexuales, se arriesgaban a sufrir las consecuencias. Eso era acoso sexual, independientemente de si coincidía o no con la definición legal.

Anita Hill, en la que tal vez había sido la denuncia por acoso sexual más famosa de todos los tiempos, acusó a Clarence Thomas de invitarla a salir y hacer comentarios pornográficos en el lugar de trabajo. Aunque la posición social de un futuro juez de la Corte Suprema y la de un productor de Hollywood eran diferentes, las demandas contra Weinstein también parecían responder a un perfil depredador. Y el hecho de que las mujeres que lo acusaban fueran famosas formaba parte de la ecuación: demostraba que se trataba de un problema universal.

Megan llevó una silla hasta el cubículo de Jodi y empezó a trabajar.

Ambas reporteras trataban de ponerse en contacto con algunas de las mujeres más célebres del mundo. Gracias a una antigua empleada de Miramax supieron que Angelina Jolie tenía una historia sobre Weinstein. Jodi rogó a la directiva de Hollywood con inclinaciones feministas, que ya la había ayudado antes, que le facilitara su correo electrónico, y envió un mensaje cuidadosamente redactado a la estrella, habló con un asesor y esperó para ver si se decidía a participar. También escribieron a Uma Thurman, que no contestó.[57] Más adelante, las periodistas descubrieron que alguien le había dicho que no eran de fiar. Por su parte, Salma Hayek, a pesar de los reiterados mensajes,

tampoco llegó a responder nunca.

Ambra Battilana Gutierrez, una modelo italiana a la que presuntamente Weinstein había manoseado durante una reunión en su despacho en 2015 —un incidente que fue investigado por el Departamento de Policía de Nueva York (NYPD)— parecía ser la única mujer que había denunciado al productor ante las autoridades. Al final, la oficina del fiscal del distrito rehusó procesar a Weinstein, pero Battilana había contratado a detectives secretos y, según parece, tenía grabaciones del productor hablando sobre lo ocurrido.

Megan no recibió ninguna respuesta de la modelo, y el NYPD se negaba a proporcionarle una copia del informe del incidente, apoyándose en una antigua política que prohibía la publicación de tales informes. De modo que Megan se puso en contacto con abogados y con otras personas que pudieran estar al tanto del caso. Mientras escribía reportajes sobre muestras de ADN en Chicago, Megan había entrevistado a Linda Fairstein, una figura destacada en la persecución de delitos sexuales.[58] Megan decidió recurrir a ella de nuevo confiando en que pudiera ofrecerle su valioso conocimiento sobre el departamento de crímenes sexuales en el que había trabajado, el mismo que había rechazado presentar cargos en el caso de Weinstein. Pero en cuanto escuchó el motivo de la llamada, el tono de Fairstein se enfrió. Insistía en que las acusaciones de Ambra Battilana Gutierrez eran infundadas. No se había producido ninguna conducta criminal. Y no había nada irregular en el modo en que se había manejado el caso. «Creo que no hay nada que hacer», le dijo a Megan.

A mediados de julio, las periodistas se reunieron por primera vez con Rose McGowan en una cena privada en casa de Jodi. McGowan estaba de todo menos relajada. Sus ojos recorrían constantemente la sala. No tenía ningún interés en mantener una charla distendida, pero fue contestando una pregunta tras otra con el mejor de los ánimos, en especial las relacionadas con las secuelas del encuentro en la habitación de hotel y con qué otras personas podrían recordar lo ocurrido o aportar pruebas. Jodi y Megan le pidieron que intentara obtener una copia del acuerdo de compensación; le explicaron que alguno de los bufetes de abogados debía conservar una copia.

Tras la entrevista con McGowan, las periodistas plantearon una cuestión singularmente confusa a uno de los principales editores del periódico, Matt Purdy, quien había supervisado la historia de O'Reilly y había reunido a un extenso equipo dedicado a la investigación del acoso sexual, y era uno de los encargados de supervisar la investigación. Además de McGowan, diversas fuentes secundarias sugerían que Weinstein había cometido delitos penales en repetidas ocasiones, incluyendo agresiones y violaciones. ¿Debían centrarse las periodistas en encontrar estas denuncias priorizando los delitos más graves? Para Purdy, ese no era necesariamente el camino: «Concentraos primero en aquello que podáis demostrar, incluso si lo único que podéis probar son delitos menores. Conseguid los registros oficiales de las denuncias presentadas por las mujeres, los documentos y, en especial, las sumas pagadas a las víctimas». Nadie había revelado aún la historia de Weinstein y, por tanto, lo más importante era hacerlo correctamente. Purdy no ignoraba la posibilidad de que se hubieran producido transgresiones más graves; lo que les venía a decir era que si las periodistas conseguían publicar la noticia, había grandes probabilidades de que todo terminara cayendo por su propio peso.

El sábado 15 de julio, Jodi se encontró en su teléfono con una serie de mensajes de texto alarmantes y llamadas perdidas de Paltrow. Harvey Weinstein estaba en la sala de estar de la casa de Paltrow en Los Hamptons. Para no verlo, se había escondido en el baño de la planta de arriba.

Lo sorprendente no era su presencia allí, sino que hubiera elegido aquel momento para ir a visitarla. Una semana o dos antes, Weinstein se había puesto en contacto con ella. Había llegado a sus oídos que la actriz iba a celebrar una fiesta para posibles inversores en un musical que contaba con su respaldo, y le pidió poder asistir. Ella sentía que él le estaba enviado un mensaje claro: te estoy observando. Paltrow preguntó a Jodi qué debía hacer.

Jodi no quiso meterse en medio, pero consideraron varias opciones. Paltrow podía decirle que no fuera, pero tal vez eso dejara entrever que estaba hablando con una periodista. Quizá lo mejor era incluirlo en la velada. Por otro lado, ¿y si Weinstein la confrontaba y le exigía una respuesta a la pregunta de si estaba hablando con el *Times*?

Paltrow decidió dejar que apareciera, confiando en que se perdiera entre la multitud. Pero el productor se había presentado temprano, probablemente con la intención de hablar con ella a solas, y Paltrow estaba desconcertada. Jodi también estaba nerviosa, sobre todo al ver la cantidad de mensajes que le había enviado la actriz.

A muchos kilómetros de distancia, Jodi aconsejó a Paltrow que aguantara hasta el final. Paltrow la llamó una vez terminó la fiesta y le dijo que había transcurrido sin incidentes. Había mantenido a su asistente cerca en todo momento. Parecía resuelta, incluso un poco fascinada por lo que se estaba gestando.

El primer viernes de agosto, Jodi y Megan se reunieron por primera vez con Paltrow en Los Hamptons con la esperanza de convencerla para que apareciera en su reportaje. Comenzaron la entrevista en la terraza que daba a la parte de atrás, rodeadas de columpios y de exuberantes setos. En persona, Paltrow era sencilla y divertida. Antes de volver a relatar su historia con Weinstein, demostró una gran empatía al interesarse por la nueva maternidad de Megan, y accedió de buena gana cuando esta le pidió con mucho tacto que aportara más detalles a su relato; las periodistas también le explicaron que buscarían la forma de ponerse en contacto con Brad Pitt para que confirmara su versión de los hechos. Megan aseguró a la estrella que ese era el procedimiento habitual: para corroborar las historias de las presuntas víctimas, debían acudir a las personas a las que se las habían contado en el momento de producirse, verificando así que las recordaban de la misma manera.

Pedir a Paltrow que apareciese en el reportaje con nombres y apellidos era una cuestión muy delicada. Todavía lidiaba con el escándalo del huevo de jade. Jodi y Megan comprendían las críticas que había recibido, pero no querían que estas impidieran la participación de Paltrow en lo que podía ser una noticia mucho más relevante. Además, pese a todos sus esfuerzos, Paltrow no había logrado convencer a otras actrices para que hablaran de sus problemas con Weinstein. Una había declinado a causa de su amistad con la mujer del productor. Otras ni siquiera le habían contestado.

En mitad de la entrevista, Paltrow respondió una llamada de una amiga famosa. Salió al césped para preguntarle si alguna vez había sido víctima de Weinstein y, al volver, explicó que la mujer le había dicho que nunca le había pasado nada. Paltrow resumió sus

pensamientos de la siguiente manera: quería participar pero no quería que la noticia girara en torno a ella. Cuantas más mujeres hablaran en el artículo, mejor.

—Quiero asegurarme de que no seré el centro de atención de ninguna manera —dijo.

En el coche, volviendo de Los Hamptons, Jodi y Megan se sentían esperanzadas. Paltrow no había dicho que sí, pero habían conectado a nivel personal. Entonces las periodistas se dieron cuenta de que tal vez podrían visitar a alguien que no había contestado a sus preguntas: una antigua directiva de Miramax que vivía cerca. De modo que tomaron un desvío y se presentaron en el chalet de verano de la mujer. Esta salió a la puerta y las saludó con una sonrisa, pero en cuanto comprendió el motivo de su visita, les cerró la puerta en las narices y las dejó plantadas en el porche delantero.

Rebecca Corbett quería escuchar inmediatamente hasta el último detalle de su viaje a Los Hamptons. Como editora, se implicaba completamente en las historias, se preocupaba de tirar de ellas hacia delante, y participaba a través de sus periodistas al tiempo que mantenía una visión crítica. Probablemente Weinstein, tan dado a alardear de su camaradería con los representantes mediáticos más poderosos,[59] jamás hubiera oído hablar de Corbett. Tenía sesenta y tantos años y era una persona escéptica, escrupulosa y alérgica a las ostentaciones o exageraciones. A pesar de ser la codirectora del departamento de investigación del *Times*, mantenía un perfil tan bajo que apenas aparecía en los resultados de búsqueda de Google. Sus ambiciones eran periodísticas, no personales.

Sin embargo, en los círculos periodísticos se la reverenciaba porque poseía una cualidad que, a decir verdad, compartía con Weinstein: ejercía una gran influencia al defender el trabajo de otras personas. En *The Baltimore Sun* había sido la mentora de un reportero de veintidós años llamado David Simon, le había empujado a que dejara de escribir noticias breves sobre incendios y asesinatos en casas adosadas para perseguir otras más ambiciosas sobre la sociología del crimen y las clases sociales; fue su editora hasta el día en que dejó el *Sun* para crear series como *The Wire*. (En la última temporada, el personaje del editor de noticias locales, uno de los pocos héroes de la producción, estaba basado en parte en Corbett,[60] aunque fuera un hombre). Pocos años después del 11 de septiembre de 2001, cuando dos periodistas del *Times* descubrieron que la Agencia de Seguridad Nacional se dedicaba a espiar en secreto a ciudadanos estadounidenses sin disponer de una orden judicial, Corbett mantuvo la investigación en activo a pesar de los debates internos y de las intensas presiones ejercidas por la Casa Blanca para que no fuera publicada, dando lugar a una de las mayores primicias de la era Bush.[61]

Como Jodi y como Megan, había desarrollado su carrera en salas de redacción dominadas por hombres, criando a una hija en mitad del frenesí de conseguir noticias. Cuando en 2013 la nombraron para ocupar un puesto en la dirección del *Times*, por primera vez en la historia las mujeres representaban el cincuenta por ciento del equipo directivo, un hito que pasó casi inadvertido. Años después, la gente diría que dos mujeres habían sacado a la luz la historia de Weinstein, pero en realidad habían sido tres.

A medida que Corbett repasaba las historias cada vez más numerosas sobre habitaciones de hotel, un asunto le preocupaba más que ningún otro: «¿Cuál es vuestra estrategia para conseguir que estas mujeres no permanezcan en el anonimato?», preguntaba a Jodi y a Megan cada dos por tres. Las periodistas solo podían responderle a medias: si encontramos a suficientes mujeres, podemos instarlas a que hagan sus

historias públicas a la vez para que dispongan de una seguridad numérica.

Sin embargo, a Corbett ese enfoque le resultaba demasiado arriesgado. Las fuentes se mostraban extremadamente reacias, por razones comprensibles. Había algo intrínsicamente injusto en ese modo de informar: ¿por qué eran las mujeres las que debían soportar la carga de tener que presentarse ante la opinión pública con historias incómodas cuando ellas no habían hecho nada malo? A Corbett le preocupaba que Jodi y Megan pudieran terminar con una impresionante montaña de relatos sobre habitaciones de hotel, pero ningún artículo. Incluso si las periodistas lograban persuadir a una o dos mujeres, eso podía conducir al viejo problema de «él dijo, ella dijo».

Las periodistas empezaban a darse cuenta de que la historia sobre Weinstein tendría que ser contada mediante pruebas: idealmente con los testimonios de las víctimas, pero también con la fuerza arrolladora de las pruebas escritas, legales y económicas.

[37] Fotos: «2017 Cannes Film Festival Red Carpet Looks», *The New York Times,* 20 de mayo de 2017, <https://www.nytimes.com/2017/05/20/fashion/2017-cannes-film-festival-red-carpet-looks.html>.
[38] Ramin Setoodeh, «Ashley Judd Reveals Harassment by Studio Mogul», *Variety,* 6 de octubre de 2015, <https://variety.com/2015/film/news/ashley-judd-sexual-harassment-studio-mogul-shower-1201610666>.
[39] Correo electrónico de Judith Godrèche a Jodi Kantor, 13 de junio de 2017.
[40] Entrevistas de Jodi Kantor a Marisa Tomei realizadas entre 2017 y 2018.
[41] Elizabeth Rubin, «Spy, Mother, Comeback Kid: All Eyes Are on Claire Danes», *Vogue,* 14 de julio de 2013, <https://www.vogue.com article/all-eyes-on-claire-homeland-claire-danes-and-damian-lewis>.
[42] Lisa Bloom (@LisaBloom), «BIG ANNOUNCEMENT: My book SUSPICION NATION is being made into a miniseries, produced by Harvey Weinstein and Jay Z!», Twitter, 7 de abril de 2017, <https://twitter.com/lisabloom/status/850402622116855809>.
[43] Ashley Judd y Maryanne Vollers, *All That Is Bitter and Sweet*, Nueva York, Ballantine, 2015.
[44] Entrevistas de Jodi Kantor y Megan Twohey a Ashley Judd realizadas entre junio de 2017 y enero de 2019.
[45] Muchos de los detalles de la educación de Judd se describen en su autobiografía de 2015, firmada por Judd y Vollers, *All That Is Bitter and Sweet*.
[46] Entrevista de Jodi Kantor a Diane Rosenfeld realizada el 11 de mayo de 2018.
[47] Ashley Judd, «Gender Violence: Law and Social Justice», (tesis del máster, Escuela de Gobierno John F. Kennedy de Harvard, 2015), 2010.
[48] Vídeo de YouTube: «#NastyWoman», 00:06:43, Live at State of the Word, publicado por Nina Mariah, 11 de diciembre de 2016, <https://www.youtube.com/watch?v=dvN0On85sNQ>.
[49] Entrevista de Jodi Kantor a Ashley Judd realizada en 2017; entrevista de Jodi Kantor a cargos directivos de Copper Fit, en 2019.
[50] Entrevista de Jodi Kantor a Jill Kargman realizada en junio de 2017.
[51] Entrevista de Jodi Kantor a Jenni Konner realizada en 2017; entrevista de Jodi Kantor a Lena Dunham, en 2017.
[52] Entrevista de Jodi Kantor a Tina Brown realizada el 26 de septiembre de 2017.
[53] Entrevistas de Jodi Kantor y Megan Twohey a Gwyneth Paltrow realizadas entre 2017 y 2019.
[54] Anita Gates, «Miriam Weinstein, Mother and Backbone of Original Miramax, Dies at 90», *The New York Times*, 4 de noviembre de 2016, <https://www.nytimes.com/2016/11/04/movies/miriam-weinstein-died-miramax.html>.
[55] «Jade Egg», Goop, <https://shop.goop.com/shop/products/jade-egg?country=USA: Bill Bostock>; «Gwyneth Paltrow's Goop settles $145,000 lawsuit over baseless vaginal eggs health claims», *Business Insider*, 5 de septiembre de 2018, <https://www.businessinsider.com/gwyneth-paltrows-goop-lawsuit-vaginal-egg-claims-2018-9>.
[56] Jen Gunter, «Dear Gwyneth Paltrow, I'm a Gynecologist and Your Vaginal Jade Eggs Are a Bad Idea», *Dr. Jen Gunter,* 17 de enero de 2017, <https://drjengunter.com/2017/01/17/dear-gwyneth-paltrow-im-a-gyn-and-your-vaginal-jade-eggs-are-a-bad-idea>.
[57] Entrevistas y correos electrónicos de Jodi Kantor con Uma Thurman, 2017–19.
[58] Entrevista de Megan Twohey a Linda Fairstein en 2009 mientras trabajaba en el *Chicago Tribune*.
[59] Ryan Tate, «Why Harvey Weinstein Thinks He Owns New York Media», *Gawker*, 2 de abril de 2008, <http://gawker.com/5004915/why-harvey-weinstein-thinks-he-owns-new-york-media>.
[60] Entrevistas y correos electrónicos de Jodi Kantor con David Simon, 2018–19.
[61] James Risen y Eric Lichtblau, «Bush Lets U.S. Spy on Callers without Courts», *The New York Times,* 16 de diciembre de 2005, <https://www.nytimes.com/2005/12/16/politics/bush-lets-us-spy-on-callers-without-courts.html>.

Capítulo 3 Cómo silenciar a una víctima

A mediados de julio, con Jodi centrada en Hollywood, Megan recurrió a una pregunta fundamental en cualquier investigación: ¿existía algún registro oficial del comportamiento abusivo por parte de Weinstein?

Al fin y al cabo, existían leyes para proteger a las víctimas de acoso sexual y, al menos sobre el papel, agencias gubernamentales encargadas de aplicarlas. Si Weinstein hubiera sido un acosador en serie, algunas de sus víctimas podrían haber presentado denuncias ante la Comisión para la Igualdad de Oportunidades en el Empleo (EEOC, por sus siglas en inglés) o ante los correspondientes organismos estatales en Nueva York y Los Ángeles, las ciudades desde donde Weinstein había dirigido sus empresas.[62]

Las agencias federales y las de Nueva York no tenían nada, pero Grace Ashford, una joven y eficaz investigadora que llevaba un mes trabajando en el *Times*, obtuvo del Departamento de Empleo y Vivienda Justa de California un informe en el que aparecían numerosas denuncias laborales en Miramax.[63] La investigación estaba envuelta en el oscurísimo lenguaje de la burocracia: direcciones, fechas y códigos numéricos indicaban la naturaleza de las alegaciones y cómo se habían resuelto, pero no arrojaban información acerca de quiénes las habían presentado o qué había sido de esas personas.

El 12 de septiembre de 2001, la agencia había recibido una demanda por acoso sexual contra Miramax. Curiosamente, fue archivada ese mismo día.

El informe señalaba que «la demandante ha optado por el proceso judicial». Por lo general eso quería decir que la agencia había aprobado los términos legales de la demanda y la había derivado a la justicia civil. Pero eso era todo, no había nada más, ni tampoco había constancia de un proceso judicial en el listado de asuntos pendientes de California. ¿Cómo podía desaparecer en cuestión de horas una demanda presentada ante el Gobierno?

Megan llamaba una y otra vez a la agencia para preguntar, pero era como llamar a una casa vacía. Cuando finalmente logró ponerse en contacto vía correo electrónico con una de las personas que trabajaba allí, el funcionario le dijo que la denuncia contra Miramax y cualquier otro informe relacionado se habían destruido en virtud de una política sobre la conservación de documentos de más de tres años. Otra de estas políticas prohibía que el oficial proporcionara el nombre de la persona que había presentado la acusación.

Era exasperante. A base de insistir, Megan consiguió el nombre del investigador gubernamental al que se le había asignado el caso en el momento de su presentación. Era una mujer ya jubilada. En la agencia nadie sabía dónde vivía. A través de las redes sociales y distintos directorios, Megan descubrió que vivía en la zona este de Los Ángeles y por fin pudo hablar con ella por teléfono.

La entrevista fue breve. La exinvestigadora había examinado centenares de denuncias durante el tiempo que trabajó en la agencia californiana. No recordaba esta en

particular.

—¿Qué es Miramax? —preguntó.

La tarde del 14 de julio, el equipo del *Times* creado para centrarse en historias de acoso sexual después de la exclusiva de O'Reilly —que incluía a Rebecca Corbett, Matt Purdy y Emily Steel, entre otros— se reunió en la sala de juntas Page One para ponerse al día.[64] La sala carecía de decoración y tampoco había fotografías de presidentes o de acontecimientos históricos. Pero dos veces al día, los principales editores se reunían en ella para decidir las historias que encabezarían las ediciones impresa y digital del periódico. Los periodistas casi nunca asistían a esas reuniones, de modo que su presencia confería a aquella sesión una mayor envergadura.

Las nuevas historias de acoso eran prometedoras. Dos semanas antes, Katie Benner, la periodista encargada de cubrir Silicon Valley, había publicado una descripción detallada del acoso en la industria tecnológica: emprendedoras que habían acudido a inversores de capital riesgo masculinos y se habían visto expuestas a mensajes inapropiados, manoseos e insinuaciones («No sabía si contratarte o pedirte salir»).[65] Durante mucho tiempo, las mujeres de aquella industria dominada por hombres habían permanecido en silencio; hablar sobre ello les parecía arriesgado y tabú.

Sin embargo, de un tiempo a esta parte eran cada vez más las que alzaban la voz. Un poco antes, ese mismo año, Uber se había puesto patas arriba cuando Susan Fowler, exingeniera de la compañía, describió en un blog el acoso y las represalias que había sufrido mientras trabajaba allí.[66] En el artículo de Benner, más de dos decenas de mujeres habían dado un paso al frente. Muchas testificaron con nombre y apellidos o señalaron a los inversores. En las fotografías que acompañaban el reportaje, las mujeres ofrecían una imagen de tranquilidad y fortaleza: mujeres innovadoras que creaban empresas y que esperaban recibir un trato justo.

La historia caló hondo. Uno de los hombres y una de las compañías se disculparon.[67] Tanto sus colegas como los lectores alabaron a aquellas mujeres por compartir sus experiencias. La bandeja de entrada de Benner rebosaba de nuevos relatos y pistas.

Es decir, el éxito de la historia de O'Reilly había dejado de ser una excepción. Megan y Jodi enviaron el artículo de Benner a sus fuentes del caso Weinstein, y también las reacciones de apoyo que había suscitado. Era una forma de decirles que sí, en efecto, es un tema peliagudo, pero nuestro equipo sabe cómo hacerlo.

La reunión comenzó con unos intercambios rápidos: Jodi y Megan hacían progresos lentos pero firmes en relación a Weinstein. Emily Steel había escuchado alarmantes relatos de acoso sexual en *Vice*.[68] Catrin Einhorn estaba metida de lleno en conversaciones con trabajadoras de restaurantes, comercios, hoteles y del sector de la construcción.[69] Susan Chira se centraba en los lugares de trabajo obreros tradicionalmente masculinos, como los muelles y las minas de carbón.[70]

En cada uno de estos sectores, el acoso presentaba una sociología particular. En los restaurantes, la omnipresencia de las bebidas alcohólicas durante las horas de trabajo llevaba a la relajación del juicio y a la liberación de las inhibiciones, y los encargados a menudo eran reacios a hacer frente a los clientes que se pasaban de la raya. Silicon Valley estaba lleno de hombres jóvenes que se hacían ricos de la noche a la mañana y que no sentían que tuvieran que rendir cuentas a nadie. En los muelles y en la construcción, así como en otros lugares de trabajo tradicionalmente masculinos, en

ocasiones, los hombres habían intentado expulsar a las mujeres poniéndolas en situaciones de peligro físico. Chira escuchó la historia de una mujer a la que habían dejado sola en las profundidades de una mina sin ningún tipo de aparato que le permitiera comunicarse con el exterior, y la de otra a la que habían abandonado en lo alto de una turbina eólica.

Los periodistas se habían unido al proyecto conociendo lo básico sobre el acoso sexual. Desde los años sesenta se había aprobado todo un cuerpo de leyes que protegía a las personas de acercamientos sexuales no deseados en el lugar de trabajo. El acoso no era un delito penal a menos que implicara violación o agresión, pero era una violación de las leyes federales en materia de derechos civiles. Todos los que se encontraban en aquella habitación estaban al tanto de las historias de Clarence Thomas y de Bill Clinton. Sin embargo, a medida que las periodistas ponían en común lo que iban aprendiendo en los distintos sectores, se percataron de algo trascendente: algunas de las armas que en teoría estaban destinadas a luchar contra el acoso sexual en realidad lo facilitaban.

Emily Steel había sido la primera en informar de ello gracias a su trabajo con Fox y O'Reilly. Era bien sabido que muchos de los casos de acoso sexual se habían resuelto fuera de los tribunales, y Michael S. Schmidt y ella ya habían revelado que O'Reilly y Fox habían echado mano de acuerdos que imponían cláusulas de confidencialidad (básicamente, pagaban a las víctimas para que permanecieran calladas). Pero los términos específicos de este tipo de acuerdos pedían a gritos nuevas investigaciones.

Por lo que Steel estaba averiguando sobre los acuerdos, su lenguaje los asemejaba más a tapaderas que a transacciones legales legítimas. Incluían una cláusula restrictiva detrás de otra. Las mujeres estaban obligadas a entregar todas las pruebas —grabaciones de audio, diarios, correos electrónicos, copias de seguridad y cualquier otra evidencia— a O'Reilly y a sus abogados. A todas ellas —y, en uno de los casos, a un abogado— se les prohibió ayudar a otras mujeres que pudieran tener otras demandas similares contra el presentador. Si recibían citaciones que las obligaban a testificar, se les exigía que avisaran a O'Reilly y a su equipo, quienes podían tratar de impedir que llegasen a declarar.[71]

El abogado de una de las mujeres incluso accedió a cambiarse de bando para «proporcionar consejos legales a O'Reilly en materia de acoso sexual», según recogía el texto del acuerdo. Otra de las presuntas víctimas prometió no volver a hacer declaraciones despectivas sobre O'Reilly o Fox News, «tanto en forma escrita como oral, directa o indirecta», y no responder jamás a cualquier periodista que pudiera ponerse en contacto con ella con relación a aquel asunto. Como parte del trato, esta víctima confirmó que no había presentado ninguna demanda ante cualquiera de las agencias gubernamentales responsables de luchar contra el acoso sexual, incluida la Comisión para la Igualdad de Oportunidades en el Empleo.

A cambio, una presunta víctima recibió alrededor de nueve millones de dólares, y otra tres millones y cuarto. Si alguna de estas mujeres violaba alguna de estas cláusulas, podía perder todo el dinero. Así, independientemente de lo que O'Reilly hubiera o no hecho a esas mujeres, la verdad iba a parar a un pozo profundo de donde nunca sería recobrada. Dinero en metálico a cambio de su silencio, ese era el trato.

Aquel verano, mientras Steel continuaba investigando a O'Reilly, brotaban preguntas más amplias: ¿eran siquiera legales estas cláusulas?, ¿firmaban mujeres de todo el país documentos como esos a diario, a menudo, sin que casi nadie lo supiera? Y los abogados

especialistas en acoso sexual ¿lidiaban en realidad con el problema o se limitaban a impulsar acuerdos con fines de lucro?

Steel sugirió a los editores que el periódico comenzara a explorar esas cuestiones, y esa era una parte del encargo que Corbett había asignado a Jodi. Además de tratar de llegar a las estrellas de cine, Jodi había llamado a fiscales y expertos legales de todo el país, desde abogados laborales que ejercían en pequeñas ciudades a académicos, y ahora había llegado el momento de compartir sus hallazgos.

Los abogados habían compartido con Jodi que las cláusulas descritas por Steel no eran aberraciones, sino la práctica habitual a la hora de enfrentarse al acoso sexual. Y a menudo era una de las pocas vías para lidiar con ello.

Hicieron énfasis en que existían buenos motivos para que las mujeres firmaran aquellos acuerdos. Necesitaban el dinero, deseaban privacidad, no veían mejores opciones o simplemente querían pasar página. Podían evitar que las tacharan de chismosas, mentirosas, ligonas o querellantes habituales. Era una forma de que les pagaran y de seguir con sus vidas. La alternativa, es decir, llevar ese tipo de demanda a juicio, era agotadora. Las leyes federales sobre acoso sexual eran débiles y dejaban fuera a muchos colectivos, como las trabajadoras por cuenta propia o las empleadas en empresas con menos de quince trabajadores. El plazo de prescripción de las demandas federales podía ser de tan solo 180 días, y las indemnizaciones limitarse a 300 000 dólares; una cantidad que podía no cubrir los ingresos perdidos ni atraer a un buen abogado. No era tan extraño que muchas de las víctimas percibieran estos acuerdos como propuestas más seguras.

A los abogados, estos tratos también les salían a cuenta, sobre todo desde una perspectiva económica. Generalmente trabajaban sobre porcentajes por indemnización y solo cobraban si lo hacía el cliente, llevándose por lo menos un tercio del importe en concepto de honorarios. Perder en los tribunales podía significar quedarse sin nada. Así, la industria de los acuerdos por acoso sexual había acabado convirtiéndose en un importante sector económico. Había abogados que luchaban contra estas indignantes disposiciones, pero otros las aceptaban con los brazos abiertos o capitulaban a fin de obtener una mayor retribución.

Incluso la EEOC, la agencia gubernamental que supuestamente hacía cumplir las leyes sobre acoso sexual, muchas veces aprobaba la confidencialidad de los acuerdos alcanzados.[72] El organismo tenía escasa autoridad de ejecución y, en virtud de sus preceptos fundacionales, estaba obligado a llegar a acuerdos siempre que fuera posible. Y tampoco proporcionaba demasiada información. «Internamente sabemos qué empresas son las que cuentan con el mayor número de cargos», dijo Chai Feldblum, la entonces comisionada de la EEOC, a Jodi. Pero la agencia tenía la prohibición de hacer pública dicha información. Antes de aceptar un empleo, una mujer no podía verificar con la EEOC el historial en materia de acoso sexual del empleador. Así las cosas, no resultaba sorprendente que Megan no hubiera llegado a ninguna parte en su búsqueda de viejas demandas contra Miramax presentadas ante la agencia de California. Tales organismos recopilaban información crucial con el dinero de los contribuyentes y, a continuación, por lo general, se les exigía que la sepultaran donde casi nadie tuviera acceso a ella.

Jodi fue directa al grano: Estados Unidos disponía de un sistema para silenciar las demandas de acoso sexual que a menudo espoleaba a los acosadores en lugar de frenarlos. De forma rutinaria, las mujeres renunciaban por escrito al derecho a hablar de

sus propias experiencias. Los acosadores muchas veces continuaban como si nada, encontrando nuevas víctimas contra las que cometer los mismos delitos. En las aulas de las escuelas de Derecho o en las audiencias públicas raras veces se examinaban este tipo de pactos y acuerdos de confidencialidad. Por este motivo, la opinión pública nunca se había percatado de que algo así pasaba. Ni siquiera los que estaban en aquella sala, con una larga trayectoria cubriendo problemas de género, habían captado plenamente lo que sucedía.

Al finalizar la reunión, Jodi y Megan fueron conscientes de todo lo que les quedaba por investigar. ¿Tendrían algún interés para el público todos esos oscuros instrumentos legales o sus ramificaciones? Había razones para ser optimistas: tras la publicación de la historia de Benner, se habían puesto en contacto con ella activistas y legisladoras de California deseosas de cambiar las normas estatales sobre los acuerdos secretos por abuso sexual.

Pero si Harvey Weinstein había llegado a acuerdos con otras mujeres además de Rose McGowan, y si había abogados que silenciaban este tipo de denuncias, ¿lograrían encontrar a esas mujeres?

En 2005, los hermanos Weinstein cedieron el control de Miramax, su primera empresa cinematográfica.[73] Pero mantuvieron el contacto con muchos de sus antiguos empleados. Los unía el haber trabajado codo con codo en momentos terribles y maravillosos, a veces de forma casi simultánea. Para muchos, trabajar allí había supuesto una educación, una prueba, un privilegio y un trauma. En aquel lugar uno podía influir en el gusto de los espectadores de cine, negociar un acuerdo en un yate en Cannes y perder hasta la última pizca de dignidad ante los ataques verbales del jefe, todo en el mismo día. Cuando los exempleados de Miramax celebraban reuniones informales en Nueva York y Los Ángeles, se referían en broma a ellas como encuentros «Miranon», como si asistieran juntos a un programa de rehabilitación permanente.[74]

Cada día de julio, Megan y Jodi barrieron sin descanso el viejo circuito «Miranon»; un miembro les llevaba al siguiente. Los trabajadores de mayor antigüedad, que eran los que supuestamente más sabrían, no les devolvían las llamadas; muchos de quienes, según los rumores, habían ayudado a ocultar los abusos de Weinstein no tenían ningún interés en volver a ellos. Pero las periodistas preguntaron también a otros exempleados en busca de pistas: ¿alguno recordaba algo relacionado con mujeres que hubieran aceptado acuerdos a lo largo de los años?

El último fin de semana de julio, dos semanas después de que todos se hubiesen reunido en la sala Page One, Megan se dirigió en coche hacia el norte, lejos de la ciudad de Nueva York, a través de los sinuosos caminos de una exuberante zona residencial. Iba en busca de una misteriosa mujer que había trabajado como ayudante durante los primeros años de Miramax y que se había marchado sin dar ningún tipo de explicaciones.

Megan sabía cómo se llamaba. Desde su incorporación a Miramax, dio la impresión de ser una persona inteligente y seria, y no tardaron en ascenderla. Pero entonces, en 1990, desapareció, y lo único que dejó tras de sí fueron unas zapatillas de correr perfectamente colocadas debajo de su escritorio. En las entrevistas telefónicas, diversos empleados de Miramax recordaron haber oído que Weinstein le había hecho algo, pero nadie conocía los detalles.

La pista más prometedora la ofreció Kathy DeClesis, asistente de Bob Weinstein en

aquella época. Dijo que, poco después de su desaparición, un abogado del padre de la mujer había remitido una carta a la oficina. El lenguaje específico se le escapaba, pero DeClesis tuvo la sensación de que la carta amenazaba con emprender acciones legales. Aquel recuerdo era más de lo que Megan y Jodi habían obtenido de nadie. ¿Qué era lo que había denunciado la joven? ¿Cómo se había resuelto el asunto? ¿Y qué le había pasado a ella?

La exasistente había dejado un ínfimo rastro digital sobre quién era o sobre dónde había vivido los últimos veinte años. No aparecía en LinkedIn. Ni en Facebook. Pero Ashford, la investigadora del *Times*, finalmente dio con ella en un remoto rincón de Internet: en el directorio de empresas y trabajadores de otra ciudad. Su fotografía no mostraba ningún atisbo de Hollywood o famoseo, tan solo a una mujer normal de cuarenta y tantos con melenita y sin maquillaje.

Ponerse en contacto con la antigua asistente fue todavía más difícil que identificarla. Megan dejó numerosos mensajes en la recepción de su lugar de trabajo, en los que le explicaba que era una periodista del *Times* y que quería hablar con ella, pero nunca obtuvo respuesta. Incluso el propio hecho de hablar con el personal de recepción era peliagudo, porque quería evitar que los colegas de la mujer estuvieran al corriente de lo delicado de sus preguntas. Megan había llegado a plantearse la posibilidad de volar hasta la ciudad donde vivía la mujer, pero tampoco quería ahuyentarla.

Sin embargo, también tenía la dirección de la casa de la madre en aquella zona residencial de Nueva York. Megan decidió conducir hasta allí y explicarle en persona por qué quería conocer la experiencia de la exasistente. En caso de que la madre no estuviese en casa, Megan dejaría una carta escrita a mano con toda la explicación pegada a la puerta con cinta adhesiva. Al llegar se encontró con una gran casa de estilo moderno.

Como parte inseparable de sus investigaciones, Megan acumulaba más de una década de experiencia en llamadas a puerta fría, pero nunca se volvía más fácil. A menudo era un mal necesario para conseguir el testimonio de fuentes reticentes. Con el paso de los años, mucha gente le había abierto las puertas de su casa, persuadida por la persistencia que Megan había demostrado para localizarla. No obstante, también se había encontrado con gente que se había sentido vulnerada por su mera presencia. Mientras llamaba con los nudillos a la gran puerta de madera, Megan no podía evitar sentir que se estaba entrometiendo en la vida privada de alguien.

La persona que apareció en la entrada no era la madre, sino la propia mujer de la fotografía en la página web. Megan se encontró cara a cara con la exasistente. Junto a la mujer había una joven que se asomaba por la puerta entreabierta. Megan se presentó como periodista del *Times* y un destello de reconocimiento surcó la cara de la mujer.

—No puedo creer que me haya encontrado —dijo.

Ella y sus hijas habían regresado a Nueva York para pasar las vacaciones de verano. Megan se había presentado en mitad de una visita de amigos de la familia. Reacia a revelar demasiado delante de terceras personas, Megan preguntó a la mujer si estaría dispuesta a hablar un minuto con ella en los escalones de la entrada. La mujer accedió.

Sentadas una al lado de la otra, Megan le explicó que Jodi y ella se estaban dejando la piel investigando a Harvey Weinstein. Sus pesquisas habían dejado al descubierto lo que parecía ser un patrón de conducta depredadora. Tenían motivos para creer que Weinstein podía haberle hecho daño cuando trabajaba en Miramax. Megan no se habría tomado la molestia de encontrarla si no se tratara de algo importante.

Mientras hablaba, las comisuras de la boca de la mujer se elevaron ligeramente. No era una sonrisa, pero sí un atisbo de reconocimiento.

—Llevo veintisiete años esperando a que alguien llamara a mi puerta —dijo—. Lo único que puedo decir es que tuve un conflicto empresarial con Miramax, que el conflicto se resolvió de forma amistosa y que acordamos nunca más hablar de ello.

Megan hizo una pausa mientras daba vueltas a las frases en su cabeza. Técnicamente, la mujer no decía nada, pero su no-revelación tenía un significado, como si pusiera énfasis en los espacios en blanco que había entre las palabras. Parecía que estuviera diciendo: «lo cierto es que hace años me pasó algo terrible, pero solo puedo ofrecerte esta frase meticulosamente formulada».

Así era exactamente como respondería una mujer que hubiera firmado un acuerdo. Hay momentos en el periodismo en los que lo correcto es dar media vuelta y alejarse, dejar tranquila a una fuente. Pero ese no era uno de ellos. Megan estaba decidida a que la mujer siguiera hablando, aunque fuera sobre temas no relacionados. ¿Cuántos años tenían sus hijas? La hija de Megan solo tenía cuatro meses. La mujer y Megan tenían edades parecidas y referentes similares. La conversación fluía.

Después de otra media hora de charla, Megan dijo lo que había ido a decir. Pidió a la exasistente que considerara la opción de contribuir a la investigación del *Times*. Megan era consciente de lo arriesgado que era romper un acuerdo, pero le explicó que había formas de revelar los acuerdos y al mismo tiempo proteger a las fuentes. Sus colegas del periódico lo habían hecho con los pagos realizados por Bill O'Reilly. La mujer asintió. No dijo que no. Tampoco dijo que sí. En su lugar, accedió a dar a Megan un bien muy codiciado por cualquier periodista: su número de teléfono móvil.

Sin embargo, mientras conducía de vuelta a Brooklyn, Megan recibió una llamada que echó por tierra su optimismo: la mujer le dijo que acababa de hablar con su abogado y que este le había dado instrucciones de no hablar con el *Times*. Megan mantuvo un tono positivo a pesar de que se le acababa de caer el alma a los pies. Le dijo a la mujer que el consejo de su abogado era esperable, pero que aún no tenía que tomar una decisión definitiva. Megan solo le pedía que mantuvieran el contacto y que siguieran sopesando opciones. A regañadientes, la mujer aceptó.

En el coche, las sospechas de Megan iban en aumento. Hasta ese momento, los rumores sobre el productor habían girado en torno a actrices, pero ahora Jodi y ella vislumbraban una nueva categoría de posibles víctimas: empleadas de las empresas de Weinstein. La mujer que había estado junto a Megan —tal vez la paciente cero de la investigación Weinstein— no era en absoluto famosa. Y en la época en la que trabajaba para Miramax había sido una joven vulnerable. ¿Podía haber abusado el productor de las mujeres de un modo más sistemático de lo que Jodi o ella habían contemplado? ¿Cuántas mujeres habían sido sus víctimas desde entonces? ¿Las cosas habrían sido diferentes si la exasistente hubiera dispuesto de libertad para hablar?

En aquella última semana de julio, Megan aún no sabía exactamente qué le había pasado a la mujer hacía veintisiete años, pero quería con todas sus fuerzas que su conversación siguiera viva. Por eso, dos días después de haberla visitado, le envió un mensaje de texto:

> Sé que he debido de ser una aparición inesperada en mitad de tus vacaciones familiares, pero, por favor, quiero que sepas que solo lo he hecho porque esta historia es muy

importante. Existe la oportunidad real de cambiar las cosas. Confío en que podamos seguir en contacto para poder mantenerte al tanto de lo que está pasando por nuestra parte. Sospecho que has tenido más conversaciones sobre este asunto, con familiares o tal vez con otras personas. Me parece que la conversación más importante de todas es la que tienes contigo misma.

También le envió un enlace al artículo de *The New York Times* sobre los acuerdos a los que había llegado O'Reilly. Ya en el momento de escribirle, Megan sospechaba que no volvería a saber nada de la mujer.

Al cabo de varias noches, Megan se puso otra vez al volante, esta vez para conducir hasta la casa de John Schmidt, un antiguo directivo de Miramax que había ocupado el cargo de director financiero en 1990, el año de la desaparición de la joven ayudante.[75] Megan suponía que Schmidt, que aún trabajaba en el negocio cinematográfico, estaría al corriente de cualquier tipo de acuerdo que la mujer hubiera podido firmar. Pero aquel hombre había esquivado todas las llamadas de Megan hasta entonces. De modo que se apostó delante de su casa en Riverdale, un próspero vecindario del Bronx, agachándose cada vez que la patrulla de seguridad privada pasaba por su calle y esperando a que las luces del salón se encendieran en señal de que había alguien dentro. No tardó en estar cara a cara con Schmidt, disculpándose por haberse presentado sin previo aviso a la hora de la cena y sintiéndose muy incómoda porque su mujer también estaba allí, escuchando cada una de sus palabras.

Megan explicó a Schmidt el carácter perverso de aquellos acuerdos: conseguían que las víctimas sintieran que no podían hablar, y podían cargarlas con importantes consecuencias económicas en caso de hacerlo. Si hubiera otras personas al tanto de esos pagos, entonces podrían proporcionar una ayuda crucial. Megan no le estaba pidiendo que testificara, simplemente quería conocer su punto de vista sobre lo que podría haber ocurrido hacía muchos años.

Pero Schmidt no estaba preparado para hablar con ella, por lo menos de momento. Le dijo que necesitaba pensárselo y la acompañó hasta la puerta. La periodista comprendía que la gente a menudo necesita tiempo para hacerse a la idea, pero resultaba frustrante. Parecía que algunos de los antiguos empleados de Weinstein eran conscientes de los problemas, pero aun así no estaban dispuestos a hablar.

Un viernes por la tarde de ese mismo mes de julio, Jodi habló por teléfono con un directivo de Hollywood llamado Matt Brodie, que años atrás había trabajado en Miramax.[76] Escuchó a la periodista con una atención inusual y Jodi se sintió juzgada. Poco después le devolvió la llamada para ofrecerle un nombre y un número de teléfono. Le dijo que tenía una buena amiga de Miramax que llevaba años guardándose cosas y que, a pesar de que se mostraba cautelosa, si no hablaba, acabaría explotando. Se llamaba Amy Israel y, como él, era una respetada directiva en el mundo del entretenimiento.

—Quiero tener una carrera larga, no quiero quedar marcada por esto —dijo Israel nada más ponerse al teléfono—. No quiero aparecer citada, punto. Eso es todo.

Sin embargo, un recuerdo la perseguía desde hacía casi veinte años y quería compartirlo.

En el otoño de 1998, asistió al Festival de Cine de Venecia con Weinstein en busca de nuevas películas. Durante una reunión en la suite del hotel de Weinstein, observó que algo parecía ir mal con dos de las ayudantes del productor: Zelda Perkins, una empleada fija en la oficina de Londres, y Rowena Chiu, contratada desde hacía menos tiempo.

—Las dos estaban allí sentadas, con cara de espanto —recordó Israel—. Temblando literalmente de miedo.

A Weinstein, por su parte, se le veía estupendamente y hablaba de películas con la misma naturalidad de siempre. Israel intuyó que acababa de ocurrir algo con aquellas dos mujeres, aunque Weinstein se negara a reconocerlo.

Israel conocía bien los abusos de Weinstein. Contó a Jodi que él la había puesto por las nubes, que le había confiado importantes responsabilidades cuando ella era muy joven y que la había acosado. Una vez, en el Festival de Cine de Toronto, al llegar a su hotel para recogerlo antes de un estreno de gala, un ayudante le indicó que subiera a la habitación del jefe. Ella obedeció, pensando que el ayudante también estaría en la habitación. En su lugar, se encontró con un Weinstein casi desnudo, tapado únicamente con una toalla minúscula. Weinstein le pidió que le diera un masaje. Ella le dijo que necesitaba llamar a su madre y fingió telefonear desde allí mismo.

Al cabo de uno o dos años, después de que la ascendieran a directora de su departamento, estaba proyectando una película para Weinstein en Nueva York cuando, sin venir a cuento, este le dijo que por qué no se quitaba la camiseta y se ponía a dar volteretas.

—Que te jodan, gordo cabrón —le soltó ella como un latigazo, pero él se quedó como si nada. (Al ser preguntado más adelante, Weinstein negó este relato).

Sin embargo, durante todos estos años había albergado el temor de que en Venecia hubiera pasado algo mucho peor. Solo conocía una parte de las consecuencias: Zelda había abandonado la empresa y había firmado algún tipo de contrato que le impedía hablar de lo ocurrido. («Un acuerdo», pensó Jodi). Israel también le recomendó que llamara a otra antigua empleada de la oficina de Londres, una mujer llamada Laura Madden; tal vez ella también pudiera aportar algo.

Pero Israel se hacía una pregunta aún más importante: «¿Qué habían tolerado todos ellos, la antigua plantilla de Miramax?». Eso era lo que realmente quería saber, y también era el motivo de que hubiera accedido a hablar por teléfono con una periodista. En el pasado, Israel había dado pequeños pasos para proteger a sus colegas, como, por ejemplo, prohibir que las subordinadas estuvieran a solas con Weinstein. Le había resultado imposible hacer más. Lo cierto es que solo tenía sospechas de lo que podía haber pasado en Venecia, y las posibilidades de presentar una denuncia eran escasas. Cuando informó a uno de sus superiores de su propio encuentro con Weinstein en aquella habitación de hotel, se limitaron a decirle que otra compañera también había sido víctima de él, pero no se tomó ninguna medida.

Ella y sus colegas se centraron en el trabajo.

—Weinstein confiaba en que mi propia vergüenza me impidiera abrir la boca.

Desde que salieron a la luz los delitos de Bill Cosby, estaba esperando el momento en que el nombre de Weinstein se hiciera público. Deseaba que también esta historia trascendiera.

—¿Por qué no estamos alzando la voz? —preguntó Israel al otro lado del teléfono—. ¿Por qué, veinte años después, la gente sigue sin hablar?

Tres semanas más tarde, el miércoles 2 de agosto, Jodi estaba sentada frente a Zelda Perkins en un restaurante de South Kensington, en Londres, escuchando su relato de lo ocurrido en 1998.[77]

Perkins, como buena productora, no se andaba con rodeos. Se dedicaba principalmente al teatro y, desde hacía mucho tiempo, era la mano derecha de uno de los productores de cine y teatro más importantes de la ciudad. Trabajaba en prestigiosos montajes teatrales y, de forma ocasional, en series de televisión como *The Crown*. Vivía en una casa de campo donde cuidaba de un rebaño de ovejas, y con frecuencia volvía a Londres por trabajo. Dado que por ley tenía prohibido hablar sobre ello, tan solo un puñado de personas conocían la historia completa de su carrera laboral.

Este encuentro era lo máximo a lo que Perkins había accedido con cualquiera de los periodistas que, a lo largo de los años, se habían acercado a ella para hablar de los rumores sobre Weinstein. («El resto habían sido hombres», dijo con tono sarcástico). Bajando la voz, retomó la historia que había empezado a contar por teléfono a Jodi cuando la periodista se puso por primera vez en contacto con ella.

En 1995, Perkins empezó a trabajar para Weinstein, que en esos momentos se encontraba en la cima de su poder. Ella tenía veintidós años y había conseguido aquel puesto a raíz de un encuentro fortuito.

—Yo no sabía quién era Weinstein, y tampoco tenía grandes ambiciones de trabajar en la industria cinematográfica —dijo—. No tenía las suficientes tablas como para entender que acababa de conseguir un trabajo increíblemente enrevesado.

Weinstein acosó a Perkins prácticamente desde el primer día.

—Era un adicto patológico a conquistar mujeres —dijo—. Eso era lo que le hacía levantarse de la cama cada mañana.

No hablaba de forma figurada. Cada mañana, Perkins o quienquiera que fuera la asistente de la oficina de Londres a la que le tocara hacer el turno de mañana, tenía que despertar y sacar de la cama a un Weinstein que invariablemente se encontraría parcial o completamente desnudo en su habitación de hotel, y encender la ducha, como si él solito no supiera abrir el grifo. Perkins recordó que había veces en las que Weinstein trataba de que se metiera en la cama con él. No había nadie a quien quejarse de aquel comportamiento porque la pequeña oficina de Londres no contaba con una sección de recursos humanos, ni existía nada parecido a una política o reglamento de empresa.

Perkins jamás sucumbió a las garras de Weinstein. Era pequeña pero fuerte y había llegado al puesto bien aleccionada. Otra colega le había enseñado que, cuando estuviera en su presencia, se sentara en una butaca, no en el sofá, para que de ese modo no le resultara tan fácil abordarla, y que llevara el anorak de invierno para protegerse, aunque tuviera calor.

—Siempre conseguí decir que no.

Aunque los riesgos de trabajar para Weinstein iban más allá de cualquier cosa que ella hubiera visto en su vida, lo mismo ocurría con los beneficios. En viajes a París o a Roma, «él se dedicaba a repartir dinero en metálico a modo de sucia compensación —dijo—. Volvías de estos viajes sintiéndote extrañamente decepcionada, con una sensación de culpa y al mismo tiempo de alivio por haber sobrevivido». Cada viaje era como hacer *puenting*: emocionante pero con una sensación de vacío. Weinstein a veces remataba los viajes con un gesto espléndido. Por ejemplo, podía decirle a Perkins: «Coge el avión de la empresa, quédate con la suite en el Ritz todo el fin de semana, invita a tu novio,

divertíos».

—Todas aceptábamos los regalos —dijo.

En 1998, Perkins contrató a otra asistente, Rowena Chiu, una aspirante a productora tan creativa y con tanta motivación que, como presidenta de la Sociedad Dramática de la Universidad de Oxford, había puesto en escena una obra de Brecht en un escenario circular y había declamado a Eurípides en el griego original. Perkins le advirtió que tuviera cuidado con el productor. Ese septiembre, las dos mujeres volaron a Italia para asistir al Festival de Cine de Venecia, donde experimentaron en primera persona la rutina festivalera estándar de Weinstein: proyecciones, habitaciones en uno de los mejores hoteles y reuniones con compañeros de Nueva York, entre ellos Amy Israel.

Justo antes de la reunión que recordaba Israel, Chiu había acudido a Perkins en busca de ayuda. Cuando Chiu le confió los angustiosos detalles de lo que le había hecho Weinstein la noche anterior, Perkins estalló, calificó aquel comportamiento de intolerable y salió en busca del productor.

No obstante, durante aquella comida en Londres, Perkins dijo que no podía compartir los detalles de lo que Chiu le había contado. Era Chiu la que debía describirlos o mantenerlos en privado para siempre.

En el viaje a Venecia, su trabajo consistía en atender a Weinstein por las tardes y las noches, lo que la dejaba a solas con él en una habitación de hotel durante largas horas. Él trató de sobrepasarse desde el principio, pero, según la versión de Chiu, en la segunda o tercera noche del festival su comportamiento empeoró. Supuestamente estaban examinando una montaña de guiones y, a medida que pasaban las páginas, él le iba dorando la píldora, le decía que tenía auténtica intuición y sensibilidad para el negocio.

Esa noche, ella se había puesto dos pares de medias para protegerse, pero, mientras intentaba trabajar, él se empeñaba en interrumpirle con distintas peticiones sexuales, a cada cual más subida de tono, para que intercambiaran masajes o tomaran un baño juntos. Ella trató de apaciguarlo quitándose uno de los pares de medias y dejando que le diera un masaje. Cuando sus manos subieron demasiado, protestó y dijo que quería retomar los guiones, que tenía novio. Él respondió con grandiosas promesas de ayuda profesional también para su novio.

—No me negué directamente. No quería parecer demasiado agresiva —dijo—. Él era mucho más grande que yo y, mientras él fuese agradable, yo también quería serlo.

Esa situación duró horas. Cada vez que ella intentaba volver al trabajo, él reanudaba la presión y los tocamientos, le decía que podían tener sexo oral, que nunca se había acostado con una chica china. Weinstein le quitó el segundo par de medias, pero cuando le pidió que se deshiciera de las bragas, ella se negó.

—Es agotador, intenta reducirte poco a poco —dijo Chiu—. Yo estaba en alerta máxima. Me preocupaba que pudiera llegar a violarme.

Consiguió meterla en la cama: la inmovilizó, no con firmeza sino como si aquello no fuera más que un juego. Le separó las piernas y le dijo que con una sola embestida todo habría terminado. Antes de que pasara nada más, giró sobre sí misma, escapó de él y concluyó diligentemente su turno. Se marchó del hotel a las dos de la mañana, después de haber completado todo el trabajo.

Weinstein negó aquella historia al ser preguntado. «No tiene ni un gramo de verdad —dijo a través de un representante—, y cualquier información que se haga eco de este relato lo único que hará será perpetuar una mentira».

En Londres, Perkins continuó con su relato: encontró a Weinstein en un almuerzo de negocios en la terraza del hotel. Frente al resto de invitados, ordenó a Weinstein que la siguiera. Su conducta era casi dócil; la acompañó por el pasillo como si en realidad ella estuviese al mando y él fuera un simple asistente. Cuando le pidió explicaciones, Weinstein le juró por la vida de su mujer y de sus hijos que no había hecho nada malo.

Por aquel entonces, Perkins tenía veinticuatro años. Era mayor que Chiu y llevaba más tiempo trabajando para él. Su ayudante solo contaba con su versión del incidente, pero Perkins conocía el historial de conductas inadecuadas de su jefe. Chiu y Perkins se aliaron y dimitieron de sus puestos.

—Tenía que protegerla —dijo Perkins—. Ella sola no habría podido hacer nada por su cuenta; habría sido su palabra contra la de él. Yo era su escudo.

Perkins consultó a Donna Gigliotti, una productora de alto rango de la compañía que terminaría obteniendo galardones por *Shakespeare enamorado* y, años después, por *Figuras ocultas*.[78] Estaba mucho mejor conectada que Perkins, respondía a un ejemplo relativamente inusual de mujer productora con la influencia y experiencia necesarias para hacer películas importantes. Gigliotti instó a Perkins a que contratara un abogado y le recomendó uno en Nueva York. Incluso llegó a participar en la conversación telefónica con él, además de ofrecer otras formas de apoyo en la sombra. En ese momento, Perkins se sintió agradecida; ahora, pasado el tiempo, se preguntaba si Gigliotti realmente hizo todo lo que podía haber hecho.[79] (Más adelante, Gigliotti recalcó que había tratado de ayudar a Perkins a encontrar un abogado que cogiera el toro por los cuernos).

Ella y Chiu, que en aquel momento era estudiante de Derecho a tiempo parcial, contrataron a un abogado en Londres que trabajaba para el bufete Simons Muirhead & Burton, y asumieron que el siguiente paso sería iniciar un proceso penal.

Sin embargo, los abogados les dijeron justo lo contrario de lo que esperaban oír. Carecían de pruebas físicas. No habían acudido a la policía en Venecia. Eran dos veinteañeras que se enfrentaban a Weinstein y, posiblemente, a Disney, que había pasado a ser el dueño de Miramax. Les dijeron que su mejor baza era llegar a un acuerdo: tal vez el salario de un año, en torno a las 20 000 libras esterlinas. Les informaron de que así era como se llevaban ese tipo de casos. Perkins y Chiu protestaron: no querían ningún dinero, lo donarían a causas benéficas, y confiaban en que su denuncia pudiera desencadenar una protesta pública. Pero los abogados les insistieron en que las cosas no funcionaban así. Era muy probable que los abogados de Weinstein ni siquiera entraran en negociaciones sin una petición económica de por medio.

Perkins, indignada, exigió una cifra aún más elevada y a continuación trató de redactar un acuerdo que, en cierto sentido, se dirigiera a detener el comportamiento de Weinstein. Exigía que Weinstein asistiera a terapia y estar presente en la primera sesión. Por último, Miramax debería disponer de una política de acoso sexual, junto con un programa de capacitación y un grupo de tres personas (una de las cuales debía ser abogada) encargadas de evaluar las denuncias. Si alguien presentaba una acusación similar en los dos años siguientes y se llegaba a un acuerdo por un mínimo de 35 000 libras o el equivalente a seis meses de salario, se informaría del asunto a Disney o Weinstein sería despedido.

Los abogados de Weinstein contratacaron. Le representaban Allen & Overy, un bufete

de Londres, y Steve Hutensky, uno de los abogados de Miramax, que generalmente se ocupaba de los acuerdos y de los contratos con actores, directores y guionistas, desapareció de la oficina de Nueva York y se materializó en Londres para trabajar con el bufete. (Más adelante, Hutensky dijo que aquella era la única demanda por agresión sexual contra Weinstein de la que él tenía constancia, y que el productor le había insistido en que se había tratado de un asunto consensuado y que había querido resolverlo para proteger su matrimonio). Una de las sesiones de negociación se prolongó hasta las cinco de la mañana. Al final, las dos mujeres recibieron 125 000 libras cada una, pero ambas debieron aceptar un conjunto de restricciones extraordinarias.

Mientras Perkins y Jodi almorzaban y hablaban en Londres, en el bolso de la primera se hallaba la prueba escrita de aquellas restricciones. Aunque Jodi y Megan estaban al tanto del acuerdo de Rose McGowan y sospechaban que existía otro que afectaba a la exasistente que Megan había conocido, las periodistas nunca habían visto ninguno de los documentos de los acuerdos de Weinstein. En el periodismo de investigación, conocer la existencia de documentos incriminatorios era bueno; poder verlos era excelente; y tener una copia era lo mejor. En los días previos al viaje de Jodi, Megan mantuvo charlas de apoyo con ella y le enviaba mensajes de ánimo plagados de emoticonos: «Verás los papeles. Sé que lo conseguirás».

Perkins se mostró vacilante antes de sacar del bolso las hojas estrujadas en las que se reconocía el viejo y característico logotipo de Miramax. Empezó a leer en voz alta. No se le permitía hablar con nadie sobre su periodo en Miramax. Cualquier «profesional médico» al que consultara acerca de lo ocurrido necesitaría firmar un acuerdo de confidencialidad. No podía ser sincera con su propio asesor sobre el dinero recibido. En el acuerdo se había visto obligada a hacer una lista con todas las personas a las que había referido los sucesos ocurridos en Venecia (no con nombre y apellido; Perkins había peleado para eliminar esa condición). En su lugar aparecía una misteriosa lista anónima de quienes conocían lo sucedido: tres empleados y su novio sabían que había dejado Miramax «a consecuencia de un incidente» y por razones morales; había contado a dos amigos muy cercanos la naturaleza exacta de lo que le había pasado; etcétera.

La nómina de restricciones seguía y seguía. No podía hablar de lo sucedido con «ningún medio de comunicación ni ahora ni en el futuro». («Que Dios te bendiga, Perkins», pensó Jodi, aquí sentada con una periodista casi veinte años después). «En el caso de que alguna de las partes divulgue lo sucedido», continuó Perkins, se le exigiría «proporcionar la cooperación razonable que le pudiera ser solicitada para adoptar las medidas que se consideren prudentes para hacer frente a lo anterior a fin de impedir toda divulgación ulterior o, en su caso, de mitigar los efectos». En otras palabras, debía ayudar a ocultar la verdad si esta de algún modo salía a la luz.

Estas restricciones eran un insulto al sentido común. A pesar de cuánto había afectado ese acuerdo a la vida de Perkins, ni siquiera se le permitía disponer de una copia completa del documento. En su lugar, tenía derechos de visita limitados. Es decir, si quería verlo, podía consultar una copia en el despacho de su abogado. Los papeles que Perkins había llevado al restaurante eran fragmentos que habría logrado rescatar. Su abogado se los había entregado después de que ella cuestionara la posibilidad de cumplir un acuerdo que ni siquiera podía consultar. Lo peor de todo era que, tras la intensa presión ejercida por los abogados de Weinstein, Perkins y Chiu, cuyos acuerdos eran

idénticos, consintieron en firmar cláusulas de confidencialidad que estipulaban que nunca podrían volver a hablar de aquel asunto entre ellas.

La fecha de los documentos era el 23 de octubre de 1998, lo que significa que solo hicieron falta unas pocas semanas para borrar lo sucedido en Venecia. Chiu envió a Perkins un regalo de agradecimiento, una agenda Filofax, y después desapareció de su vida.

Perkins se había sentido «rota y desilusionada». La búsqueda de un nuevo trabajo fue complicada porque no podía explicar a los posibles empleadores el verdadero motivo de su abrupta marcha de una compañía tan importante. Se dio cuenta de que su carrera en el cine estaba acabada. Se fue a Guatemala a domar caballos. Había batallado muy duro en las negociaciones del acuerdo para poder asistir a la terapia con Weinstein, e incluso había elegido el terapeuta, pero le costó mucho que se concertasen las sesiones y terminó dándose por vencida.

Shakespeare enamorado fue la gran protagonista en los Premios de la Academia de 1999, celebrados cinco meses después de la firma de los acuerdos. La película ganó cinco Óscar, más que cualquier otra ese año. Gwyneth Paltrow ganó el premio a mejor actriz, y Donna Gigliotti se llevó a casa el de mejor película. (Más tarde, volvió a trabajar brevemente con el productor: en 2010, Gigliotti era la presidenta de producción de Weinstein). El nombre de Perkins aparecía en los títulos de crédito.

En las casi dos décadas que habían pasado desde entonces, las pretensiones de Perkins habían crecido. El hecho de atrapar a Weinstein había dejado de ser una motivación para ella: lo que ahora perseguía era que se cuestionara públicamente la legitimidad de todo el sistema de acuerdos para evitar que otras mujeres se sintieran presionadas a renunciar a sus derechos.

—Para mí, el mayor trauma fue lo que pasó con los abogados —dijo—. Quería que Harvey quedara expuesto, pero lo que me rompió el corazón fue lo que pasó cuando acudí a los abogados.

Perkins se sentía tentada a desafiar el opresivo acuerdo de confidencialidad y dar un paso al frente, y su coraje impresionó enormemente a Jodi. Eran muchas las mujeres que apenas llegaban a descolgar el teléfono, y, en cambio, ahí estaba Perkins, barajando seriamente la opción de exponerse a serios riesgos legales y económicos. Antes de ir a Londres, Jodi había telefoneado a uno de los mejores abogados laboralistas de la ciudad para valorar cuánto estaría arriesgando una mujer que hubiera firmado uno de esos acuerdos en caso de romperlo y denunciar. La respuesta del abogado fue tajante:

—La demandarán y le pedirán que devuelva todo el dinero —dijo. En todos los años que llevaba practicando la abogacía, ningún cliente había incumplido jamás un acuerdo de confidencialidad—. Pagan por el silencio —concluyó.

Perkins, como todas las demás, decidió que no quería hacerlo sola: si Jodi y Megan conseguían que más mujeres rompieran sus acuerdos de confidencialidad, ella también lo haría.

Otra forma de proceder más segura, si bien menos satisfactoria, era documentar los puntos básicos de su acuerdo hablando con otras personas. Amy Israel conocía una parte de lo ocurrido, y no era la única. Sin embargo, esto representaba un nuevo problema. Chiu, la presunta víctima, no respondía a los correos electrónicos ni a los mensajes de teléfono. No quería que la encontraran.

Una semana antes de viajar a Londres, Jodi se había desplazado en avión hasta San Francisco, había alquilado un coche y había conducido hasta la casa de Chiu en Silicon Valley.[80] Igual que Megan la semana anterior, llevaba una nota escrita a mano en un bonito papel de carta y se había preparado un guion mental.

Al llegar vio a un hombre en el camino de entrada entretenido con un coche. Jodi se presentó y le preguntó si Rowena Chiu estaba en casa.

No, se encontraba fuera del país, respondió, pero él era su marido y estaba seguro de que su mujer no querría hablar con ninguna periodista. ¿Podía hacer el favor de marcharse?

Jodi asintió con la cabeza, pero antes de irse le preguntó si podían hablar unos minutos, de forma extraoficial, allí mismo, en la entrada. Quería explicarle por qué había viajado desde Nueva York para verla.

Él no le facilitó su nombre, pero ella ya lo sabía: Andrew Cheung. Trató de leer la expresión de su rostro. Tenía que ser raro estar limpiando el coche en la entrada de tu casa y que de repente apareciera una periodista.

Cheung asintió vacilante. En cuanto Jodi le hubo explicado la situación a grandes rasgos, él empezó a hacer preguntas. «Usted no es la única periodista que se ha puesto en contacto con mi mujer —dijo—. ¿Por qué quieren hablar con ella todos esos periodistas?».

Él tenía que conocer la respuesta a esa pregunta, ¿verdad? Parecía imposible que múltiples reporteros hubieran tratado de hablar con su esposa y que él no tuviera ni la más remota idea de por qué. Lo más probable era que estuviera poniendo a prueba hasta dónde sabía Jodi, y para ello empleaba el mismo guion que la exasistente con Megan en el barrio residencial de Nueva York, evitando reconocer siquiera que hubiera pasado nada.

¿Cómo podía responder a eso? No podía mentir. Se había presentado en la casa de aquel hombre y le había pedido que hablasen. Si quería que esta pareja fuese sincera con ella, también ella tenía que ser transparente con ellos. Pero en ese momento aún desconocía los detalles específicos de las acusaciones, y si realmente él no tenía ni idea de lo que había ocurrido en Venecia, no era a Jodi a quien le correspondía informarle.

Jodi le contó con pies de plomo que tenía la sospecha de que su mujer podía haber sido víctima de Harvey Weinstein, pero dejó muy claro que también podía estar equivocada. Cuando le mencionó el acuerdo, Cheung se rio e hizo un gesto con la mano hacia la casa de aspecto normal y corriente que había a sus espaldas.

—¿Parezco el tipo de hombre cuya mujer ha llegado a algún acuerdo?

Jodi advirtió horrorizada que realmente no lo sabía. Esta mujer nunca se lo había contado a su propio marido. Después de tantos años, las cláusulas de confidencialidad los colocaban a los tres en posiciones muy extrañas: una mujer a la que se le había prohibido compartir sus propias experiencias con su esposo. Un marido allí de pie, incrédulo, en la entrada de su propia casa, descubriendo los secretos de su mujer a través de una desconocida. Le prometió transmitirle el mensaje, pero añadió que estaba seguro de que su mujer querría que la dejasen en paz. Si el número de mujeres víctimas de Weinstein era tan elevado como ella dejaba entrever, ¿no podía escribir su artículo sin mencionar a su mujer?

Antes de marcharse en el coche, confiando en no haber empeorado las cosas, Jodi respondió a su pregunta:

—Si todo el mundo adoptara esa postura, esta historia nunca se escribiría.

Cuando se marchó, Cheung preguntó a su mujer, que en esos momentos se encontraba en casa de sus padres en su Reino Unido natal, sobre el motivo de la visita de Jodi, pero Chiu le dio largas y Cheung no quiso insistir. Sabía que había trabajado en Miramax, pero, al no tener conocimiento de la presunta agresión ni del acuerdo alcanzado, también ignoraba uno de los detalles más sorprendentes del trabajo de su mujer en la productora de los Weinstein: nueve meses después de aquella edición del Festival de Cine de Venecia, Chiu volvió a trabajar para la compañía.

En realidad no quería hacerlo, pero, igual que le pasó a Perkins, descubrió que las circunstancias inexplicables de su salida de Miramax le dificultaban las entrevistas para otros trabajos cinematográficos en Londres.

Y entonces recibió mensajes que respondían a la siguiente idea: «Harvey realmente te valora y le gustaría que volvieras».

Chiu cedió y regresó a Miramax en el verano de 1999 para ocupar un puesto en Hong Kong que consistía en buscar películas asiáticas susceptibles de convertirse en producciones de Hollywood. No tuvo ningún contacto con Weinstein, salvo una llamada telefónica que contó con la supervisión de Hutensky. Chiu se preguntaba qué otros empleados lo sabrían, pero por supuesto ella no podía contarles nada.

—Hice todo lo posible por empezar desde cero. Estaba en un país totalmente nuevo —dijo—. Intentaba pensar: estoy labrándome mi propio camino, lejos de Nueva York y de las situaciones de abuso en las oficinas centrales de Miramax.

En un primer momento se lanzó a la búsqueda de películas asiáticas, pero no tardó en comprender que Miramax no se tomaba en serio su trabajo. Poco a poco empezó a sospechar que la oferta era un engaño diseñado para mantenerla bajo el control de Weinstein.

—Era un pacto con el diablo —dijo. Cayó en una depresión e intentó suicidarse en dos ocasiones antes de abandonar Miramax para siempre y regresar a Londres, donde cursó un máster en Administración de Empresas y empezó a construirse una nueva vida.

Cuando Jodi se presentó en su casa, su currículum estaba repleto de éxitos y proyectos en el mundo de los negocios y las finanzas, y tenía cuatro hijos, uno de los cuales era aún un bebé. Chiu pidió a su marido que se olvidara de la visita de Jodi. Le aseguró que cada cierto tiempo distintos periodistas habían tratado de ponerse en contacto con ella, pero que nunca llegaban a escribir nada. No creía que fueran a hacerlo jamás.

Veinticuatro horas después del almuerzo en Londres con Zelda Perkins, el jueves 3 de agosto, Jodi estaba sentada a una mesa de pícnic frente a la segunda mujer con la que Amy Israel le había recomendado que hablara: Laura Madden.[81]

Cuando Jodi le preguntó si podía ir a verla, Madden había accedido con muchas dudas. Vivía en Gales, pero esa semana iba a estar de vacaciones en Cornualles, en el extremo suroeste de Inglaterra, y tan solo dispondría de una hora libre. Jodi fue de todas formas. Los vuelos desde Londres estaban agotados, por lo que hizo el trayecto de cinco horas en tren. En la última hora, el tren se averió y tuvo que subirse a un autobús. Necesitaba ver a Madden sí o sí, porque su historia, que ya había empezado a relatarle por teléfono a trompicones, aunaba muchas de las cosas que habían llegado a oídos de las periodistas.

En 1992, Madden tenía veintiuno o veintidós años. Era una chica de la Irlanda rural

con poca experiencia en la vida que había crecido aislada en una propiedad que había pertenecido a su familia durante generaciones. A pesar de que la mayor parte de la fortuna familiar se había esfumado —sus padres mantenían el lugar a flote como hotel—, en su localidad se les consideraba demasiado elegantes, demasiado británicos. De niña, sus diversiones habían sido los libros y vagar por la finca familiar, que incluía granjas y jardines. Madden no estudió en la universidad y, salvo unos pocos meses en España estudiando el idioma, nunca había estado lejos de casa.

Cuando un equipo de rodaje empezó a filmar allí cerca, consiguió un empleo organizando a los figurantes y le picó el gusanillo del cine. El equipo le recomendó que buscara trabajo en *Into the West*, una película protagonizada por Gabriel Byrne y Ellen Barkin. La contrataron, y así fue como un día la enviaron a la habitación de hotel de Weinstein en Dublín; acudió emocionada de tener la oportunidad de contestar llamadas y hacer recados para el productor, a quien no conocía en persona. A su llegada le esperaban sándwiches y champán. Weinstein la felicitó diciéndole que todos en el set habían advertido su talento y lo mucho que se esforzaba.

«Me dijo que tenía garantizado un trabajo permanente en la oficina de Miramax en Londres, incorporación inmediata —escribió más tarde a Jodi en un correo—. Estaba encantada. Era literalmente el trabajo con el que siempre había soñado».

Weinstein, que solo llevaba puesto un albornoz, le dijo que estaba agotado del viaje y le pidió que le hiciera un masaje. Ella se opuso. Él insistió, le dijo que todas lo hacían, que no era una petición romántica, que tan solo necesitaba relajarse. «Me sentí completamente atrapada en una situación que intuía que no estaba bien, pero tampoco estaba segura de que el problema no fuera yo y que realmente aquella petición fuera de lo más normal».

Cuando se quitó el albornoz y Madden le puso las manos encima, se quedó petrificada. Él propuso hacerle un masaje primero a ella, para que se sintiera más cómoda. Siguiendo sus instrucciones, se quitó la camiseta y después el sujetador. Él la sobó de arriba abajo. Ella estaba asqueada y temía perder el trabajo en la oficina de Londres.

Madden solo compartió los detalles más escabrosos de su relato meses después de que Jodi y Megan hubieran publicado su reportaje. Weinstein no tardó en quitarle los pantalones. Entonces se colocó encima de ella, desnudo, y se masturbó. «Yo estaba tumbada en la cama, aterrorizada, en una situación muy embarazosa y completamente fuera de mi elemento», escribió. Le pidió que la dejara en paz, pero él seguía haciéndole peticiones de carácter sexual, similares a las que había descrito Judd: ¿podemos hacer esto?, ¿podemos hacer lo otro? Weinstein sugirió que se dieran una ducha juntos, y Madden estaba tan paralizada que accedió. Mientras el agua caía sobre ellos, él continuó masturbándose y Madden lloraba con tanta fuerza que el productor finalmente pareció enojarse y se apartó. Entonces ella se encerró en el cuarto de baño, sin dejar de llorar. Pensó que aún podía oírlo al otro lado de la puerta, masturbándose.

Omitiendo estos detalles todavía, Madden le explicó a Jodi que había vuelto corriendo a la habitación para recuperar su ropa y sus pertenencias y después huyó de allí. (Más adelante, Weinstein negaría la versión de Madden en su totalidad).

Lo más doloroso fue lo entusiasmada que se había sentido tras su incorporación, emocionada por aquel golpe de suerte y aquella oportunidad. «La abrumadora sensación que nunca me ha abandonado es la vergüenza y la decepción de que algo tan prometedor quedara reducido a eso —dijo—. Me robó todo el optimismo con el que

contemplaba mi futuro. Desapareció cualquier esperanza de haber obtenido el trabajo por mérito propio».

Después, una compañera de trabajo a la que había acudido en busca de apoyo telefoneó a Weinstein para pedirle explicaciones sobre su comportamiento, y él se disculpó al instante: «Me dijo que aceptara el trabajo y que nunca me sintiera responsable de lo ocurrido». El productor juró que no volvería a pasar jamás.

Madden aceptó el puesto en Londres y pasó seis años trabajando en tareas de producción para el hombre que había abusado de ella. Le pareció seguro porque él tenía su cuartel general en Estados Unidos. Después de todo, era su trabajo soñado. Su padre, que en un primer momento montó en cólera al enterarse del maltrato, con el tiempo pasó a respaldar su decisión.

Pero Madden nunca fue feliz en Miramax. Cuando el productor visitaba Londres, ella nunca sabía cuál de sus versiones encontraría: la encantadora o la peligrosa. Tuvo muchos más momentos incómodos con Weinstein en habitaciones de hotel, aunque ninguno tan terrible como el primero. Durante todo el tiempo que trabajó con ellos se sintió «responsable» —la palabra es de ella— de lo ocurrido al principio. «Cargo con el peso de sentirme responsable de la agresión. Debería haberlo rechazado y no haber aceptado nunca el empleo», escribió tiempo después.

La historia de Madden era una especie de síntesis de los distintos elementos de lo que Jodi y Megan habían empezado a llamar «El Patrón»: una serie de acciones que eran marca de la casa Weinstein y que se repetían casi al dedillo de una historia a otra. Cada una de estas historias era perturbadora en sí misma, pero su ominosa reiteración resultaba aún más reveladora y escalofriante. Actrices y antiguas empleadas de la compañía, mujeres que no se conocían entre sí y que vivían en países diferentes, relataban a las periodistas distintas variaciones de la misma historia, empleando en ocasiones las mismas palabras y describiendo escenas muy similares. Chicas jóvenes y llenas de entusiasmo que acababan de firmar un contrato con Miramax y que esperaban conocer al productor. Suites de hotel. Botellas de champán de bienvenida. Weinstein en albornoz. Tan jóvenes, tan a su merced. Todas habían querido lo mismo que Laura Madden: un puesto equivalente a su empleo en la oficina de Londres, la oportunidad de trabajar, de participar y de tener éxito.

Mientras Madden y ella hablaban, Jodi no le mencionó su almuerzo con Perkins del día anterior, como tampoco le había mencionado el nombre de Madden a Perkins. No podía hacerlo: las conversaciones eran confidenciales. Aunque ambas mujeres habían trabajado codo con codo en la oficina de Londres, nunca habían compartido sus dolorosas historias. Las dos estaban aisladas; ninguna de ellas disponía de una imagen completa. La idea de reunir de alguna forma a todas las presuntas víctimas de Weinstein resultaba tentadora, para que vieran que cada una había sido parte de algo mucho mayor. Pero, aunque contaran con el permiso de las mujeres, habría sido arriesgado, tanto para ellas como para las periodistas. Las fuentes no podían estar al tanto de quiénes eran las demás. La ansiedad era contagiosa, como bien sabían las periodistas. Una sola podía convencer al resto de que no participasen. Una filtración podía comprometerlo todo.

Antes de conocerse en persona, Madden le había dicho por teléfono que nunca sería capaz de contar su historia en público. Ahora, sentadas en la playa, Jodi pudo formarse una impresión más clara de la mujer. A pesar de su discreción, Madden era una mujer

impresionante: distinguía con cuidado entre lo que recordaba y lo que no, y sus descripciones eran muy juiciosas; tenía muy buen ojo para los matices y los detalles. Tras su etapa en Miramax experimentó la profunda felicidad de la maternidad, pero ahora se encontraba en un momento complicado. Su matrimonio acababa de disolverse y estaba aprendiendo la manera de arreglárselas sola con cuatros hijos entre los once y los dieciséis años. Acababa de superar un cáncer de mama, había perdido un pecho y en los meses siguientes iba a necesitar una segunda mastectomía además de una cirugía de reconstrucción completa. No había vuelto a trabajar a jornada completa desde su marcha de Miramax; solo había dirigido brevemente un pequeño negocio de catering y trataba de terminar un curso de paisajismo, pero le faltaba confianza en sí misma. No se lo dijo a Jodi en aquel momento, pero entre el fin de su matrimonio y el haber perdido sus pechos, sentía en entredicho toda su femineidad, y se preguntaba si alguna vez volvería a sentirse atractiva o deseada. Mientras hablaban en la playa, Jodi se dio cuenta de que incluso aquellas vacaciones se le estaban haciendo cuesta arriba. No estaba acostumbrada a pasar los veranos sola.

Además, nunca había superado la sensación de que, de alguna manera, ella había sido la culpable de lo sucedido. (Por eso en un primer momento solo contó a Jodi una versión abreviada de la historia). Le aseguró que nunca podría dar la cara por miedo a que la juzgaran por no haber salido huyendo.

Aun así, aceptó hablar en privado con Jodi a raíz de la llamada, previa a cualquiera de sus conversaciones, de una exasistente de Weinstein llamada Pamela Lubell, con quien no había cruzado ni una sola palabra en casi dos décadas. Lubell habló con mucha efusividad de la suerte que habían tenido todas de trabajar para Miramax, de lo amable que había sido Weinstein. Y entonces preguntó a Madden si había recibido llamadas de periodistas (se refirió a ellos como «cucarachas periodistas»). Lubell quería tener la garantía de que Madden no hablaría con ellos. Madden se negó a prometer nada, por lo que Lubell seguía llamándola y presionándola. «Si en algún momento quieres llevar a cabo algún proyecto, puedes traérmelo a mí y yo se lo llevaré a Harvey», le había dicho Lubell. Madden estaba segura de que las llamadas eran cosa de Weinstein y fue directa con Lubell: sí, Weinstein la había acosado. No, no podía proporcionarle ninguna garantía de que no fuera a hablar. Es más, le enfurecía aquel intento de silenciarla. Por eso había aceptado la primera llamada de Jodi.

En la playa, Jodi pidió a Madden que se imaginara haciendo pública su historia. Le esbozó, sin dar nombres, el conjunto creciente de acusaciones. Le dijo que su relato significaría mucho para las demás. Y le prometió que antes de publicar ningún artículo podría revisarlo entero, y que haría todo lo que estuviera en sus manos para que la experiencia fuera lo más digna posible. Añadió que si Weinstein tomaba cualquier tipo de represalias contra ella, lo único que conseguiría sería volver el caso en su contra.

Madden, precavida, dijo que se lo pensaría. Quería que el reportaje funcionara. Ahora que Jodi comprendía el nivel de dificultad personal al que se enfrentaba Madden, le preocupaba que no fuera el momento adecuado para la exasistente. Sin embargo, en su interior, Madden pensaba justo lo contrario: «Todo parecía estar implosionando —dijo—. No me parecía tan malo añadir un poquito más de implosión a la mezcla». Tenía muchas ganas de hacer algo proactivo, algo positivo.

Y un argumento aún más poderoso fue cobrando forma en la cabeza de Madden. Se dio cuenta de que era libre. Ya no trabajaba en Hollywood. Y lo que era todavía más

importante: nunca había recibido dinero para permanecer callada ni había firmado un acuerdo de confidencialidad. Empezó a preguntarse si tenía la obligación de hablar precisamente porque otras no podían hacerlo.

De vuelta en Nueva York, Megan hizo un último esfuerzo para encontrar la misteriosa denuncia de 2001 contra Miramax que había sido archivada en el Departamento de Empleo y Vivienda Justa de California. Necesitaba la ayuda de alguien que conociera el terreno y que comprendiera por qué Megan no quería darse por vencida. Envió un correo electrónico a Gloria Allred.

Megan había conocido a la abogada feminista en octubre de 2016 mientras informaba sobre el comportamiento de Trump hacia las mujeres. Tras la publicación de la grabación de audio de *Access Hollywood*, Allred había representado a numerosas mujeres que dieron un paso al frente y denunciaron a Trump. Había organizado ruedas de prensa en entornos seguros, durante las que consolaba a sus clientas cuando rompían a llorar delante de las cámaras. Siempre que Trump arremetía contra las que lo acusaban, Allred contratacaba.

A ojos de algunos periodistas y críticos era una desaprensiva que solo buscaba autopromocionarse. Pero después de leer su autobiografía, de hablar con ella largo y tendido y de entrevistar a algunas de sus antiguas clientas y compañeras de trabajo, Megan la tomaba muy en serio.[82] Sabía que, como joven madre divorciada, Allred había peleado para cobrar la manutención de su hija, que a los veinticinco años la habían violado a punta de pistola y que había abortado de forma ilegal, lo que a punto estuvo de costarle la vida. Parecía que lo que la impulsaba a ayudar y a proteger a otras mujeres y a dar voz a las víctimas era el fruto de su propio sufrimiento.

Había algo que disuadía a Megan de pedir ayuda a Allred en la investigación sobre Weinstein: la extraña colaboración del productor con Lisa Bloom, la hija de Allred. Por eso, al hablar con Allred no mencionó el nombre de Weinstein. Lo único que le dijo fue que necesitaba consejo sobre cómo obtener una antigua denuncia por acoso sexual de una agencia gubernamental de su estado. Allred enmudeció; no podía serle de mucha ayuda en este tema. Megan no era consciente, y jamás lo habría sospechado, de que el bufete de Allred ocultaba documentos sobre Weinstein que nunca habían llegado al conocimiento del Gobierno ni de la opinión pública.

A pesar de ser una reputada abogada que daba voz a mujeres que habían sido víctimas, parte de su trabajo e ingresos consistía en la negociación de acuerdos secretos que las silenciaban y que ocultaban acusaciones de acoso y agresión sexuales. En 2011, un socio y ella habían negociado un acuerdo con Bill O'Reilly (uno de esos tan terriblemente restrictivos que habían alarmado a Emily Steel).[83] A finales de 2016, cuando la opinión pública empezó a conocer los abusos a gimnastas de élite perpetrados por Larry Nassar, el exmédico del equipo nacional, Allred trabajaba en un acuerdo que amordazaba a la gimnasta McKayla Maroney, ganadora de varias medallas olímpicas y uno de los nombres más importantes en ese deporte.[84]

Megan tardó meses en saber que, en 2004, el bufete de Allred también había negociado un acuerdo con Weinstein.[85] La presunta víctima —clienta del bufete— era Ashley Matthau (entonces se apellidaba Anderson), una bailarina que había trabajado como extra en *Dirty Dancing 2: Havana Nights*, producida ese año por Miramax. En ese momento, Matthau tenía veintitrés años, pero parecía mucho más joven. Había pasado

su adolescencia enclaustrada en el mundo de la danza, viajando con el American Ballet Theater. Después fue absorbida por el mundo de los videoclips y de las fiestas en la mansión Playboy, y en otros lugares en los que se esperaba de ella que luciera bien y hablara poco.

Pero, según Matthau, lo ocurrido durante el rodaje de la película desencadenó una profunda cólera en su interior. Durante una visita al set de *Dirty Dancing* en Puerto Rico, Weinstein insistió a Matthau para que acudiera a su habitación de hotel para una reunión privada en la que podrían hablar de futuros proyectos. Una vez solos, él la empujó sobre la cama, le sobó los pechos y se masturbó encima de ella.

—Yo no hacía más que repetirle: «Para, estoy prometida» —contó luego Matthau a Megan—. Pero él me decía una y otra vez: «Solo son unos arrumacos. Tampoco es como si nos estuviéramos acostando».

Al día siguiente, Weinstein le prometió más trabajo, como si hubieran cerrado un trato de negocios.

—No quería que se saliera con la suya. Quería defenderme.

A petición de su prometido, Matthau se puso en manos de Gloria Allred. Su novio había visto a la abogada por televisión y pensó que podría ayudarla. Allred derivó a Matthau a su socio, John West, que la animó a que alcanzara un acuerdo extrajudicial privado. Temiendo un enfrentamiento público contra Weinstein y todo su poder, Matthau rápidamente aceptó 125 000 dólares a cambio de la promesa legalmente vinculante de no volver a hablar jamás de las acusaciones.

—Recuerdo que John no negoció demasiado porque me veía hecha un despojo emocional, incapaz de soportar aquello —explicó Matthau—. Me sugirió que aceptara el dinero, que pasara página e intentara cicatrizar las heridas.

El porcentaje que se llevó el bufete fue del cuarenta por ciento.

West y Allred se negaron a hacer declaraciones sobre la representación que su firma había realizado de Matthau. Sin embargo, en una entrevista separada, Allred hizo la misma defensa de los acuerdos confidenciales que las periodistas ya conocían: eran mejores para las clientas, muchas de las cuales querían privacidad y temían ser rechazadas por las empresas; ir a juicio era arriesgado y podía demorarse años.

—Nadie ha forzado a nadie a firmar un acuerdo de confidencialidad —dijo a Megan—. Nadie te apunta con una pistola para que lo hagas.

Allred reconocía la dura realidad de las cláusulas de confidencialidad: también servían a los perpetradores de conductas sexuales inapropiadas.

—Una clienta puede decir: «Quiero un resarcimiento. Me has conseguido una cantidad importante y estoy muy contenta con ella, pero ¿por qué debería mantenerlo en secreto?» —dijo Allred—. Pues porque esa figura poderosa quiere paz, quiere terminar con esto y quiere pasar página igual que quieres hacerlo tú.

En 2017, un grupo de abogados de California, el estado natal de Allred, comenzó a detectar los peligros que entrañaba esa línea de pensamiento.[86] Consideraban que las víctimas de acoso sexual merecían una compensación económica, pero los acuerdos no debían utilizarse para ocultar —y, por tanto, perpetuar— conductas depredadoras.

—Si hay un agresor en serie ahí fuera, no se puede mantener el secreto una vez tras otra porque entonces continuarán produciéndose esas acciones —explicó a Megan Nancy Peverini, miembro del grupo de presión de los abogados.

Ese enero, la legisladora estatal Connie Leyva había sopesado la posibilidad de apoyar

la nueva legislación que solicitaban esos abogados, la cual, con la prohibición de las cláusulas de confidencialidad, transformaría los acuerdos por acoso sexual en California y aseguraría que las futuras víctimas pudieran denunciar y decir el nombre de sus agresores. Este era el empujón que Katie Benner había mencionado a sus colegas del *Times* en la sala de juntas Page One.

Pero entonces irrumpió en escena Allred. En una tensa llamada telefónica con quienes apoyaban el cambio legislativo y con un auxiliar del despacho de Leyva, Allred se mostró inflexible: los acosadores sexuales nunca pagarían a las víctimas sin obtener a cambio su silencio. En el caso de que siguieran adelante y se propusiera tal legislación, viajaría al capitolio del estado para oponerse a ella.[87]

Los abogados sabían que ningún proyecto de ley que protegiera a las víctimas podría sobrevivir al ataque público de Gloria Allred, que tenía la capacidad de movilizar a las muchas seguidoras que veían en ella a su última gran defensora. No es de extrañar que Connie Leyva retirara su respaldo al proyecto de ley. Con la amenaza de Allred, el impulso para reformar el sistema y proteger las voces de las víctimas murió antes incluso de ser presentado.

[62] La División de Derechos Humanos del estado de Nueva York, <https://dhr.ny.gov>, y el Departamento de Empleo y Vivienda Justa de California, <https://www.dfeh.ca.gov>.
[63] Generado en 2017 por el Departamento de Empleo y Vivienda Justa de California.
[64] Notas de la reunión y documentos de Katie Benner y Jodi Kantor.
[65] Katie Benner, «Women in Tech Speak Frankly on Culture of Harassment», *The New York Times,* 30 de junio de 2017, <https://www.nytimes.com/2017/06/30/technology/women-entrepreneurs-speak-out-sexual-harassment.html>.
[66] Susan Fowler, «Reflecting on One Very, Very Strange Year at Uber», *Susan Fowler*, 19 de febrero de 2017, <https://www.susanjfowler.com/blog/2017/2/19/reflecting-on-one-very-strange-year-at-uber>.
[67] Katie Benner, «A Backlash Builds against Sexual Harassment in Silicon Valley», *The New York Times,* 3 de julio de 2017, <https://www.nytimes.com/2017/07/03/technology/silicon-valley-sexual-harassment.html>.
[68] Emily Steel, «At *Vice,* Cutting-Edge Media and Allegations of Old-School Sexual Harassment», *The New York Times,* 23 de diciembre de 2017, <https://www.nytimes.com/2017/12/23/business/media/vice-sexual-harassment.html>.
[69] Catrin Einhorn, «Harassment and Tipping in Restaurants: Your Stories», *The New York Times*, 18 de marzo de 2018, <https://www.nytimes.com/2018/03/18/business/restaurant-harassment-tipping.html>; Catrin Einhorn y Rachel Abrams, «The Tipping Equation», *The New York Times,* 12 de marzo de 2018, <https://www.nytimes.com/interactive/2018/03/11/business/tipping-sexual-harassment.html>.
[70] Susan Chira y Catrin Einhorn, «How Tough Is It to Change a Culture of Harassment? Ask Women at Ford», *The New York Times*, 19 de diciembre de 2017, <https://www.nytimes.com/interactive/2017/12/19/us/ford-chicago-sexual-harassment.html>; Susan Chira y Catrin Einhorn, «The #MeToo Moment: Blue-collar Women Ask, "What About Us?"» *The New York Times*, 20 de diciembre de 2017, <https://www.nytimes.com/2017/12/20/us/the-metoo-moment-blue-collar-women-ask-what-about-us.html>; Susan Chira, «We Asked Women in Blue-collar Workplaces about Sexual Harassment: Here Are Their Stories», *The New York Times,* 29 de diciembre de 2017, <https://www.nytimes.com/2017/12/29/us/blue-collar-women-harassment.html>; Susan Chira, «The "Manly" Jobs Problem», *The New York Times*, 8 de febrero de 2018, <https://www.nytimes.com /2018/02/08/sunday-review/sexual-harassment-masculine-jobs.html>.
[71] Emily Steel, «How Bill O'Reilly Silenced His Accusers», *The New York Times*, 4 de abril de 2018, <https://www.nytimes.com/2018/04/04/business/media/how-bill-oreilly-silenced-his-accusers.html>.
[72] Entrevista de Jodi Kantor a Chai Feldblum realizada el 11 de mayo de 2017.
[73] Después de vender Miramax a Disney por ochenta millones de dólares en 1993, los Weinstein se separaron de Disney en 2005. Laura M. Holson, «How the Tumultuous Marriage of Miramax and Disney Failed», *The New York Times,* 6 de marzo de 2005, <https://www.nytimes.com/2005/03/06/movies/how-the-tumultuous-marriage-of-miramax-and-disney-failed.html>.
[74] Las autoras hacen un juego de palabras entre el nombre de la empresa, Miramax, y «anónimos», para dar a entender que se trataba de reuniones en las que los exempleados exponían situaciones incómodas de diversa índole vividas durante su paso por la compañía, como en las reuniones de Alcohólicos Anónimos. *(N. de la T.)*
[75] Entrevistas de Megan Twohey a John Schmidt realizadas entre septiembre de 2017 y la primavera de 2019.
[76] Entrevistas de Jodi Kantor a Amy Israel realizadas entre 2017 y 2019.
[77] Entrevistas de Jodi Kantor a Zelda Perkins realizadas entre 2017 y 2019.
[78] Correos electrónicos de Donna Gigliotti a Jodi Kantor y Kelsey Kudak entre noviembre de 2017 y junio de 2019.
[79] Megan Twohey, Jodi Kantor, Susan Dominus, Jim Rutenberg y Steve Eder, «Weinstein's Complicity Machine», *The New York Times,* 5 de diciembre de 2017, <www.nytimes.com/interactive/2017/12/05/us/harvey-weinstein-complicity.html>.
[80] Entrevista de Jodi Kantor a Andrew Cheung realizada en julio de 2017.
[81] Entrevistas de Jodi Kantor a Laura Madden realizadas entre julio de 2017 y enero de 2019.
[82] Gloria Allred, *Fight Back and Win* (Nueva York, HarperCollins, 2006); entrevistas de Megan Twohey a Gloria Allred realizadas entre octubre de 2016 y la primavera de 2019.
[83] Emily Steel, «How Bill O'Reilly Silenced His Accusers», *The New York Times*, 4 de abril de 2018, <https://www.nytimes.com/2018/04/04/business/media/how-bill-oreilly-silenced-his-accusers.html>.
[84] Rebecca Davis O'Brien, «USA Gymnastics, McKayla Maroney Had Confidentiality Agreement to Resolve Abuse Claims», *The Wall Street Journal*, 20 de diciembre de 2017, <https://www.wsj.com/articles/usa-gymnastics-reached-settlement-over-abuse-claims-with-gold-medalist-mckayla-maroney-1513791179>; Will Hobson, «McKayla Maroney Sues USA Gymnastics, Saying It Tried to Buy Her Silence on Abuse», *The Washington Post*, 20 de diciembre de 2017, <https://www.washingtonpost.com/sports/mckayla-maroney-sues-usa-gymnastics-saying-it-tried-to-buy-her-silence-on-abuse/2017/12/20/1e54b482-e5c8-11e7-a65d-1ac0fd7f097e_story.html>.
[85] Entrevistas de Megan Twohey a Ashley Matthau realizadas entre octubre de 2017 y la primavera de 2019.
[86] Abogados de consumo de California, <https://www.caoc.org>.
[87] Entrevista telefónica múltiple realizada por Megan Twohey en 2018.

Capítulo 4 «Gestión positiva de la reputación»

El 12 de julio, Dean Baquet, director ejecutivo del *Times*, reunió a Jodi, Megan, Corbett y Matt Purdy en su despacho. Quería conocer los progresos del reportaje sobre Weinstein. Pero también tenía instrucciones que darles.

En la sala de redacción, el rincón que ocupaba el despacho de Baquet era un lugar aparte, más espacioso y tranquilo, que albergaba recuerdos de toda una vida dedicada al negocio de los diarios. Baquet había crecido en Nueva Orleans, en un piso que daba a la parte de atrás del restaurante criollo de sus padres, un establecimiento tan modesto que, en sus inicios, una caja de puros había hecho las veces de caja registradora.[88] Se convirtió en el primer editor negro del *Times*, pero rara vez compartía con sus empleados sus experiencias personales respecto a la raza. En su lugar, le gustaba hablar de hacer rendir cuentas a los poderosos, de cuándo tratarlos con agresividad o moderación.

Ese día, Baquet quería transmitirles una sola cosa: id con ojo. En 2014, cuando se estrenó en Cambridge (Massachusetts) la primera versión de *Finding Neverland*, una complicada producción teatral de Weinstein, este intentó que el periódico no la reseñara porque sabía que una mala crítica podría condenar el espectáculo. Se quejó a Baquet y a Arthur Sulzberger, el entonces editor, dejando caer unas referencias, no demasiado sutiles, al dinero que había gastado en publicidad en el periódico y mencionando una tradición según la cual las publicaciones de Nueva York no cubrían los preestrenos que se realizaban fuera de la ciudad. Sin embargo, uno de los editores de cultura aseguró a Baquet que se trataba de una regla obsoleta: *Finding Neverland* era una superproducción y, en la era digital, su estreno no era un secreto para nadie. Tras recibir aquella respuesta, Weinstein dijo a Baquet que esperara una llamada de nada menos que Meryl Streep.

La llamada de la famosa actriz nunca se produjo, pero David Boies, uno de los abogados más distinguidos del país, se puso en contacto con Baquet.[89] Boies había representado al Gobierno en el caso de antimonopolio contra Microsoft en los años noventa, a Al Gore en el recuento presidencial del año 2000 y había ayudado a convencer a la Corte Suprema para que revocara la prohibición del matrimonio homosexual en California. Ejercía de asesor de Weinstein desde 2001, pero cuando en 2014 telefoneó a Baquet para mostrar su oposición a una posible reseña de aquel estreno en el *Times*, lo primero que dijo Boies fue: «No llamo en calidad de abogado de Harvey, sino de amigo».[90] Baquet tuvo la impresión de que el abogado no estaba siendo muy sincero acerca de su relación con Weinstein, y el tono amistoso en plan «solo quiero poner las cosas en orden» de Boies le resultó condescendiente. Baquet se negó a cambiar de postura.

Al año siguiente, *Finding Neverland* estaba a punto de debutar en Broadway y el *Times* preparaba una pieza sobre la producción. Weinstein llamó a un editor de la sección de cultura del periódico y le exigió a gritos que omitiera toda mención a un hecho notorio:

que la Policía de Nueva York acababa de empezar a investigar la denuncia por manoseos que Ambra Battilana Gutierrez había presentado contra él. El productor insistía en que la acusación era falsa y, por tanto, el *Times* debía ignorarla, a pesar de que ya había gozado de una amplia cobertura en ese periódico y en otros medios.

Baquet indicó a su plantilla que conservara la referencia a aquel suceso y ordenó a Weinstein que no volviera a dirigirse de esa forma a ninguno de sus periodistas. «Dentro de poco tú y yo vamos a tener una charla bastante dura sobre cómo hablar con mis editores —decía en un correo electrónico Baquet a Weinstein en marzo de 2015—. Y te aseguro que no va a ser nada agradable».

Una investigación sobre el trato del productor a las mujeres tendría mucha más repercusión que un reportaje sobre un estreno teatral, por lo que Baquet intuía que Weinstein haría casi cualquier cosa para detenerla. El director ejecutivo le restaba importancia, pero tanto él como el editor habían empezado a recibir llamadas de Weinstein y de Boies, quienes además pretendían que aquellas conversaciones fueran extraoficiales. Baquet quería que Jodi y Megan siguieran dos reglas a medida que avanzaran sus investigaciones. En primer lugar, quería que dieran por supuesto que Weinstein recurriría a prácticas cada vez más desesperadas, como, por ejemplo, contratar investigadores para seguir sus pasos o los de sus informadores o escarbar en sus pasados si era necesario. Clavó su mirada en las periodistas:

—Dad por hecho que os están siguiendo —les dijo—. Cada vez que habléis por teléfono, hacedlo como si todas vuestras conversaciones estuvieran siendo grabadas.

En segundo lugar, Baquet no quería que las periodistas hablaran con Weinstein sin luz y taquígrafos. Esa medida iba a requerir grandes dosis de disciplina. ¿Qué periodista no querría relacionarse directamente con el sujeto de sus investigaciones? Pero Baquet les dijo que necesitaban ser estratégicas. El hecho de permitir que Weinstein hablara de forma confidencial equivaldría a dejar que mintiera con impunidad. Si tenía algo que decir, tenía que hacerlo a las claras, a micrófono abierto.

La primera semana de agosto, no obstante, Megan empezó a cuestionar las reglas del juego después de que Jodi recibiera una inesperada llamada de Lanny Davis, un abogado de Washington que alcanzó cierto renombre en la época de Bill Clinton y que ahora dirigía un lucrativo negocio como consejero de crisis, a menudo en representación de personajes desagradables, entre los que se encontraban varios mandatarios africanos que habían sido investigados por el periódico. Weinstein acababa de contratarlo y el abogado solicitaba una reunión extraoficial con ellas. Jodi le dijo que toda comunicación debía ser oficial, pero Davis demostraba tal obstinación que planteó la cuestión a Megan y a Corbett. Mientras esperaba una respuesta, Davis no cejó en su empeño: ¿podían reunirse… inmediatamente?, ¿podía sumarse David Boies a la reunión? «Es un buen amigo del cliente», escribió por correo electrónico, repitiendo la misma frase que tanto había indignado a Baquet años antes.

No era la primera vez que Jodi y Corbett lidiaban con Davis. Era de la vieja escuela, afable de puertas afuera, aunque también se le conocía por gritar a los periodistas que a su juicio trataban injustamente a él o a sus clientes.

A pesar de las indicaciones de Baquet, Megan insistía en reunirse con Davis. Entendía el razonamiento de su superior, pero por su propia experiencia sabía que, si uno se relaciona con personas que esconden algo, a menudo terminan exponiéndose por

accidente. Además, sentía curiosidad. ¿Cómo había desbaratado supuestamente Weinstein las investigaciones periodísticas anteriores? Si el productor tramaba algo, ella quería saberlo, preferiblemente antes que después.

Megan propuso que Jodi y ella hablaran con Davis como fuente con atribución reservada, lo que significaba que podrían seguir informando y escribiendo todo lo que él dijera siempre y cuando no atribuyeran nada a su nombre. Un par de días después, Corbett dio el visto bueno a la reunión extraoficial de Jodi y Megan con Davis. Sin embargo, Baquet y ella estipularon que aquella sesión, bajo ningún concepto, sustituiría a una conversación oficial con Weinstein. También se negaron a que participara Boies. Aunque las periodistas debían ser francas, no debían revelar nada sobre las actrices y antiguas empleadas que habían empezado a relatarles sus inquietantes historias con cuentagotas.

En cuanto Jodi llamó a Davis para zanjar los detalles de la conversación, el locuaz relaciones públicas empezó a irse de la lengua: «Es evidente que está pasando por un momento muy delicado —dijo sobre Weinstein—. No siempre actúa de forma racional».

El 3 de agosto, Davis estaba sentado a una larga mesa en una sala de juntas del *Times* hablando sobre béisbol, sobre ser uno de los amigos más cercanos de Hillary Clinton y sobre sus años en la Escuela de Derecho de Yale.[91] Corbett decidió unirse a Jodi y a Megan durante la conversación, señal de la importancia del momento. Megan sacó su iPhone y, con permiso de Davis, apretó el botón de grabar audio. Como suele ser habitual, ese clic puso punto final a la charla trivial.

—No estoy aquí para tratar de desbaratar nada, ni para tratar de dar un giro o desviar el asunto —dijo Davis. Al parecer, sus objetivos eran otros.

El primero de ellos era defensivo. Mencionó la ambigua acusación de violación que Rose McGowan había formulado contra Weinstein en Twitter un año antes. Su equipo sabía que la actriz podría incluir dicha acusación en las memorias que estaba escribiendo en aquel momento. Si Jodi y Megan pensaban informar de dicha acusación, Davis quería tener la oportunidad de ofrecer una respuesta.

Eso era fácil. Por supuesto, el *Times* permitiría que Weinstein se defendiera de cualquier acusación.

El segundo objetivo era tentativo: «No espero que nombréis a las fuentes, sobre todo en una noticia como esta. Pero si me pudierais decir a grandes rasgos en torno a qué gira vuestra investigación, básicamente me ayudaría a hacer mi trabajo, que consiste en responder a vuestras preguntas y asegurarme de que son ciertas».

Ningún problema. Jodi y Megan le explicaron que investigaban el comportamiento problemático de Weinstein hacia las mujeres, y ahí lo dejaron.

El tercer objetivo era sugestivo. Davis dijo que, aunque Weinstein negaba rotundamente cualquier acusación de violación o agresión, era consciente de que cada vez había más denuncias acerca de su forma de tratar a las mujeres. Weinstein había empezado a contemplar su comportamiento hasta la fecha bajo una luz diferente. Hombres poderosos que pertenecían a generaciones anteriores estaban empezando a cambiar su comprensión del significado de la palabra *consensuado* y de «por qué las mujeres no sienten que algo es consensuado aunque el hombre esté convencido de que sí lo es».

¿A dónde quería llegar Davis con todo eso? No estaba claro. Ese día y durante las

siguientes semanas descubrieron que se trataba de un comunicador exigente. Sus declaraciones carecían de un significado preciso. Desplegaba una serie de informaciones útiles sobre sus prominentes clientes, pero algunas de sus afirmaciones no eran muy precisas.

—Creo que aquí hay una historia que contar sobre la evolución de los hombres y, en particular, un reportaje sobre esta cuestión enfocado en Harvey Weinstein.

Sus palabras eran cada vez más difíciles de seguir:

—Es decir, la historia más importante de todas bien pudiera ser que lo que se ha dicho ahí fuera durante mucho tiempo sobre Harvey y sobre mucha gente en Hollywood, que son hombres, hombres poderosos. Cuando terminéis vuestro artículo es posible que haya algo que hable de una forma mucho más amplia a los hombres para ayudarlos a adoptar una conciencia diferente sobre este tema.

¿Qué era lo que parecía estar ofreciendo Davis? ¿Estaba dispuesto Weinstein a dar una entrevista a Megan y a Jodi en la que hablaría de su cuestionable comportamiento hacia las mujeres?

Davis dijo que acababa de empezar a discutir esa posibilidad con Weinstein, y señaló que su cliente «antes que nada tenía que ocuparse de su mujer e hijos». Pero creía que el productor tal vez estuviera dispuesto a mantener una conversación con las periodistas.

—Al menos me siento optimista ante la idea de que podría llegar a suceder —dijo.

Era la primera reunión con el equipo de Weinstein y parecía que ya reconocían mala praxis por su parte, un síntoma de que el alcance total de los hallazgos podía ser muchísimo más grave. Si a estas alturas Weinstein estaba dispuesto a hablar de los errores que había cometido, la entrevista podía ser todo un hito y la investigación mucho más fácil de lo que cualquiera de ellas hubiera anticipado. Pero la idea de que Weinstein entrara en la sala de redacción y se pusiera a hablar abiertamente de sus transgresiones sexuales era del todo inverosímil. Rara vez alguien admitía algo así a menos que se viera confrontado con pruebas.

Las periodistas aseguraron a Davis que estaban totalmente abiertas a escuchar cualquier cosa que el productor tuviera que decir, eso sí, siempre que fuera a micrófono abierto. Pero se plantaron ahí: si Davis iba detrás de algún tipo de trueque, de un cese de la investigación a cambio de una entrevista, no estaban interesadas.

En su lugar, Megan dirigió una vez más la conversación hacia Rose McGowan. Davis se mostraba inflexible e insistía en que la acusación de violación era falsa, y la principal razón por la que no se podía confiar en la palabra de la actriz era que no se hubiese producido un «clamor contemporáneo» en el momento de la presunta agresión.

—¿Se lo contó a alguien cuando pasó? ¿Mostró señales de angustia? —preguntó.

Lo cierto es que McGowan ya había explicado a Megan y a Jodi que, en efecto, se la había podido ver realmente disgustada inmediatamente después de su encuentro con Weinstein en una habitación de hotel en 1997. Le había contado lo ocurrido a su representante y también al abogado que le había ayudado a conseguir la compensación de 100 000 dólares que le pagó Weinstein. McGowan aún no había hecho declaraciones oficiales a las periodistas, y aún necesitaban corroborar que se hubiera alcanzado tal acuerdo. Tal vez presionando a Davis, sin alejarse del hilo argumentativo del propio Davis, Megan podría arrinconarlo para confirmar que, en efecto, se había cerrado un acuerdo económico.

Megan volvió a la carga: ¿estaba Davis seguro de que McGowan no había dado

ninguna muestra de angustia tras el encuentro? ¿Era cierto que Weinstein no fue consciente de lo mucho que había afectado aquel encuentro a la actriz hasta que no leyó su tuit?

Davis cambió el rumbo de su narrativa:

—¿Afectado? —dijo—. Sí, sabía que había cierto malestar por parte de la actriz, pero no de que lo acusara de violación. Y permitidme que subraye sin ambages la palabra *violación*. Él era consciente de cualquier cosa que estuviera por debajo de esa línea: sentimientos, preocupaciones…

—¿De qué tipo? —preguntó Corbett.

—Y si las preocupaciones no se referían a una violación —dijo Jodi—, ¿a qué apuntaban?

Davis había acudido allí con la intención de decir a las periodistas todo lo que Weinstein no había hecho a McGowan. Sin embargo, ahora tenía que explicar qué era lo que sí había hecho.

—En función de lo que sé, Jodi, solo puedo responder a esa pregunta refiriéndome a la sensación de ser explotada a causa de esa dispar relación de poder. Aprovecharse de, abusar de… Existe una amplia gama de verbos que indican que *ex post facto*, o incluso en mitad de un incidente, se hace sentir a las mujeres que están en una posición de desigualdad. Hay casos de coerción mental en los que no existe coerción física —dijo, y añadió que Lisa Bloom había trabajado con Weinstein para ayudarle a reconocer la diferencia—. Sé que ha mencionado que Lisa ha revisado esta cuestión con él, que ha revisado su conducta en el pasado y que le ha ayudado a entenderlo.

¡Lisa Bloom! La abogada que unas semanas antes había enviado un correo electrónico a Jodi. ¿Qué más había que saber sobre su relación con el productor? Pero en lugar de hacerle esa pregunta, necesitaban apretar a Davis sobre lo que Weinstein sabía de McGowan, y sobre cuándo lo había sabido.

Si Weinstein en realidad había tenido conocimiento de lo afectada que quedó McGowan en ese momento, ¿cuál había sido su respuesta? ¿Cómo había actuado ante tales preocupaciones?

—Creo que por esa época tuvo tratos legales con ella —dijo Davis.

—¿Cómo describirías esos tratos legales? —preguntó Megan. Estaban muy cerca de obtener la confirmación de que se había alcanzado un acuerdo.

—Creo que se dio cuenta de que para ella lo ocurrido no estuvo bien —dijo Davis—. No estoy hablando de violación. Hablo de cómo afectó a Rose McGowan. Ella dice que tuvo secuelas graves, que en lugar de pelear…

—En lugar de pelear… ¿qué? —preguntó Megan.

—Creo que él ha accedido a llegar a acuerdos en lugar de litigar lo que podría haber litigado —dijo Davis. Explicó que, según Weinstein, «es mejor llegar a un acuerdo aunque no hayas hecho nada».

¡Bien! Llevaban tan solo unos minutos hablando con el equipo de Weinstein y Davis ya había confirmado el acuerdo por el cual Weinstein habría pagado a McGowan, además de insinuar un largo historial de sobornos.

—¿Y hay más casos de relaciones íntimas cuestionables con mujeres en los que Weinstein haya llegado a acuerdos? —preguntó Megan.

Las periodistas no se lo mencionaron, pero en aquel momento conocían los casos de McGowan, Perkins y Chiu, y sospechaban que también podría haber pagado a la

asistente que había salido huyendo de la oficina de Nueva York. Por su parte, Megan empezaba a intuir que también debía de haber sobornado a Ambra Battilana Gutierrez, la mujer que lo denunció a la policía en 2015. ¿Estaba Davis al corriente de la verdad?

Davis empezaba a ponerse nervioso.

—Intento ir con cuidado porque no estoy seguro de cuál es mi posición legal al admitir que se ha llegado a acuerdos y que dichos acuerdos implicaban conductas sexuales personales. Así que por ahora digamos que, sobre la base de posibles antecedentes, necesito saber cuáles son mis límites legales, aunque en un contexto más general confirme la existencia de dichos acuerdos. Simplemente necesito saber dónde me encuentro. Pero mi respuesta es que sí, los ha habido, solo necesito determinar cómo explicaros mejor todo esto.

Antes de marcharse, Megan quiso hacerle una última pregunta. En su mente persistían las advertencias de Baquet sobre detectives privados, intimidación y amenazas. Además de contratar a Davis, ¿qué más había hecho Weinstein como respuesta a las entrevistas que Jodi y ella estaban llevando a cabo? ¿Había intentado interferir en la investigación de alguna forma?

—Mirad, este tío puede ser un gilipollas —repuso Davis—. Depende del humor en el que esté y de cuánto haya comido.

Pero insistió en que no, en que el productor no tenía ninguna intención de interponerse en sus investigaciones. Davis dijo que se lo había preguntado directamente a Weinstein durante su primera reunión: «¿Tienes intención de reclutar a gente para ir a por cualquiera que pueda cooperar con *The New York Times*? Necesito saberlo».

Davis dijo que la respuesta de Weinstein fue inequívoca: «No» y «no tengo intención de hacer eso».

Davis salió de la sala de juntas con la promesa de hacer realidad una entrevista con Weinstein. Las periodistas aún se mostraban escépticas, pero se sentían animadas. Tal vez Weinstein admitía que no podía detener la investigación del *Times*. Y, lo que era igual de importante, tenían en su poder una grabación en la que Davis decía que Weinstein ni siquiera lo intentaría.

Sin embargo, el productor les había llevado la delantera desde el principio. Sus esfuerzos por silenciar los presuntos delitos habían comenzado en octubre de 2016, cuando McGowan publicó el primer tuit, la revista *New York* trató de investigar la historia y Weinstein pidió a Paltrow que guardara silencio. Había gastado centenares de miles de dólares en identificar a las personas que podían hablar y en cubrir sus huellas, e incluso había obtenido fragmentos de las memorias de McGowan, que aún se encontraban en fase de borrador. Cuando Davis fue a verlas al *Times*, hacía tiempo que Weinstein combatía el trabajo de Jodi y Megan de formas que iban más allá del simple calificativo de «cucarachas periodistas».

Lo sorprendente era toda la ayuda que había recibido.

El 10 de julio, dos días antes de la reunión en el despacho de Baquet y aproximadamente un mes antes de la conversación con Lanny Davis, David Boies se preparaba para subir a bordo de un helicóptero privado en East Hampton, tras la celebración de un cumpleaños familiar, cuando recibió una llamada de Weinstein… otra vez. Según los asistentes de Weinstein, hacía tiempo que el productor llamaba con frecuencia al abogado y, amparados en el secretismo que otorga la relación abogado-cliente, los dos hombres

tramaban el modo de hacer frente a la historia que preparaba el *Times*.

Más tarde, Boies recordó que durante aquella conversación telefónica Weinstein le hizo partícipe de una nueva idea. El productor le dijo que consideraba a Arthur Sulzberger Jr., el entonces editor del *Times*, un amigo. Las empresas de Weinstein eran grandes anunciantes desde hacía muchos años. Los dos hombres habían compartido almuerzos de negocios y llevaban un montón de tiempo moviéndose en círculos similares. Weinstein sugirió que utilizaran ese vínculo para presionar a Sulzberger Jr. y así conseguir que detuviera el reportaje.

El productor y el abogado llevaban dieciséis años trabajando juntos, pero tenían estilos muy diferentes. Weinstein era audaz pero errático, bruto y, a veces, poco sofisticado; Boies, en cambio, era elegante y convincente. El abogado reprimía algunos de los peores instintos del productor, pero dejó que otras personas lo protegieran, a sabiendas de que había sido acusado repetidamente de comportamiento depredador.

Hijo de unos profesores de Illinois, Boies creció con una dislexia no diagnosticada que dificultó su aprendizaje. Aun así, se licenció en Derecho por Yale y pleiteó contra gigantes multinacionales. Era una persona osada, un entusiasta jugador de cartas desde muy joven. Fue expulsado de su primera escuela de Derecho por tener una aventura con la mujer de un profesor (con la que luego se casó) y su actitud rebelde había ofendido a socios anteriores.

También le gustaba estar en el meollo de la cultura popular. Cuando Boies dejó un bufete para crear uno propio —y evitar un conflicto de intereses que le hubiera impedido representar a un nuevo cliente, George Steinbrenner, el dueño de los New York Yankees —, rápidamente consiguió atraer a sus filas a diversas celebridades, entre las que se incluían Calvin Klein, Don Imus y Garry Shandling.

Entre aquellos que solicitaron sus servicios se encontraban los editores de Miramax Books, un nuevo sello editorial creado por Weinstein y su hermano Bob. Corría el año 2001 y Boies acababa de perder el caso Bush vs. Gore, una derrota de consecuencias inconmensurables que, no se sabe cómo, el abogado logró canalizar para ganar legiones de nuevos seguidores. Los editores querían que Boies escribiera sus memorias, pero el célebre abogado no les devolvía las llamadas. Hasta que un día le llamó Weinstein en persona y le propuso que fueran a comer juntos, según recordaría más tarde Boies en una serie de entrevistas que concedió a Megan.

Boies no tardó en reunirse con los hermanos Weinstein en el Tribeca Grill. El abogado fue al grano: no tenía tiempo para ponerse a escribir un libro y tampoco podía decirse que fuera una persona autorreflexiva. Pero Weinstein no aceptaba un no por respuesta. Boies dijo que Harvey lo pintó como una tarea sencilla: solo tenía que poner por escrito algunos de sus casos. Al final de la comida, Boies había aceptado.

Pasó un año sin que hubiese escrito una sola palabra.

—Cariño —dijo una tarde su mujer levantando la vista del ordenador—, no me habías dicho que ya has terminado el libro.

—¿Qué libro? —repuso Boies.

—El libro para Harvey —dijo ella—. Lo acabo de buscar y aquí pone que se publicará este otoño.

Boies sintió que no había escapatoria posible. Si no cumplía con lo prometido, daría la impresión de haber fracasado. Escribió cada día hasta que el libro por fin descansó sobre la mesa del editor. Desde el inicio de la relación, Weinstein parecía tener la sartén por el

mango, y Boies tampoco le paró los pies.

Weinstein consiguió algo más que un libro. Se aseguró una nueva representación legal y, unos meses después de aquel primer almuerzo en 2001, el abogado ayudaba en privado al productor a plantar cara a un posible artículo sobre la acusación de agresión sexual presentada por Rowena Chiu.

En 2002, el escritor de *The New Yorker* Ken Auletta tuvo conocimiento, a través de una filtración, de los pagos de Weinstein a Zelda Perkins y a Chiu (los mismos acuerdos que en ese momento reconstruían Megan y Jodi).[92] Auletta no había conseguido que Perkins y Chiu hablaran con él, pero confiaba en escribir sobre las transacciones y sobre el incidente que las había desencadenado.

Auletta, David Remnick (entonces editor de *The New Yorker*), otro editor y el abogado de la revista se reunieron con Weinstein, su hermano Bob y David Boies para discutir el asunto.[93] En un primer momento, parecía que Boies jugara a ser el árbitro. Cuando Weinstein insistía en que solicitaría una orden judicial contra la revista, Boies le daba palmaditas en el brazo y le decía que existía algo llamado la Primera Enmienda que no podía saltarse. Acto seguido, Boies se dirigía a los periodistas y les decía que publicar aquella historia sería un grave error.

Mucho más adelante, Boies dijo a Megan que había creído a Weinstein cuando este le aseguró que su encuentro con Chiu había sido un flirteo extramarital consensuado. Veía plausible que las mujeres mintieran para sacar tajada de Weinstein, algo que recalcó en la reunión con *The New Yorker*. Al día siguiente, en una reunión de seguimiento con los periodistas de la revista, Bob Weinstein entregó copias de los cheques personales que él mismo había firmado para pagar a dos de las mujeres en nombre de su hermano: la prueba, afirmaba, de que no se había empleado dinero de la compañía en los asuntos personales de Weinstein. Por su parte, también un tiempo después, Auletta explicó a Megan que sus editores y él reconocieron que no podían escribir sobre los acuerdos sin una acusación oficial de agresión o sin pruebas que certificaran un mal uso de los fondos de la empresa.

En aquella época, Boies ya se había convertido en el abogado de los hermanos Weinstein, y estaba cada vez más enredado en sus asuntos. Los hermanos batallaban contra Disney. Cuando la empresa matriz se negó a distribuir *Fahrenheit 9/11*, el documental de Michael Moore, Boies ayudó a los hermanos a recuperar el control de la película para que pudieran ir con ella a Lionsgate Films. Cuando en 2005 los Weinstein decidieron abandonar del todo Disney y crear The Weinstein Company, Boies ayudó a los dos hermanos a que firmaran sendos contratos que especificaban que solo podían ser despedidos en caso de que los condenaran por un delito grave.

Weinstein y Boies asistían juntos a estrenos de cine, a actos benéficos y a recaudaciones de fondos con fines políticos; eran dos celebridades entre celebridades. Boies lo admiraba porque «Harvey siempre está vendiendo algo», y en él tenía un valioso nexo con el mundo del cine. Su hija, Mary Regency, aspiraba a ser actriz. El propio Boies se introdujo en la industria cinematográfica creando en 2012 la productora Boies/Schiller Film Group con el hijo de uno de los socios de su bufete. A lo largo de los años, Boies y su empresa hicieron negocios con The Weinstein Company, y Weinstein proporcionó favores inestimables a su abogado, incluido un posible papel para su hija, que entonces ya había actuado en un rol secundario en *Son of Morning*, una película de 2011 que había pasado sin pena ni gloria.

Estimado David:

Espero que estés bien. Gracias por enviarme *son of morning*. La vi ayer con mi equipo; Mary está maravillosa en la película. Es una peli dura, no creo que sea comercial ni que encaje con lo que yo hago, pero Mary brilla a lo largo de todo el metraje.

Si puedes, consígueme todas sus escenas y trabajos previos. Pediré a mi equipo que le prepare una gran bobina promocional que llegue a los directores de casting adecuados. También la pondré en contacto con mi gente a nivel interno para conseguirle un pequeño papel en mi próxima producción: *tentación en manhattan*, con Sarah Jessica Parker. Cuenta conmigo para lo que necesites.

Con mis mejores deseos,

Harvey.

Aquel papel nunca llegó a materializarse, pero al año siguiente Mary Regency participó en otra película de Weinstein titulada *El lado bueno de las cosas*. En octubre de 2011, Jon Gordon, un exasistente de Weinstein que colaboraba en la producción de la película, envió un correo electrónico sobre la actriz a Weinstein en el que le pedía instrucciones en nombre de David O. Russell, el director:

David lo ha leído y quiere a Mary Regency, la hija de David Boies, para el papel de secretaria del doctor Patel.

david o. aún no le ha ofrecido el papel porque quiere saber si querías/necesitabas hablar algo antes con david boies.

¿Explicaban estos embrollos cinematográficos que Boies se traía con Weinstein por qué había trabajado para ocultar las continuas acusaciones de conducta sexual inapropiada contra el productor?

—Podría ser —dijo Boies—. Pero si soy el abogado de Harvey, lo normal es que intente mantener sus asuntos en secreto. En eso consiste mi trabajo, ¿no te parece?

Boies dijo que, con o sin embrollos, «me debo a mis clientes».

En los años siguientes, el abogado fue conociendo la existencia de nuevas acusaciones, pero una y otra vez salía en defensa de Weinstein y lo ayudaba a ocultar, tergiversar y silenciar. Eligió creer las afirmaciones de Weinstein, que insistía en que solo era culpable de mantener amoríos.

—Pensaba que, como tantos otros hombres en Hollywood que se pasan el día rodeados de atractivas mujeres con ganas de gustarles, era lógico que acabara teniendo múltiples aventuras —dijo Boies.

Incluso años después de que se revelara la magnitud de los presuntos abusos de Weinstein, Boies no veía ningún problema en todo lo que había hecho para protegerlo.

—Cuando echo la vista atrás, no me arrepiento de la forma en que lo representé.

Aquella noche de verano de 2017, cuando Weinstein planteó a Boies la posibilidad de apoyarse en Sulzberger, el abogado descartó la idea al considerarla una pérdida de tiempo. Ejercer ese tipo de presión podría funcionar en otro lugar, pero con el *Times* resultaría inútil.

Boies, en su lugar, centraba sus esfuerzos en dar con un modo más sutil de bloquear el

reportaje del *Times*, alguna variación de lo que el propio Weinstein ya estaba haciendo.

Para proteger su reputación, el productor había contratado hacía tiempo los servicios de detectives privados.[94] Eran básicamente empresas de espías profesionales: observaban a periodistas y escribían informes, y a veces incluso rebuscaban en la basura de los reporteros. Según las reglas no escritas de las interacciones periodista-sujeto, la utilización de detectives privados era una práctica turbia, pero no era sorprendente ni ilegal. Como ya les había advertido Baquet, Jodi y Megan debían esperar algo así.

Pero nueve meses antes Weinstein había cerrado un trato secreto con una empresa israelí de un perfil totalmente diferente: «El grupo Black Cube de Israel se ha puesto en contacto conmigo a través de Ehud Barak —decía un correo electrónico que Weinstein envió a Boies el 16 de octubre de 2016 y al que más tarde tuvo acceso Megan—. Son estrategas y dicen que tu empresa ha usado sus servicios».

Black Cube hacía mucho más que observar a las personas. También las manipulaba, llegando incluso a emplear a actores que adoptaban identidades falsas para engañar a objetivos incautos. Otros de sus empleados eran antiguos expertos de inteligencia militar. En el momento de escribir aquel correo, dos de sus operativos acababan de ser arrestados en Rumania acusados de piratería informática. En efecto, el bufete de Boies —Boies, Schiller & Flexner— había contratado los servicios de Black Cube con anterioridad, y la firma no tardó en cerrar un acuerdo entre Weinstein y la compañía israelí. Según los términos de un contrato firmado ese mismo octubre, Weinstein acordó pagar 100 000 dólares mensuales a los manipuladores profesionales para proteger su comportamiento a ojos de la opinión pública.[95]

La relación pronto estuvo en plena ebullición.

Seth Freedman, un periodista británico independiente, nutría a Black Cube con información que iba recopilando sobre las mujeres que Weinstein temía que pudieran hacer públicos testimonios que lo perjudicaran.[96] Freedman explicaba a las mujeres que era un periodista que había trabajado para *The Guardian*; unas veces afirmaba escribir sobre la vida en Hollywood y otras sobre la industria cinematográfica. La actriz Katherine Kendall y otras mujeres que atendieron sus llamadas contaron que habían hablado libremente con él, sin sospechar jamás que pudiera dedicarse a otra cosa que no fuera el periodismo puro y duro.

Black Cube fue tras Benjamin Wallace, el escritor que investigaba el trato de Weinstein hacia las mujeres para la revista *New York*.[97] Freedman se puso en contacto con él para ofrecerle ciertas informaciones de interés que luego nunca entregaba. También se acercó a Wallace una agente de Black Cube que se hizo pasar por una posible informadora. Al conocerse, Wallace no dijo gran cosa a la mujer, que se hacía llamar Anna, porque sospechaba que podía trabajar para Weinstein. Al final, sus editores y él decidieron suspender la investigación. Wallace más tarde explicó que nadie hablaba, y que eso hacía que la historia de Weinstein pareciera un callejón sin salida.

En mayo de 2017, la misma agente tuvo como objetivo a McGowan.[98] Esa vez la mujer se hizo llamar Diana Filip y dijo ser la directora de inversiones sostenibles y responsables de Reuben Capital Partners, una empresa de gestión de patrimonio de Londres. Hablaba con acento alemán, usaba un teléfono móvil británico y ofreció 60 000 dólares a McGowan por participar en una conferencia.

En los meses siguientes se reunieron un mínimo de tres veces en ciudades elegidas por McGowan. Hablaron durante horas sobre los problemas de las mujeres, y la supuesta

Diana Filip manifestó su interés en invertir en la productora de McGowan. La actriz le leyó un pasaje de sus memorias.

—Se presentó como alguien que realmente se preocupaba por las mujeres —le explicó McGowan más tarde a Megan.

En julio de 2017, Boies había ayudado a renegociar el contrato de Weinstein con Black Cube para resolver dos cuestiones. En primer lugar, las investigaciones que llevaban a cabo Jodi y Megan. En segundo lugar, Weinstein y Black Cube estaban en mitad de una disputa económica. La empresa israelí esperaba una bonificación por haber procurado información sobre las memorias de McGowan, pero Weinstein se negaba a pagar, argumentando que las páginas hacían poco más que reiterar su tuit.

En virtud del contrato que Boies ayudó a revisar, la misión de Black Cube se volvió mucho más explícita: detener la investigación de Jodi y Megan.[99]

Black Cube «proporcionaría operativos que se sumarían a los esfuerzos del cliente para frenar por completo la publicación de un nuevo artículo negativo en un importante diario de Nueva York», además de reunir nuevas informaciones sobre el libro de McGowan. La agente «Anna», también conocida como Diana Filip, la mujer que se había puesto en contacto con Wallace y con McGowan, trabajaría en el caso a tiempo completo. Lo mismo haría un supuesto periodista independiente. El contrato también prometía continuos «operadores avatar» para crear identidades falsas en las redes sociales, lingüistas y «expertos en operaciones» que se concentrarían en la «ingeniería social»; todos ellos contarían con el asesoramiento de exdirigentes de los servicios de inteligencia israelíes. En el supuesto de que Black Cube lograra impedir la publicación del artículo, obtendría una bonificación de 300 000 dólares. Boies firmó el nuevo contrato el 11 de julio, es decir, semanas antes de que Lanny Davis se reuniera con Jodi, Megan y Corbett en las oficinas del *Times*.

Al ofrecerles la posibilidad de que se celebrara una entrevista entre Weinstein y las periodistas, David en ningún momento mencionó que en su primera reunión con el productor también había un agente de Black Cube. Esto solo se lo contó a Megan mucho después, y aseguró no tener del todo claro qué clase de servicio ofrecía dicho agente a su cliente.

La misma semana que se celebró la reunión con Davis, Jodi recibió una serie de correos electrónicos y mensajes de texto de Diana Filip.[100] Jodi nunca había oído hablar de ella, pero la mujer afirmaba formar parte de una organización londinense llamada Reuben Capital Partners. Le dijo que estaba organizando un conjunto de eventos dirigidos a fomentar el avance de la mujer en el lugar de trabajo, y que le gustaría contar con su participación. A pesar de que había ignorado las diversas solicitudes, la mujer le envió un correo muy insistente.

> Hola, Jodi:
>
> Gracias por la aclaración.
>
> Estamos planificando una serie de mesas redondas sobre la desigualdad y la discriminación por razones de género en el lugar de trabajo. Nuestro objetivo es conseguir que los encargados de formular políticas, directivos de diferentes industrias, periodistas y otras partes interesadas conversen sobre estas cuestiones desde distintos puntos de vista.
>
> Varias personas destacadas ya han expresado su voluntad de participar en esta iniciativa, y ahora mismo nos encontramos en el proceso de finalizar el programa y la agenda.

Habida cuenta de tu trabajo en este campo, me encantaría conocer en algún momento tu opinión (independientemente del formato, aunque no sea como ponente). Quiero que estos actos tengan un impacto y un valor reales, y que sean mucho más que palabras vacías. Por eso quiero asegurarme de que se hacen todas las preguntas correctas. Como seguro que ya te has dado cuenta, este proyecto me apasiona (de hecho, se trata en gran medida de una iniciativa personal).

Entiendo la dificultad de que desempeñes un papel directo, pero, en cualquier caso, me encantaría tener una charla rápida contigo y conocer tus opiniones.

Muchas gracias por tu tiempo,

Diana.

Algo en el correo electrónico no terminaba de cuadrar, aunque Jodi no sabía decir exactamente el qué. Reenvió el mensaje al experto en seguridad digital del periódico, que dijo que la url parecía correcta. La página web, que mostraba la foto sonriente de una mujer vestida como una ejecutiva, era una llamada a la igualdad de género en la esfera corporativa. «Las mujeres ganan menos, se les asciende menos y se les infravalora en el lugar de trabajo —decía —. Lejos de limitarse a combatir todas las formas de discriminación contra las mujeres en el lugar de trabajo, esta iniciativa trabajará también para promover la inclusión de las mujeres en los negocios, de forma activa y a todos los niveles». Atendiendo a los estándares del feminismo corporativo, el lenguaje era más duro de lo habitual, y exigía un «activismo progresista» y «plena transparencia» por parte de las empresas.

En lugar de sentirse atraída por la idea, Jodi se alarmó. Su trabajo consistía en recopilar información y destapar secretos, no en el activismo. Y como el reglamento ético del *Times* prohibía la participación de los periodistas en conferencias corporativas —para proteger al diario contra cualquier intento de comprar influencia—, nunca podría haber aceptado el dinero. Tampoco tenía tiempo para quedar a tomar un café y conocerse.

Al cabo de pocos días, recibió un nuevo correo electrónico de Filip. Jodi le respondió secamente para transmitir su falta de interés: «Estoy muy ocupada. Buena suerte con tu proyecto».

Más tarde, Ronan Farrow revelaría parte del trabajo que Black Cube había desempeñado para Weinstein. Boies consideraba que la mejor forma de neutralizar las historias críticas sobre el trato de Weinstein hacia las mujeres pasaba por proporcionar hechos que reforzaran su defensa, y pensó que Black Cube lograría reunir esa información. Afirmó no saber nada acerca de las tácticas subrepticias que la empresa había empleado contra periodistas y que se arrepentía de no haber prestado una mayor atención al asunto. Sorprendentemente, el bufete de Boies ayudó a formalizar un contrato para debilitar la investigación del *Times*, a pesar incluso de que estaba representando al periódico en casos legales. Boies insistía en que eso no constituía un conflicto de intereses, pero el periódico despidió a su bufete calificando sus acciones de «reprobables».

Pero en el verano de 2017, Jodi nunca sospechó que los mensajes de la entusiasta feminista los firmaba una actriz-agente contratada por Black Cube para sabotear su investigación y minar las historias de las víctimas. Igual que tampoco se le pasó por la cabeza que existiera algún tipo de conexión con Boies. Siguiendo las instrucciones de Baquet, Megan y ella habían rechazado las peticiones del abogado para que se reunieran

con él. Parecía un jefecillo trajeado que hubiera quedado relegado a un segundo plano.

Justo cuando Megan y Jodi se medían al equipo de Weinstein, Emily Steel les envió un espléndido reportaje sobre Gloria Allred y Lisa Bloom que acababa de publicar la revista *W*: «Gloria Allred y Lisa Bloom son las Defensoras de las Mujeres de 2017», rezaba el titular.[101]

El artículo describía a la hija de Allred como su heredera e igual. Ambas se encontraban al mismo nivel en la vanguardia de los derechos civiles, sobre todo en relación «al acoso y a la agresión sexual de hombres poderosos contra mujeres». Las abogadas posaban frente al paisaje playero de la casa de Allred en Malibú, y más que madre e hija parecían hermanas.

Como en el caso de su madre, la especialidad de Bloom era ser un personaje público. A lo largo de su carrera había ejercido de analista legal en numerosas cadenas de televisión, e incluso había presentado su propio programa: *Court TV*. La sede de su bufete estaba en Los Ángeles, y más o menos replicaba el modelo de su madre: cultivar clientes mediáticos para los que a menudo conseguía grandes acuerdos en privado.

En el reportaje de *W* hacía gala de sus extraordinarias dotes para las relaciones públicas. Bloom presumía de un acuerdo confidencial al que acababa de llegar: «Mujeres que han sufrido acoso sexual se convierten en millonarias». En la entrevista, Bloom aparecía con una camiseta en la que se leía «Notorious R. B. G.», como si quisiera reivindicar algún tipo de vínculo con la jurista feminista por excelencia: Ruth Bader Ginsburg.

Entonces, ¿por qué había aceptado Bloom trabajar con alguien de quien se rumoreaba que era un depredador sexual? ¿Estaba relacionada esta decisión con la película sobre la que Bloom había tuiteado varios meses antes? ¿Cuáles eran sus motivos? ¿Y cómo operaba?

Megan explicó a Jodi y a Steel que su primera sospecha sobre Bloom se remontaba a 2016, cuando la abogada se involucró en la demanda contra Donald Trump por la supuesta violación a una niña de trece años en una fiesta celebrada por Jeffrey Epstein en los años noventa. Era la misma que Megan había rechazado cubrir dada la imposibilidad de verificar las reclamaciones de la víctima anónima. Una semana antes de las elecciones, en medio del enfurecido debate que había desatado la grabación de *Access Hollywood* y las acusaciones cada vez más numerosas contra Trump, Bloom anunció que representaría a la víctima, Jane Doe. Megan no había hablado nunca con Bloom, pero le envió un correo electrónico *ipso facto*:[102]

> Este caso me resulta sospechoso desde hace mucho tiempo y he puesto en duda la existencia de una demandante/víctima real.
>
> ¿Te has reunido con la verdadera demandante y has concluido que es legítima?
>
> Si es así, valoraría muy positivamente tu punto de vista.

Megan nunca recibió una respuesta. En su lugar, vio cómo Bloom convocaba una rueda de prensa en su despacho en Los Ángeles, en la que Jane Doe haría su primera aparición pública.[103]

Aquel día, la única persona que se puso delante de las cámaras fue la propia Bloom. Anunció que la víctima —que según decía estaba allí mismo, en su despacho— había

recibido amenazas de muerte y que le aterrorizaba aparecer en público. Tal vez no mintiera; tal vez Trump realmente había violado a su clienta y esta temía dar un paso al frente. Sin embargo, a ojos de Megan todo aquel asunto parecía un elaborado esfuerzo por llamar la atención de los medios de comunicación sobre unas acusaciones sin fundamento dirigidas contra el candidato presidencial.

Bloom después reconoció que había solicitado dinero a una organización de apoyo a Hillary Clinton para supuestamente examinar la acusación de Jane Doe.[104] Una vez retirada la demanda, aceptó 700 000 dólares de donantes pro-Clinton para ofrecer seguridad, reubicación y un «hogar seguro» a otras potenciales denunciantes de Trump. Cuando al final ninguna de estas mujeres quiso alzar la voz, Bloom, según consta, devolvió 500 000 dólares de las donaciones, pero se quedó con los 200 000 restantes. Más adelante explicó al *Times* que necesitaba «algo de fondos para pagar sus gastos corrientes». Cuando estas transacciones acabaron saliendo a la luz, los republicanos acusaron a Bloom de sobornar a mujeres para que mintieran sobre Trump. Otros sostenían que la abogada manipulaba las débiles acusaciones contra Trump para su propio beneficio económico.

Bloom se justificó más tarde diciendo que había pasado meses preparando el caso de Jane Doe y que, al final, la mujer tenía demasiado miedo de hacer pública su identidad, por lo que ordenó a su equipo que abandonara el caso y se olvidara de él. También aseguró que no había cobrado honorarios por su trabajo con las mujeres que acusaban a Trump.

En torno a esa misma época, Bloom comenzó a ser criticada por algunas de sus propias clientas. En 2016, Steel empezó a entrevistar en secreto a Tamara Holder, una abogada de tendencias políticas progresistas y excolaboradora de Fox que había presentado una denuncia contra la cadena por una agresión sexual.[105] Según los documentos legales a los que Steel tuvo acceso, Holder afirmaba que en febrero de 2015, cuando trabajaba como presentadora en el programa *Sports Court*, un directivo de Fox llamado Francisco Cortes la había acorralado en su despacho y había intentado forzarla a tener sexo oral.

Al mismo tiempo que Steel avanzaba en sus investigaciones, Bloom ayudaba a Holder a llegar a un acuerdo por un valor superior a dos millones y medio de dólares. Holder dijo que no había comprendido los términos del acuerdo, que eran especialmente opacos. En caso de que el *Times* o *The Wall Street Journal* publicaran artículos sobre su experiencia, Holder perdería gran parte del dinero. «En ningún momento firmé esto a sabiendas de que si Steel —o algún periodista de *The Wall Street Journal*— escribía una pieza, perdería el segundo pago», escribió después a Bloom.

Holder estaba indignada. En su opinión, Bloom la había presionado para que aceptara un acuerdo sin revelar hasta qué punto esto colocaba a Holder en una situación de riesgo económico. Y lo que era peor todavía, temía haber perdido la opción de hacer pública su historia, lo que para ella, sin duda, era más valioso que cualquier posible indemnización, como ya le había explicado a Bloom. Cuando poco después de haber firmado el acuerdo manifestó su preocupación, Bloom la abandonó como clienta y se marchó con un millón de dólares.

—Yo no le preocupaba lo más mínimo —le dijo después Holder a Megan—. Lo que le importaba era el dinero.

Bloom negó haber ejercido ningún tipo de presión para que firmara un acuerdo, e insistió en que revisaba los acuerdos de compensación línea por línea con sus clientas.

Añadió que era habitual que toda representación finalizara una vez formalizado el acuerdo. También señaló que la propia Holder era una abogada de derechos civiles con mucha experiencia.

La noche del sábado 26 de agosto, sin pretenderlo, Megan oyó una historia sobre Lisa Bloom que comenzaba a ilustrar el trabajo que desempeñaba para Weinstein. Estaba reunida con una persona para que le ayudara a entender una insólita transacción financiera relacionada con *Finding Neverland*, la producción de Broadway de la que ya les había hablado Baquet, y con amfAR, la organización sin ánimo de lucro para la investigación del sida a la que Weinstein había ayudado a celebrar ostentosas subastas benéficas en Cannes. Mientras el espectáculo luchaba por despegar, el productor había hecho los arreglos necesarios para que los 600 000 dólares recaudados en una subasta de amfAR celebrada en 2015 fueran a los bolsillos de los inversores de *Finding Neverland*, sin avisar en ningún momento de tal maniobra a la organización benéfica.[106]

Megan estaba reunida con Tom Ajamie, un abogado contratado por la junta directiva de amfAR para examinar aquel asunto.[107] Ajamie le dijo a Megan que investigar a Weinstein era muy diferente a cualquier otra cosa que hubiera hecho antes. Cada vez que intentaba avanzar, el productor impedía que revisara la transacción económica. David Boies silenció a varios miembros de la junta con acuerdos de confidencialidad. Mientras tanto, cuantas más preguntas hacía sobre Weinstein, más descubría sobre las acusaciones de acoso y abuso sexual.

Todas esas informaciones llegaron a preocupar hasta tal punto a Ajamie que había sacado el tema con Bloom cuando se vieron para tomar una copa en Los Ángeles en octubre de 2016. Antes de eso, Ajamie solo había visto a Bloom una vez. Sus credenciales feministas le habían impresionado y confiaba en establecer una relación profesional más fuerte. Si estaba dispuesta a perseguir a hombres poderosos como Donald Trump, estaba seguro de que no le asustaría ir a por Harvey Weinstein. Tal vez incluso ya trabajaba para algunas de sus víctimas.

Bloom dijo a Ajamie que nunca había oído hablar de denuncias relacionadas con el trato de Weinstein hacia las mujeres, y le pidió que la mantuviera informada. Sin embargo, pasados algunos meses las cosas tomaron otro cariz. En enero de 2017, Bloom aceptó la oferta de instalarse con Ajamie y unos amigos en un apartamento que él había alquilado en Park City (Utah) durante el Festival de Cine de Sundance. Después de una fiesta en la que los anfitriones fueron Weinstein y Jay-Z, Bloom volvió al apartamento y le dijo a Ajamie que Weinstein deseaba reunirse con él. A regañadientes, dejó que Bloom le llevara a desayunar a la suite del productor en el Hotel Main & SKY. Lo primero que hizo Weinstein fue increpar a Ajamie por haber hurgado en su pasado y, acto seguido, le suplicó que llegaran a algún tipo de acuerdo. Ajamie solo tenía que firmar un acuerdo de confidencialidad redactado por Boies, según el cual aceptaba mantener en secreto toda la información que hubiera llegado a recopilar sobre Weinstein. «Seamos amigos —había dicho Weinstein a Ajamie—. Podemos hacer negocios juntos».

Ajamie rechazó cualquier tipo de trato a cambio de su silencio, y se marchó de la habitación convencido de que los 600 000 dólares de la transacción de amfAR eran la punta del iceberg de lo que debía de ocultar el productor.

Cuando Bloom y Ajamie se marchaban, ella se giró hacia él. Durante la reunión se había mantenido neutral y apenas había abierto la boca. Ahora le ofreció un consejo:

—Creo que deberías reconsiderar tu postura con él.
—¿Qué quieres decir?
—Puede ayudarte mucho en tu carrera.

Para entonces, Bloom ya llevaba seis semanas trabajando con el productor, a razón de 895 dólares la hora.[108]

Mucho después, Bloom dijo que representar a Weinstein en 2017 fue un «error colosal» del que se «arrepentía profundamente». «Fui lo bastante ingenua como para creer que empleaba un lenguaje inapropiado con las mujeres pero que sus ofensas no pasaban de ahí. Pensaba que podría llegar a la raíz del problema empleando un enfoque diferente, animándole a pedir perdón, algo que, por cierto, hizo en cuanto se publicó el artículo —explicó en un correo electrónico a Jodi y Megan—. Es evidente que mi plan no funcionó en absoluto y que yo debería haberlo sabido. ¿Debería haber asumido que las cosas podían ser mucho peores de lo que yo era consciente en ese momento? Sí. La culpa es mía».

No obstante, al contrario de lo que escribió en aquel correo electrónico, daba la impresión de que cuando Weinstein contrató a Bloom en diciembre de 2016 ella sí que sabía dónde se estaba metiendo. En realidad, le propuso desempeñar un papel mucho más tenebroso que el simple hecho de animarlo a pedir perdón. Lo expuso en una nota —a la que después tuvo acceso Megan— que envió a Weinstein y a unos investigadores privados llamados Jack Palladino y Sara Ness.

Harvey:

Ha sido un verdadero placer hablar contigo hoy, a pesar de que, en efecto, a todos nos gustaría que hubiese sido en mejores circunstancias. He dedicado el resto del día a leer los exhaustivos informes de Jack y Sara sobre Rose, que verdaderamente parece una mentirosa patológica y perturbada, y también sobre tu exasistente…, que me preocupa menos. También he leído gran parte del *feed* de Twitter de Rose para hacerme una idea de cómo es ella, y he visto su cortometraje, *Dawn*.

(No soy ninguna crítica de cine, pero me ha parecido espantoso, aunque muy revelador acerca de quién es Rose: chico conoce a chica. Chica confía en chico. Chico asesina a chica. Todos los hombres son malísimos. Fin).

Me siento capacitada para ayudarte a hacer frente a las Roses del mundo porque lo cierto es que he representado a muchas de ellas. Al principio pueden resultar mujeres valientes y admirables, pero en cuanto rascas un poco en busca de pruebas, van saliendo a la superficie más mentiras y más debilidades.

Parece que en estos momentos no tiene mucho a lo que dedicarse salvo a su meteórica transformación en guerrera feminista, una nueva identidad que parece enteramente apoyada en sus diatribas *online*. Para mantener a sus seguidores del «Ejército Rose», la indignación de tales diatribas debe ir en constante aumento.

Está claro que debemos detener sus ataques ridículos y difamatorios contra ti. Es peligrosa. Haces bien en preocuparte. A continuación te ofrezco algunas opciones que podemos concretar en nuestra próxima llamada:

1. Iniciar un contacto amistoso con ella a través de mí o de algún otro intermediario y, una vez establecida una relación, encontrar una solución en la que todos salgan ganando. Pregunta clave: ¿qué le gustaría conseguir? Parece que dirigir.

2. Una campaña de desprestigio *online* para hacerla recular y que quede expuesta como una mentirosa patológica. Unos cuantos artículos bien distribuidos ahora llegarán muy lejos si en el futuro todo esto nos explota. Podemos publicar un artículo sobre su transformación que le haga parecer cada vez más trastornada, para que cuando alguien la busque en Google aparezca esto y quede desacreditada. Disponemos de todos los hechos basándonos en la información pública que de ella hay disponible. Esto puede hacerse de forma simultánea al punto n.º 1.

3. Carta de cese y desistimiento enviada por mí, advirtiéndole de la violación del acuerdo contraído contigo y poniéndole al tanto de las causas de acción o denuncias en California por ataques contra la reputación, invasión de la privacidad, difamación, etc. Riesgo: que publique la carta *online*, lo que generaría un fuerte rechazo y reacciones violentas. (Sara, necesito ver el acuerdo, por favor).

4. Tú y yo aparecemos en público en una entrevista previamente preparada en la que hablas sobre tu evolución en cuestiones relativas a las mujeres a raíz de la muerte de tu madre, de la grabación de Trump en la que habla de agarrar a las mujeres por el coño y, quizá, de rumores infundados, hirientes y desagradables sobre tu persona. Esto acaparará todos los titulares si te muestras genuinamente arrepentido ante cualquiera a quien hayas hecho daño, subrayando al mismo tiempo que siempre fueron comportamientos adultos consensuados. En su momento pensaste que con eso bastaba, pero ahora te das cuenta de que tiene más matices, de que un desequilibrio de poder significa algo, etc. Has acudido a mí para que te ayude a comprender costumbres sociales sobre conductas sexuales indebidas en rápida y constante evolución porque eres una persona buena y decente (como pone de manifiesto el trabajo de toda una vida haciendo películas sobre asuntos sociales importantes y una filantropía extremadamente generosa). Ejemplo: Charlie Sheen. Cuando numerosas mujeres estaban a punto de sacar a la luz su condición de seropositivo, recientemente ha ofrecido una entrevista en el programa *Today Show* en la que lo contó él mismo, y por la cual ha recibido grandes elogios. Yo representaba a algunas de estas mujeres y sus historias quedaron en gran medida olvidadas debido a esta entrevista y a todo el apoyo que recibió. Desde el punto de vista de la gestión de la reputación es fundamental ser el primero en contar la historia. Te recomiendo encarecidamente que lo hagas. Si accedes, me gustaría reunirme contigo para repasar la historia al detalle, para que se haga con la máxima efectividad. Tú deberías ser el héroe de esta historia, no el villano. Esto es muy factible.

5. Poner en marcha la Fundación Weinstein, centrada en la igualdad de género en el cine, etc. O establecer los Estándares Weinstein, que persiguen que un tercio de las películas estén dirigidas por mujeres, o escritas por mujeres, o que superen el test de Bechdel (que dos personajes femeninos con nombre y apellido hablen entre ellos sobre algo que no sea un hombre); lo que sea. Anuncias que elevarás de inmediato las normas referentes a la paridad de género de formas muy específicas en todas las películas que están bajo tu control, anuncias una asociación con el grupo de Geena Davis, que trabaja por la igualdad de género en el cine, por ejemplo, y exiges que la mitad de los figurantes en las escenas de multitudes sean mujeres. Ya sabes por dónde voy. Habría que dar alguna vuelta a todo esto, pero la idea es que decidas tomar el liderazgo y subir el listón de una forma concreta, para acaparar los titulares.

6. Gestión positiva de la reputación. He buscado tu nombre en Google y aparecen varios artículos desagradables. Trabajo con la empresa líder en gestión de la reputación y

podemos establecer un *backlink* a los artículos positivos para crear un *firewall* que impida que las piezas negativas ocupen buenas posiciones en Google. Tu primera página en Google es fundamental, porque el noventa y cinco por ciento de la gente no pasa a la segunda. Vamos a mejorar esto. Es fácil de conseguir. Debería hacerse conjuntamente con otra opción.

Un recordatorio: ¿podrías, por favor, ponerme en contacto con David Boies para obtener mi adelanto?

También, teniendo en cuenta que recientemente han hackeado tus correos electrónicos relacionados con la campaña de Clinton, te recomiendo que crees una nueva cuenta de correo para este equipo. No deberíamos enviarte correos sobre estas cuestiones sensibles a la dirección de tu empresa porque el equipo de informática u otros pueden tener acceso.

Gracias. Estoy realmente honrada de entrar a formar parte de este equipo. ¿Hablamos mañana?

Saludos,

Lisa Bloom.

Weinstein le pagó un anticipo de 50 000 dólares. Esa y las subsiguientes facturas quedaron como prueba de toda la ayuda prestada a Weinstein.

Colaboró con «Anna», la agente de Black Cube también conocida como Diana Filip. Se juntó con Weinstein y Boies. Ayudó a orquestar el conjunto de informaciones sobre Rose McGowan, Ambra Battilana Gutierrez, Ashley Judd y otras mujeres que podrían acusar a Weinstein. Bloom trabajó mano a mano con Sara Ness, la investigadora privada que reunía informes sobre los periodistas que investigaban a Weinstein, para lo cual rastreaba sus cuentas en las redes sociales en busca de pistas sobre quiénes podían ser sus fuentes. Tal como había vaticinado Baquet, Weinstein y su equipo observaban a las periodistas, utilizaban cada uno de sus clics en las redes sociales para tratar de descubrir con quién estaban hablando.

«En función de su actividad en las redes sociales y de sus comentarios sobre HW, los siguientes nombres parecen situarse entre las posibles fuentes más relevantes de Kantor y Farrow», indicaba Ness en un expediente al que Jodi y Megan solo tuvieron acceso meses después.[109] Páginas y páginas con la lista de personas a las que seguían en Twitter y cuándo habían empezado a seguirlas. Algunas de las fuentes más importantes de Jodi y Megan aparecían en esa lista.

Otras valoraciones, en cambio, iban más desencaminadas. «Es difícil predecir si McGowan concederá una entrevista a Farrow o a Kantor —escribió la investigadora cuando Jodi y Megan ya llevaban semanas conversando con McGowan—. Es poco probable que Judd quiera salir a la palestra y hacer un refrito del artículo aparecido en *Variety* en 2015». Y también: Weinstein «no cree que Paltrow sea ninguna amenaza».

Sin embargo, otras anotaciones eran pasmosamente acertadas. En la lista, algunas de las mujeres eran calificadas de «informadoras adversas», entre ellas la asistente que había huido de Miramax en 1990, a quien Megan había encontrado en casa de su madre.

El concepto de «informadoras adversas» se parecía un montón a otro término: «adversarios». Y es que Weinstein libraba una guerra ayudado por un gran equipo.

[88] Brett Anderson, «A History of the Baquets, New Orleans Restaurant Family: From the T-P Archives», NOLA, publicado originalmente el 20 de julio de 2004 y republicado el 15 de mayo de 2014, <https://www.nola.com/ dining/2014/05/from_the_t-p_archives_a_short.html>; Brett Anderson, «The Importance of Eddie's: The Late-great Baquet Family Restaurant, Remembered», NOLA, 16 de mayo de 2014, <https://www.nola.com/dining/2014/05 / the_importance_of_eddies_the_l.html>.

[89] Información obtenida a partir de las entrevistas realizadas por Megan Twohey entre 2017 y la primavera de 2019 a Boies y aquellos familiarizados con su representación de Harvey Weinstein, y de los correos electrónicos y otros informes que incluían comentarios hechos por Boies de 2015 y a lo largo de todo 2017, así como los siguientes artículos sobre él: Daniel Okrent, «Get Me Boies!», *Time*, 25 de diciembre de 2000, <http://content.time.com/time/world/article/0,8599,2047286,00.html>; Andrew Rice, «The Bad, Good Lawyer: Was David Boies Just Doing Right by Harvey Weinstein? Or Did He Cross an Ethical Line?», revista *New York*, 30 de septiembre de 2018, <http://nymag.com/intelligencer/2018/09/david-boies-harvey-weinstein-lawyer.html>.

[90] Entrevistas de Megan Twohey y Jodi Kantor a Dean Baquet realizadas en 2018.

[91] Entrevista de Megan Twohey y Jodi Kantor a Lanny Davis realizada el 3 de agosto de 2017.

[92] Auletta oyó hablar de los acuerdos mientras trabajaba en un análisis sobre Harvey Weinstein. Ken Auletta, «Beauty and the Beast», *The New Yorker,* 8 de diciembre de 2002, <https://www.newyorker.com/magazine/2002/12/16/beauty-and-the-beast-2>.

[93] Entrevistas de Megan Twohey a Ken Auletta, Bob Weinstein y David Boies realizadas en 2019.

[94] Megan Twohey, Jodi Kantor, Susan Dominus, Jim Rutenberg y Steve Eder, «Weinstein's Complicity Machine», *The New York Times,* 5 de diciembre de 2017, <www.nytimes.com/interactive/2017/12/05/us/harvey-weinstein complicity.html>.

[95] «Alana Goodman, Harvey Weinstein's ORIGINAL contract with ex-Mossad agents ordered them to prove he was the victim of a "negative campaign" in what was dubbed "Operation Parachute" — spying on actresses, close friend designer Kenneth Cole and amfAR», *Daily Mail,* 8 de noviembre de 2017, <https://www.dailymail.co.uk/news/article-5062195/Harvey-Weinstein-agreed-pay-1-3m-ex-Mossad-agents.html>.

[96] Entrevistas de Twohey y Kantor a McGowan, Kendall y otras actrices con las que se puso en contacto Seth Freedman en 2016 y 2017, y los correos electrónicos enviados a Freedman.

[97] Entrevista de Megan Twohey a Benjamin Wallace realizada en 2018 y los correos electrónicos de 2016 entre Wallace y Seth Freedman.

[98] Ronan Farrow, «Harvey Weinstein's Army of Spies», *The New Yorker,* 6 de noviembre de 2017, <www.newyorker.com/news/news-desk/harvey-weinsteins-army-of-spies>.

[99] «Read: The Contract Between a Private Security Firm and One of Harvey Weinstein's Lawyers», *The New Yorker,* 6 de noviembre de 2017, <https://www.newyorker.com/sections/news/read-the-contract-between-a-private-security-firm-and-one-of-harvey-weinsteins-lawyers>.

[100] «Diana Filip», correo a Jodi Kantor, 8 de agosto de 2017. La página web asociada, Reuben Capital Partners, ha sido retirada; se publicaron capturas de pantalla de dicha web. Alana Goodman, «EXCLUSIVE: The SPY Who Duped Rose McGowan UNMASKED! This is the blonde Israeli military veteran who worked undercover for disgraced mogul Harvey Weinstein and tricked the actress into sharing her memoirs», *Daily Mail*, 8 de noviembre de 2017, <https://www.dailymail.co.uk/news/article-5064027/Israeli-military-vet-duped-Rose-McGowan-revealed.html>.

[101] Alexandra Pechman, «Gloria Allred and Lisa Bloom Are the Defenders of Women in 2017», *W*, 21 de julio de 2017, <https://www.wmagazine.com/story/gloria-allred-lisa-bloom-donald-trump-blac-chyna-lawyer>.

[102] Correo electrónico de Megan Twohey a Lisa Bloom, 1 de noviembre de 2016.

[103] Stephen Feller, «Trump Rape Accuser Cancels Press Conference after Death Threats», *United Press International,* 3 de noviembre de 2016, <https://www.upi.com/Top_News/US/2016/11/03/Trump-rape-accuser-cancels-press-conference-after-death-threats/2381478150421>.

[104] Kenneth P. Vogel, «Partisans, Wielding Money, Begin Seeking to Exploit Harassment Claim», *The New York Times,* 31 de diciembre de 2017, <https://www.nytimes.com/2017/12/31/us/politics/sexual-harassment-politics-partisanship.html>.

[105] Entrevistas de Megan Twohey a Tamara Holder realizadas entre el verano de 2018 y la primavera de 2019; correos electrónicos entre Tamara Holder y Lisa Bloom; Lloyd Grove, «Clients Turn on "Champion for Women" Lisa Bloom after Her Scorched-earth Crusade for Harvey Weinstein», *Daily Beast*, 26 de octubre de 2017, <https://www.thedailybeast.com/lisa-bloom-has-files-on-rose-mcgowans-history-inside-her-scorched-earth-crusade-for-harvey-weinstein>; Emily Steel, «Fox Is Said to Settle With Former Contributor Over Sexual Assault Claims», *The New York Times*, 8 de marzo de 2017, <https://www.nytimes.com/2017/03/08/business/fox-news-roger-ailes-sexual-assault-settlement.html>.

[106] El reportaje de Twohey sobre amfAR incluía entrevistas a miembros de la junta, incluido Kenneth Cole, su entonces presidente, a David Boies, Charles Prince y otros que tenían conocimiento de los 600 000 dólares recaudados en una subasta benéfica de amfAR que se derivaron a los inversores de *Finding Neverland*. También incluía correos y otros documentos de entre 2015 y 2017 que subrayaban la transacción económica, preocupación sobre la transacción entre ciertos miembros del equipo y de la junta directiva de amfAR y sobre cómo respondía Weinstein a los intentos de investigarla; Megan Twohey, «Tumult after AIDS Fund-Raiser Supports Harvey Weinstein Production», *The New York Times,* 23 de septiembre de 2017, <https://www.nytimes.com/2017/09/23/nyregion/harvey-weinstein-charity.html>.

[107] Entrevistas de Megan Twohey a Tom Ajamie realizadas entre el verano de 2017 y la primavera de 2019.

[108] Registros de facturación del bufete de Lisa Bloom, The Bloom Firm, con fecha de diciembre de 2016.

[109] Borrador de un informe presentado por Sara Ness a Harvey Weinstein en julio de 2017.

Capítulo 5 La complicidad de una empresa

Durante todo el mes de agosto y hasta bien entrado septiembre de 2017, Jodi y Megan se encontraron con un problema creciente: pese a todo lo que sabían sobre los presuntos malos tratos de Weinstein hacia las mujeres, poca cosa podía contarse sobre el papel.

Una noche, Rebecca Corbett citó a las periodistas en un bar tranquilo, en el Midtown de Manhattan, y les pidió información actualizada sobre la investigación. Jodi y Megan enumeraron sus hallazgos hasta la fecha. Las historias sobre Weinstein que les habían contado diversas estrellas. Las de las antiguas empleadas. Los acuerdos.

Corbett ya conocía el material disponible, pero su verdadera intención era ponerlo sobre la mesa. ¿Cuántas mujeres estaban dispuestas a que se conociera su identidad? ¿Cuántos acuerdos habían podido confirmar? De todas las mujeres con relatos de abusos en primera persona, solo Laura Madden había aceptado hacerlo público, aunque su respuesta aún no era definitiva. Las pruebas que corroboraban los sobornos eran parciales.

—No tenéis una historia publicable —dijo Corbett.

Persuadir a extrabajadores de Weinstein para que hablaran tampoco estaba siendo sencillo. Sobre todo a los directivos que, a través de los años, habían integrado el círculo más íntimo del productor. No les convenía hablar, iba en contra de sus propios intereses. ¿Por qué iban a querer que el mundo supiera que habían hecho carrera tolerando a un hombre que parecía un depredador? La mejor baza de las periodistas era el argumento de que la investigación del *Times* les permitiría mitigar errores pasados: una manera segura de abordar comportamientos que tal vez les impidieran pegar ojo desde hacía años.

Al término de una conversación poco reveladora con uno de esos directivos, Jodi escuchó algo intrigante sobre Irwin Reiter, vicepresidente ejecutivo de contabilidad e información financiera, y uno de los principales lugartenientes de Weinstein. Antiguos compañeros de trabajo de Reiter le habían descrito como «la memoria institucional de la empresa»: llevaba los libros de contabilidad de los hermanos desde 1989. También le habían calificado como leal, arisco y poco inclinado a preocuparse por el tratamiento de su jefe hacia las mujeres. Pero aquel directivo dijo algo que nadie más había mencionado: «Irwin Reiter odia a Harvey Weinstein».

Jodi guardaba desde hacía tiempo el número de teléfono de Reiter, a la espera de poder llamarlo cuando tuviera una idea más clara sobre él. Ese momento por fin había llegado. Cuando lo llamó, Reiter le dijo que no quería hablar, pero antes de colgar le facilitó su dirección privada de correo electrónico. Jodi le envió un mensaje:

Viernes, 15 de septiembre de 2017, 16:46
A: Irwin Reiter
De: Jodi Kantor

Estimado Irwin:

Gracias por la dirección de correo electrónico. Estamos en el proceso de documentar acusaciones relacionadas con un patrón de malos tratos hacia las mujeres a lo largo de los años. Nuestras investigaciones están revelando pruebas de numerosos acuerdos. He podido saber que este asunto podría ser algo que le preocupa desde hace tiempo. Ayudarnos a contar bien esta historia podría ser una oportunidad de hacer algo al respecto, sin que nadie más tenga que enterarse. Agradecería la posibilidad de mantener una conversación confidencial con usted y presentarle nuestras informaciones a fin de ver si son correctas.

Mi hermana vive cerca de usted y tenía pensado ir dentro de poco a Nueva Jersey. ¿Podría invitarle a un café para que pueda considerar más a fondo el asunto?

Viernes, 15 de septiembre de 2017, 20:27
A: Jodi Kantor
De: Irwin Reiter

Su historial es impresionante. En 2017, y tal y como están las cosas, siento un verdadero respeto por los periodistas. Que tenga un buen fin de semana.

Jodi inmediatamente reenvió el mensaje de Irwin.

Viernes, 15 de septiembre de 2017, 20:37
A: Megan Twohey
De: Jodi Kantor

¿Qué le respondo?

Viernes, 15 de septiembre de 2017, 21:11
A: Irwin Reiter
De: Jodi Kantor

Gracias, sus palabras significan mucho para mí. En los tiempos que corren, una documentación rigurosa parece más importante que nunca. Puedo pasarme por su casa el lunes sobre las once de la mañana para que me conozca. (La guía telefónica dice 3 Hebron Drive en East Windsor. Si le viene mejor otro día u hora no deje de decírmelo).

Viernes, 15 de septiembre de 2017, 21:46
A: Jodi Kantor
De: Irwin Reiter

Es una gran periodista, pero las direcciones se le dan fatal. No he vivido jamás en Nueva Jersey. Me lo estoy pensando y el lunes le comunicaré mi decisión.

Para mantener vivo el diálogo, Jodi le escribía sobre cualquier cosa y Megan, en segundo plano, leía los correos de él y aconsejaba a Jodi en sus respuestas.[110]

Reiter no tardó en enviar instrucciones: «Reúnase conmigo a las 21:30 en la barra que hay al fondo del restaurante Little Park, en Tribeca». Estableció una serie de normas para la reunión: él haría las preguntas; se reservaba el derecho a marcharse a los cinco minutos; él correría con la cuenta. Hasta ahí todo bien, pero a Jodi le sorprendió la ubicación que había escogido. Tribeca formaba parte de la órbita Weinstein. Hacía tres décadas que el productor había trasladado allí las oficinas de Miramax, y el ascenso de la

compañía ayudó a transformar un vecindario crudo en un entorno adinerado, prestigioso y poderoso, una zona de *lofts* multimillonarios, restaurantes caros y que acogía el célebre festival de cine. El costoso y elegante Little Park parecía el tipo de sitio que frecuentaría un productor de cine. Su despacho en The Weinstein Company, empresa que había fundado junto a su hermano en 2005, estaba a tan solo seis manzanas. Pero Jodi no cuestionó la elección. Si Reiter quería que se vieran en las mismas narices de Weinstein, eso harían.

La noche del lunes 18 de septiembre, la periodista entró en el bullicioso restaurante y echó una mirada a su alrededor:[111] aunque Weinstein no estuviera por los alrededores, quería asegurarse de que no conocía a nadie para evitar posibles interrupciones. Siguió avanzando hasta un espacio casi escondido y poco concurrido en la parte de atrás: una barra tenue que parecía un salón exclusivo, ideal para mantener conversaciones privadas, con mucha separación entre los distintos grupos de sofás y sillones orejeros. ¿Dónde estaba Reiter? ¿Sería un espía encargado de descubrir qué sabía la periodista?

Pero al hombre bajito de cincuenta y tantos que la esperaba sentado en una butaca al fondo se le veía demasiado nervioso como para ser un infiltrado. Miraba hacia atrás por encima del hombro y hacía chistes macabros sobre escapar a los matones que seguramente habría contratado Weinstein. Su tono era paternal y su cadencia al hablar indicaba que no procedía de Manhattan.

Pasados unos minutos, aún parecía nervioso. No hizo muchas preguntas pero tampoco parecía inclinado a marcharse, así que Jodi se aventuró con algunas de su cosecha: quería saber si tenía acceso a los detalles económicos de los acuerdos más antiguos. A medida que le preguntaba por el pasado, Reiter parecía un poco desconcertado e incluso decepcionado, hasta que al fin le preguntó por qué se interesaba por temas tan antiguos con todos los delitos más recientes que Weinstein había cometido contra sus empleadas.

Delitos recientes.

Jodi y Megan no estaban al tanto de ellos. Más allá de la investigación policial sobre la conducta de Weinstein, solo disponían de unas cuantas pistas sin confirmar. Jodi pidió más información a Reiter, pero este se puso tenso y empezó a dar muchos rodeos. Mencionó a una joven directiva de desarrollo que leía guiones y a otra que había compaginado su trabajo en The Weinstein Company con los estudios en una escuela de negocios. Se liaba con las iniciales: E. N., L. O. y muchas otras. No estaba dispuesto a ofrecer más. Su verdadera preocupación, según dijo, era poner freno a lo que Weinstein había estado haciendo en los últimos años a las jóvenes que trabajaban en la empresa.

Durante las siguientes dos semanas, Jodi y Reiter se reunieron cada pocas noches, siempre tarde, casi siempre en la barra trasera de Little Park. Jodi y Megan no se lo contaron a nadie más que a los editores. En los correos y mensajes que se cruzaban, lo llamaban simplemente «la fuente» o «el tipo de Jodi». Cada vez que se veían, el contable juraba y perjuraba que sería la última. Se estaba jugando su puesto de trabajo. Hablaba a toda prisa y a trompicones, estaba dispuesto a revelar ciertas informaciones pero no otras; a veces se negaba a añadir nombres y pasaba de un episodio que sonaba crucial a otro que parecía irrelevante o difícil de demostrar. Subrayó que no comprendía todo lo que había ocurrido en la empresa; además, lo explicaba con desorden.

Entre una entrevista y la siguiente, Jodi y Megan trataban de descifrar, localizar y comprobar todas sus afirmaciones, para lo cual hablaban con antiguos empleados, obtenían informes y se ponían en contacto con las mujeres a las que aludía Reiter. Se

centraban en lo fundamental: ¿qué había hecho Weinstein a esas jóvenes y qué pruebas estaban a su alcance?

Pero también eran conscientes de que Reiter proporcionaba retazos de una historia cuya investigación necesitaría mucho más tiempo. Durante dos espantosos años en The Weinstein Company —2014 y 2015—, la peligrosa actitud del productor hacia las mujeres se había vuelto mucho más evidente para los altos cargos de la empresa; los problemas se sucedían con una regularidad alarmante.

Hacía tiempo que Harvey Weinstein había movilizado a ciertas personas y recursos de sus ilustres empresas —de abogados a asistentes, de contratos a gastos relacionados con el trabajo— para alimentar sus ansias depredadoras o para ocultarlas. Algunos de los empleados sabían muy poco o nada, y diseñaban carteles para las películas como si nada, o decidían sus fechas de lanzamiento. Pero a lo largo de ese periodo de dos años, Reiter, el miembro más activo de la junta directiva, así como Bob Weinstein, el hermano y socio empresarial del productor, fueron cada vez más conscientes de las acusaciones de acoso y abuso sexual contra Weinstein, y su preocupación iba en aumento. Uno por uno, todos fracasaron a la hora de abordar el problema, y el productor demostró una sorprendente capacidad para crear su propia realidad, para hacer desaparecer sus problemas. ¿Cómo pudo una empresa volverse tan profundamente cómplice de los abusos?

Durante muchos años, Reiter miró hacia otro lado en el trato de su jefe hacia las mujeres. Había entrado a trabajar en Miramax el 15 de julio de 1989. Era un contable de treinta años formado en el College de Brooklyn que admiraba las arriesgadas películas de Weinstein, tan distintas a las que podían verse en la mayoría de multicines. Al año siguiente advirtió la repentina y misteriosa desaparición de una ayudante en la diminuta oficina de Nueva York (la misma mujer a la que había ido a ver Megan a casa de su madre). Le contaron que Weinstein se había comportado de forma inapropiada con ella, que la mujer había negociado algún tipo de acuerdo y que ahí había acabado la cosa.

Casi una década después, Reiter oyó que Zelda Perkins había tenido algún problema en la oficina de Londres y supo que un abogado de la empresa había viajado a Inglaterra para solucionar aquel asunto. Y como a muchos otros compañeros, le habían llegado rumores de «amoríos» entre el productor y diversas actrices, pero no estaba seguro de quién se aprovechaba de quién: ¿acaso no era un secreto a voces que las actrices hacían cualquier cosa para conseguir un papel? Además, Reiter se encargaba de la parte administrativa, le pagaban por llevar la contabilidad y carecía de autoridad para cuestionar a Weinstein. No quiso saber más.

Hasta 2014, cuando su preocupación fue ganando terreno. Ese verano, Reiter escuchó nuevos rumores sobre el comportamiento de Weinstein. Aquel octubre, mujeres de distintas procedencias y edades acusaron públicamente a Bill Cosby por acoso sexual. Cuando la noticia salió a la luz, sus proyectos televisivos y su gira de actuaciones fueron cancelados.[112] En las ocasiones en que llegaba a actuar, las protestas y los abucheos se volvieron habituales.

A la luz de las noticias sobre Cosby, Reiter sintió la necesidad de intervenir. Aún no se planteaba si Weinstein había hecho daño a las mujeres o cómo, lo que le preocupaba era el estado financiero de The Weinstein Company. A pesar de la imagen exitosa que proyectaba la empresa —hacía películas prestigiosas como *El discurso del rey* y el programa de televisión *Pasarela a la fama*—, en realidad se encontraba en una situación

más precaria de lo que la gente imaginaba, con gran cantidad de proyectos fracasados y cientos de millones de dólares en pérdidas. Un escándalo de abusos sexuales podría significar su ruina.

En noviembre de 2014, Reiter redactó un correo electrónico acusatorio dirigido a Weinstein en el que recogía los nombres de algunas de las mujeres mencionadas en las habladurías de la oficina. «Deja de hacer tonterías», escribió a su jefe, según consta en un borrador del correo. No le preocupaba lo que Weinstein pudiera hacer a las mujeres, «salvo en el caso de que la empresa tenga que pagar por ello». Llegó a preguntarle: «¿Lo has hecho?». Al día siguiente, Weinstein confrontó a Reiter pero no admitió nada. A raíz de aquello, el productor empezó a tratarlo con frialdad y a llamarlo, por toda la oficina, «la policía del sexo». (Algo que Weinstein negó más adelante).

Semanas después, en diciembre de 2014, cuando se suponía que la empresa había bajado las persianas por vacaciones, Reiter llegó una mañana a la oficina y se encontró con otros directivos muy nerviosos y preocupados. Una mujer de veinticinco años llamada Emily Nestor, estudiante de posgrado, había empezado a trabajar como recepcionista en la oficina de Los Ángeles para cubrir el periodo navideño. En su segundo día, Weinstein se había empeñado en que desayunara con él en el Hotel Peninsula de Beverly Hills, donde le ofreció sexo a cambio de convertirse en su mentor.[113] Presumió de todas las actrices que supuestamente habrían obtenido fama y fortuna tras aceptar esa misma propuesta. Nestor se mantuvo firme. Él insistía. Cuando finalmente logró zafarse y volver a la oficina, contó lo ocurrido a los demás empleados y estos alertaron a sus homólogos de Nueva York.

Reiter estaba escandalizado: la empresa se enfrentaba a lo que tenía visos de ser un episodio de acoso sexual. Nestor no quería denunciarlo a recursos humanos, por lo que Reiter y otros directivos persuadieron a los empleados que habían escuchado el relato para que lo pusieran por escrito. Uno de los documentos reflejaba lo mucho que ella había tardado en quitarse de encima a Weinstein: «Asegura que fue muy persistente y que no dejaba de insistirle a pesar de que ella le estuvo rechazando durante más de una hora».[114]

A principios de 2015, Reiter se encontraba en un restaurante en el centro de la ciudad charlando con su hija Shari, de veintiséis años, una edad parecida a la de Nestor. Era estudiante de Psicología y una feminista acérrima. Cuando su padre le explicó lo que sucedía en su oficina, incluso le mostró en el teléfono, tanto a su hija como a una amiga estudiante de Derecho, los correos electrónicos y los documentos en cuestión, Shari quedó consternada. Instó a su padre a que actuara y le dijo que debía encontrar la manera de detener el comportamiento de Weinstein.

Reiter quería hacerlo. A esas alturas no solo le preocupaba la empresa, sino que empezaba a temer por la seguridad de las empleadas y le angustiaba la idea de que su jefe hiciera daño a las mujeres que tenía contratadas. Aun así, no veía qué podía hacer él al respecto. El abogado externo de la compañía había advertido a los directivos que, dado que Nestor no quería presentar una denuncia oficial, tal vez no tenía ningún sentido compartir su relato con la junta directiva. Reiter se sentía aún más inútil. Además, según le comentó a su hija en aquella cena, era bien sabido lo que ocurría en ese tipo de situaciones: a menudo se terminaba culpando a las víctimas, como si fueran ellas las que hubieran hecho algo malo.

Shari siguió presionando a su padre.[115] La conversación aquella noche se acaloró lo

bastante como para atraer las miradas de otros comensales. Le dijo que él tenía poder dentro de la empresa, que podía ayudar a crear un ambiente propicio para que las mujeres dieran un paso al frente, que estaba obligado a hacer más.

Ese invierno, Reiter conoció el caso de otra joven empleada. Sandeep Rehal era la asistente personal de Weinstein, tenía veintiocho años y aquel era su primer trabajo, más allá de distintos empleos en pequeños comercios en los que cobraba por horas.[116] Compartió con Reiter y con otros directivos lo incómodas que le resultaban algunas de sus tareas. Weinstein le había ordenado que alquilara un piso amueblado y que utilizara la tarjeta de crédito de la empresa para surtirlo de lencería femenina, flores y un par de albornoces. Debía mantener una plantilla de mujeres, a las que se refería con una expresión que Reiter ya había oído antes por la oficina: «Las amigas de Harvey». Sin entender muy bien cómo había pasado, gestionar sus idas y venidas se había acabado convirtiendo en parte de su trabajo.

Más adelante, Rehal reconoció que se había sentido demasiado avergonzada y asustada como para contar a los directivos masculinos sus peores cometidos. Debía procurar y organizar el suministro personal de un fármaco para la disfunción eréctil llamado Caverject que se administraba mediante una inyección en el pene; debía tener un buen acopio de estas inyecciones en su escritorio y entregárselas a Weinstein en bolsas de papel marrón; en ocasiones, tenía que llevar los fármacos deprisa y corriendo a un hotel o a cualquier otra parte antes de que él se encontrara con las mujeres; y una vez, después de haber pasado una semana entera buscando un nuevo distribuidor del fármaco —que pagó con la tarjeta de empresa—, Weinstein le dio una bonificación de 500 dólares —también a cargo de la empresa—, según un correo electrónico que envió delante de ella a recursos humanos. El productor insinuó que sufriría consecuencias si comentaba con alguien estas funciones, le habló de sus préstamos estudiantiles y del colegio donde estudiaba su hermana pequeña; podía hacer que la expulsaran. Le sugirió que su silencio obtendría recompensa. «Estás en la Universidad Harvey Weinstein —dijo —, y soy yo el que decide si te gradúas». Rehal se marchó al cabo de poco tiempo y Reiter no volvió a saber de ella.

Pero el contable, poco a poco, fue compartiendo con los colegas su preocupación por otro asunto que había planteado Rehal: el uso que hacía Weinstein de los gastos de empresa. Weinstein cargaba inmensas cantidades en su tarjeta de empresa y decidía de manera flexible los gastos personales que más adelante reembolsaría de su propio bolsillo. Además de un generoso salario —dos millones y medio en 2015—,[117] exigía a veces que la productora se hiciera cargo de facturas discutibles, como, por ejemplo, una propina de 24 000 dólares para el personal de un yate (que devolvió al cabo de un tiempo) y una escala de su *jet* privado en Europa para recoger a una modelo. (Weinstein negó haber abusado en ningún momento de los fondos de la empresa).

Después de que Weinstein pidiera que pagasen a un grupo de mujeres para puestos de producción sin que sus trabajos o sus funciones estuviesen claros, Reiter escribió a Tom Prince, director de producción de The Weinstein Company:[118]

Martes, 10 de febrero de 2015
A: Tom Prince
De: Irwin Reiter
¿¡Cuántas!? ¿¡Cuántas son suficientes!? ¿¡Cuántas son demasiadas!?

A: Tom Prince
De: Irwin Reiter
No hay que darle más vueltas… Pasará… ¿Cuántos años tiene Cosby? ¿Cuánto tiempo estuvo ocultando su enfermedad sexual? Va a pasar, solo espero que no sea a título póstumo.

A: Irwin Reiter
De: Tom Prince
Es verdaderamente alucinante.

Mientras se celebraban sus conversaciones nocturnas con Reiter, las periodistas continuaban trabajando para confirmar lo que les contaba el contable. Emily Nestor no deseaba explicar públicamente lo ocurrido, pero Megan no tardó en localizar a otra joven ayudante que había abandonado The Weinstein Company en el verano de 2015 y cuyas iniciales le había proporcionado Reiter. Le temblaba la voz, pero lentamente fue explicando que había dimitido «por razones morales». Había firmado un acuerdo de confidencialidad, por lo que temía compartir sus experiencias con Megan. Weinstein se había aprovechado de ella, la había machacado con peticiones sexuales y de masajes que ella rechazaba constantemente. No quería dejar pasar la oportunidad de formar parte de una empresa tan valorada, de modo que buscó la manera de seguir en ella, pero en un puesto que le permitiera estar más alejada de él.

Cuando Weinstein exigió que volviera a trabajar directamente para él, se quejó a un alto directivo de las tareas que se veía obligada a realizar, confiando en que le ayudara a mantenerse lejos del alcance del jefe. En su lugar, el propio Weinstein la llamó y la presionó para que negara su acusación, presentara una carta de dimisión en la que declarara haber tenido una «experiencia positiva» en la empresa y se largara.

Al mismo tiempo, Jodi mantenía conversaciones dolorosamente similares con una antigua asistente llamada Michelle Franklin, que había trabajado en la oficina de Londres en 2012.[119] También parecía muy nerviosa y solo había accedido a hablar a micrófono cerrado. Weinstein nunca presionó a Franklin para que mantuvieran relaciones sexuales, pero, igual que la joven ayudante con la que había hablado Megan, explicó que sus funciones incluían organizar encuentros en habitaciones de hotel para las «amigas de Harvey», el mismo eufemismo empleado por Reiter y por otros. Como Rehal, se encargaba de ir a la farmacia a por medicamentos inyectables en el pene, y, en ocasiones, mientras ordenaba las habitaciones de hotel, había tenido que recoger jeringuillas desechadas en el suelo. (Weinstein negó estas afirmaciones).

Un día en que había acompañado a una joven a la habitación de hotel de Weinstein, Franklin le plantó cara: «No es mi trabajo y no quiero hacerlo». «Tu opinión no cuenta», fue la respuesta de él. La despidieron al poco tiempo.

La tarde del 19 de septiembre, Megan vivió su primera experiencia directa de la capacidad de Weinstein para ejercer presión, buscar aliados y fingir con total descaro que los problemas no existían.[120]

Había dedicado dos semanas enteras a reconstruir detalladamente cómo, mediante una serie de complicadas transacciones, los 600 000 dólares recaudados en la subasta

benéfica para la investigación sobre el sida celebrada en 2015 habían ido a parar a la cuenta bancaria de los inversores de la producción teatral *Finding Neverland*. A Jodi y a los editores del *Times* les preocupaba que se enfrascara en ese tema en lugar de centrarse en el objetivo, mucho más amplio, del trato de Weinstein hacia las mujeres.

Pero Megan era incapaz de renunciar a aquel asunto. Había confirmado que la oficina del Fiscal General de Nueva York tenía una investigación abierta. Había obtenido informes internos en los que se recogía la gran preocupación de varios integrantes de amfAR. En un correo electrónico, el director financiero escribió: «Nada en este acuerdo me da buena espina». Diversos expertos legales coincidían en que podía tratarse de un fraude. Pero aunque su actuación hubiese sido conforme a la ley, todo apuntaba a que Weinstein había desviado más de medio millón de dólares destinados a la investigación del sida para reembolsar a sus propios inversores.

Megan creía que la historia evidenciaría hasta qué punto Weinstein era capaz de doblegar una institución según su voluntad. El productor había mantenido una relación cordial durante años con amfAR, colaborando con una recaudación de fondos plagada de estrellas en Cannes (a esta celebración pertenecían las fotos de la alfombra roja que Jodi había examinado meses antes). Weinstein recibió la ayuda de David Boies para aplacar a la junta directiva de amfAR cuando esta solicitó una investigación externa. En una nueva entrevista con Megan, Boies pasó casi dos horas mareando la perdiz, mientras que Lanny Davis y Charlie Prince, un abogado de The Weinstein Company, se encargaban de reforzar la defensa del «aquí no ha pasado nada».

Mientras tanto, el propio Weinstein se presentó en la cuarta planta del edificio del *Times*, decidido a enfrentarse a Megan y a torpedear su artículo.

Corbett y Baquet permitieron que se celebrara la entrevista con dos condiciones: la primera, que quedase registrada; y, la segunda, que se centrase únicamente en la transacción financiera, no en las acusaciones de malos tratos a mujeres. Megan estaba impaciente por obtener respuestas, pero también quería analizar al hombre que Jodi y ella llevaban meses investigando. Corbett participaría en la reunión para que no se desviasen del rumbo marcado.

El productor vestía ropa arrugada y caminaba con una ligera cojera. Gruñó un «hola» con una voz grave y nasal que revelaba un acento neoyorquino de la vieja escuela.

Tras él avanzaba toda una cuadrilla. A Megan no le sorprendió ver a Davis ni a Prince. Jason Lilien, otro abogado al que supuestamente Weinstein acababa de contratar, se presentó como el antiguo responsable de la Agencia Benéfica de la Oficina del Fiscal General del Estado de Nueva York.

—Sé que puede parecer que me echo flores, pero literalmente me dedicaba a escribir las leyes de Nueva York referentes a estos temas —dijo a Megan.

Sin embargo, le desconcertaba la presencia de otras dos figuras en aquel cortejo. Megan saludó con un apretón de manos a Roberta Kaplan, la querellante que había ganado el caso Estados Unidos contra Windsor, un litigio que supuso un hito de la Corte Suprema y que preparó el camino para la ley federal que legaliza el matrimonio entre personas del mismo sexo. Megan también identificó a una mujer impresionante, alta, de mediana edad y con pelo oscuro, cuya cara le resultaba extrañamente familiar. Era Karen Duffy, también conocida como «Duff», una presentadora de la MTV de sus años mozos. ¿Por qué habían aceptado estar al lado de Weinstein en un asunto del que probablemente no sabían nada?

Corbett quiso dejar claro que la reunión debía limitarse en todo momento a la transacción de amfAR.

No obstante, enseguida se hizo evidente que Weinstein tenía la intención de establecer su propia narrativa. Habló de su despertar a la angustia del sida, de sus importantes donaciones filantrópicas y de lo mucho que le preocupaba ver sufrir a los demás. Los visitantes, que permanecían sentados en la sala de juntas, eran meros figurantes en aquella representación.

Al principio, el tono de Weinstein, aunque condescendiente, era afable. Primero, ofreció un discurso sobre el funcionamiento *real* de las recaudaciones de fondos con fines benéficos. Explicó que, si las periodistas profundizaban un poco más, verían que las transacciones creativas, como la de amfAR, eran extremadamente corrientes. Todo el mundo las hacía. Si uno quería hacer el bien en el mundo, debía dirigir su organización benéfica como un negocio, y subrayó que otras de las cantidades que había recaudado en la subasta sí habían acabado en amfAR.

—Simples argucias legales —dijo paseando su sonrisa por toda la estancia—. Nuestra idea era ayudar a la gente.

Luego llegó el momento de hablar de todo lo que había hecho para plantar cara al sida. Recordó los estragos de la enfermedad, que había conocido muy de cerca décadas atrás cuando enfermó Michael Bennett, el director de Broadway famoso por el musical *A Chorus Line*.

—Un día recibo una llamada en la que me dicen que Michael tiene neumonía. Y… —Weinstein hizo una pausa, como si necesitara serenarse—. Ya está. Está todo bien. Ahora se me pasa.

Poco después, empezó a leer directamente de un folio: era la declaración escrita de un antiguo vicepresidente de amfAR que no había podido asistir a la reunión. Empleando la tercera persona, Weinstein describió su propia compasión y generosidad:

—Harvey se acercó y preguntó: «¿Necesitáis ayuda?» —dijo Weinstein—. La necesitábamos y literalmente se hizo cargo de la subasta: iba detrás de la gente para que donara.

Pareció atragantarse, como si las palabras se le atascaran en la garganta.

—Esto no es ningún paripé —dijo.

Volvió a empezar, se detuvo, como superado por la emoción, y luego dejó el guion sobre la mesa para que Duffy leyera el resto. Con lágrimas en los ojos, explicó a continuación que Weinstein había ayudado a salvarle la vida cuando le diagnosticaron una enfermedad rara. Añadió que era importante «representar a la gente que ahora mismo no puede hablar», víctimas del sida que se habían beneficiado de la generosidad de Weinstein.

Megan los dejó terminar y, acto seguido, pasó a hacer más preguntas. Las personas que pujan por un artículo en una subasta benéfica, ¿no deberían saber a dónde va su dinero? ¿Era apropiado que las contribuciones benéficas en última instancia regresaran a Weinstein y a otros inversores de *Finding Neverland*?

Con cada nueva ronda de preguntas, la irritación de Weinstein se volvía más palpable.

¿Sabían Megan y Corbett que la empresa en la que trabajaban utilizaba dinero de organizaciones sin ánimo de lucro para subvencionar su periodismo de investigación?

—Entonces, ¿se le perdona a unos pero no a otros? ¿Cómo lo hacéis vosotros? —espetó.

Rápidamente pasó de atacar al periódico a expresar su devoción por él:

—Me encanta *The New York Times* —dijo—. Tengo una historia famosa. Es 1977 y estoy en medio de una tormenta de nieve en Búfalo, Nueva York, en mi época de estudiante. Un tipo sale a la calle, mi amigo Gary. Le pregunto: «¿A qué vas a la tienda?». Me contesta: «Voy a por Twinkies». Otro tío le pide que compre leche. Una chica dice: «Yo quiero Cheerios». Te haces una idea. Y entonces voy y suelto una frase que se hará famosa; es de hace mucho, pero es probable que la encuentres por ahí: «A mí solo tráeme el último número de *The New York Times*».

Insistió en que si había algo inapropiado en la transacción de los 600 000 dólares, Megan debía presionar a los abogados responsables de ella. Y si las personas que habían pujado en la subasta no se habían dado cuenta de que su dinero iba a parar a sus negocios…, bueno, ese era su problema.

—Si no quieres hacer una donación, no la hagas.

Kaplan dijo que formaba parte de la junta directiva de otra organización benéfica dedicada a la investigación del sida. Y vino a sugerir que si el *Times* terminaba publicando esta historia, numerosos pacientes de sida podrían verse afectados en todo el mundo. Aunque parecía no comprender la transacción económica que había ido a defender.

Megan preguntó a Weinstein si estaba dispuesto a repetir ese tipo de arreglos económicos.

—Contigo por aquí, no —bromeó el productor.

—Creo que tenemos que ir acabando —dijo Corbett.

Pero Weinstein quiso rematar su alegato: él no se limitaba a luchar por el bien, sino que batallaba contra los villanos. Los miembros de la junta directiva de la organización benéfica que lo habían denunciado ante el fiscal general solo querían tomar las riendas de amfAR para satisfacer sus propios y turbios intereses.

El abogado de The Weinstein Company trató de intervenir, pero Weinstein lo apartó de un manotazo.

—Prefiero hundirme con la verdad —dijo Weinstein a las periodistas—. Así es como me han educado. Crecí con la verdad.

Megan agradeció a todos su tiempo. Pese al exceso de teatralidad, pensaba seguir escribiendo su artículo sobre la transacción de los 600 000 dólares. El productor se marchó, seguido de sus acólitos, y a Megan le sorprendió la actitud de aquel hombre que se abría paso en el mundo por la fuerza y que esperaba que todos le profesasen obediencia.

Cuando Jodi vio salir al grupo, bajó al vestíbulo. Había puesto mucho empeño en saludar a Weinstein antes de que comenzara la reunión y, ahora que se marchaba, quería volver a hablar con él para recordarle lo que había dicho Lanny Davis sobre una posible entrevista.

El productor estaba al otro lado de los tornos de seguridad, en medio del habitual jaleo de oficinistas y turistas sacándose fotos con el letrero del *Times*. Al acercarse, Weinstein se inclinó hacia ella con tanta energía que la periodista tuvo que recordarse a sí misma que no debía mostrarse intimidada. Jodi le dijo que, aunque la reunión de ese día había girado en torno a amfAR, confiaba en que Megan y ella pudieran entrevistarlo más adelante sobre su forma de tratar a las mujeres.

Weinstein empezó a burlarse de la investigación delante de su séquito, mencionando

algunos avances que las periodistas no habían compartido con él en ningún momento. «Seducir mujeres para llevarlas a habitaciones de hotel», dijo con desprecio.

Sentémonos a hablar *ahora*, propuso de pronto.

—Se lo contaré todo. Nos sinceraremos el uno con el otro y no habrá ningún artículo —dijo—. Venga, vamos.

Jodi declinó la oferta. Le dijo que Megan y ella se pondrían en contacto con él cuando estuviesen preparadas.

Él se acercó todavía más y Jodi dejó escapar una risa nerviosa. El productor le aseguró que no había hecho las cosas terribles de las que lo acusaban las mujeres; él no era tan malo.

Sonrió burlonamente, y entonces añadió:

—Soy peor.[121]

Las tácticas de Weinstein durante la entrevista sobre las transacciones de amfAR fueron como un manual de su *modus operandi*. Más tarde ayudaron a Megan a descifrar lo que había ocurrido en su empresa en marzo de 2015, cuando apareció una nueva denuncia —mucho más delicada— presentada por Ambra Battilana Gutierrez, la modelo italiana. Emily Nestor y Sandeep Rehal acababan de abandonar la empresa, pero esta acusación provocó un alboroto muy superior a esos casos porque era la primera vez que una mujer acusaba públicamente a Weinstein.

Después de una reunión de trabajo en el despacho de Weinstein, Gutierrez se dirigió al Departamento de Policía de Nueva York y acusó al productor de haberla manoseado. La noticia ocupó los titulares, y, de cara a la empresa, no pudo llegar en peor momento: The Weinstein Company se preparaba para vender su división televisiva a la cadena británica ITV por más de 400 millones de dólares, un acuerdo que habría servido de posible salvavidas. Reiter, a quien habían prometido una prima de un millón de dólares por la venta, estaba horrorizado: aquello era justo lo que tanto había temido, un escándalo público.

La policía hizo los preparativos para que Gutierrez grabara en secreto a Weinstein hablando del incidente. El productor aseguró más adelante que la policía estaba deseosa de verlo acusado de abusos sexuales.[122]

Sin embargo, poco tiempo después, la oficina del fiscal anunció, a través de un representante, que no iría a juicio. Se limitó a comunicar que, «después de analizar las pruebas disponibles, incluyendo múltiples entrevistas con ambas partes, no se sostiene una acusación penal». Gutierrez se marchó de Nueva York sin ofrecer entrevistas ni otro tipo de declaraciones públicas sobre su denuncia contra Weinstein, lo que llevó a Reiter y a otros a preguntarse qué habría sucedido entre bambalinas.

Lo que casi nadie sabía en aquel momento era que Weinstein había llevado a cabo una complicada maniobra dirigida a que la acusación de la modelo desapareciese.

El abogado penalista Elkan Abramowitz, antiguo socio del fiscal del distrito Cy Vance, era la cara pública del equipo legal de Weinstein.

En privado, Linda Fairstein, la célebre exfiscal de delitos sexuales de Manhattan, también le prestó ayuda. Estaba en contacto con la oficina de Weinstein por el caso y ayudó a poner en contacto al equipo legal de Weinstein con el fiscal principal. (En verano de 2017, cuando Fairstein insistió a Megan en que la acusación de la modelo era infundada, en ningún momento reveló sus vínculos con el caso. Más tarde echó la culpa

a Megan por no habérselo preguntado y reiteró haber actuado de forma intachable).

Los detectives de Weinstein se pusieron manos a la obra para reunir los informes de dos procesos judiciales que atañían a Gutierrez. En 2011 había testificado en un juicio contra Silvio Berlusconi, ex primer ministro italiano, por la contratación de una prostituta menor de edad. Gutierrez habló de una fiesta sexual con chicas adolescentes en casa de Berlusconi, pero en la que ella se había negado a participar en actos lascivos. En el estrado, durante aquel juicio, la defensa mencionó una acusación por agresión sexual que Gutierrez había interpuesto años antes contra un hombre de setenta años y que los fiscales habían abandonado porque la propia Gutierrez se había negado a cooperar; en aquella ocasión, durante el interrogatorio, la modelo desmintió la acusación que ella misma había formulado en una declaración jurada.

Las actas judiciales no probaban que Gutierrez mintiera sobre Weinstein, ni siquiera que hubiera mentido sobre el hombre de más edad. Sin embargo, la Fiscalía de Nueva York acabó reconociendo que la imagen que Weinstein había difundido de ella les había hecho dudar de su credibilidad.

Boies y Abramowitz compartieron los documentos italianos con Ken Auletta, el periodista de *The New Yorker*.[123] Auletta había contemplado la posibilidad de escribir sobre el tema, pero más tarde explicó que los abogados le habían convencido de que Gutierrez no era fiable.

Una de las primeras personas a las que recurrió Weinstein tras la denuncia policial fue Rudolph Giuliani, exalcalde de Nueva York. Giuliani derivó el caso a Daniel S. Connolly, uno de los socios de su bufete.

Después de que los fiscales rechazaran presentar cargos, Weinstein, representado por Connolly, pagó a Gutierrez un acuerdo de siete ceros a cambio de su silencio.[124] Como parte del trato, Weinstein también se hizo con la copia de la grabación que Gutierrez había obtenido siguiendo instrucciones de la policía.[125]

De cara a los mandamases de la empresa y a otras personas, Weinstein explicó que aquel episodio respondía a un intrincado intento de chantaje, pero jamás reveló la elevada suma que había pagado a Gutierrez.

«Es una extorsionadora, le hizo lo mismo a un tipo más viejo en Italia, y asistía a las fiestas "bunga-bunga" de Berlusconi —contó Weinstein a Lance Maerov, miembro de la junta—. Y si no me crees, llamaré a Rudy Giuliani para que te lo explique».

A modo de colofón, Weinstein se había aprovechado del poder y de los recursos de su propia compañía para sellar un pacto secreto que silenciara a la acusada.

La noche del 18 de abril de 2015, el productor había pedido a dos directivas prominentes que acudieran al bufete de Giuliani. Gutierrez estaba presente, junto con su abogado. Asistentes a esa reunión contaron que, siguiendo las instrucciones del productor, las dos mujeres explicaron a la modelo, paso a paso, cómo podía irrumpir en el mundo de la interpretación e impulsar su imagen pública.

Aquello formaba parte del acuerdo alcanzado por ambas partes: Weinstein prestaría ayuda profesional a Gutierrez en la sombra. Para la modelo era una forma de recuperarse y seguir adelante. Para el productor, una forma habitual de manejar los problemas: si cierras el pico, mi gente te ayudará a triunfar.

Esa noche, Weinstein envió un correo electrónico de agradecimiento a las dos directivas, al que Megan tuvo acceso más tarde:

Agradezco vuestra participación en la reunión de hoy en el despacho de Giuliani a las 18:00. Quiero aseguraros que abonaré personalmente cualquier coste económico que os haya podido suponer. Contad con toda mi gratitud y aprecio por todo lo que estáis haciendo… Cada una de vosotras recibirá una bonificación de 10 000 dólares y mi más sincero agradecimiento.

Con mis mejores deseos,

Harvey.

Nadie estaba más interesado en exigir responsabilidades a Weinstein por su comportamiento que Bob Weinstein, su hermano y socio en los negocios desde hacía décadas.[126]

El vínculo sobre el que los hermanos habían ascendido en el negocio cinematográfico se remontaba a la habitación que habían compartido siendo niños en un modesto apartamento en Queens. A partir de los diez o doce años, Weinstein se convirtió en un lector voraz, un descubridor de talentos y un experto en celebridades que siempre sabía quién era quién en los espectáculos nocturnos, en las columnas de cotilleo y en los clubes de moda. «¿Sabéis que esta noche Sinatra está en la ciudad?», preguntaba en la mesa durante la cena, mientras el resto de la familia miraba incrédula todo lo que sabía el renacuajo. A Bob le tiraban más los números, y años después aún recordaba los esfuerzos de su familia cuando le subieron el alquiler de ochenta y seis a noventa y dos dólares mensuales.

Cuando crearon Miramax, Harvey se hizo cargo de las películas prestigiosas mientras que Bob dirigía el modelo económico y construía un lucrativo negocio de películas de terror y otras franquicias dirigidas al mercado de masas. En aquella primera época, los hermanos hablaban todas las noches por teléfono, desde las nueve o las diez de la noche hasta la una o las dos. La personalidad de Bob hacía que a algunas personas les costara trabajar con él. Socializar no era su fuerte, y tenía un humor muy cambiante: en un segundo pasaba de la amabilidad al vocerío indiscriminado. En una serie de entrevistas con Megan, Bob dijo que en su hermano mayor había encontrado inspiración, creatividad y empuje, llegando incluso a comparar su relación con un matrimonio, con la «amistad definitiva», una larga conversación sin final.

En cambio, The Weinstein Company, fundada en 2005, nunca llegó a alcanzar las cotas económicas o culturales de Miramax, y los hermanos pronto empezaron a pelearse por cuestiones económicas: el enfoque más disciplinado de Bob chocaba con el apetito insaciable de Weinstein para comprar y aprobar nuevas películas, o para acumular gastos enormes y a continuación enfrascarse en nuevos proyectos. Bob observaba con preocupación cómo la fama personal obsesionaba cada vez más a su hermano, hasta que finalmente todo el mundo empezó a conocerlo como Harvey, a secas.

No le había pasado desapercibida la amenaza que su hermano suponía para las mujeres. Bob había participado en las conversaciones para el acuerdo confidencial alcanzado con la joven ayudante que huyó de Miramax en 1990, según explicaron a Megan dos personas que estaban al tanto de dicho acuerdo, aunque él negó todo conocimiento. Cuando Harvey Weinstein necesitó dinero para sobornar a Zelda Perkins y a su compañera, Bob emitió los cheques.[127] (Más tarde dijo que su hermano le había contado que el dinero era para enterrar líos extramatrimoniales).

En cualquier caso, Bob dijo a Megan que contemplaba la conducta sexual de su

hermano como un exceso más. Pensaba que su hermano estaba «loco, fuera de control: con el dinero, con las adquisiciones, con la ira, con las aventuras amorosas de las que hablas».

Un día, en 2010 o 2011, los hermanos discutían sobre finanzas en una pequeña antesala junto al despacho de Harvey. Cuando Bob se levantó para marcharse, Harvey le pegó un puñetazo en la cara. No estaban solos: allí también se encontraban Reiter, el abogado general adjunto, el director de operaciones y el auditor. Todos se quedaron mirando la sangre que chorreaba por la cara de Bob, pero nadie, ni siquiera el propio Bob, pidió a su hermano que controlara sus ataques de violencia.[128]

En ese momento, aunque compartían la responsabilidad sobre la empresa, sobre los empleados y sobre las enormes sumas invertidas en el negocio, Bob decidió dejar de ser el guardián de su hermano.

A partir de entonces, Bob se distanció de Harvey. Técnicamente codirigían la empresa, y a ojos del mundo entero aún parecían un equipo, pero la comunicación entre ellos se había evaporado. Hacía tiempo que trabajaban en edificios separados, pero esa distancia se volvió aún más significativa.

Cada cierto tiempo, Bob se planteaba dividir la sociedad en dos. Se reunía a hurtadillas con banqueros para discutir el plan, cuyo nombre en clave era «splitco»,[129] pero las discrepancias financieras eran abrumadoras. Siempre que Bob sugería esta posibilidad, su hermano replicaba: «Claro, dividámosla. Yo me quedo con todo y tú con nada». En cualquier caso, Bob no estaba dispuesto a marcharse. «No estaba preparado para renunciar a ella —dijo—. No es tan fácil volver a empezar de cero».

Su actitud también estaba influida por una experiencia privada que, aunque casi nunca hablaba de ella en la oficina, había moldeado la forma en que pensaba sobre su hermano.

Bob contó a Megan que, tras divorciarse de su primera mujer, a principios de los noventa, había empezado a beber cada noche hasta caer redondo. Solo con la ayuda de Alcohólicos Anónimos, y de otra organización llamada Al-Anon, había sido capaz de superar su adicción al alcohol; ahora, Bob contemplaba casi cualquier comportamiento bajo el prisma de lo que había aprendido mientras se enfrentaba a su propio abuso de sustancias. Creía en los principios fundamentales de los doce pasos: nadie podía cambiar a nadie. Uno mismo tiene que querer cambiar.

Bob se había autoconvencido de que el problema de su hermano era la adicción al sexo, y de que la única persona que podía frenar a Harvey Weinstein era el propio Harvey Weinstein. Era una elección moral muy conveniente —y probablemente desastrosa— con la que Bob justificaba su fracaso a la hora de implicarse más. Se quedó en el negocio junto a su hermano pero se exoneró de intervenir en sus excesos. Se negó a responsabilizarse y a ayudar a los empleados que acudían a él molestos por el lenguaje despectivo o por las lacerantes tácticas de su hermano.

—La gente venía a mi despacho y me decía: «Tu hermano me está gritando y me trata con bufidos» —explicó—. Y yo les decía: «Vete. Tienes talento».

En eso consistía el credo de su gestión. «Manda un mensaje a recursos humanos», respondía a sus empleados, aunque sabía que el departamento de recursos humanos de la empresa era débil y ofrecía escasas soluciones. «Envíales una carta».

Pero en las semanas posteriores a la acusación de Gutierrez, Bob finalmente se sintió obligado a actuar. El fiasco de la venta de la división televisiva había supuesto un duro

golpe empresarial. Temía que, a menos que alguien interviniera, su hermano pudiera hacer algo aún más destructivo para la empresa. Por pura casualidad temporal, creyó disponer de la solución adecuada: los contratos de los hermanos Weinstein, como los de otros altos directivos, vencían a finales de 2015. Bob aprovecharía esa oportunidad para asegurarse de que su hermano se sometía a un tratamiento profesional para tratar su conducta sexual.

Ese verano, Bob envió a David Boies un correo electrónico con una carta para su hermano.[130] En ese correo, al que más tarde tuvo acceso Megan, explicaba que confiaba en que Weinstein y Boies le respondieran con un «plan de acción responsable».

Querido Harvey:

En primer lugar, deja q t diga lo contento q estoy de q hayas empezado a dar los primeros pasos con el doctor Evans y el doctor Carnes para abordar los problemas q t atormentan desde hace años. Es una gran forma d enfrentarte x primera vez a esos asuntos con la sinceridad y la seriedad que merecen.

Desde mi propia experiencia, quiero q veas por escrito el efecto q tus acciones pasadas han tenido sobre mí. Hablo de mí personalmente y d nadie más.

Durante los últimos 15 y 20 años me he visto personalmente envuelto en las repercusiones que ha tenido tu comportamiento. La razón x la q digo esto es para q verdaderamente seas consciente desde cuándo pasa esto y cómo con el tiempo solo ha ido a peor.

Ha habido momentos en tu comportamiento en los q David Boies y yo hemos tenido que ayudart a salir del apuro. Estoy hablando de la situación en Inglaterra. En esos casos, y me refiero a cómo has minimizado en todo momento tu comportamiento, o mal comportamiento, cómo siempre has denigrado al resto de personas q estuvieran implicadas para desviar la realidad d tus propios delitos. Esto es algo q siempre me ha entristecido y enfadado, q no fueras capaz o no quisieras reconocer el propio papel q tú mismo has desempeñado.

Si quisiera, podría enumerar por lo menos a cien empleados, (no exagero, y ten en cuenta q eso equivale a cinco veces por año), q a lo largo de todo este tiempo se han presentado en mi despacho quejándose d abusos verbales o emocionales x tu parte. Me contaban q los llamabas estúpidos, incompetentes, idiotas, etc. No t referías a su trabajo, sino a ellos personalmente. Has denigrado a estas personas como seres humanos.

Yo t defendía ante ellos, les decía q no lo decías en serio, o q ya se t pasaría, pero tanto ellos como yo sabíamos q esa era tu forma d tratar a los empleados, y q además no iba a cambiar. Pero sí q cambió, solo q a peor. Muchas veces les decía a estas personas q, si podían, se armaran d valor y se marcharan. Esta gente tiene familias a las q mantener, x lo que no era una decisión nada fácil para ellos.

Por mi parte, empecé a sentirme triste y enojado. T miraba y veía a alguien q había perdido completamente el norte y q no valoraba a las personas como seres humanos independientes. No t importaba su derecho básico a la dignidad.

En mi corazón sabía q eras el típico matón, q eran tus propias inseguridades las q t hacían humillar a los q eran más débiles q tú.

Tb empecé a fijarme en mí y en mi relación contigo. Veía mis propias debilidades y codependencia hacia ti y me di cuenta de q yo tampoco me atrevía a hacerte frente. Y d q continuaba sufriendo abusos x voluntad propia. He empezado a lidiar seriamente con este

problema durante mi propia recuperación. Voy a dejar d esperar a q tu recuperación guíe mis decisiones. Es un proceso lento y doloroso, pero cada día es más llevadero.

Quiero recordarte q me has atacado físicamente en tu despacho y q has mentido y le has quitado hierro al asunto hace tan solo unas semanas en la consulta d tu terapeuta. Cuando quise sacar el tema, ¡¡dijiste q me habías pedido perdón!! Pero tú sabes q no estabas siendo sincero, q no había ni una pizca d verdadero arrepentimiento.

¿Lo ves? He dicho q lo siento, pasemos página. Siento odio y tristeza por ti cuando t comportas así.

Por último, ¿pegarías alguna vez a tus hijos como me has pegado a mí? ¿Llamarías a tus hijos idiotas, estúpidos, incompetentes, etc.? ¿O se lo dirías a una estrella de cine o a algún financiero o jefe q estén a tu mismo nivel? Lo dudo mucho.

Hay otros comportamientos en los q no voy a entrar, pero sabes perfectamente cuáles son y q necesitan ser tratados.

Hace poco me dijiste q tu auténtico problema era la ira, como si quisieras minimizar lo otro. Es el clásico comportamiento de persona adicta. Crear una cortina de humo para rechazar un comportamiento y así poder seguir aferrándote a otro «mal comportamiento».

Con esta conducta tb has hecho daño a muchas personas. T has metido con mucha gente y has utilizado tu poder sobre ella. Has hecho quedar mal a la familia y a la empresa con tus malas conductas.

Una vez más, tu reacción se ha limitado a culpar a las víctimas, o a quitarle importancia a tu conducta inapropiada d distintas formas. Si crees q no hay nada de malo en tu conducta, entonces cuéntaselo a tu mujer y a tu familia. En el despacho de Bart Mandels me dijiste q t avergonzabas de este comportamiento y q no querías q nadie se enterase.

A lo largo de los años he sido testigo d cómo han empeorado las cosas, hasta el punto d q, tal y como yo lo veo, no reconozco en absoluto a la persona o a mi hermano Harvey, solo veo un alma vacía q se dedica a portarse mal sin importarle los demás para llenar un espacio y un dolor q no van a desaparecer.

La razón por la q puedo decir todo esto sin juzgarte es xq yo tb he recorrido este camino, hermano. Hablo desde la experiencia. He sufrido, me he portado mal y, al final, estaba completamente perdido y derrotado. Y solo después de admitir una derrota total me di cuenta de q necesitaba ayuda.

La pedí y la recibí.

Una vez conseguí aquella ayuda, me dijeron q solo mejoraría si continuaba esforzándome durante toda mi vida, y q si confiaba en una solución fácil o en la posibilidad de abandonar el tratamiento pasado un tiempo, sin duda volvería a recaer. Pero no se ha dado el caso.

¿Q es lo q quiero q pase? Lo primero q quiero es q entiendas q esta carta y lo q t voy a pedir a continuación solo nacen del amor y del querer cuidar a mi hermano.

Lo q t pido es q definas la naturaleza exacta del tratamiento q vas a comenzar con el doctor Evans y el doctor Carnes, etc. Cuántas veces a la semana visitarás a cada uno y x cuántos años t comprometes a tratarte.

Me gustaría saber si t vas a comprometer con un plan d terapia d grupo. Y cuántas veces a la semana o al mes tienes intención de ir y cuál será la duración.

Me gustaría tener una charla o sesión con cada uno de estos doctores para explicarles mi experiencia personal contigo.

Me gustaría q nos dieras a David Boies, a Bert Fields y a mí tu palabra de q seguirás

adelante con el plan acordado. Los tres sabemos muy bien q no tenemos la capacidad d hacer q cumplas tu palabra, pero es algo que simplemente queremos para nosotros y para ti, para q conste que una vez nos la diste.

Lo que no voy a hacer es compartir esta carta ni tu compromiso con ningún miembro de nuestras respectivas familias. No lo voy a compartir con ninguna relación de negocios pasada o presente. Esto es algo entre los tres.

En lo q a mí respecta, t advierto q si alguna vez vuelves a pegarme, a abusar de mí verbalmente o a denigrarme, tomaré las acciones oportunas para protegerme a mí, a mi familia y a mis intereses. Esto no es una amenaza. Lo único q hago es manifestarte q ejerceré mi derecho como ser humano.

En lo referente a otras conductas inapropiadas q no afectan a nuestra empresa, no tengo ninguna intención ni pienso hacerme cargo de vigilarte ni d ponerme a dar voces. Ese no es mi trabajo.

T ruego q hables de todo esto con David Boies y q a través de él me digas q has decidido. Es probable q ahora no t des cuenta, pero todo esto es por tu bien.

Más q nada, deseo q regrese la persona q era Harvey. Le conocía y puedo asegurar q era un tipo realmente genial, de veras q lo era.

T quiero, hermano,

Bob.

Al mismo tiempo, y por otro lado, otro directivo de la compañía se sintió impulsado a actuar.

Los hermanos Weinstein habían colocado a numerosos aliados en la junta directiva. Estaba casi exclusivamente formada por hombres. Solo una mujer, la doctora Mathilde Krim, pionera en la investigación sobre el sida, había formado parte de ella, y era alguien que no estaba en absoluto especializada en el sector del entretenimiento ni en el de los negocios. La mayoría de los puestos estaban ocupados por acaudalados ejecutivos procedentes de las industrias del entretenimiento o las finanzas, que por lo general adoptaban una actitud no intervencionista.

Pero Lance Maerov, nombrado en 2013 para ocupar uno de los tres puestos independientes, era diferente:[131] supuestamente era un perro guardián. El gigante de la publicidad WPP (la empresa para la que trabajaba Maerov), Goldman Sachs y otros grandes inversores querían que se cerciorara de que los hermanos no estafaban a los accionistas.

—Solo tienes que asegurarte de que esos tipos sean honestos —dijo más tarde a Megan —. Esas eran las órdenes que recibí.

En un primer momento, no dio demasiada importancia al modo en que Weinstein trataba a las mujeres. Le habían llegado rumores de que el productor colocaba a «amigas» en sus películas, y Weinstein siempre parecía ir con una joven del brazo en los estrenos cinematográficos y en otros actos, pero Maerov creía que se trataba de simples cuernos extramaritales. Sus objetivos consistían en descubrir si había mala praxis en materia financiera y en abordar la toxicidad de la empresa en términos más generales.

—Salías de una reunión de la junta y era como si hubieras estado en la cena de Acción de Gracias más disfuncional de tu vida —dijo sobre las broncas verbales que estallaban entre los hermanos Weinstein.

Sin embargo, cuando la acusación de manoseos llegó a los titulares, Maerov, igual que

Bob, temió que el posible patrón de comportamientos sexuales inapropiados de Weinstein conllevara una responsabilidad para la empresa, y quiso utilizar la renovación de los contratos para manejar el asunto. Bob y él no trabajaban conjuntamente; es más, Bob veía a Maerov como una amenaza a su propio poder. Pero Maerov era uno de los miembros de la junta a cargo de la renovación de los contratos. En el proceso, podía servirse de cuestiones rutinarias para examinar el expediente personal de Weinstein, lo que le proporcionaría una oportunidad para descubrir si contenía o no aspectos cuestionables.

Weinstein, con el respaldo de Boies, no permitió que Maerov accediera a su expediente. Boies le aseguró que él mismo lo revisaría y que informaría a la junta sobre cualquier problema legal que pudiera afectar a la compañía.

En opinión de Maerov, que cada vez desconfiaba más de Boies, era una propuesta ridícula. Algunas veces, Boies decía que trabajaba para la empresa. Pero otras, aseguraba que lo hacía para Weinstein. Maerov consideraba que podía haber un conflicto de intereses potencialmente dañino en el caso de que Weinstein quisiera ocultar información a la junta directiva.

En cualquier caso, la mañana del 1 de julio de 2015, Maerov logró echar un vistazo al expediente con discreción gracias a alguien que intentaba echarle un cable: Irwin Reiter. El contable y otros dos directivos lo citaron a desayunar en el Hotel Four Seasons de Beverly Hills, y le ofrecieron una síntesis de las denuncias por abusos verbales que se habían presentado a lo largo de los años contra Weinstein. En aquel encuentro, Reiter le pasó discretamente unos papeles: contenían el informe de lo que Weinstein le había hecho a Emily Nestor. Reiter y los otros directivos, que se estaban jugando el puesto, temían que Maerov se llevara el informe, por lo que este se limitó a hojear las páginas allí mismo, sobre la mesa, hasta que al fin encontró lo que buscaba (y pruebas del tipo exacto de comportamiento que Maerov sospechaba).

Los tres, Maerov, Reiter y Bob Weinstein, sentían que la situación era insostenible. Sin embargo, cuatro meses después, en octubre de 2015, Harvey Weinstein firmó un flamante contrato que aseguraba su poder en los años venideros. Con la ayuda de David Boies, Weinstein engañó, aplacó y por lo demás superó tácticamente a Maerov, a Reiter y a su propio hermano.

Para Maerov, el intento de escudriñar a Weinstein no se parecía a ninguna experiencia previa en décadas de trabajo corporativo. Weinstein y Boies actuaban de forma conjunta, alternando la presión brutal del productor con la astuta persuasión del abogado. Según Maerov, durante el estreno de una película, en el verano en que se negociaban los contratos, Weinstein le había amenazado con pegarle un puñetazo. Cuando Maerov se quejó, Boies le respondió con una lacónica carta en la que calificaba sus reclamaciones de «exageradas» y de «un poco histéricas», y en la que afirmaba que cualquiera que albergara esos sentimientos hacia Harvey no estaba en una posición adecuada para negociar con él. Además, Boies le ofreció a Maerov algo que, en un primer momento, parecía un favor: que Rodgin Cohen, uno de los abogados corporativos más importantes del país, se ocupara de revisar el expediente de Weinstein. Después de hacerlo, el prestigioso abogado informó de que no contenía nada que «pudiera resultar en demandas para la empresa».[132] (Lo que Maerov no sabía en ese momento era que el hijo de Cohen trabajaba en The Weinstein Company, donde pretendía dar sus primeros pasos en la industria cinematográfica).

Pese a todo, Maerov ignoró información fundamental. Cuando Boies reconoció ante él que a lo largo de los años Weinstein había llegado a acuerdos económicos con mujeres, subrayando que jamás se había usado dinero de la empresa para ello, Maerov se abstuvo de presionar en busca de más detalles. También decidió hacer oídos sordos al informe sobre Emily Nestor al que había tenido acceso. Tiempo después restó importancia a ese documento; le dijo a Megan que parecía una mala fotocopia, o el escaneado de un escaneado, y que además lo habían escrito los compañeros de la mujer, no la propia Nestor.

Dio las negociaciones por zanjadas cuando Weinstein accedió a una concesión. La empresa establecería un nuevo código de conducta según el cual, si la compañía se veía obligada a pagar acuerdos por la conducta inapropiada de Weinstein, este quedaría obligado a cubrir los costes y debería hacer frente a sanciones financieras: 250 000 dólares por el primer acuerdo, 500 000 por el segundo y así sucesivamente hasta alcanzar el millón de dólares. Es decir, toda una estructura de cuotas para posibles acusaciones futuras. El contrato especificaba que Weinstein también podía ser despedido por conducta indebida. Casi parecía que la empresa daba por hecho que Weinstein continuaría acumulando acusaciones y que las sanciones económicas resultantes se encargarían de resolver el problema.

La principal preocupación de Maerov era la rendición de cuentas: quería asegurarse de que, si algo iba mal, la empresa no se vería afectada. Esto no tenía nada que ver con garantizar que las mujeres no sufrieran acoso o daños. Cuando Maerov se cercioró de que la organización estaba legalmente protegida y de que se habían establecido controles financieros adicionales, consideró que ya había hecho suficiente.

Irwin Reiter no sabía qué más hacer. Junto a Bob Weinstein, ideó modos de apartar a su hermano de la empresa, pero Bob había terminado por acobardarse. Había mostrado a escondidas documentos secretos a un miembro de la junta, pero no había servido de nada. Solo trabajaba tres días por semana, y ese verano la empresa trató de que retomara la jornada completa, para lo cual le ofrecieron el doble de sueldo, un total de 650 000 dólares anuales. Rechazó la oferta. Nunca había estado tan preocupado como entonces: «Firmaría casi cualquier acuerdo si HW no fuese mi jefe, y no firmaría ningún acuerdo si lo es», escribió a un miembro de la junta en el verano de 2015. Pero permaneció en la empresa, básicamente haciendo el mismo trabajo que llevaba desempeñando desde que tenía treinta años.

Bob Weinstein, que era quien ostentaba la mayor responsabilidad, se lavó las manos satisfecho porque su hermano por fin le había procurado lo que él tanto quería: la promesa de seguir a rajatabla una terapia intensiva para su adicción al sexo. Inicialmente, Bob quiso disponer de un testimonio por escrito de que su hermano seguía el tratamiento, algo similar al código de conducta y al conjunto de sanciones ascendentes que había estipulado la empresa. Pero Boies le quitó la idea de la cabeza diciéndole que Maerov usaría la información para tratar de hacerse con un mayor control de la compañía. En su lugar, Bob aceptó la promesa que le hizo en privado, una que era imposible de hacer cumplir.

—En muchos correos electrónicos juraba que lo haría, que iba a hacerlo, pero al final siempre lo retrasaba. Yo no dejaba de pensar: adicto, adicto, adicto, adicto, adicto, adicto —dijo Bob—. Empiezas a oír estas excusas, te agota, te desgastas. Cada vez te viene con más mentiras, sin parar, una tras otra. Yo mismo acabé agotándome y dije:

«Me rindo, ¿sabes?».

A altas horas de la noche del 28 de septiembre de 2017, cinco días después de que se publicara el artículo de Megan sobre el escándalo de amfAR, Jodi volvió a reunirse con Reiter en la barra del restaurante Little Park. Diversos empleados de The Weinstein Company habían leído y comentado el artículo, por lo que Reiter envió un mensaje de texto a Jodi para ponerle al corriente de las reacciones al artículo en el seno de la empresa. Él no estaba implicado en las dudosas transacciones porque el negocio teatral de Weinstein iba por otro lado, pero el artículo causó sensación entre muchos empleados, incluido él mismo. Por fin veían a alguien pedirle cuentas a su jefe. (Weinstein continuó negando las acusaciones, pero más adelante las autoridades tomaron medidas: investigadores federales de Manhattan abrieron una investigación judicial sobre las transacciones sin que hasta la fecha se haya presentado ningún informe público que especifique en qué punto se encuentra dicha investigación. El despacho del fiscal general de Nueva York envió una carta a amfAR comunicándole que las transacciones habían suscitado algunas dudas, incluyendo que hubiesen «beneficiado a intereses privados», e instó a la organización a que endureciera su control empresarial).[133]

Reiter había sido de gran ayuda, y en el periódico los editores urgían a Jodi y a Megan a que empezaran a redactar un primer artículo sobre Weinstein. Pero las periodistas querían más información, en particular, documentación que pudiera publicarse sin necesidad de señalar a la fuente sobre lo ocurrido en The Weinstein Company durante aquellos dos tumultuosos años. Reiter mencionó un memorando escrito por una ejecutiva júnior llamada Lauren O'Connor, quien, al parecer, había abandonado la empresa a causa de la forma en que Weinstein trataba a las mujeres.

Sin ser demasiado explícita, Jodi quería que Reiter comprendiera que su creciente indignación desde 2014 estaba más que justificada. A los pocos minutos de conversación, Jodi metió la mano en el bolso, sacó un listado que había preparado unas horas antes y se lo entregó a Reiter. A pesar de todo lo que el contable sabía que ocurría dentro de la empresa, apenas tenía conocimiento de lo que había pasado entre Weinstein y las actrices en las habitaciones de hotel. Jodi le explicó que aquello era un relato que le había contado una actriz muy conocida. Solo era un párrafo en el que solo aparecía el nombre de Weinstein, y en el que tampoco se detallaba el dónde y el cuándo. Describía la llegada de la mujer, que no sospechaba nada, a una reunión con Weinstein en un hotel cuando, para su sorpresa, se le indicó que debía subir a su habitación. Al llegar allí, él la esperaba en albornoz y le pidió un masaje. Trató de presionarla para que mantuvieran relaciones sexuales, diciéndole que él podría ayudarla en su carrera. La mujer salió huyendo.

Tal como había sospechado Jodi, Reiter parecía escandalizado. Le dijo que esa actriz estaba lejos de ser la única, que Megan y ella habían oído múltiples variaciones de esa misma historia, un relato que se ajustaba en gran medida a los de las empleadas que le preocupaban desde hacía tiempo. Le dijo que Megan y ella no sabían cuántas mujeres tenían este tipo de historias sobre Weinstein, pero que, en función de lo que había podido averiguar hasta la fecha, podía tratarse de una cifra muy elevada.

Jodi le pidió el memorando de O'Connor. Él ya le había leído con anterioridad algunas citas que ella había apuntado, pero quería tener una mejor comprensión del documento.

¿Podía enseñárselo en el teléfono? Reiter empezó a leerlo en voz alta, luego hizo una pausa.

—Voy a cambiar el agua al canario —dijo. Entregó su móvil a Jodi, abrió el correo que contenía el memorando, se levantó de la mesa y la dejó sola.

Después de toda su indignación, de sus infructuosos intentos de intervenir y de los momentos en los que se había dado por vencido, por fin el contable hacía algo irrevocable para detener a su jefe.

La primera vez que Reiter vio aquel memorando sintió una especie de *déjà vu*. En noviembre de 2015, poco después de que Weinstein hubiera firmado el nuevo contrato, Reiter se encontró con algunos compañeros apelotonados en un despacho, examinando una nueva denuncia contra el productor. Esa vez la firmaba una mujer a la que todos conocían y en quien tenían confianza: O'Connor era una figura prometedora en la empresa, alguien que se había ganado el respeto de sus colegas gracias a su buen gusto y ética laboral. A diferencia de Nestor, había presentado una denuncia larga y detallada que iba más allá de un único incidente.[134] Weinstein le había dedicado comentarios ofensivos, pero ella había redactado una acusación mucho más amplia: una detallada descripción de cómo trataba a las mujeres y de cómo ese comportamiento corrompía a la empresa.

Reiter y los demás informaron a Bob Weinstein, que leyó el documento y estuvo de acuerdo en que había que poner esas acusaciones en conocimiento de la junta directiva. En lugar de enviarles el documento —un movimiento demasiado arriesgado—, Bob mandó una circular en la que invitaba a los miembros de la junta a acudir a su despacho para leerlo. Y una vez transcurrida media hora, informar a su hermano de que lo habían hecho.

Tras meses de frustraciones, Reiter sintió que sus esperanzas renacían. Al día siguiente, en la oficina, observó con satisfacción cómo Maerov se sentaba a la mesa y leía el memorando. Maerov fotografió la primera y la última página, en las que se enumeraban todos los testigos y otros detalles incluidos por O'Connor. «Parecía muy creíble», dijo Maerov más adelante.

Sin embargo, la denuncia de O'Connor se evaporó poco después, igual que había sucedido con la acusación de Gutierrez. Reiter no se lo explicaba. Supuso que, una vez más, Bob Weinstein se habría amilanado. Dio por hecho que David Boies, para variar, habría intervenido para cubrir los delitos de su cliente. O'Connor no tardó en salir por la puerta sin ofrecer demasiadas explicaciones.

Con una salvedad, y es que esa vez las alegaciones no desaparecieron: Reiter había visto el memorando, y no era el único entre sus compañeros. Nada más leerlo, guardó una copia para sí mismo. Casi dos años después, Jodi estaba sentada a pocas manzanas de las oficinas de The Weinstein Company con el documento en el regazo, mientras su confidente se hallaba en mitad de una muy premeditada excursión al lavabo. «Me está diciendo, sin decírmelo, que copie el memorando», pensó Jodi.

No perdió ni un segundo, ni siquiera se paró a leer el documento, solo deseaba que sus dedos no le fallaran. Al cabo de unos cuantos clics, tenía el memorando al completo.

Cuando Reiter regresó a la mesa, el teléfono móvil le esperaba en la silla. Jodi le dio las gracias, pero sin hacer demasiados aspavientos.

En cuanto se marchó, al cabo de pocos minutos, Jodi se dirigió al cuarto de baño para

enviar los pantallazos a Megan y a Corbett. No quería ser la única poseedora de aquel documento ni un segundo más de lo necesario. En la línea del asunto simplemente escribió: «Memo».

Lauren O'Connor había enviado el documento el martes 3 de noviembre de 2015, con una línea de asunto («Para que conste») y una introducción de lo más inocuas («Conforme a lo solicitado, me he tomado mi tiempo para catalogar y resumir…»). Y acto seguido entraba en el meollo de la cuestión.

> Hay un entorno tóxico para las mujeres en esta empresa. Mi mayor deseo era trabajar muy duro y triunfar aquí. Mi recompensa por mi dedicación y duro esfuerzo ha sido experimentar repetidas situaciones de acoso y abuso por parte del director. También he sido testigo y han llegado a mis oídos otras agresiones verbales y físicas que Harvey ha infligido a otras empleadas. Soy una mujer de veintiocho años que trata de ganarse la vida y de labrarse una carrera. Harvey Weinstein tiene sesenta y cuatro años, es un hombre famoso en el mundo entero y esta es su empresa. El balance de poder es: yo, cero; Harvey, diez.
>
> Soy una profesional y he intentado actuar como tal. Sin embargo, ese no es el trato que he recibido. En su lugar, se me ha sexualizado y ofendido.
>
> Soy joven, mi carrera acaba de comenzar y he temido, y aún temo, dar un paso al frente. Pero permanecer en silencio y permanecer sujeta a un comportamiento ultrajante me causa una gran angustia.

El resto del memorando consistía en una descripción detallada del comportamiento de Harvey Weinstein, e incluía el relato de cómo el productor había obligado a una ayudante a hacerle un masaje.

> [La ayudante] Me contó que Harvey le hizo darle un masaje mientras él estaba desnudo. Le pregunté qué había pasado y me explicó que ella estaba en la otra habitación de la suite preparando unos dispositivos electrónicos, y que cuando entró en el dormitorio, él estaba desnudo en la cama y le pidió que le diera un masaje. Me dijo que se ofreció a pedir al hotel que llamaran a una masajista, a lo que él contestó que no fuera tonta, que podía hacerlo ella misma. Ella dijo que no quería hacerlo, que no se sentía cómoda. Mi compañera me contó que Harvey insistió hasta que ella accedió a hacerle un masaje. Estaba tan disgustada… ¡Fue horrible! Me hubiera gustado denunciarlo, pero me pidió que lo mantuviera en secreto por temor a las posibles represalias.

Durante el escándalo de Gutierrez, según contaba O'Connor en su memorando, ella misma había tenido que sentarse en la puerta de una consulta y esperar a que Weinstein mantuviera una sesión de terapia sexual. En otra ocasión, una «invitada personal» de Weinstein había tenido que esperar en el vestíbulo de un hotel durante una hora para que le dieran una habitación, por lo que el productor se enfureció con O'Connor y le dijo que haría mejor casándose con un «judío de mierda rico y gordo» y «haciendo putos bebés». En otro viaje, Weinstein le había reconocido que era un «chico malo», pero trató de silenciarla con una lógica ininteligible: «Sobre esto, chitón. ¿Puedo confiar en ti? Lo que quiero decir es que soy un chico malo pero lo importante es que soy honesto».

Cuando O'Connor denunció los abusos de Weinstein a un directivo de recursos

humanos de The Weinstein Company, «la respuesta básicamente fue: avísanos si te pega o si cruza una línea física».

La denuncia fundamental era que su trabajo se había visto completamente afectado a causa de la perturbadora conducta sexual de Weinstein. Se había unido a The Weinstein Company con la misión de convertir libros en películas apasionantes. ¿Cómo había terminado enredada en las objetables actividades sexuales de su jefe?

> En otros viajes con Harvey, me ordenó que me reuniera con aspirantes a actrices después de que tuvieran una cita «personal» en la habitación de hotel de Harvey. Tenía instrucciones de recibirlas cuando bajaran al vestíbulo y de facilitar las presentaciones a directivos y agentes, además de ayudarlas a conseguir papeles en los distintos proyectos de The Weinstein Company. Es muy significativo que las únicas que se ocupan de todas estas cuestiones relacionadas con las actrices con las que Harvey mantiene una «amistad personal» sean mujeres. Según yo lo veo, esto significa que o ha tenido o quiere tener relaciones sexuales con ellas. Weinstein usa a sus empleadas fundamentalmente para facilitar las conquistas sexuales de mujeres vulnerables que esperan que él les consiga trabajo.
>
> Soy una *scout* literaria y me encargo de la producción ejecutiva. Me contrataron para encontrar libros que The Weinstein Company pudiera convertir en películas. Mis funciones se ampliaron para llevar la producción. Evidentemente, jamás imaginé que la gestión de las conquistas sexuales pasadas y presentes de Harvey pudiese formar parte de mis responsabilidades laborales.

Bien entrada la noche, cuando Jodi, Megan y Corbett leyeron el memorando completo, el valor moral de la investigación se transformó y expandió. Lo que había parecido un correctivo a acciones pasadas, de pronto parecía una misión mucho más urgente. Nadie había podido frenar a ese hombre. Si las periodistas fracasaban en su intento de publicar sus descubrimientos, Weinstein podría seguir causando daño a otras mujeres.

[110] Correos electrónicos de Irwin Reiter a Jodi Kantor, septiembre de 2017.
[111] Entrevistas de Jodi Kantor y Megan Twohey a Irwin Reiter realizadas entre septiembre de 2017 y mayo de 2019.
[112] Frank Pallotta y Molly Shiels, «NBC Says It's Not Moving Forward with Bill Cosby Project», CNN, 19 de noviembre de 2014, <https://money.cnn.com/2014/11/19/media/cosby-nbc-sitcom/index.html>; Geoff Edgers, «Bill Cosby's "Far from Finished" Tour Pushes On: But Will It Be His Last?», *The Washington Post,* 24 de marzo de 2015, <https://www.washingtonpost.com/entertainment/bill-cosbys-far-from-finished-tour-pushes-on-will-it-be-his-last/2015/03/24/d665bee4-cf1f-11e4-8a46b1dc9be5a8ff_story.html>; Todd Leopold, «Cancellations Have Dogged Cosby's Tour», CNN, 21 de febrero de 2015, <https://www.cnn.com/2015/02/20/entertainment/feat-cosby-tour-cancellations/index.html>.
[113] A partir de correos electrónicos y otros informes internos de The Weinstein Company entre 2014 y 2015.
[114] *Ibid.*
[115] Entrevista de Jodi Kantor a Shari Reiter realizada el 25 de octubre de 2018.
[116] Entrevistas de Jodi Kantor a Sandeep Rehal realizadas en noviembre de 2018.
[117] Contrato de Harvey Weinstein con The Weinstein Company.
[118] Intercambio de correos electrónicos entre Tom Prince e Irwin Reiter en febrero de 2015.
[119] Entrevistas de Jodi Kantor a Michelle Franklin realizadas entre 2017 y 2019.
[120] Entrevistas de Megan Twohey y Rebecca Corbett a Harvey Weinstein, Jason Lilien, Lanny Davis, Charlie Prince, Roberta Kaplan y Karen Duffy realizadas el 19 de septiembre de 2017.
[121] Entrevista de Jodi Kantor a Harvey Weinstein realizada el 19 de septiembre de 2017.
[122] Megan Twohey, James C. McKinley Jr., Al Baker y William K. Rashbaum, «For Weinstein, a Brush With the Police, Then No Charges», *The New York Times,* 15 de octubre de 2017, <https://www.nytimes.com/2017/10/15/nyregion/harvey-weinstein-new-york-sex-assault-investigation.html>.
[123] Entrevistas de Megan Twohey a Ken Auletta y David Boies realizadas en 2019.
[124] Entrevistas de Twohey a personas familiarizadas con el acuerdo y con informes internos de The Weinstein Company a partir de 2015.
[125] Ronan Farrow, «Harvey Weinstein's Secret Settlements», *The New Yorker*, 21 de noviembre de 2017, <https://www.newyorker.com/news/news-desk/harvey-weinsteins-secret-settlements>.
[126] Basado en las entrevistas a Bob Weinstein realizadas por Megan Twohey en 2018 y 2019, en las entrevistas realizadas por Megan Twohey y Jodi Kantor a aquellos que trabajaban con él, así como en los correos electrónicos y otros informes internos de The Weinstein Company.
[127] Entrevista de Megan Twohey a Bob Weinstein; Ronan Farrow, «Harvey Weinstein's Secret Settlements», *The New Yorker,* 21 de noviembre de 2017, <https://www.newyorker.com/news/news-desk/harvey-weinsteins-secret-settlements>.
[128] Entrevista de Megan Twohey a Bob Weinstein realizada en 2018; y entrevistas de Jodi Kantor a Irwin Reiter realizadas entre 2017 y 2019.
[129] Contracción de *split company*, que quiere decir «dividir empresa». *(N. de la T.)*
[130] Correo electrónico de Bob Weinstein a David Boies, 16 de agosto de 2015.
[131] Entrevistas de Megan Twohey a Lance Maerov realizadas entre septiembre de 2016 y la primavera de 2019; entrevistas de aquellos que trabajaban con Maerov; correos electrónicos y otros informes internos de The Weinstein Company.
[132] Correo electrónico de H. Rodgin Cohen a Philip Richter, un abogado de la junta directiva de The Weinstein Company, 4 de septiembre de 2015.
[133] Megan Twohey y William K. Rashbaum, «Transactions Tied to Weinstein and AIDS Charity Are Under Investigation», *The New York Times*, 2 de noviembre de 2017, <https://www.nytimes.com/2017/11/02/nyregion/harvey-weinstein-amfar.html>.
[134] Informes internos de The Weinstein Company entre 2015 y 2016.

Capítulo 6 «¿Quién más aparece en el artículo?»

Viernes 29 de septiembre de 2017

A primera hora de la mañana, Corbett ya había compartido el memorando con Baquet y Purdy. Aquel documento secreto, cuyo origen estaba en la propia compañía y que confirmaba y profundizaba en el patrón que las periodistas llevaban meses reconstruyendo, tenía un valor incalculable. Mientras que los periodistas observaban la situación desde fuera, O'Connor la había conocido desde dentro. Su memorando era como una llave que encajaba en una cerradura.

Las instrucciones de Corbett, Purdy y Baquet fueron idénticas: «¡Escribid!».

Pero el equipo debatía sobre qué escribir. Baquet y Purdy, que tenían el artículo de O'Reilly fresco en la cabeza, defendían un reportaje que se ciñera a los acuerdos y que confiaban en publicar lo antes posible. Querían colocar una primera piedra, porque en los últimos días Jodi y Megan habían empezado a oír los pasos de Ronan Farrow, quien al parecer se estaba poniendo en contacto con sus fuentes y habría acudido a *The New Yorker* con sus descubrimientos. El equipo del *Times* tenía pocas pistas del material que manejaba o de lo cerca que estaba de publicarlo.

Jodi, Megan y Corbett también compartían el deseo de ser los primeros en informar sobre la historia, y además conocían el material mejor que Baquet y Purdy. Creían que el primer artículo debía ser más amplio, capturar la fuerza de todo lo que habían oído y documentado. La repugnante repetición de las historias en habitaciones de hotel. La aparente fijación en mujeres recién llegadas a la empresa. La terrible oferta de trabajo a cambio de sexo y el pertinaz silencio de quienes sabían lo que estaba pasando. Corbett animó a las periodistas a que escribieran la historia que las tres mujeres empezaban a dar forma en su mente tan rápido como fuera posible al tiempo que trataba de contener a Baquet y a Purdy.

La historia iba a necesitar nombres, fechas, informaciones financieras y legales, entrevistas y documentos. Jodi y Megan apartaron los relatos y rumores a medio verificar que aún perseguían y elaboraron una lista con el material potencialmente sólido para ser incluido en un primer artículo. Marcaron las acusaciones de acoso y agresión en negro, y los acuerdos, en rojo:

1990 — Ayudante en Miramax, Nueva York. Acuerdo.
1992 — Laura Madden, Irlanda.
1994 o 1995 — Gwyneth Paltrow, Los Ángeles.
1996 — Ashley Judd, Los Ángeles.
1997 — Rose McGowan, Park City, Utah. Acuerdo.
1998 — Zelda Perkins y Rowena Chiu, Venecia, Italia. Acuerdo.
2014 — Emily Nestor, Los Ángeles.

2015 — Ambra Battilana Gutierrez, Nueva York. Acuerdo.
2015 — Lauren O'Connor, Nueva York. ¿Acuerdo?
2015 — Asistente de la oficina de NY que se marcha por «razones morales».

Unos días antes, Lanny Davis finalmente había ofrecido a Megan una respuesta sobre el número de sobornos que Weinstein habría acordado con mujeres: entre ocho y doce. Megan se detuvo a reflexionar, un tanto sorprendida, de que el equipo legal de Weinstein revelara una información tan incriminatoria como aquella.

—¿Crees que es *normal* que los hombres paguen tantos sobornos? —preguntó a Davis.

—Sí que lo creo —repuso él como si fuera la cosa más natural del mundo.

Pero aún necesitaban que una segunda fuente corroborara esas cifras. También necesitaban ponerse en contacto con todas aquellas personas a las que pudieran citar con nombres y apellidos, lo que incluía a antiguos empleados de Miramax y de The Weinstein Company que podrían confirmar los hallazgos. Habría que ofrecer una oportunidad de réplica a todas las personas a las que tenían previsto mencionar, como Steve Hutensky, el abogado de Miramax que había ayudado a negociar los acuerdos de Perkins y Chiu. Era asimismo el momento de informar a O'Connor de que tenían una copia del memorando.

El borrador sería una obra en constante evolución, porque casi cada frase requería ser negociada, comprobada, ajustada o eliminada.

El viernes por la tarde, Corbett, Jodi y Megan estaban en una conferencia telefónica con O'Connor y su abogada, Nicole Page, que llevó la voz cantante. O'Connor no abrió la boca, pero era evidente lo mucho que le preocupaba que su memorando estuviera en manos del *Times* y que este planeara publicar una parte. Nunca había tenido la intención de hacerlo público. Tras la debacle que había supuesto trabajar para Weinstein, había intentado pasar página empezando de cero en una nueva empresa.

Temía que Weinstein pudiera tomar represalias, y Page, después de describir el estrés que supondría la publicación del artículo para O'Connor, pidió a las periodistas que se replantearan el hacer uso del memorando o, cuando menos, que omitieran su nombre. Las periodistas intercambiaron miradas de preocupación; lo último que querían era causar problemas a O'Connor. Era joven, aún no había cumplido los treinta y había alzado la voz en nombre de otras posibles víctimas, convirtiéndose en una de las pocas figuras en toda la saga Weinstein que se había atrevido a cuestionar formalmente la conducta del productor.

No obstante, raras veces se ocultan documentos de interés periodístico a los lectores. O'Connor no era una fuente que hubiera confiado su historia a las periodistas a cambio de una promesa de anonimato; era la autora de una acusación crucial contra Weinstein que había circulado al más alto nivel dentro de su empresa, y que esta había decido encubrir. Muchas publicaciones, previa petición, omiten los nombres de las víctimas de agresión sexual por la naturaleza excepcionalmente privada del crimen, pero la situación de O'Connor era diferente: aunque describía un trato verbalmente abusivo por parte de Weinstein, la fuerza de su memorando residía en su rol como testigo directo de conductas sexuales inapropiadas del productor hacia otras mujeres.

Llegados a ese punto, Corbett asumió el control de la llamada; a medida que hablaba se remetía mechones de su elegante melena bob plateada detrás de las orejas. Su estilo

siempre había consistido en escuchar a la gente con la mayor neutralidad posible y, como Baquet, por lo general dejaba que los propios periodistas lidiaran con sus fuentes. No obstante, ella tenía autoridad para hablar en nombre de la institución, algo que las periodistas no podían hacer. El periódico tenía que publicar el memorando, dijo empleando un tono amable pero firme. No, el informe entero no. Sí, podían indicar que O'Connor había rechazado hacer comentarios, para tratar de dejar claro que ella no era la fuente del memorando y, de esta forma, evitarle posibles represalias. Sí, el periódico tenía intención de citarla como autora del texto para establecer su credibilidad. Corbett añadió que, si tanto Page como O'Connor deseaban exponer razones adicionales para que su nombre quedara fuera, no debían dudar en hacerlo.

Page no respondió, y su cliente se mantuvo en silencio. Page dijo después que la decisión del periódico parecía inamovible. La abogada puso fin a la conversación diciendo que su cliente apreciaba lo que las periodistas intentaban hacer.

Megan sospechó la razón de que O'Connor no hubiera hablado en ningún momento de la conversación, y sus conjeturas quedaron confirmadas después de algunas llamadas: O'Connor también había aceptado un acuerdo de confidencialidad. Legalmente, tenía prohibido hablar.

Mucho después, Megan conoció el trasfondo de aquella historia. Justo después de que O'Connor enviara el memorando, le dijeron que no se dejara ver por la oficina. A los pocos días, Page negociaba un acuerdo con Boies y un abogado de The Weinstein Company. Boies confirmó haber ayudado a confeccionar una coartada para O'Connor: permanecería en la empresa varias semanas más para finalizar proyectos, trabajando en lugares que le permitieran evitar todo tipo de contacto con Weinstein. Pero su carrera con ellos había terminado. En una entrevista posterior con Megan, O'Connor explicó que la respuesta de la empresa a su denuncia fue: «¿Cómo podemos hacer que esto desaparezca rápidamente?».

Boies aseguró que el acuerdo que estipulaba la marcha de O'Connor estuvo finalizado seis días después de que enviara el memorando. Siguiendo instrucciones, O'Connor escribió una carta a Weinstein en la que le agradecía la oportunidad que le había dado para aprender en la industria del entretenimiento, además de la siguiente nota de seguimiento a Recursos Humanos:

> **Lunes 9 de noviembre de 2015, 15:23**
> **De: O'Connor, Lauren**
> **Asunto: Para que conste**
> Dado que este asunto se ha resuelto y no requiere más medidas, retiro mi denuncia. Lauren.

Jodi y Megan coincidieron en que el siguiente paso era ponerse en contacto con Lance Maerov, el miembro de la junta directiva de The Weinstein Company. En aquel primer artículo querían demostrar la complicidad de la empresa, una complicidad que habían empezado a conocer a través de Reiter.

Maerov respondió a la llamada de camino a su despacho en un edificio en Park Avenue. Llevaba un café en la mano. Megan se presentó y le explicó que el *Times* preparaba un reportaje con una serie de acusaciones contra Weinstein que se remontaban a varias décadas. Le leyó un fragmento del memorando de O'Connor y a

continuación le preguntó: «¿Qué hizo usted al respecto?». El café se le cayó de las manos y el líquido hirviente se derramó. Más tarde recordó haber pensado: «¿Cómo cojones tiene ese informe?».

Solo unas horas más tarde, Megan se reunía con Maerov en Bryant Park, en el Midtown de Manhattan. Maerov, con su exquisito corte de pelo y su bufanda cara, tenía el aspecto de un distinguido hombre de negocios.

Maerov le explicó que, en efecto, el trato de Weinstein hacia las mujeres era un asunto que le había preocupado, sobre todo después de la investigación llevada a cabo por el Departamento de Policía de Nueva York. Explicó a Megan que Weinstein había calificado aquello de un intento de extorsión y que la junta había aprobado un código de conducta diseñado para poner freno a comportamientos indebidos. Cuando, un año después, el memorando de O'Connor fue notificado a la junta, quiso contratar los servicios de un abogado externo para investigarlo, pero al cabo de uno o dos días Boies le informó de que el asunto se había resuelto. «Boies me dijo que se había retirado la denuncia». De modo que Maerov lo dejó estar.

Mientras conversaban, Megan asentía y le apretaba para conseguir más detalles. Sospechaba que se estaba guardando información, pero en cualquier caso todo lo que decía era valioso, especialmente si aceptaba ser citado. La junta directiva de The Weinstein Company había sido plenamente consciente de las denuncias contra Weinstein y, más allá de la aprobación de un código de conducta por escrito, se había limitado a mirar hacia otro lado.

Maerov accedió a que se le citara, pero le dijo a Megan que tenía la obligación de informar al resto de miembros de la junta de que el *Times* preparaba un artículo como ese, así como que había hablado con ella. Megan le rogó que esperara a que pasara el fin de semana para comunicárselo.

En cuanto Weinstein descubriera que la publicación del artículo era cuestión de días, intensificaría sus esfuerzos para detenerlo. Jodi y ella necesitaban más tiempo. Maerov accedió y le concedió dos días.

Antes de despedirse, Maerov le hizo una pregunta: «¿Estás segura de que no estamos hablando de mujeres jóvenes que quieren acostarse con un productor de cine famoso para intentar abrirse paso en esta industria?».

Tiempo después, Maerov confesó a Megan que al marcharse del parque sintió un ligero alivio. Durante años, la mayoría de sus intentos para exigir responsabilidades a Weinstein habían fracasado. Independientemente de lo que hubiera podido ocurrir, Weinstein siempre conseguía librarse de los problemas. «Era como ver una de esas pelis de crímenes en las que alguien como Al Capone constantemente se sale con la suya y va un paso por delante de la ley», explicó Maerov. Por fin alguien iba a acorralarlo.

Pero, como siempre, Maerov se sintió obligado a proteger a The Weinstein Company. Nada más llegar a su despacho, rompió la promesa que acababa de hacer a Megan. Llamó a Bob Weinstein y a David Glasser, el presidente de la empresa, y les hizo partícipes de todo lo que habían hablado.

Sábado 30 de septiembre de 2017

Por la mañana, el propio Weinstein ya estaba al tanto de los detalles y llamó a Maerov para rogarle que le ayudara a detener el reportaje: «Lance, sé que a lo largo de los años

hemos tenido nuestras diferencias, pero ¿puedes apoyarme aunque solo sea por una vez?». A Maerov aquella conversación le resultó tan ofensiva que fue tomando notas.

Ante la resistencia de Maerov, Weinstein pasó a las amenazas. Años atrás, Maerov había salido con la modelo Stephanie Seymour después de que esta se separase de su marido, un ejecutivo de las finanzas llamado Peter Brandt. Weinstein dijo a Maerov que tenía en su poder una carta que Maerov había enviado a Seymour y que no dudaría en usarla en su contra. Weinstein calificó la carta de «repugnante».

Maerov se negó. Su trabajo consistía en salvaguardar a la compañía, no al productor. Y añadió que no creía que la carta contuviera nada inapropiado.

Al día siguiente, envió a Weinstein un correo electrónico con una sola línea: «Necesitamos trazar un plan para proteger a TWC en caso de que Megan Twohey publique su artículo».

Mientras tanto, Jodi y Megan estaban sentadas delante de sus ordenadores, escribiendo. Jodi tecleó:

> Actrices y exayudantes han relatado al *NY Times* distintas variaciones de la misma historia, en algunos casos sin saber que otras mujeres habían experimentado lo mismo.
>
> Como por lo general trabajaba desde su habitación de hotel [en Londres] y raras veces acudía a la oficina, a menudo las mujeres estaban a solas con él y tenían pocas vías de escape.
>
> Por el camino impuso un estricto código de silencio, amenazando a las mujeres que lo denunciaban y atando de pies y manos a los empleados con acuerdos de confidencialidad.

Megan dio forma a lo que sabían de los excepcionales acontecimientos que se desarrollaron en 2015. El informe policial de Gutierrez nunca había salido a la luz, pero una fuente se lo había leído por teléfono, palabra por palabra, a un compañero del *Times*. Ahora Megan recurría a ese texto para describir cómo en aquella reunión de trabajo, Weinstein supuestamente le «había agarrado los pechos después de preguntarle si eran auténticos y le había metido la mano por debajo de la falda». Nunca se había publicado que Weinstein hubiera «pagado» en secreto para comprar el silencio de Gutierrez. Cuando apareció el memorando de O'Connor, «una página tras otra llenas de acusaciones detalladas», Maerov quiso iniciar una investigación, pero Weinstein no tardó en alcanzar también un acuerdo con O'Connor.

El sábado por la noche ya tenían algo parecido a un borrador que enseñar a Corbett. Esta creó una carpeta secreta en el sistema de edición del *Times* que solo podían abrir las periodistas y los editores pertinentes. Tradicionalmente, los artículos se etiquetaban o marcaban por temas junto a la fecha prevista de publicación, por ejemplo, 16DISCURSOTRUMP, 07TERREMOTO, 21BEYONCÉ. Corbett marcó el artículo con una etiqueta genérica (00INVESTIGACIÓN), para que los colegas que usaran el sistema de edición no supieran de qué trataba la historia.

Al mismo tiempo que escribían, las periodistas iban verificando y tratando de ampliar qué podían decir exactamente sobre los presuntos delitos y por medio de qué fuentes. Jodi y Megan solo disponían de una entrevista a micrófono abierto con una presunta víctima de Weinstein: Laura Madden, quien les había relatado su encuentro con el productor en Dublín en 1992. Dado que Zelda Perkins seguía sujeta a un acuerdo de

confidencialidad y que Rowena Chiu no había dicho absolutamente nada, toda aquella parte de la historia se limitaba a cuatro párrafos breves pero cruciales que informaran de las graves acusaciones y del acuerdo alcanzado, pero sin desproteger a las dos mujeres implicadas.

La ayudante de 1990, la que Megan había encontrado en casa de su madre, era una pieza clave en la historia.

Finalmente, John Schmidt, el antiguo directivo de Miramax a quien Megan había ido a visitar sin previo aviso a principios de verano, confirmó bajo cuerda que la antigua ayudante había recibido el pago de un acuerdo tras un alarmante episodio con Weinstein. Accedió a hablar con Megan y le dijo que su artículo sobre amfAR le había impresionado mucho. Megan aún albergaba la esperanza de que la mujer hablara y aceptara ser citada. Pero cuando se puso en contacto con ella, su respuesta fue la siguiente:

> Estimada Megan:
>
> Lo siento, pero no intentes volver a localizarme, directa o indirectamente. No tengo nada que decir y tampoco autorizo a que nadie hable por mí. No quiero aparecer nombrada ni citada como fuente anónima en ningún artículo y tomaré medidas legales en caso de que eso ocurra.

Puesto que su historia parecía implicar una agresión sexual, Jodi y Megan no utilizarían su nombre sin permiso. Decidieron referirse a ella simplemente como una joven que, de acuerdo con la versión de varios extrabajadores, había abandonado abruptamente la empresa tras un encuentro con Weinstein, con quien más tarde firmó un acuerdo. Citaron a su antigua jefa, Kathy DeClesis, que dijo: «Para su círculo de confianza, lo ocurrido no fue ningún secreto».

Un tiempo después, Megan acabó averiguando que Weinstein presuntamente habría agredido sexualmente a la ayudante cuando esta se encontraba en la casa del productor haciendo un recado, y Schmidt añadiría que, poco después de aquel encuentro, Weinstein le confesó que había hecho «algo horrible». «No sé qué me ha dado. No volverá a pasar», dijo Weinstein a Schmidt. (Weinstein negó haber dicho tal cosa).

A continuación, Megan llamó a Rose McGowan, que hasta ese momento había parecido estar decidida a desenmascarar a Weinstein. Sin embargo, entonces le dijo que no estaba en condiciones de acusar públicamente al productor. Weinstein recientemente había ofrecido a McGowan un millón de dólares a cambio de su silencio. Contó a Megan que su abogado la animaba a aceptar el dinero. Ella no tenía intención de hacerlo, pero por una serie de complicaciones había decidido no participar en el artículo. Dijo que su abogado había enviado un requerimiento de cese para asegurarse de que Ronan Farrow no utilizara ninguna de las entrevistas que ella le había concedido. «Lo siento —dijo McGowan—. Simplemente no puedo».

Pero gracias a la insistencia de Jodi y Megan, McGowan había obtenido una copia del acuerdo al que había llegado con Weinstein en 1997, que, por increíble que pudiera parecer, no incluía ninguna cláusula de confidencialidad. McGowan pudo compartirlo con las periodistas sin miedo a posibles consecuencias financieras o legales. McGowan rechazó hacer ningún comentario sobre la investigación, pero el artículo podía citar el documento, donde se declaraba que después de un episodio en una habitación de hotel

durante el Festival de Cine de Sundance, Weinstein había pagado 100 000 dólares a McGowan. El pago «no debía ser interpretado como una admisión» de culpa por parte de Weinstein, sino que estaba dirigido a «evitar ir a juicio y a comprar la paz».

La mayoría de los antiguos empleados de Weinstein a quienes las periodistas tenían intención de citar temían posibles represalias. Jodi y Megan argumentaban que el reportaje incluiría pruebas abrumadoras, que todavía estaban a tiempo de alzar la voz. La mayoría de ellos se negaron. («¡Tengo una vida!», protestó una directiva). Otro aportó el siguiente comentario para el artículo:

—Los rumores de acoso sexual eran frecuentes, pero raras veces salían a la luz. Es lamentable y vergonzoso que muy pocos de nosotros tuviéramos el coraje o los medios para enfrentarnos a ellos.

Pero al cabo de muy pocas horas, la empresa actual de este antiguo empleado de Weinstein, una gran corporación, vetó la cita argumentando que no quería que se le asociara ni tangencialmente con el artículo.

Una de las pocas personas que sí se prestó a aparecer citado fue Mark Gill, el antiguo presidente de Miramax Los Ángeles: «Desde fuera, todo parecía de oro. Los Óscar, el éxito, el extraordinario impacto cultural… Pero entre bastidores era un desastre, y ese era el mayor escándalo de todos», dijo al describir los presuntos delitos del productor contra las mujeres. Jodi y Megan contabilizaban sus declaraciones, y algunas otras, como victorias, y las incluyeron en el borrador.

El lunes a mediodía, Jodi envió un mensaje de texto a Ashley Judd para preguntarle si podía llamarla. Baquet y Purdy seguían insistiendo a las periodistas en que no se obsesionaran con las actrices. Recalcaban que lo fundamental era ser los primeros en publicar la noticia, auguraban que todo lo demás iría a remolque y que estaría bien que para entonces Judd y Paltrow hicieran declaraciones a micrófono abierto.

Sin embargo, Jodi y Megan no estaban de acuerdo. La historia sobre Weinstein tenía dos ramificaciones: por un lado, la aparente intimidación por parte del productor a varias generaciones de empleadas de su propia compañía, y, por el otro, a actrices que querían conseguir papeles. Las periodistas tenían la primera vía bien documentada; sin la segunda —muchas actrices, incluyendo algunas estrellas de primerísima fila que afirmaban haber sido acosadas por Weinstein—, la historia quedaría incompleta.

Judd respondió enseguida. Estaba en la sala de espera del dentista y podía hablar.

Jodi llevaba más de tres meses abonando el terreno para ese momento. Dos semanas antes, durante una visita de la actriz a Nueva York con motivo de la Asamblea General de las Naciones Unidas, se había reunido en persona con Judd. En lo alto de una terraza con vistas al East Side de Manhattan, Jodi le había pedido que imaginara cómo sería dar un paso al frente, y reiteró que intentaba conseguir testimonios de otras actrices. Judd la escuchó con atención y le dijo que no estaba segura.

La pregunta no había llegado en un momento oportuno. El artículo iba a publicarse justo antes del estreno de la nueva temporada de *Berlin Stations*, la serie de televisión en la que participaba Judd, una coincidencia que la actriz quería evitar. Peor aún, lo único que Judd había querido desde el principio era estar acompañada de otras actrices. Pero a pesar de todas las conversaciones que las periodistas habían mantenido con distintas actrices, sus intentos no se habían materializado. Salma Hayek, Uma Thurman y Angelina Jolie no les devolvían las llamadas. Jodi seguía intentando convencer a Gwyneth Paltrow, pero su participación aún no estaba clara. Rosanna Arquette, que

también había descrito un encuentro espantoso en una habitación de hotel, no se sentía preparada para hacerlo público. Otras actrices, tanto famosas como desconocidas, habían compartido sus historias sobre Weinstein con las periodistas, pero con el compromiso de que no salieran a la luz. El mecanismo que había servido a Weinstein durante décadas para protegerse aún funcionaba: ninguna actriz quería ser la primera en denunciarlo.

Durante aquella conversación telefónica con Judd, Jodi no le suplicó ni le expresó cuánto deseaba que apareciera en el artículo. En su lugar, trató de explicarle lo potente que sería: veinticinco años de acusaciones, un patrón claro, nombres y ejemplos, informes de recursos humanos, información legal y financiera y citas de empleados, tanto mujeres como hombres, en las que se describía el problema.

Mientras seguía hablando, Jodi se preparaba para un rechazo. Judd no reveló sus intenciones. Prometió tomarse en serio la petición y devolverle la llamada cuanto antes.

Varias horas después llegó un mensaje de Laura Madden. Uno de los grandes temores de Jodi era perder a Madden. La aceleración de los plazos para el artículo había generado un incómodo conflicto: la siguiente ronda de cirugía mamaria de Madden, una segunda mastectomía y una reconstrucción que le preocupaba desde hacía tiempo, estaba programada para el 10 de octubre. Jodi no podía precisarle una fecha de publicación exacta, y existía la posibilidad de que la operación y la publicación coincidieran. Una cosa así habría supuesto demasiado estrés para cualquiera, pero la pérdida de Madden también supondría un desastre para las periodistas.

Sin embargo, lo que a Madden le preocupaba era ser la única mujer de la oficina de Londres dispuesta a hablar abiertamente. En tal caso, se retiraba. Hizo nuevas preguntas a Jodi sobre el artículo: ¿Cuántas mujeres había? ¿Cuántas de tal lugar, de tal oficina, de tal año?

Todas las mujeres querían estar acompañadas, y era comprensible.

Lunes 2 de octubre de 2017

Poco después del mediodía, las periodistas acudieron al despacho de Dean Baquet para analizar el último paso de la investigación: cuándo presentar los hallazgos a Weinstein y cuánto tiempo de respuesta ofrecerle. Después de tanto tiempo protegiendo a las fuentes, había llegado la hora de presentar la información a Weinstein y a sus representantes, de describirles la historia y de compartir todas las acusaciones que planeaban hacer públicas. Cada anécdota, cada fecha y el nombre de cada mujer. (No mencionarían a Judd ni a Paltrow porque no era seguro que fueran a hablar a micrófono abierto). Luego, Jodi y Megan incorporarían las respuestas de Weinstein al artículo. Si Weinstein negaba las acusaciones, lo reflejarían tal cual. Si se disculpaba, lo añadirían textualmente. Si se negaba a hacer comentarios, tres cuartos de lo mismo. Y en el caso de que pudiera refutar cualquiera de las acusaciones, se verían obligadas a omitirlas.

La presentación de hallazgos es una práctica periodística habitual, la forma correcta de tratar al protagonista de cualquier historia, incluso a uno de poca credibilidad. Pero los periodistas no conseguían llegar a un acuerdo sobre cuánto tiempo de réplica debían conceder a Weinstein. Necesitaban establecer un plazo máximo: tienes hasta tal fecha antes de que lo publiquemos. Pero en cuanto Weinstein estuviera al corriente de la clase de artículo que iban a publicar, podía presionar a las mujeres para que se retractasen,

intimidar a otras para que añadieran informaciones contradictorias o tratar de desautorizar a las que lo acusaban. Podía filtrar información a otro medio, mitigar el impacto del artículo o evitar su publicación sacándose de la manga alguna declaración de contrición. Las periodistas tenían que velar por las víctimas…, pero también por el artículo.

Seis personas se sentaban en el despacho de Baquet, todas ellas con alguna autoridad o responsabilidad para tomar decisiones sobre el artículo en su camino hasta la hoja impresa. Baquet era el jefe, el periodista encargado de supervisar día tras día el enciclopédico periódico en su conjunto. Siempre tenía la última palabra. No obstante, Corbett había dirigido el proyecto desde el principio, y Baquet confiaba en ella, en parte porque sus instintos eran algo diferentes a los de él. Ambos conversaban con Purdy, que además de supervisar las diferentes historias que se preparaban en la sala de redacción, seguía vigilando de cerca aquella investigación.

Pero Jodi y Megan, como periodistas, tenían una autoridad y responsabilidad propias. Eran ellas las que habían reunido toda la información, las que se relacionaban con las fuentes, las que se encargaban de escribir aquella historia; eran sus firmas las que encabezarían el artículo y eran ellas las que se llevarían gran parte de la culpa o del mérito por lo que pudiera pasar.

La sexta figura en la habitación era David McCraw, el abogado del *Times*. Estaba allí para que el periódico no incurriera en problemas legales, por lo que ninguno de los presentes tenía intención de rechazar sus consejos.

Corbett pensaba que debían ofrecer cuarenta y ocho horas a Weinstein, tanto por el bien de las periodistas como por el suyo propio. Así podrían decir que habían hecho las cosas bien y evitar que Weinstein tuviera la oportunidad de decir que le habían tratado injustamente.

A Baquet, sin embargo, le parecía demasiado tiempo. Nadie en aquel grupo confiaba en Weinstein, pero él era quien más sospechaba del productor. Su instinto le decía que Weinstein solo les iba a hacer perder el tiempo. Además, todos ellos imaginaban que, independientemente del tiempo que le ofrecieran, Weinstein presionaría para conseguir más. Aquello era una negociación pura y dura, y la primera oferta de las periodistas tenía que ser a la baja.

Pero Baquet también quería que fuera una investigación intachable. En los inicios de su carrera periodística se había encargado de cubrir el caso de Gerald Hatcher, un actor de poca monta acusado de hacerse pasar por cazatalentos para atraer a mujeres jóvenes —algunas de tan solo catorce años— a reuniones privadas en las que supuestamente hablarían sobre su futura carrera en el cine, pero durante las que en realidad las violaba. Después de todos esos años, aún le avergonzaba la forma en que había escrito aquellos artículos. El hombre era culpable, a Baquet no le cabía duda, pero sentía que se había apresurado a la hora de condenarlo sobre el papel, empleando un estilo demasiado sensacionalista y melodramático, y sin ofrecer un resumen justo de los argumentos de la defensa. «Es probable que incluso fuera irrespetuoso con las mujeres —diría tiempo después—. Siempre tuve la sensación de que en el tribunal todos me perdieron un poco el respeto, incluidos los fiscales». Baquet quería desenmascarar a Weinstein, pero quería hacerlo bien.[135]

Todos, incluidas Jodi y Megan, expusieron por turnos sus puntos de vista, tratando de calibrar el mayor de los riesgos: que la investigación se viera comprometida por ir

demasiado deprisa en los momentos finales o por mostrarse demasiado generosos con un manipulador probado. Cuando las periodistas salieron del despacho para retomar la escritura, los editores continuaban deliberando.

La decisión llegó cuando ya oscurecía sobre Times Square. Megan llamó a Lanny Davis para ponerle sobre aviso: Jodi y ella querían hablar con Weinstein y su equipo a la una de la tarde del día siguiente para compartir con ellos las acusaciones.

De repente, las periodistas estaban a las puertas de publicar el artículo. A su alrededor, distintos colegas daban los pequeños pasos necesarios para que un conjunto de palabras se convirtiera en un artículo del *Times*. Necesitaban elegir las fotos adecuadas de Weinstein para la portada y para el encabezamiento del artículo; Beth Flynn, la editora de fotos, les envió una selección. ¿Debería aparecer sonriendo o sin sonreír? ¿En una alfombra roja? ¿Con una mujer? ¿Con qué mujer? ¿Había algún problema en que su mujer, Georgina Chapman, apareciera en alguna de las imágenes? Y relacionado con esto, ¿debería mencionar el artículo que estaba casado, por segunda vez, y que lo había estado en los momentos en los que ocurrieron la mayoría de las presuntas acusaciones?

Las periodistas solo podían abrir el archivo de una en una, por lo que primero trabajaba Jodi, luego Megan, después Rebecca y, tras ella, Rory Tolan, un segundo editor que prestaba especial atención al lenguaje. Intentaban encontrar las frases exactas y correctas, y todos ellos reescribían basándose en los comentarios de McCraw, que ofrecía recomendaciones para que el reportaje no tuviera ningún pero desde el punto de vista legal.

Poco después de la medianoche, Megan y Jodi se marcharon de la oficina y volvieron a Brooklyn juntas compartiendo coche. Por primera vez se permitieron el lujo de especular sobre las posibles reacciones que suscitaría el artículo. Megan sospechaba que la junta directiva de The Weinstein Company se vería obligada a tomar medidas en contra del productor, pero ¿y para el resto del mundo tendría alguna importancia esta historia? Jodi citó a Purdy, que, haciendo gala del clásico escepticismo de los editores de prensa, había señalado durante la investigación que Harvey Weinstein no era *tan* famoso. Tal vez el sórdido comportamiento de un productor de Hollywood no sorprendiera a muchos.

Martes 3 de octubre de 2017

Mientras se preparaban para la llamada, concertada para la una de la tarde, Corbett recibió un peculiar mensaje de Lanny Davis:

> Estimada Rebecca:
>
> Este mensaje es muy personal. No he tenido noticia del correo electrónico de Lauren hasta esta noche, que es cuando he podido verlo por primera vez. Voy a hacer todo lo posible por hacer lo que debería haberse hecho hace mucho tiempo. No soy optimista en cuanto a obtener una declaración. Intentaré tenerla para la una de la tarde, dado que ese parece ser el plazo final. Corrígeme si me equivoco.
>
> En cualquier caso, agradezco tu consideración y cortesía, que van más allá de lo que es habitual o incluso necesario.

Lanny.

Para alguien ajeno al mundillo, podría parecer un mensaje rutinario: «Disculpa, he recibido tarde algunos de los documentos. Me estoy poniendo al día y voy a hacer todo lo que esté en mi mano». En cambio, traducido al lenguaje del periodismo y las relaciones públicas, lo que realmente quería decir era:

> ¿Te puedes creer que Weinstein me contrató para lidiar con vuestro artículo pero que en ningún momento había compartido conmigo el memorando de O'Connor? Es de lo más bochornoso y, por cierto, es un memorando muy potente. Pido disculpas, estoy intentando que Weinstein os ofrezca algún tipo de declaración para que podáis publicarla en el artículo, pero no lo pone nada fácil.

David Boies no iba a poder unirse a la llamada, pero todavía intentaba intervenir en nombre de Weinstein. A las 12:19, Baquet recibió un correo electrónico del abogado en el que le pedía más tiempo de réplica para Weinstein a fin de «hacer que el artículo fuese justo y equilibrado (no según los estándares de Fox News sino de los de *The New York Times*)». Boies, que una vez más declaraba no ser el abogado de Weinstein en aquel asunto, daba a entender que el *Times* debía seguir el ejemplo de otros medios de comunicación:

> En los últimos meses, tres grandes medios/cadenas, entre los que se incluye el *Times*, han investigado esta historia y, hasta donde yo sé, las acusaciones y las pruebas con las que han trabajado son las mismas —escribió Boies en referencia a la NBC y a *The New Yorker*—. Uno de los otros dos ha decidido no publicar la historia; el otro ha dicho que antes de publicarla dedicarían el tiempo necesario para revisar a fondo con Harvey los cargos en su contra y que le darían un plazo adecuado para preparar una respuesta. Cabe esperar que el *Times*, como mínimo, haga lo mismo.

—No pienso contestarle —repuso Baquet a las periodistas.

Poco antes de la una de la tarde, las periodistas y Corbett estaban listas para la llamada. Tenían por escrito casi todo lo que querían decirles. Por encima de todo se acordaban de las mujeres cuyos nombres mencionarían. En las horas previas, Jodi y Megan habían avisado a Madden, a Perkins y a las demás: «Estamos a punto de ir con todo esto a Harvey para concederle el derecho de réplica, y necesitamos compartir con él cada una de las acusaciones que van a aparecer en el artículo, incluida la tuya. Sé que esto puede sonar aterrador, pero es algo que te protegerá a ti y que nos protegerá a nosotros, porque de esta manera podemos afirmar que se trata de un proceso justo que le ofrece la oportunidad de responder a los cargos. No creemos que ni él ni sus representantes se pongan en contacto contigo, pero, para ir sobre seguro, ten un cuaderno a mano y, si recibes alguna llamada, apunta todo lo que te digan. Cualquier amenaza o intimidación deben ir directamente al artículo. La única forma de combatir estas tácticas es exponiéndolas».

Las mujeres dieron su consentimiento; un último acto de confianza.

Al comenzar la llamada, además de Davis y de Bloom, un nuevo abogado acompañaba a

Weinstein: Charles Harder.[136]

Harder se había labrado un nombre atacando a las publicaciones que criticaban a sus clientes ricos o famosos.[137] Recientemente había contribuido al cierre de la web de cotilleos Gawker llevándola hasta la bancarrota a base de demandas en nombre de Hulk Hogan por una grabación de contenido sexual. Las demandas de Hulk Hogan habían sido financiadas en secreto por Peter Thiel, un inversor en tecnología.[138] Harder creía que las leyes de difamación, que regían quién podía decir qué sobre quién en forma impresa, eran demasiado laxas. La norma jurídica vigente se remontaba al caso *The New York Times* vs. Sullivan (1964), en el que la Corte Suprema decidió que para que una demanda por difamación tuviera éxito era necesario demostrar no solo que los periodistas hubieran publicado información falsa, sino que, en lo referente a figuras públicas, lo habían hecho con «verdadera malicia», definida esta como «un temerario desprecio por la verdad». Era un listón alto que, por lo general, cubría las espaldas de los periodistas; sin embargo, Harder pensaba que era demasiado alto.

Había representado a Roger Ailes en sus intentos por imponerse a la cobertura mediática de los presuntos acosos sexuales de los que lo acusaban.[139] Tras negociar un acuerdo de 2.9 millones de dólares con el *Daily Mail* por su informe falso de 2016 que afirmaba que en otros tiempos Melania Trump había trabajado como señorita de compañía, el presidente Trump también contrató sus servicios.[140] Hacía pocas semanas la revista *GQ* había calificado a Harder como «tal vez, la mayor amenaza en Estados Unidos para los periodistas, la Primera Enmienda y la noción misma de la libertad de prensa».[141]

Por teléfono, el tono de Harder era entrecortado y amable, escuchaba a las reporteras mientras estas les iban presentando el material y repetía distintas variaciones del «nos pondremos en contacto con vosotras».

Su cliente, en cambio, no se mostraba tan moderado. Weinstein se dedicó a interrumpir a las periodistas desde el primer momento, decidido a descubrir con quién habían hablado y quién le había traicionado. A través del altavoz del teléfono, su voz parecía grave, cascada, insistente y más poderosa incluso que en persona, y su estrategia consistía en repetir la misma pregunta una y otra vez. A medida que Megan y Jodi exponían las acusaciones, Weinstein intentaba hacerse con el control de la llamada mediante un sinfín de interjecciones:

—¿Quién más aparece en el artículo?

—¿Alguna de las personas citadas ha dicho eso?

—¿Por qué no me decís quién ha hablado oficialmente y dejáis que responda?

—¿Consta esta mujer en el artículo?

—¿Alguna de las personas que ha hablado de forma oficial ha dicho eso?

Estaba tan ocupado interrogando a las periodistas que parecía no haber asimilado el hecho de que no solo disponían de entrevistas, sino también de informes de acuerdos y de otros documentos, incluido el memorando de O'Connor.

Megan planteó la pregunta crucial de cuántos acuerdos había pagado Weinstein a lo largo de los años. Ya conocía la respuesta por medio de Davis —entre ocho y doce—, pero necesitaba que la corroborara una segunda fuente; es más, conseguir la confirmación a través de Weinstein sería ideal. Pero cuando mencionó la cifra que le había dado Davis, Weinstein arremetió contra su propio asesor.

—¡Eso lo habrás dicho tú! ¡No yo! —le espetó—. Si Lanny os ha dicho algo, hablaba por él mismo y no en nombre de su cliente.

Megan se puso tensa. El círculo de personas que conocían los acuerdos era muy reducido. ¿Se estaba alejando de su alcance aquella cifra fundamental?

Cuando las periodistas terminaron de enumerar las acusaciones, Harder quiso saber de cuánto tiempo disponían para responder.

—Esperamos que podáis decirnos algo al final del día —dijo Corbett, tal como habían acordado los editores.

—¡Eso es imposible! —exclamó Harder—. Nos estáis dando tres horas para responder a una lista interminable de incidentes que se remontan a los años noventa.

Pidió dos semanas, a lo que Corbett se negó, y entonces él redujo el plazo a cuarenta y ocho horas. Corbett se mostró de acuerdo y quedó en que volverían a hablar.

La voz de Weinstein volvió a atronar por el altavoz.

—Si no nos ofrecéis un plazo adecuado, nos iremos a cooperar con otros —amenazó, alimentando el temor de las periodistas a que colgara el teléfono y se fuera corriendo a otro medio con una versión más suavizada y distorsionada de la historia—. No soy ningún santo —prosiguió Weinstein—, pero tampoco soy el pecador que os pensáis. —Empezó a sermonear sobre el ejercicio del periodismo—. Constatad los hechos —dijo—. Os vamos a ayudar a que conozcáis los hechos verdaderos. Si no me hubiera dedicado a hacer películas, habría sido periodista. He leído todos los libros sobre *The New York Times*, sobre periodismo, y leo todos los periódicos y revistas. Los periodistas que más me deslumbran son los que se salen de su camino para ser ecuánimes.

Weinstein siguió dale que te pego.

—De niñas os educaron para contar la historia correcta, para contar la verdad —continuó—. No para estar pendientes de los plazos. Queríais contar la verdad. Si cometéis un error y no contáis la verdad, si escribís solo por escribir… No entiendo cómo no se os cae la cara de vergüenza.

Por fin, después de noventa minutos al teléfono, la llamada terminó. Corbett y las periodistas permanecieron sentadas en la sala de juntas.

Corbett pensaba en cómo apuntalar algunas de las acusaciones de tal forma que reforzaran la historia, y creía que el periódico debía aceptar la ampliación del plazo solicitada por Harder. No en vano, llevaba un montón de años trabajando con Baquet y sabía perfectamente cómo llegar hasta él. Por eso en su cabeza daba vueltas a un argumento capaz de convencerlo.

Megan revisaba mentalmente las reacciones del equipo de Weinstein en busca de posibles indicios que refutaran o debilitaran sus hallazgos. En lugar de abordar los asuntos más graves, Weinstein se había empeñado en hacer preguntas que no le servían de nada. Se peleaba con Davis. Se había pasado tanto tiempo tratando de devolver la jugada que realmente no estaba claro cuánta información habría llegado a digerir.

Jodi se preparaba para el siguiente ataque de Weinstein. Estaba segura de que planeaba usar la información que le habían proporcionado para tratar de desbaratar el artículo. Sabía que haría algún tipo de filtración a la prensa sensacionalista del siguiente estilo: «*The New York Times* prepara un artículo contra Weinstein pero apenas ha conseguido que una o dos mujeres salgan del anonimato».

Con una simple llamada podía hacer que el artículo pareciera un fracaso antes incluso de que viera la luz.

Una hora después, Judd llamó a Jodi. La actriz sonaba tan serena como siempre:

—Estoy preparada para ser citada como fuente en vuestra investigación —dijo.

Había reflexionado mucho sobre ello, había salido a correr por el bosque, había consultado con sus abogados, había considerado sus obligaciones como mujer y como cristiana, y, finalmente, había decidido que era la decisión correcta.

Allí de pie, entre las elegantes líneas que formaban las paredes de cristal y la moqueta gris, Jodi se quitó un peso enorme de encima, como una maratoniana que se desploma nada más cruzar la línea de meta. Megan y ella llevaban meses viviendo en un estado de incertidumbre y expectación. Podían publicar la historia o echarla a perder; obtener declaraciones de las actrices o quedarse sin ellas. Entre sollozos, Jodi trató de ofrecer una respuesta a la altura de las circunstancias sin dejar de sonar profesional. Lo mejor que fue capaz de improvisar fue:

—Como periodista, esto significa muchísimo para mí.

El resto del equipo estaba de pie, todos juntos, al fondo del pasillo. Jodi fue hacia ellos, todavía al teléfono con Judd, haciendo gestos para indicar que tenía noticias. Megan supo lo que pasaba antes de que la propia Jodi pudiera decirlo.

Lo celebraron reescribiendo el artículo. El relato de Judd sobre lo ocurrido en la suite del Hotel Peninsula, que les había contado tanto tiempo atrás, ocuparía la entradilla. Y la primera sección del artículo terminaría con una cita de la actriz que era al mismo tiempo una llamada a la acción: «Las mujeres llevamos mucho tiempo hablando de Harvey entre nosotras. Pero ha llegado la hora de tener esta conversación en público». Por la noche tenían una nueva versión del artículo que incluía a Judd como fuente.

Mientras tanto, Corbett había conseguido imponerse: Weinstein tenía hasta las doce del mediodía siguiente, el miércoles 4 de octubre, que pasó a ser la nueva fecha de publicación prevista para el artículo. Internamente, las periodistas ajustaron sus relojes y sus expectativas.

A las nueve de la noche de aquel martes, las periodistas seguían en la oficina. Habían pedido comida a domicilio y sudaban la gota gorda con el borrador de la historia. Su ansiedad no era nada en comparación con lo que sucedía en esos mismos momentos en The Weinstein Company, pocos kilómetros al sur, donde Weinstein mantenía una conferencia telefónica de urgencia con Boies y la junta directiva. Maerov había insistido en que se celebrase esa reunión, indignado porque Weinstein hubiera contratado abogados y al bufete de Davis para enfrentarse a un artículo del que la junta no estaba al corriente.

Boies llevó la voz cantante. Después de tantos años banalizando los problemas de Weinstein ante la junta, de repente demostró una mayor franqueza. Varias de las personas que participaron en aquella llamada explicaron después a Megan que Boies anunció que el artículo del *Times* iba a publicarse y que «va a tener graves consecuencias» para la empresa.[142] Esbozó las conclusiones, incluyendo los entre ocho y doce acuerdos, y añadió que la cifra podría ser superior. En realidad, no creía que Weinstein recordara el número exacto de mujeres a las que había sobornado a lo largo de los años. Tanto la opción de salir en defensa de Weinstein como la de despedirlo eran posturas a la vez extremas e inadecuadas. Necesitaban encontrar un punto intermedio y presentar un frente unificado: «Chicos, si no nos mantenemos unidos, esto va a ser un linchamiento general».

A las 23:38, Lisa Bloom aconsejaba a Weinstein que reconociera que, a pesar del esfuerzo de ambos, no conseguirían frenar el artículo del *Times*. «Podemos —y

deberíamos— suavizarlo, pero publicarse se va a publicar», escribió en un correo electrónico dirigido a Weinstein, Harder, Davis y Boies, mientras se preparaba para embarcar en un avión que la llevaría de Los Ángeles a Nueva York para estar al lado de su cliente.[143] El discurso de Bloom fue el siguiente: Weinstein debía reconocer su culpa centrándose en el acoso sexual, debía expresar remordimiento y prometer hacerlo mejor a partir de entonces. «He pensado mucho en Jesse Jackson, cuando le pillaron diciendo "Hymietown"[144] y salió a pedir perdón y dijo: "Dios no ha terminado conmigo"», añadía Bloom en el mismo correo electrónico —que más tarde llegó a manos de Megan—, refiriéndose a la disculpa del excandidato presidencial después de que se filtrara un comentario antisemita: «Consiguió mi voto en el 84».

Bloom, que estaba comparando todas las acusaciones contra Weinstein con un comentario aislado de Jackson, proponía ofrecer al *Times* la siguiente declaración, que subrayaba su propio papel en todo aquello e incluso mencionaba su proyecto cinematográfico:

> Como defensora de los derechos de las mujeres, he sido muy franca con Harvey y sé que él me ha escuchado. Le he explicado que los tiempos han cambiado, que estamos en 2017 y que necesita evolucionar a un nivel superior. Harvey me ha parecido una persona sorprendentemente cándida y dispuesta a escuchar mi mensaje. Ha reconocido los errores que ha cometido. Y en todo el tiempo que hemos pasado juntos trabajando en un proyecto para llevar mi libro a la pantalla, siempre se ha mostrado respetuoso conmigo.

Su mensaje: ella era la persona que lo había ayudado a quitarse la venda de los ojos. Después de haber trabajado en la retaguardia para ayudarle a frustrar las investigaciones sobre su comportamiento, quería presentarse ante la opinión pública como la persona que le había obligado a cambiar sus costumbres.

Davis, en defensa propia, decidió quedarse en Washington D. C. Para entonces ya sabía que, independientemente de las maniobras que intentara desplegar Weinstein, el productor no lograría escapar de los descubrimientos del artículo. Incluso Boies abogaba por una declaración de arrepentimiento.

Pero Weinstein no estaba dispuesto a darse por vencido.

Ese día, el productor pidió a un miembro del equipo informático de la empresa que accediera al ordenador de uno de sus asistentes ejecutivos y, según explicaron más adelante las personas que allí se encontraban, le ordenó que eliminara un documento llamado «HW amigas». (Básicamente, el mismo término que habían utilizado las fuentes de Megan y Jodi: «Amigas de Harvey»). El documento consistía en un listado de nombres e información de contacto de mujeres catalogadas por ciudades.

Con la ayuda de Bloom, Weinstein asimismo intentó presionar a sus empleados para que firmaran declaraciones escritas en las que afirmaran que su experiencia en la empresa había sido positiva.

A la mañana siguiente, Megan se puso en contacto con la joven que se había marchado de la empresa «por razones morales». En un mensaje de texto, la mujer le explicó que esa mañana había recibido tres llamadas de Weinstein porque sospechaba que podía ser una de las fuentes.

—Tengo miedo —escribió.

135 Entrevistas de Jodi Kantor y Megan Twohey a Dean Baquet realizadas en 2018.
136 Entrevista de Jodi Kantor, Megan Twohey y Rebecca Corbett a Harvey Weinstein, Charles Harder, Lisa Bloom y Lanny Davis realizada el 3 de octubre de 2017.
137 Eriq Gardner, «Ailes Media Litigator Charles Harder on His Improbable Rise with Clients Melania Trump and Hulk Hogan», *Hollywood Reporter*, 22 de septiembre de 2016, <https://www.hollywoodreporter.com/thr-esq/ailes-media-litigator-charles-harder-930963>.
138 Sydney Ember, «Gawker and Hulk Hogan Reach $31 Million Settlement», *The New York Times*, 2 de noviembre de 2016, <https://www.nytimes.com/2016/11/03/business/media/gawker-hulk-hogan-settlement.html>.
139 Brian Stelter, «Roger Ailes Enlists Lawyer behind Hulk Hogan and Melania Trump Suits», *CNN Money,* 5 de septiembre de 2016, <https://money.cnn.com/2016/09/05/media/roger-ailes-charles-harder/index.html>.
140 Tom Hamburger, «Melania Trump Missed Out on "Once-in-a-Lifetime Opportunity" to Make Millions, Lawsuit Says», *The Washington Post*, 7 de febrero de 2017, <https://www.washingtonpost.com/politics/melania-trump-missed-out-on-once-in-a-lifetime-opportunity-to-make-millions-lawsuit-says/2017/02/06/3654f070-ecd0-11e6-9973-c5efb7ccfb0d_story.html?utm_term=.1f8e8f635b8c&tid=a_inl_manual>; Emily Heil, «When They Go Low, Melania Trump Calls Her Lawyers», *The Washington Post*, 30 de enero de 2019, <https://www.washingtonpost.com/lifestyle/style/when-they-go-low-melania-trump-calls-her-lawyers/2019/01/30/d3892a1e-240a-11e9-ad53-824486280311_story.html?utm_term=.09e90f097c14>; Glenn Fleishman, «Trump Hires Harder, Hulk Hogan's Gawker-Toppling Lawyer in Dispute Against Omarosa», *Fortune*, 14 de agosto de 2018, <http://fortune.com/2018/08/14/trump-charles-harder-gawker-lawyer-hulk-hogan-omarosa>.
141 Jason Zengerle, «Charles Harder, the Lawyer Who Killed Gawker, Isn't Done Yet», *GQ,* 17 de noviembre de 2016, <https://www.gq.com/story/charles-harder-gawker-lawyer>.
142 Entrevistas de Megan Twohey a Lance Maerov, David Boies y David Glasser realizadas entre 2018 y 2019.
143 Correo electrónico de Lisa Bloom a Harvey Weinstein, Lanny Davis, Charles Harder y David Boies, 4 de octubre de 2017.
144 Durante la campaña presidencial de Jesse Jackson en 1984, salieron a la luz unos comentarios hechos en privado en los que se refirió a la ciudad de Nueva York como «Hymie-Town». «Hymie» es una alteración de «Hyam», que a su vez es una alteración de «אִישׁ», que significa «hombre» en yidis. Es un término despectivo para denominar a las personas judías. *(N. de la T.)*

Capítulo 7 «Habrá una movilización»

Miércoles 4 de octubre de 2017

Al llegar a la redacción, las periodistas eran conscientes de que tendrían que comunicar al equipo de Weinstein el consentimiento de Judd a ser citada, pero temían que, de alguna manera, el productor convirtiera esa información en un arma. ¿Cómo? O bien podía utilizarla para retrasar aún más su respuesta o, peor aún, podía difundir algún tipo de campaña de desprestigio pública y preventiva contra Judd en los tabloides. («Ashley Judd, la excéntrica feminista, amenaza con hacer públicas unas acusaciones descabelladas…»). Pero no tenían más remedio que hacerlo. A las 08:40, Jodi llamó a Lanny Davis, que encajó estoicamente la noticia.

La conversación telefónica del día anterior con Weinstein y su equipo había puesto en riesgo la revelación fundamental de que, a lo largo de los años, Weinstein había firmado acuerdos con hasta doce mujeres. Sin embargo, ahora que otros directivos de The Weinstein Company estaban al corriente de la publicación del artículo en el *Times*, Megan sospechaba que podrían estar enfadados por que Weinstein hubiera puesto en peligro la empresa con sus acciones. Tal vez esa indignación se tradujera en ganas de soltar prenda.

Megan llamó a David Glasser, presidente de The Weinstein Company en California.[145] En Los Ángeles aún no había amanecido, pero Glasser se puso al teléfono; su voz sonaba agotada, con falta de sueño. Megan le dijo que le llamaba porque pensaba que era justo que otros directivos tuvieran la oportunidad de reaccionar al artículo del *Times*.

Como era de esperar, Glasser reconoció que no había sido una noche fácil. La junta había celebrado una reunión telefónica de urgencia en la que Boies les había explicado con todo lujo de detalles el tipo de texto que preparaba el *Times*. Glasser se había quedado de una pieza al escuchar aquella sarta de irregularidades.

«¿De veras?», preguntó Megan. ¿Qué era lo que más le había sorprendido? ¿Había mencionado Boies el número de acuerdos que Weinstein había pagado a las mujeres? Glasser dijo que sí: «Entre ocho y doce». ¿Podía creérselo? Es más, Boies afirmaba que la cifra podría quedarse corta.

Megan aseguró a Glasser que quería incluir su opinión en el *Times*, siempre y cuando estuviera dispuesto a aparecer citado. Mientras tanto, ¿aceptaba figurar como fuente para el número de acuerdos si se abstenía de mencionar su nombre? Glasser accedió. Cuando Megan se lo comunicó a Corbett, esta dio un respingo en la silla y la abrazó.

Las periodistas estaban muy pendientes del reloj: quedaba poco para las doce del mediodía, hora en la que acababa el plazo. A esa hora, el equipo de Weinstein hizo una disparatada llamada en la que negaban algunas acusaciones, divagaban sobre episodios que ni siquiera aparecían en el artículo y, otra vez, protestaban por la falta de tiempo.

Pasados unos minutos, Baquet vio que Megan atendía una nueva llamada, en esta

ocasión de Davis, justo delante de su despacho; el abogado carecía de respuestas. Baquet llevaba mucho tiempo negándose a hablar con Weinstein o con cualquiera de sus representantes, pero llegados a ese punto pidió a Megan que le pasara el teléfono.

—Lanny, estoy harto de todas estas gilipolleces —dijo en un tono más punzante de lo habitual—. Tenéis a cinco abogados diferentes intentando ponerse en contacto con nosotros. No vamos a hablar con cinco abogados distintos. Organiza a tu gente y llamadnos para comunicarnos vuestra respuesta.

La respuesta del equipo de Weinstein llegó a las 13:43 en forma de correo electrónico firmado por Charles Harden y con el siguiente encabezamiento: «CONFIDENCIAL/Off THE RECORD/NO APTO PARA PUBLICACIÓN».[146] No obstante, los periodistas no consideraron vinculante lo que se leía en aquel asunto. Mantener en secreto un material precisaba la aceptación por parte del periódico, pero sin duda era un inicio a la altura del resto de la carta, un ejercicio de intimidación con dieciocho páginas que se reducían a un único mensaje: si los periodistas procedían a la publicación, Weinstein y Harder demandarían al *Times*.

El equipo principal volvió a reunirse en el despacho de Baquet. David McCraw entregó una copia impresa de la carta a cada uno para que supieran a lo que se enfrentaban: «Demanda de cese y desistimiento y de protección de documentos y materiales», decía la línea del asunto. Durante todos esos meses, y en especial en los últimos días, habían esperado a ver qué posición adoptaba finalmente Weinstein: de negación o de disculpa. Ahora, por fin, tenían la respuesta delante y por escrito:

> Todas las acusaciones del *NYT* y de sus presuntas «fuentes» de los acosos sexuales cometidos por mi cliente, tanto contra trabajadoras como actrices, son falsas. Mi cliente no ha incurrido en las conductas ilícitas de las que se le acusa.
>
> Es posible que mi cliente se enfrente a más de cien millones de dólares en daños derivados de esta historia falsa. Si llegara a publicarse, no tendrá más alternativa que responsabilizar legalmente al *NYT* por dichos daños.

Weinstein y Harder tenían otra exigencia, más estratégica:

> Dado que, como saben, estas acusaciones tendrán el efecto de causar daños considerables, cuando no una destrucción total, a la exitosa carrera y negocio que mi cliente ha construido en los últimos cuarenta años, y dado que han dedicado varios meses a trabajar en esta historia sobre él, y que los presuntos acontecimientos se remontan a más de veinticinco años, lo apropiado sería que el *NYT* permitiera a mi cliente y a su abogado una cantidad de tiempo mínimamente razonable —solicitamos dos semanas— para investigar estos asuntos y realizar la adecuada presentación de los hechos y las pruebas que *refutan* muchas de las falsas acusaciones que el *NYT* planea publicar sobre mi cliente. Un tribunal judicial ofrece a un acusado un mínimo de un año para preparar su defensa e ir a juicio. Nosotros les pedimos dos semanas.

Weinstein iba a plantar batalla. Según la carta, la verdadera víctima era él, perseguido por el *Times*. La carta, que rezumaba un desprecio manifiesto por el periodismo, evocaba una oscura realidad alternativa en la que al publicar informaciones incriminatorias contra los poderosos, los periódicos profanaban la confianza pública en vez de

defenderla.

La carta apuntaba directamente a Laura Madden, a la que calificaba de mentirosa. «La acusación es falsa», escribió Harder.

> Esperamos poder proporcionarles los documentos y los testigos que refutarán esta acusación, pero nos llevará tiempo localizar documentos y testigos de hace veinticinco años. Se les ha notificado la verdad. Si ustedes publican esta acusación falsa antes de que mi cliente disponga de una oportunidad razonable para localizar y presentar ante ustedes nuevas evidencias (testigos y documentos) que prueben la falsedad de esta acusación, sencillamente demostrarán un temerario desprecio por la verdad.

Una demanda por difamación podía ganarse con un argumento como ese, uno que demostrara que las periodistas sabían que su información era falsa, y aun así, maliciosamente, habían decidido publicarla.

Jodi pensó en Madden, que se encontraba en algún rincón de Gales. Si existía alguna posibilidad de que Weinstein refutara su historia, Jodi necesitaba conocerla de inmediato. ¿O se trataba simplemente de un farol por parte de Weinstein porque, a sus ojos, Madden era una mujer insignificante que carecía de pruebas y su mejor baza era negarlo?

Los exempleados que habían colaborado con las periodistas eran personas «insatisfechas, con motivos ocultos, que quieren proporcionar declaraciones falsas y difamatorias», según la carta. «A ustedes ya se les ha notificado la nula fiabilidad de sus fuentes, las cuales carecen de información personal y quieren utilizar al *NYT* como vehículo para sus ilícitos y torticeros esfuerzos de difamar y perjudicar a mi cliente y su empresa. La publicación de cualquiera de estas falsas acusaciones sobre mi cliente por parte del *NYT* sería un acto auténticamente malicioso y constituiría una difamación», añadía. Estas afirmaciones abrían la puerta a la posibilidad de que el equipo de Weinstein tratara de presentar ante la opinión pública a las valientes exempleadas como perdedoras amargadas y parias.

En la parte final, Weinstein y Harder señalaban directamente a Jodi y a Megan:

> Por favor, no olviden que tienen el deber legal de mantener, preservar, proteger y no destruir cualquier tipo de documento, comunicación, material y dato, en forma digital, electrónica e impresa, que pueda resultar relevante para la disputa, incluidos, sin carácter limitativo, todos los documentos, materiales y datos que hagan referencia o estén relacionados con Harvey Weinstein, con The Weinstein Company o con cualquiera de sus directivos, empleados o proveedores (colectivamente, «TWC»).

En resumidas cuentas, todo. Cada comunicación, cada mensaje directo, cada mensaje de voz, cada entrada en el calendario. Harvey Weinstein estaba diciendo que obligaría al *Times* a entregar hasta el último contenido de la investigación. Es decir, todo lo que las periodistas habían jurado proteger.

Sentados en el despacho de Baquet, los periodistas tomaron una decisión conjunta: no había ninguna razón para cambiar una sola coma en el artículo. La carta de Harder era, básicamente, una técnica de intimidación legalista. Las periodistas debían permanecer abiertas a cualquier prueba que Weinstein quisiera presentar, pero capitular basándose

en esa carta era del todo impensable.

McCraw brindó seguridad al grupo al afirmar que la ley estaba de su parte. El mundo que había evocado Harder sonaba aterrador, pero en la vida real no existía.

—Cuando los hechos nos protegen, y cuando la ley nos protege, es difícil discrepar de nuestra postura legal —añadió McCraw.

A las 15:33, McCraw envió a los periodistas una copia de su respuesta a Harder, de tan solo tres párrafos.[147] McCraw ofrecía una réplica muy simple a las dieciocho páginas llenas de quejas sobre la técnica periodística: «Toda insinuación de haber procurado un trato injusto al señor Weinstein es simplemente falsa, y puede estar seguro de que todos nuestros artículos cumplen con nuestros habituales estándares de exactitud y equidad».

Pero el verdadero contragolpe llegaba en el párrafo final:

> Tomo nota de su demanda de protección de documentos. A la luz de estas circunstancias, le ruego que me proporcione garantías de que ha tomado los pasos inmediatos para asegurar todos los datos y registros que puedan ser relevantes en este asunto, ya se encuentren en posesión, custodia y control del señor Weinstein o de alguna de sus entidades comerciales. En particular, solicito que asegure inmediatamente todos los registros de llamadas, correos electrónicos o mensajes del señor Davis, representante de prensa del señor Weinstein; todos los registros referentes a cualquier denuncia de conducta inapropiada en el lugar de trabajo que se encuentren en posesión, custodia y control del señor Weinstein o de alguna de sus entidades comerciales.

Traducido de la jerga legal: Harvey Weinstein, si quieres arrastrar esta historia a los tribunales, adelante. Si intentas ir a por nuestra información, nosotros te exigiremos más de la tuya, hasta el último documento que haga referencia a tu forma de tratar a las mujeres.

La única concesión del periódico fue ofrecer más tiempo a Weinstein. La petición de dos semanas era impensable, pero los periodistas consideraron que debían aceptar la solicitud anterior de cuarenta y ocho horas que había planteado Harder, a pesar de lo penoso de dejar el material en el aire con Weinstein al acecho. Cualquier plazo inferior a ese podría acreditar su argumento sobre la falta de equidad. El nuevo y definitivo plazo finalizaría a las 13:00 horas del día siguiente, jueves 5 de octubre.

Jodi y Megan estaban agotadas, pero la respuesta de McCraw las animó. El abogado había apelado a generaciones de tradición periodística, a un sistema judicial que aún protegía la libertad de prensa y a un país donde, a pesar de todo, la Primera Enmienda todavía era sagrada. También se dieron cuenta de que Baquet saboreaba cada momento de la confrontación con Weinstein. La ofensiva de Harder podría estar ocurriendo lejos del escrutinio de la gente, pero luchar juntos contra ella era emocionante.

Esa tarde, Jodi sintió que debía intentar por última vez que Paltrow accediera a ser citada en el artículo. Que aquella historia se conociese por medio de la antigua gran estrella de Weinstein escandalizaría a los lectores del mundo entero; incluso las fuentes más perspicaces de las periodistas no esperaban que también Paltrow hubiera sido víctima o hubiera sufrido las amenazas de Weinstein. Tres párrafos sobre ella podían reescribir la historia de la época Miramax y ofrecer seguridad a otras mujeres que quisieran dar un paso al frente. Jodi hizo acopio de toda su capacidad persuasiva, pero

con tal vehemencia que temió que la presión fuese contraproducente y que la estrella la mandara a paseo.

Durante toda la semana, ambas habían mantenido un diálogo casi constante a base de llamadas y mensajes de texto; parecía que Paltrow realmente se lo estaba pensando. Había prestado su ayuda al proyecto desde la primera toma de contacto, pero a su alrededor todos le aconsejaban que no dijera nada. Naturalmente, a la gente de su entorno, que no estaba tan metida en la investigación, le parecía una locura que Paltrow hablase abiertamente. Jodi veía que una parte de Paltrow quería ignorarlos, por eso seguía insistiendo amablemente con llamadas y mensajes.

Paltrow no soportaba la idea de que los titulares de la prensa sensacionalista se cebaran durante semanas con ella, Weinstein y el sexo. Temía que la noticia pudiera degenerar en un morboso escándalo entre famosos.

Además, Weinstein había desempeñado un papel mucho más importante en su vida que en la de Judd, por lo que su ajuste de cuentas privado era muy diferente: «Era el hombre más importante de mi carrera», como ella misma diría después. Quería enfrentarse a él de una vez por todas, pero la publicación llegaba antes de lo esperado y necesitaba un poco más de tiempo para hacerse a la idea.

No me siento preparada para tomar esta difícil decisión, por eso he decidido esperar. Siento haberte decepcionado, de verdad. Estoy muy confusa.

Para Jodi, la insatisfacción de Paltrow con su propia decisión se traducía en que, aunque no se sumara a ese primer artículo, podría estar preparada para el siguiente; de momento, podía quedarse mirando desde la barrera para participar más adelante. Jodi dejó de enviarle mensajes durante varias horas y después volvió a la carga.

Desde el principio, Jodi y Megan se atuvieron a la norma de Baquet: toda comunicación con Weinstein tenía que ser registrada. Pero sobre las tres de la tarde, Davis informó a Megan de que Weinstein se dirigía hacia las oficinas del *Times* para compartir a micrófono cerrado ciertas informaciones cruciales y sensibles.

Las periodistas estaban confundidas. ¿De camino a dónde? ¿A sus oficinas? ¿Deberían impedirle la entrada? Debían tomar una decisión deprisa: Weinstein llegaría en cuestión de minutos, sin duda dispuesto a difamar a quienes lo acusaban, y sin dejar rastro.

Megan decidió aceptar la reunión. Estaba deseando saber con qué cuentos les iba a venir, y el sucio truco de la reunión improvisada le ofrecía una nueva oportunidad para enfrentarse a él en persona.

Weinstein entró en el vestíbulo del *Times*, sin afeitar, con ojeras y acompañado de un equipo legal del más alto nivel: no solo estaba Bloom sino también Abramowitz, el exfiscal reconvertido en abogado que había representado a Weinstein en el caso Gutierrez. Cerraba filas Linda Fairstein, la exfiscal de delitos sexuales que tiempo atrás había asegurado a Megan que las acusaciones de Gutierrez eran infundadas.

Megan condujo al grupo hasta una de las pequeñas salas de reuniones con paredes de cristal situadas en la redacción. Avanzaban por un pasillo densamente poblado, de tal modo que Weinstein quedaba bien a la vista de todos sus colegas. La gente que pasaba por allí se quedaba mirando el espectáculo que ofrecían el productor y sus representantes embutidos en el espacio equivalente a una pecera. Megan informó a

Weinstein y compañía de que disponían de quince minutos para hablar, ni uno más.

La información que el grupo quería proporcionar era despreciable, cuestionable y estaba cogida con pinzas. Abramowitz y Fairstein retrataron a Gutierrez como una oportunista con un pasado ruin. Bloom sacó de una carpeta fotografías de McGowan y Judd sonriendo junto a Weinstein, como si unas amables imágenes en una alfombra roja probaran que entre ellos no se hubiera producido nada inapropiado. Weinstein acusó a ambas mujeres de inestabilidad mental. En cierto momento de su vida, Judd había acudido al hospital en busca de tratamiento psicológico por problemas arrastrados desde su infancia, y el productor utilizaba descripciones sacadas de las propias memorias de la actriz para presentarla como una tarada.

Megan dejó entrever la menor reacción posible. Era evidente que aquella reunión extraoficial era una emboscada, pero lo cierto es que no debilitaba la investigación en absoluto. Jodi y Megan, con la ayuda de una colega en Italia, habían revisado el historial de Gutierrez. También habían examinado el relato de Judd: le habían pedido a la investigadora Grace Ashford que revisara a fondo sus memorias para cerciorarse de que no había sorpresas que pudieran emplearse en su contra o en la del periódico. La reunión solo sirvió para dejar al descubierto otra serie de tácticas que Weinstein y sus aliados estaban dispuestos a usar.

El día se fue volviendo cada vez más extraño. Esa tarde, Jodi y Megan se sentaron a leer sobre ellas mismas en *Variety* y *The Hollywood Reporter*:[148]

> ¿*The New York Times* está a punto de hacer pública información dañina sobre Harvey Weinstein?
>
> Múltiples fuentes al tanto de la batalla entre bastidores han explicado a *The Hollywood Reporter* que en las últimas semanas el magnate del cine y la televisión de The Weinstein Co. ha reclutado a un ejército de abogados y gestores de crisis y los ha desplegado ante el *Times* con motivo de la inminente publicación de un artículo sobre su conducta personal.

La noticia ofrecía pocos detalles, pero también mencionaba los esfuerzos de *The New Yorker*. El artículo de *Variety* era similar, y en él Weinstein negaba incluso tener conocimiento de una futura historia en el *Times*. «No era consciente de esto —había dicho Weinstein a *Variety*—. No sé de qué me estás hablando, en serio».

Y añadía: «Pero suena tan interesante que desde ya quiero comprar los derechos cinematográficos».

Si las periodistas albergaban alguna duda sobre la integridad de Weinstein, ese fue el colofón: acababa de soltar una mentira como una catedral a otra publicación.

Las noticias publicadas en *Variety* y *The Hollywood Reporter* exponían públicamente a Jodi y a Megan. Enseguida daría comienzo el juego de adivinanzas sobre quiénes habían hablado con ellas. Las fuentes se pondrían nerviosas. El proyecto había quedado al descubierto ante todos, incluyendo los competidores. Justo cuando las periodistas necesitaban mantener el control más férreo posible, lo estaban perdiendo.

—Esto no pinta bien, compañeros —dijo Baquet en un correo electrónico.

Los teléfonos y las bandejas de entrada empezaron a llenarse de mensajes de personas que habían leído los artículos en estas publicaciones especializadas de Hollywood. Jodi y Megan apenas tenían tiempo para responder porque estaban enfrascadas en la redacción

del texto del artículo, reformulando el titular, centrándose en aspectos problemáticos e incorporando las instrucciones de McCraw para afinar hasta el último detalle.
En algún momento, pasada la medianoche, las periodistas no tuvieron más remedio que admitir que estaban demasiado exhaustas para seguir siendo efectivas. Llevaban varias noches seguidas durmiendo poco. Las conversaciones con Rebecca y Tolan eran una pescadilla que se mordía la cola. Jodi y Megan se dieron por vencidas y compartieron un taxi de vuelta a casa. Tolan también se marchó al cabo de una hora. Corbett, en cambio, se negaba a apartarse del teclado. Habían dado tantas vueltas a las distintas partes del artículo que Corbett necesitaba hacer una pausa para releer todo el reportaje y calibrar posibles mejoras y refuerzos.

Incluso en circunstancias más rutinarias, a los periodistas que trabajaban para Corbett les preocupaba que no se cuidara lo suficiente. Parecía que no descansaba nunca —como muchos de sus proyectos eran secretos, era difícil saber a ciencia cierta cuántas cosas se traía entre manos—, y a veces daba la sensación de que sobrevivía a base de té negro y chocolate amargo con almendras. Su día a día era frenético y cada pocos minutos alguien acudía a ella con alguna consulta.

Pero en el silencio de una redacción por fin vacía era capaz de editar artículos con verdadera concentración. (Estar «en la zona» lo llamaba su marido, que sabía que en ocasiones su mujer permanecía temporalmente inaccesible). Corbett a menudo se quedaba hasta tan tarde que las luces del techo se apagaban automáticamente y se quedaba a oscuras hasta que no se levantaba y agitaba los brazos.

Esa noche se sentó a trabajar y lentamente fue adecuando las palabras para que ganaran fuerza y claridad. Antes del amanecer se quedó dormida sobre su escritorio durante cuarenta y cinco minutos. Cuando se despertó, trabajó un poco más.

A las 7 de la mañana al fin paró y salió del edificio. No podía ir a casa: Corbett vivía en Baltimore y de martes a viernes se hospedaba en una habitación de hotel a tiro de piedra del *Times*. Se dio una ducha, se cambió de ropa y poco después volvía a estar sentada en su mesa.

Jueves 5 de octubre de 2017

En el preciso instante en que Corbett regresaba a su hotel, Jodi recibió un correo electrónico de Laura Madden; su paso por el quirófano estaba programado para cinco días más tarde. Le explicaba que la noche anterior, de pie en la cocina de su casa en Gales, llamó a sus hijas mayores, Gracie y Nell, y les dijo que tenía que contarles algo. Las adolescentes supusieron que tendría que ver con la operación, pero en su lugar Madden les explicó lo que le había hecho Weinstein hacía muchos años, y también que un periódico estaba a punto de publicar un artículo que relataría aquel suceso.

Sus hijas la miraron muy sorprendidas, tratando de imaginar a su madre como una víctima veinteañera. «Mi madre es mi madre —dijo Gracie—. Es una persona muy dulce. Solo de pensar que la gente pudiera leer lo que le pasó…».[149] Gracie y Nell confesaron a Madden que en los últimos tiempos a algunas de sus amigas les habían ocurrido cosas parecidas: chicos borrachos que se aprovechaban de ellas, jóvenes inseguras que no sabían cómo actuar. Ahora era Madden la que se quedaba muy sorprendida. Conocía a esas chiquillas pero nunca se le había pasado por la cabeza que tuvieran que lidiar con

algo así.

En el correo electrónico, Madden escribió a Jodi:

> Me siento obligada a hablar de los acontecimientos que me ocurrieron en Miramax porque soy consciente de que tengo la suerte de no trabajar en la industria del cine, por lo que mi medio de subsistencia no se verá afectado. Además, no soy una de las personas que han sido silenciadas, a pesar de que individuos que trabajan para Weinstein hayan intentado persuadirme para que me mantuviera callada. Tampoco estoy atada a una orden de silencio. Siento que hablo en nombre de las mujeres que no pueden hacerlo porque sus medios de subsistencia o matrimonios podrían verse afectados. Soy madre de tres hijas y no quiero que tengan que aceptar como «normal» este tipo de conducta abusiva en ningún contexto. He tenido que hacer frente a una serie de problemas de salud que me han cambiado la vida, y sé que el tiempo es muy valioso y que plantar cara a los matones es importante. Mi decisión cuenta con el apoyo de toda mi familia.
>
> Me complace formar parte del artículo.

Por si esto no fuera suficiente, Jodi y Megan habían empezado a recibir mensajes de mujeres con las que nunca se habían puesto en contacto que querían compartir con ellas sus propias historias sobre Weinstein. Durante meses, las periodistas habían intentado por todos los medios que distintas mujeres accedieran a ser citadas. Ahora eran ellas las que acudían a Jodi y a Megan tras haber leído los artículos de *Variety* y *Hollywood Reporter*, como un río que de repente fluye en la dirección opuesta. Las periodistas no disponían del tiempo suficiente para investigar, corroborar y responder a todos esos relatos de modo que pudieran incluirse en el primer artículo. Tendrían que esperar al siguiente. En cualquier caso, eran como una respuesta silenciosa a la carta de Harder.

A las 10:30 a. m., Jodi trató de convencer a Paltrow por última vez. La actriz estaba en mitad de una sesión de maquillaje en Atlanta, donde rodaba una película de *Los Vengadores*. Se suponía que ese día debía posar en una gran foto de grupo junto al resto de personajes de la pasada década, pero no se encontraba bien y le costaba horrores completar sus escenas. Incluso se llevó a un lado a Michelle Pfeiffer, la coprotagonista, para ponerle rápidamente al corriente de la situación en una última ronda de asesoramiento improvisado.

A las 11:22 envió un mensaje a Jodi:

> Estoy rodando en Atlanta. Siento una fuerte presión a consecuencia del plazo. No puedo creerme su respuesta a *The Hollywood Reporter*, no puedo creerme que tome este rumbo. Desearía que hubiera optado por el arrepentimiento. Tengo la impresión de que se está precipitando a una caída más pronunciada si cabe.
>
> Creo que es mejor esperar y colaborar con vosotras después, en un artículo de seguimiento.

Este mensaje hizo que el correo electrónico que Davis envió a las 12:04 resultara especialmente desconcertante. El equipo de Weinstein disponía de cincuenta y seis minutos antes de que venciera el plazo establecido por el *Times*, pero en lugar de centrarse en las numerosas acusaciones que aparecerían en el artículo, Weinstein, a través de Davis, bombardeaba a las periodistas con preguntas sobre Paltrow; parecía

convencido de que la actriz formaba parte de la historia.

Jodi y Megan se quedaron estupefactas. No había ni rastro de Paltrow en el artículo. ¿Por qué Weinstein se centraba en un asunto irrelevante? ¿Acaso nunca había tenido intención de responder a las acusaciones? La una de la tarde llegó y pasó. El equipo de Weinstein insistía en que sus declaraciones estaban casi terminadas, pero a las 13:33 aún no habían enviado nada.

Baquet observó a Megan, al teléfono una vez más con Davis, que para variar no tenía nada nuevo que ofrecer. Baquet le instó a transmitirle un mensaje:

—¡Dile a Lanny que el plazo ya se ha cumplido!

De pronto, Weinstein en persona se puso al teléfono y preguntó por Paltrow.[150]

—¿Por qué no debería ir ahora mismo a ofrecer una puta entrevista a *The Washington Post* y terminar con todo esto de una vez, en vista de vuestra falta de transparencia? —preguntó—. Voy a hacer esa entrevista en los próximos cinco minutos a menos que lo reconozcáis. Si no queréis hacerlo, más os vale escribir deprisa.

Megan y Jodi estaban en una de las salas con paredes de cristal. Fuera, Corbett y Purdy se asomaban por encima del hombro de Tolan, que revisaba el artículo.

—¿Estás pidiendo una lista de las personas con las que hemos hablado para este reportaje? —preguntó Jodi—. Y si no te las revelamos, ¿nos estás amenazando?

—No os estoy amenazando —dijo—. Si vais a utilizar a Gwyneth Paltrow, quiero que me lo digáis.

Frente a todos los temores de Paltrow para ser citada, él parecía mucho más acojonado.

—No vamos a utilizar a Gwyneth Paltrow —dijo Megan.

Por mucho que insistieran en que si Paltrow fuese a aparecer en el artículo se lo habrían dicho antes y le habrían dado tiempo para responder, parecía no entrarle en la cabeza.

Lo preguntó dos veces más, y luego una tercera.

—Si vais a mentirme, no lo hagáis, ¿de acuerdo? Solo os pido eso. Vais a sacrificarme de cualquier forma, esa es la idea. Lo pillo. ¿Y sabéis qué? Respeto vuestro periodismo y respeto lo que estáis haciendo. Estáis abordando un tema importante y la gente como yo necesita aprender y madurar. Lo pillo. Lo podréis leer en mi declaración. Pero sé cuándo alguien me está ocultando algo, ¿entiendes lo que quiero decir? Soy un hombre de grandes recursos. Decidme la verdad.

Parecía estar seguro de que Jodi y Megan habían estado hablando con Paltrow. Incluso pasados unos meses, nunca descifraron cómo lo había sabido.

—Harvey, no te hemos quitado la oportunidad de hablar de nada que aparezca en nuestro reportaje —lo intentó Megan por tercera vez.

—¿Te refieres a Gwyneth Paltrow? —repitió Weinstein.

Una figura apareció junto a Megan. Dean Baquet estaba inclinado sobre la periodista. Durante los últimos meses, Weinstein había intentado acceder a él en multitud de ocasiones para ejercer alguna influencia, de Hombre Importante a Hombre Importante. Ahora, por fin, conseguía hablar con quien quería.

—Hola, Harvey, te habla Dean Baquet —lo saludó—. Este es el trato. Necesitas enviarnos tu declaración ahora. Estoy a punto de apretar el botón.

—Oye, Dean, deja que te diga algo sobre intimidar a la gente —le interrumpió Weinstein.

El productor repitió la amenaza de ir con una entrevista a *The Washington Post* para restar valor a la historia del *Times*. Baquet llevaba casi cuatro décadas en el periodismo, había dirigido dos de los principales periódicos del país y se había enfrentado a la CIA y a dictadores extranjeros. ¿Estaba a punto de explotar?

Pues no. En lugar de eso, el tono de su voz se suavizó y pudo apreciarse un ligero acento de Nueva Orleans.

—Venga, llámalos, Harvey —dijo—. No pasa nada. Puedes llamar al *Post*. —Era como si estuviera reconfortando a un niño—. Harvey, no intento intimidarte, solo trato de ser justo contigo.

—Me estás intimidando, Dean —dijo Weinstein.

Corbett y Purdy entraron en la sala donde estaba Baquet.

—No, Harvey, este es el trato —dijo Baquet—. Estamos intentando conseguir tu declaración porque queremos ser justos. Te ruego que nos la des ya, porque estamos a punto de publicar el artículo.

—Quiero dártela —dijo Weinstein.

—Gracias —dijo Baquet, que quería terminar de una vez por todas.

—Pero mientras tú estás al teléfono, esta es mi carrera, mi vida —dijo Weinstein.

Volvió a preguntar por Paltrow.

—No aparece en el artículo —dijeron casi a la vez Baquet, Megan y Jodi.

—Harvey, estoy a punto de poner fin a esta conversación —dijo Baquet—. Te voy a decir lo que necesitamos ahora, Harvey. Queremos publicar todas y cada una de las palabras que quieras decir, así que dilas. Pero tengo un periódico que dirigir, así que dales tu declaración. Me voy. Habla con las periodistas. Cuídate. Buena suerte.

Y con las mismas, se fue.

Un minuto después, a las 13:41, comenzaron a llegar las declaraciones del equipo de Weinstein: las últimas piezas que las periodistas necesitaban para publicar el reportaje.

Al teléfono, Weinstein seguía soltando discursos («incluso si el precio a pagar soy yo mismo, investigaciones como estas son importantes»), mientras que Bloom protestaba porque el periódico manifestaba «un temerario desprecio por la verdad», porque iba a publicar «un bombazo» lleno de «acusaciones falsas» que no tardarían en ser desacreditadas. Corbett y Purdy salieron de la sala sin que las periodistas se dieran cuenta.

Megan, que estaba ojeando las declaraciones del equipo de Weinstein, de pronto se fijó en algo importante:

—Lisa, ¿en tus notas dices que Harvey necesita tomarse un tiempo libre para centrarse en este asunto?

—Sí —dijo Weinstein.

Iba a tomarse un tiempo libre.

—De… ¿la empresa? —preguntó Megan, para asegurarse de que eso quería decir lo que ella pensaba que quería decir.

—Sí —dijo Weinstein.

Quería dedicar algo de tiempo a aprender.

—A aprender de mí y a escucharme —intervino Bloom.

Weinstein seguía hablando. Sugería a Jodi y a Megan que necesitaban más sentido del humor y les dijo que *The New York Times* siempre estaba en sus oraciones.

Pero Megan y Jodi se miraban la una a la otra llenas de asombro. Weinstein se tomaba

una excedencia de su empresa. En la jerga del periodismo, de las relaciones públicas y de los negocios, eso solo significaba una cosa: reconocía haber cometido irregularidades. Nadie se tomaba una excedencia de su propia empresa cuando tenía intención de luchar con todas sus fuerzas. Las periodistas de repente supieron que probablemente no iba a demandar al periódico, que apenas impugnaría el artículo.

Megan le apretó para obtener más detalles sobre sus planes inmediatos, pero él prometió llamarla más tarde.

—Tenemos que ofrecer una rueda de prensa con el periódico chino —bromeó Weinstein, burlándose de su propia amenaza de ir con la historia a una publicación de la competencia.

Megan soltó una carcajada.

—¡Se ha reído! —exclamó Weinstein—. Es la primera vez que se ríen —dijo a Bloom.

Tal vez ese fuera el burdo encanto que otros habían tratado de explicar. O quizá Weinstein buscaba un instante de dominio y control en mitad de su propia ruina.

Lo mismo daba. Megan y Jodi colgaron y se dejaron caer al mismo tiempo, riendo y llorando, exudando alivio, espíritu de equipo y compañerismo.

Las periodistas salieron de la pecera listas para seguir, pero Corbett y el resto de editores se les habían adelantado. Mientras ellas seguían al teléfono, ellos habían editado, verificado las declaraciones del equipo de Weinstein, extraído el material fundamental que debían emplear y trasladado todas esas frases al artículo.

Todas juntas, las declaraciones por escrito de Weinstein y sus abogados eran desconcertantes. La de Bloom negaba «muchas de las acusaciones como evidentemente falsas», pero no especificaba cuáles. La de Weinstein era vagamente contrita («Hace tiempo que me he dado cuenta de que necesito ser una mejor persona… A partir de ahora mi viaje consistirá en conocerme mejor y conquistar mis demonios… Respeto enormemente a todas las mujeres y lamento lo sucedido»). En una serie de párrafos tremendamente farragosos hablaba de enfrentarse a la Asociación Nacional del Rifle y hacía referencias a letras inexistentes de Jay-Z.

«Estoy preparando una película sobre nuestro presidente, tal vez podamos organizar una fiesta de jubilación conjunta». Era la declaración más absurda y menos profesional que cualquiera de los periodistas allí presentes recordaba.

—Perro ladrador, poco mordedor —dijo Matt Purdy—. Tenía un montón de abogados. Tenía un montón de palabras. Tenía una voz fuerte. Pero nosotros teníamos todos los hechos.

Las dos periodistas y los tres editores aguardaban en fila detrás de Tolan, que estaba sentado al teclado, y los ojos de todos ellos revisaban el artículo en la pantalla del ordenador. El viejo procedimiento para publicar un artículo periodístico consistía en enviarlo a imprenta, donde le esperaban los rollos de papel gigantes y las cubas de tinta, desde ahí pasaba a los estruendosos camiones y después a los quioscos y a los porches de las casas. El nuevo método consistía en apretar un solo botón.

Baquet, con el corazón a punto de salírsele por la boca, pensaba que la historia estaba lista. Purdy sugirió que los seis periodistas la leyeran todos juntos por última vez.

Empezaron por el principio, por el titular:

HARVEY WEINSTEIN PAGÓ DURANTE DÉCADAS A LAS MUJERES QUE LO ACUSABAN DE

El artículo comenzaba agrupando tres historias que habían tenido lugar en distintos momentos en el Hotel Peninsula. Las periodistas habían acreditado un mínimo de ocho acuerdos y una ristra de acusaciones, empezando por la de la joven asistente en Nueva York en 1990, seguida de la de Madden en Irlanda, en un terrible patrón que se prolongaba hasta 2015. «Decenas de antiguos y actuales empleados del señor Weinstein, desde asistentes a directivos de alto rango, afirman haber tenido conocimiento de conductas inapropiadas mientras trabajaban para él. Solo unos pocos reconocen haberle mostrado su disconformidad». El artículo describía cómo las mujeres que sí se habían atrevido a dar un paso al frente habían sido desatendidas o silenciadas.

El equipo leía línea tras línea a la vez y en silencio. Al terminar, ninguno de ellos propuso ajustes o sugerencias. A las 14:05, veinticuatro minutos después de que Weinstein enviara sus declaraciones, Tolan apretó el botón.[151]

Weinstein no había comprendido que el artículo se publicaría enseguida. En aquel momento se encontraba en su despacho junto a Bloom y otros abogados planificando su siguiente paso. Un asistente asomó la cabeza: «Ya lo han publicado». A lo largo y ancho de la oficina, los empleados se quedaron pegados a sus pantallas asimilando todo lo que el artículo decía sobre su jefe.

En el *Times*, el teléfono de Jodi volvió a sonar.

—Tengo a Harvey Weinstein para ti —dijo un ayudante con voz cantarina.

—En la habitación con Judd no hubo acoso sexual —bramó Weinstein en cuanto Jodi se puso al teléfono—. No hubo informe policial. El asunto no da más de sí.

Jodi y Megan le preguntaron si pensaba tomar represalias contra las mujeres cuyos nombres aparecían en el artículo. Querían una respuesta para publicarla.

—Lo que va a tener consecuencias es vuestro reportaje —dijo. El tono bromista de hacía una hora se había vuelto amenazante, y luego lo cambió de nuevo—. Lo siento también por las mujeres. No soy ningún santo, todos los sabemos.

Por teléfono, igual que en sus declaraciones, pasaba una y otra vez de la negación al remordimiento. ¿Cómo podía el *Times* llamar abuso a sus acciones si eran las chicas las que subían a su habitación?

Terminó hundido en la autocompasión.

—Ya estoy muerto —dijo—. Voy a ser un peregrino de mí mismo.

El artículo tenía 3300 palabras y desencadenó una crisis inmediata en The Weinstein Company. Según las notas de una grabación de audio a la que más tarde tuvo acceso Megan, en cuestión de horas la junta directiva convocó una reunión telefónica de urgencia para determinar la respuesta a la situación.

Un furioso Bob Weinstein, junto a otros miembros de la cúpula, insistía en que su hermano cumpliera la excedencia y se sometiera a un nuevo tratamiento de salud mental mientras la empresa llevaba a cabo una investigación de su conducta. Pero Harvey Weinstein se negó, haciendo que su declaración al *Times* pareciese una fachada más que otra cosa. Afirmó que la junta se precipitaba a la hora de juzgarlo. A modo de represalia, utilizaría sus contactos con los Murdoch para difundir una noticia negativa sobre Maerov en *The Wall Street Journal*. Harvey Weinstein rechazó someterse a una investigación que le llevaría a la cárcel. Estaba dispuesto a vender la empresa antes de que lo echaran. «No

voy a permitir que nadie me pase por encima», dijo a la junta.

No obstante, después de tantos años mirando hacia otro lado y transigiendo, Bob Weinstein finalmente se había formado una idea clara de cómo era su hermano y de qué significaba para él toda esa historia.

—Estás acabado, Harvey —le dijo.

En los días siguientes, la mayoría de los directores de la compañía dimitirían sin hacer declaraciones públicas, pero en aquella reunión privada sus diferentes puntos de vista quedaron expuestos.[152] Richard Koenigsberg, otrora contable de los hermanos Weinstein, propuso que la cúpula de la empresa transitara por una línea muy fina:

—No aprobamos su comportamiento, pero no podemos responsabilizarnos de algo que Harvey Weinstein hizo hace veinte años.

Tim Sarnoff, miembro de la junta, creía que sería imposible desligar de la empresa a la figura de Weinstein y, en consecuencia, que los directores «necesitaban proteger a Harvey». Paul Tudor Jones, uno de los inversores, sonaba hasta optimista y parecía convencido de que «todo esto pasará».

Incluso a esas horas de la noche, parecían más preocupados por la prosperidad de la compañía que por el bienestar de las mujeres, y ese había sido el auténtico problema desde el principio. El hecho de que se centraran tanto en la rendición de cuentas había permitido que el problema creciera y, en última instancia, destruyera eso mismo que habían procurado proteger.

Durante aquella reunión de la junta, Weinstein, con ayuda de Bloom, se aferró a una narrativa que vaticinaba su regreso triunfal. Obtendrían el apoyo de cuarenta, cincuenta y hasta sesenta organizaciones de mujeres.

—Habrá una movilización —sentenció Weinstein.

Esa noche, a las 21:07, Bloom envió un desafiante correo electrónico a la junta en el que no quedaba ni rastro del tono conciliador que había empleado en su declaración para el *Times*.

> Hoy es el peor día.
>
> Hoy es el día en que *The New York Times* ha publicado un reportaje totalmente falso y difamatorio, en lo que supone un incumplimiento grave de la ética periodística, ofreciendo tan solo dos días para responder a decenas de acusaciones y oponiéndose acto seguido a incluir información de testigos presenciales y documentos que negaban muchas de las afirmaciones.
>
> Mañana habrá nuevas y diferentes informaciones que señalarán los errores, incluyendo fotografías de muchas de las denunciantes en actitudes la mar de amistosas con Harvey después de que se produjera esta presunta mala praxis.

Bloom acertó y, en efecto, se produjo un aluvión de nuevas informaciones…, pero no del tipo que ella había imaginado.

Al día siguiente, viernes 6 de octubre, la cantidad de mujeres que empezaron a ponerse en contacto con Jodi y Megan con historias sobre Weinstein fue tan desmesurada que Corbett reclutó a otros compañeros para que les ayudaran a devolver las llamadas. Tomi-Ann Roberts, profesora de Psicología, dijo que en 1984, cuando ella tenía veinte años, Weinstein la había animado a que se presentara a una audición y la había invitado a reunirse con él; cuando llegó, él la esperaba desnudo en la bañera y le

dijo que necesitaba desvestirse si quería optar al papel. Hope Exiner d'Amore, de sesenta y dos años, contó que Weinstein la había violado en una habitación de hotel en Búfalo en los años setenta. Cynthia Burr, actriz, dijo que en torno a la misma época Weinstein la había obligado a practicarle sexo oral.

Katherine Kendall afirmó que en 1993 Weinstein le había ofrecido algunos guiones, la había invitado a una proyección y después la había llevado a casa, se había quitado la ropa y la había perseguido por todo el salón. Otra exactriz, Dawn Dunning, dijo que en 2003 Weinstein se había designado a sí mismo su mentor, había organizado una reunión en una habitación de hotel, había dispuesto tres contratos para tres próximos estrenos y le había dicho que los papeles serían suyos si participaba en ese mismo instante en un trío con él y una ayudante. Judith Godrèche, la actriz francesa que tiempo atrás había rechazado hacer comentarios, explicó que el productor la había invitado a una habitación de hotel en Cannes para preparar una campaña de cara a los Óscar, se había apretado contra ella y le había levantado el jersey.[153]

Jodi y Megan se enfrentaban a una pregunta que nunca imaginaron que contemplarían: ¿sobre cuántas víctimas de Weinstein podían realmente escribir?

Tras la publicación del artículo del *Times*, Ronan Farrow terminaba su propio relato, potente y detallado, sobre los delitos de Weinstein.[154] La periodista de televisión Lauren Sivan explicó a Yashar Ali, de *The Huffington Post*, que Weinstein le había cerrado el paso en el pasillo de un restaurante, había cometido exhibicionismo ante ella, se había masturbado y había eyaculado en una maceta.[155]

Los representantes de Angelina Jolie acordaron la fecha para una reunión entre Jodi y la actriz. Rosanna Arquette ofreció unas declaraciones que podían ser citadas. Paltrow también se mostró preparada para participar en el siguiente artículo del *Times*, que trataría sobre los acosos en el casting de sofá y de lo orquestado que estaba todo: «reuniones», encuentros profesionales, ayudantes, la promesa del estrellato como instrumento para la depredación.

«Esta forma de tratar a las mujeres termina ahora», dijo Paltrow para el nuevo artículo que Jodi y una compañera empezaban a redactar.

Lisa Bloom tuvo una incómoda participación en el programa de entrevistas *Good Morning America*, que resultó todavía más embarazosa después de que Megan revelara en el periódico que la abogada había prometido a la junta directiva de The Weinstein Company la publicación de una serie de fotografías en las que algunas de las mujeres que acusaban a Weinstein aparecían posando junto a él.[156] Para entonces, Bloom había dimitido del equipo de Weinstein, y lo mismo había hecho Lanny Davis. Pero Megan proseguía en su afán de obtener más información sobre qué sabían las empresas de Weinstein acerca de las acusaciones contra él y desde cuándo.

La única persona que se mantuvo al margen de la creciente y estruendosa oleada de reacciones fue Ashley Judd. Justo antes de la publicación del artículo, se había marchado sola de acampada al parque nacional de las Grandes Montañas Humeantes. Apenas tenía cobertura en el móvil y había prometido no mirar Twitter; había pedido a sus representantes que lidiaran con cualquier pregunta que pudiera surgir. Una vez al día, más o menos, cuando su teléfono conseguía un poco de cobertura, enviaba a Jodi imágenes de paisajes serenos y exuberantes. Mientras caminaba entre cornejos y magnolias, solo le llegaban indicios de la recepción a sus declaraciones y del significado que el reportaje había tenido para otras personas.

[145] Entrevistas de Megan Twohey a David Glasser realizadas entre octubre de 2017 y la primavera de 2019.
[146] Correo electrónico de Charles Harder a Diane Brayton, Arthur Sulzberger Jr., Dean Baquet, Jodi Kantor y Megan Twohey, 4 de octubre de 2017.
[147] Correo electrónico de David McCraw a Charles Harder, 4 de octubre de 2017.
[148] Brent Lang, Gene Maddaus y Ramin Setoodeh, «Harvey Weinstein Lawyers Up for Bombshell New York Times, New Yorker Stories», *Variety*, 4 de octubre de 2017, <https://variety.com/2017/film/news/harvey-weinstein-sexual-new-york-times-1202580605>; Kim Masters, Chris Gardner, «Harvey Weinstein Lawyers Battling N.Y. Times, New Yorker Over Potentially Explosive Stories», *Hollywood Reporter*, 4 de octubre de 2017, <https://www.hollywoodreporter.com/news/harvey-weinstein-lawyers-battling-ny-times-new-yorker-potentially-explosive-stories-1045724>.
[149] Entrevista de Jodi Kantor a Gracie Allen realizada en 2018.
[150] Entrevista de Jodi Kantor y Megan Twohey a Weinstein y Bloom realizada el 5 de octubre de 2017.
[151] Jodi Kantor y Megan Twohey, «Harvey Weinstein Paid Off Sexual Harassment Accusers for Decades», *The New York Times*, 5 de octubre de 2017, <https://www.nytimes.com/2017/10/05/us/harvey-weinstein-harassment-allegations.html>.
[152] Bruce Haring, «Fifth Weinstein Company Board Member Resigns, Leaving Three Remaining», *Deadline,* 14 de octubre de 2017, <https://deadline.com/2017/10/fifth-weinstein-company-board-member-resigns-leaving-three-left-1202188563>.
[153] Las historias de Tomi-Ann Roberts, así como las de Katherine Kendall, Dawn Dunning y Judith Godrèche, aparecieron todas en el *New York Times* en las semanas siguientes. Jodi Kantor y Rachel Abrams, «Gwyneth Paltrow, Angelina Jolie and Others Say Weinstein Harassed Them», *The New York Times*, 10 de octubre de 2017, <https://www.nytimes.com/2017/10/10/us/gwyneth-paltrow-angelina-jolie-harvey-weinstein.html>; las historias de Hope d'Amore y Cynthia Burr aparecieron después. Ellen Gabler, Megan Twohey y Jodi Kantor, «New Accusers Expand Harvey Weinstein Sexual Assault Claims Back to '70s», *The New York Times*, 30 de octubre de 2017, <https://www.nytimes.com/2017/10/30/us/harvey-weinstein-sexual-assault-allegations.html>.
[154] Ronan Farrow, «From Aggressive Overtures to Sexual Assault: Harvey Weinstein's Accusers Tell Their Stories», *The New Yorker*, 10 de octubre de 2017, <https://www.newyorker.com/news/news-desk/from-aggressive-overtures-to-sexual-assault-harvey-weinsteins-accusers-tell-their-stories.html>.
[155] Yashar Ali, «TV Journalist Says Harvey Weinstein Masturbated in Front of Her», *The Huffington Post,* 6 de octubre de 2017, <https://www.huffingtonpost.com/entry/weinstein-sexual-harassment-allegation_us_59d7ea3de4b046f5ad984211>.
[156] Nicole Pelletiere, «Harvey Weinstein's Adviser, Lisa Bloom, Speaks Out: "There was misconduct"», ABC, 6 de octubre de 2017, <https://abcnews.go.com/Entertainment/harvey-weinsteins-adviser-lisa-bloom-speaks-misconduct/story?id=50321561>; Megan Twohey y Johanna Barr, «Lisa Bloom, Lawyer Advising Harvey Weinstein, Resigns Amid Criticism From Board Members», *The New York Times*, 7 de octubre de 2017, <https://www.nytimes.com/2017/10/07/business/lisa-bloom-weinstein-attorney.htm>.

Capítulo 8 Dilema en la playa

El artículo sobre Weinstein acabó con cualquier tendencia al secretismo, porque provocó que mujeres en todo el mundo se animaran a contar experiencias similares. El nombre de *Harvey Weinstein* se convirtió en una justificación para la necesidad de examinar conductas inapropiadas y evitar que se prolongaran durante décadas; un ejemplo de cómo las transgresiones menos graves podían conducir a otras más serias; una muestra de que denunciar los acosos y abusos sexuales era algo admirable, en lugar de un acto vergonzoso y desleal; una moraleja de cómo ese tipo de conductas podían traducirse en graves riesgos para las empresas. Pero, por encima de todo, dio lugar al primer acuerdo generalizado de que conductas como las de Weinstein eran rotundamente nocivas e intolerables.

Las consecuencias, que comenzaron a vislumbrarse en octubre de 2017, fueron muy distintas a lo que Jodi y Megan habían imaginado. En las semanas posteriores al primer artículo sobre Weinstein, un aluvión de informaciones fluyó hacia el *Times* y otros medios de comunicación; un registro alarmante, desordenado y sin filtros de lo que las mujeres dentro y fuera de Estados Unidos decían haber soportado. Las investigaciones se convirtieron en un proyecto de periodismo transversal.

En el *Times*, se amplió el equipo dedicado a los temas de acoso sexual. Se profundizaba en relatos de camareras y personal de restauración, bailarinas de ballet, empleadas fabriles y domésticas, trabajadoras de Google, modelos, funcionarias de prisiones y muchas otras. Cuando Jodi recibió un soplo que involucraba a la megaestrella de la comedia Louis C. K., documentó junto a otras dos colegas las acusaciones de cinco mujeres contra su conducta.[157] C. K. perdió la distribución de la película que estaba a punto de estrenar y el respaldo de su cadena de televisión, así como el de su agencia, el de su mánager y el de su publicista. Parecía una versión concentrada y acelerada de todo el proceso: un viaje desde la cima de su profesión al menosprecio en menos de un mes.

Ese otoño, mujeres de todas las esferas de la vida publicaron en las redes sociales historias con el *hashtag* #MeToo, participando en una nueva solidaridad por iniciativa propia (sin los meses dedicados a generar confianza o a persuadir que había requerido la investigación sobre Weinstein). Una noche, ya tarde, Megan hizo una pausa en el trabajo para asimilar los relatos en primera persona que habían aparecido en las distintas redes sociales. Se echó a llorar al leer las publicaciones firmadas por mujeres a las que conocía.

La clave para el cambio era un nuevo sentido de la responsabilidad: a medida que, entre las mujeres, aumentaba la confianza en que el relato de sus historias conduciría a la acción, eran más las que optaban por sincerarse. La magnitud y el dolor de estos relatos eran una señal de la escala del problema y del modo en que había tumbado vidas y minado progresos en el lugar de trabajo. El mundo de los negocios y diversas instituciones investigaron y despidieron a algunos de sus dirigentes, y estas consecuencias —la promesa de que contar la verdad podía conducir a la acción—, a su

vez, servían para que nuevas mujeres alzaran la voz.

Hubo protestas en los poderes legislativos por acusaciones enterradas hacía mucho tiempo; multitudes de manifestantes salieron en las calles de Estocolmo; el ministro británico de Defensa renunció a su cargo; hombres cuyo poder había parecido inamovible desaparecieron profesionalmente en un momento, como los presentadores de televisión Charlie Rose y Matt Lauer y el célebre chef Mario Batali; fue creciendo el consenso en torno a que un sinfín de prácticas previamente toleradas eran lesivas: las proposiciones sexuales del jefe, las políticas corporativas de arbitraje obligatorio que mantenían en secreto los acosos y los abusos e, incluso, otros comportamientos a menor escala, como tirar del sujetador en los pasillos escolares o las risotadas en escenas de películas en las que los héroes masculinos se aprovechaban de las chicas. De repente, muchas cosas se pusieron en duda. Estas revisiones y la sensación de que los estándares sociales cambiaban rápidamente parecían una señal de que el progreso aún era posible, incluso en un momento de fractura partidista y conflicto constante.

En los primeros meses, el examen post-Weinstein fue más allá de la política de partidos: había culpables entre los republicanos y entre los demócratas. Los delitos eran universales y mucha gente se vio obligada a reconsiderar su conducta. Parecía una nueva ruptura del viejo y deprimente marco que había presidido el debate público en torno a las acusaciones contra Clarence Thomas, Bill Clinton y Donald Trump, caracterizadas por la división de opiniones en función de líneas partidistas, y más parecidas a guerras santas que a auténticas asunciones de responsabilidad por cuestiones éticas.

Sin embargo, la conversación volvió a girar de una manera inesperada en torno al trato del presidente Trump hacia las mujeres. Los lectores del *Times* acudían a Megan para saber si, a la luz de los nuevos acontecimientos, se le pedirían explicaciones por las acusaciones presentadas contra él en 2016, y si aparecerían más mujeres con nuevas historias. No había señales de que eso pudiera ocurrir. Megan, por su parte, perseguía con discreción una nueva línea de investigación que le condujo a una entrega de premios de la industria pornográfica en Los Ángeles para encontrar a una mujer llamada Stormy Daniels.[158] Megan era una de las periodistas que trataba de reconstruir un pago secreto que Trump habría realizado a Daniels durante su carrera presidencial para evitar que hiciera público el romance que habían mantenido. Le maravillaba que estas oscuras maniobras legales ocuparan ahora un lugar central en el debate público. En el caso de Trump, podía llegar a considerarse una infracción de la ley de financiación de campañas políticas. California era uno de los estados que se preparaba para aprobar nuevas leyes que suprimieran la confidencialidad en los acuerdos por acoso sexual.

Las historias de Trump y Weinstein, no obstante, tenían otros puntos en común: cada vez era más evidente que ambos habían utilizado American Media Inc., la sociedad matriz del tabloide sensacionalista *National Enquirer*, para que los ayudara a encubrir historias perjudiciales sobre mujeres. En 2016, American Media Inc. adquirió los derechos de otra historia sobre una aventura amorosa de Trump, para luego hacer que pasara completamente desapercibida.[159] Casi al mismo tiempo, uno de los directivos de la empresa había ordenado a un periodista que buscara trapos sucios entre las denunciantes de Weinstein.

De repente, estaban saliendo a la luz muchas informaciones y mucha gente se preguntaba: «¿Qué había sucedido realmente en el pasado?». «¿Qué se había ocultado?». «¿Quién era responsable?».

Siete meses después de la publicación de su primer artículo sobre los presuntos delitos de Weinstein, Jodi y Megan se sentaban en un tribunal en Manhattan. Aguardaban la comparecencia de Weinstein, que había pasado la mañana en una comisaría a pocas manzanas, donde le habían fichado, le habían tomado huellas dactilares y su imagen había quedado registrada en una serie de fotografías para la ficha policial.

El trabajo y la reputación del productor ya habían hecho aguas, pero ese día empezaba su rendición de cuentas definitiva. Su nombre aparecía en la lista de los acusados, uno más entre tantos otros casos rutinarios. En el exterior del juzgado esperaban largas filas de cámaras, un curioso paralelismo con las alfombras rojas por las que durante tanto tiempo se había paseado.

Con los barrotes de un calabozo acechantes en un segundo plano, Weinstein entró en la sala de audiencias en una postura humillante. Los brazos inmovilizados detrás de la espalda con tres pares de esposas para adaptarse a su corpulencia. Le custodiaban dos agentes, uno de ellos, mujer. El juez declaró abierta la sesión y la fiscal leyó los cargos con voz monótona: «Señoría, el acusado está ante este tribunal acusado de dos delitos violentos graves de tipo B por dos agresiones forzosas distintas». En pocos minutos, Weinstein fue acusado de violar a una mujer y de forzar a otra a practicar sexo oral, lo que constituía un delito sexual. Perdió parte de su libertad entregando el pasaporte antes de abonar una fianza de un millón de dólares.

El resultado del juicio era impredecible. Cabía la posibilidad de que Weinstein no llegara a ser juzgado por acoso sexual. Ese era un delito civil, y, aunque eran muchas las mujeres que lo habían denunciado por eso, la resolución no estaba nada clara. Algunas de las acusaciones más graves no formaban parte de la orden de aquel día y nunca llegarían al juzgado porque estaban más allá de la jurisdicción de Nueva York. Otras presuntas víctimas habían elegido no cooperar de momento con las autoridades, con la firme voluntad de protegerse o porque una falta de optimismo les impedía confiar en una posible condena. Jodi y Megan no habían investigado las historias de las dos mujeres que habían presentado los cargos que se juzgaban aquel día. Formaban parte de las decenas de mujeres que habían dado un paso al frente tras la publicación de su artículo; el nombre de una de ellas ni siquiera había trascendido. (Más tarde, los fiscales retiraron un conjunto de cargos interpuestos por una de las denunciantes para después añadir nuevas acusaciones referentes a una presunta tercera víctima). Los delitos sexuales eran verdaderamente difíciles de demostrar, y el abogado defensor de Weinstein prometía una exculpación.

Pero después de casi cincuenta años de presuntos delitos, Weinstein finalmente estaba en el punto de mira de los fiscales. «Ahora le toca a él vivir en primera persona todas las cosas por las que ha hecho pasar a las demás —dijo al *Times* Cynthia Burr, que acusó a Weinstein de forzarla a mantener sexo oral en los setenta—. Humillación, impotencia, miedo, debilidad, aislamiento, pérdida, sufrimiento y vergüenza. Y esto es solo el principio».[160]

En los momentos finales de aquella jornada en el tribunal, entregaron a Weinstein una aparatosa tobillera electrónica cuyo propósito era controlar su paradero en todo momento. Protestó, luchó contra lo inevitable, hasta que finalmente se rindió: ¿qué otra opción le quedaba? Al salir de la sala de audiencias, Weinstein parecía aturdido, como si aún estuviera tratando de entender lo que acababa de pasar.

Cuando la primavera dio paso al verano, Jodi y Megan empezaron a centrar sus esfuerzos en una nueva cuestión: ¿hasta qué punto estaban cambiando realmente las cosas? También se preguntaban si ese punto sería demasiado o insuficiente.

Las viejas reglas relativas al poder y al sexo habían sido parcialmente eliminadas, pero no estaba claro cuáles serían o deberían ser las nuevas. El consenso era escaso y había un debate enconado acerca de qué comportamientos debían ser objeto de examen, de cómo saber qué creer y de cómo debería ser la asunción de responsabilidades a la hora de asumir culpas. Años antes, Tarana Burke había puesto en marcha el movimiento #MeToo con el objetivo de promover la empatía y la recuperación de las víctimas de violencia sexual, pero la etiqueta había pasado a utilizarse como un término más amplio que incluía una enorme variedad de reclamaciones, que abarcaban desde los abusos verbales a las citas incómodas, muchas de las cuales carecían de un marco preciso, como sí ocurre con el lugar de trabajo o con las infracciones penales. Ese mismo año, la revista digital *Babe.net* publicaba un artículo que denunciaba la conducta inapropiada del cómico Aziz Ansari durante una situación romántica de carácter privado. Sin embargo, era difícil precisar si su conducta se debía a un simple exceso de entusiasmo e ignorancia o a algo peor.

La historia se apoyaba exclusivamente en un único incidente relatado por una denunciante anónima, y ponía el foco de atención en otro dilema: mientras que muchas publicaciones destapaban historias gracias a investigaciones exhaustivas y pruebas documentadas, otras publicaban informaciones basadas en una sola fuente o en denuncias anónimas. Es decir, mostraban unos estándares muy inferiores. Una vez publicadas, algunas de estas historias sacaban a relucir nuevas acusaciones e irregularidades. Sin embargo, otras historias parecían tendenciosas, cogidas con pinzas, de modo que quienes se enfrentaban a ellas ponían en duda su imparcialidad. Lo mismo sucedía con las acusaciones publicadas en redes sociales que no permitían a los acusados aportar pruebas o no les concedían derecho de réplica.

«Creed a las mujeres» se convirtió en una de las consignas del momento. Jodi y Megan simpatizaban con el espíritu detrás de aquel imperativo: habían dedicado sus carreras a conseguir que se publicaran historias de mujeres. Pero las periodistas tenían la obligación de analizar, verificar, comprobar y cuestionar la información. (Un antiguo editor de Megan tenía un cartel encima de su mesa que rezaba: «Si tu madre te dice que te quiere, compruébalo»). El artículo sobre Weinstein consiguió tener impacto, en parte, porque logró algo que en 2018 parecía excepcional y muy valioso: un amplio consenso en los hechos.

Aunque reclamar la asunción de responsabilidades parecía sencillo, aplicarla era, a veces, mucho más complicado. Los demócratas estaban divididos en el caso que implicaba al senador Al Franken, de Minesota, que había dimitido en enero a causa de una serie de incidentes que en su mayoría se remontaba a una época anterior a que asumiera el cargo.[161] Algunas de las acusaciones incluían besos indeseados, pero otras parecían gestos bufonescos derivados de su pasado como cómico. Muchas empresas, conscientes de la inacción que había demostrado The Weinstein Company, empezaron a presumir de políticas de tolerancia cero. Muy bien, pero ¿contra qué? ¿Por colocar una mano indeseada en la espalda? ¿Por soltar un comentario beodo en la fiesta de Navidad? Cada vez se alzaban más voces críticas que protestaban porque los hombres se estaban

convirtiendo en las víctimas.

Benjamin Brafman, el entonces abogado de Weinstein, se subió al carro de estas críticas. En junio, un mes después de que se presentaran cargos contra Weinstein, Brafman ofreció una entrevista radiofónica en la que expresó la creciente sensación de agravio.[162] Sostenía que los cargos contra Weinstein eran sencillamente un nuevo ejemplo de cómo el movimiento #MeToo se estaba convirtiendo en una caza de brujas, en una histeria moral. Las mujeres hacían afirmaciones exageradas que «resultaban tan desmesuradas» que habían perdido «parte de su credibilidad», hasta el punto de que los compañeros temían decirle a «una colega atractiva que llevaba algo bonito». En lugar de referirse a la consistencia del conjunto de denuncias contra Weinstein, parecía agarrarse a las reclamaciones más forzadas del #MeToo para sembrar dudas.

A medida que crecían estos contrataques, también había quienes argumentaban que los cambios se estaban quedando muy cortos. Era cierto que las actitudes sociales estaban cambiando, y que casi todos los días aparecían dramáticos titulares acusatorios. Pero, por lo general, seguían vigentes las mismas normas. Las leyes sobre el acoso sexual estaban enormemente desfasadas, se aplicaban de forma irregular y, más allá de algunas revisiones realizadas en unos pocos estados, no parecía que fueran a cambiar a corto plazo. Todavía se pagaban acuerdos secretos —es más, había abogados que afirmaban que las cifras en dólares eran más elevadas que nunca— que permitían que los depredadores permanecieran ocultos. La raza y la clase social ejercían mucha influencia en el modo de gestionar estos casos.

Jodi informó sobre trabajadoras con bajos ingresos cuyas experiencias demostraban que se habían producido pocos cambios a nivel estructural. La mayoría de las empresas a las que llamó, desde Walmart a Subway, afirmaban que sus políticas de toda la vida estaban bien. Muchas de las trabajadoras con las que habló se mostraron motivadas pero enfadadas: habían visto cómo las actrices alzaban la voz, y se sentían hermanadas con las experiencias de esas celebridades que les quedaban tan lejos, pero ponían en duda que también ellas tuvieran la posibilidad de abordar el problema.

Kim Lawson, una empleada de McDonald's de veinticinco años de Kansas City (Misuri), contó a Jodi que había vivido dos situaciones de acoso. Una de ellas, en torno a 2015, en el destartalado apartamento de una sola habitación que compartía con su joven hija.[163] El casero le había tirado los trastos en repetidas ocasiones, pero como ella le rechazaba, le subió hasta cuatro veces el alquiler, hasta que fue más de lo que Kim pudo permitirse. Sin un lugar donde vivir, Lawson, con gran pesar, decidió enviar a su pequeña, Faith, a casa de su madre, que vivía a cuatro horas de distancia.

Unos meses antes de quedarse sin hogar había conseguido un nuevo empleo en McDonald's, pero poco después de incorporarse se encontró con un trato depredador similar: un compañero se colocaba demasiado cerca de ella, rozándola cada vez que se giraba. Pidió al gerente que le amonestara, pero su compañero siguió haciendo lo que le dio la gana. Poco después, también empezó a molestarla uno de sus supervisores, que le decía cosas como: «Eres un bombón de chocolate» y «deberías dejar a tu novio». Al tratar con su casero, Lawson no sabía de qué opciones o recursos disponía. Y en el momento en que Jodi y ella hablaron, tampoco tenía claro qué más podía hacer con los problemas en su lugar de trabajo. Por lo que sabía, McDonald's carecía de un plan en materia de acoso sexual. (En realidad sí tenía, pero distintos directivos de la empresa reconocieron más tarde que muchos empleados no lo conocían). No sabía cómo ponerse en contacto y

pedir ayuda a alguien en la empresa matriz. Y, en cualquier caso, temía una posible represalia.

—No tenía ni idea de a qué número llamar —dijo a Jodi—. En realidad tampoco sabía si podía hablar con alguien.

Mujeres con orígenes muy dispares planteaban a Jodi y a Megan numerosas preguntas del tipo: «¿Con quién tengo que hablar?». «¿Cuál es el protocolo a seguir?». Los números de móvil y las direcciones de correo electrónico de las periodistas habían ido pasando de mano en mano, y cada día distintas mujeres se ponían en contacto con ellas para relatarles sus experiencias de acoso, violencia y sufrimiento en soledad. En incómodas conversaciones telefónicas, las mujeres les rogaban que investigaran sus casos, seguras de que, si escribían algo al respecto, obtendrían algún tipo de justicia.

Pero las presuntas víctimas de Weinstein, así como las de tantos otros hombres, eran demasiadas como para escribir sobre todas ellas. Las periodistas se las veían y se las deseaban para explicar que el periódico se veía sobrepasado con historias de abusos, que no se podían contar todas y que ni siquiera las publicaciones más poderosas de la nación podían soportar el peso total de las acusaciones. Las periodistas habían entrado en escena cuando el sistema había fallado, pero no eran una solución permanente.

En cierto sentido, tanto aquellas que sentían que el #MeToo no había llegado lo bastante lejos como los que protestaban porque sí lo había hecho coincidían en algunas de sus afirmaciones: faltaba un procedimiento o unas normas lo bastante claras. La opinión pública no coincidía en el significado exacto de palabras como *acoso* o *agresión*, y mucho menos en cómo deberían investigarse o incluso castigarse en el seno de las empresas o de las universidades. Parecía que a todo el mundo, desde juntas corporativas a grupos de amigos en los bares, le costaba concebir unas directrices nuevas; esto había enriquecido enormemente el debate, pero también había provocado un caos general. No estaba claro cómo el país podría alcanzar un acuerdo sobre el establecimiento de nuevos estándares que fuesen eficaces o sobre la forma de resolver la marabunta de reclamaciones pendientes.

En su lugar, seguían aumentando los sentimientos de injusticia por ambas partes.

Un sábado por la tarde, a principios de agosto, Jodi recibió un mensaje urgente.

La abogada Debra Katz, especializada en acoso sexual, en cuestiones laborales y en denuncias internas en el seno de corporaciones, quería hablar con ella inmediatamente.[164] No, no podía esperar una hora.

En el transcurso de su relación periodista-fuente, Jodi había acudido a Katz para que la asesorara con análisis legales, la había citado en sus artículos y le había hablado de Irwin Reiter, que se había convertido en uno de sus clientes. Cuando Jodi marcó su número, la voz de Katz adoptó el tono de «es un tema complicado». Quería hablarle de una nueva clienta cuya historia tenía potencial para un posible artículo. «Pero todo esto te lo digo de forma confidencial», comentó.

Hacía tan solo unos días había empezado a representar a una mujer que aseguraba haber sido agredida por el juez Brett Kavanaugh, el candidato de Trump a la Corte Suprema. Habían coincidido en los años de secundaria en una zona residencial de Maryland. Según la clienta de Katz, durante una fiesta y estando borracho, Kavanaugh la había metido a empujones en una habitación con la ayuda de un amigo, había cerrado la puerta, la había inmovilizado y se había restregado contra ella, tapándole la boca cada

vez que intentaba chillar. Su clienta había logrado escapar, pero desde aquel encuentro sufría ataques de angustia y ansiedad.

Según Katz, la presunta agresión carecía de pruebas suficientes. La mujer no se lo contó a nadie en aquel momento. En los últimos años, había hablado del tema con su marido y con unos cuantos amigos (aún estaban poniendo en orden quiénes eran). También había hablado con terapeutas. Algunos de los detalles se habían evaporado: no sabía a ciencia cierta cuándo había ocurrido, ni tampoco otros pormenores. Ya había superado el detector de mentiras que Katz había concertado y parecía mentalmente preparada para presentar su historia ante una audiencia más amplia.

Jodi nunca había visto a la abogada tan preocupada. Describía a su clienta como una diligente y metódica investigadora científica que carecía de motivos para inventarse algo así. Pero, al mismo tiempo, no disponía de la protección que otorgaba el ser alguien conocido. Estaba seriamente decidida a compartir su historia y no parecía comprender hasta qué punto su vida, su familia y ella misma se verían afectadas. Unas semanas antes de hablar con Katz, la mujer había enviado una carta a un representante electo en la que detallaba el incidente, y las posibilidades de que ese documento se filtrara eran elevadas. Si eso ocurría, la abogada no estaba segura de cómo reaccionaría el país.

Katz la llamaba por dos motivos. Primero, para que el *Times* hiciera algunas averiguaciones sobre el trato de Kavanaugh a las mujeres y comprobara si existía un patrón de conductas inapropiadas. Y, segundo, por si era posible que su clienta relatara su historia a Jodi y a Megan en el *Times*, adelantándose así a una posible filtración. Su clienta también había enviado una denuncia anónima a *The Washington Post* y había hablado con una de sus periodistas, pero no estaba muy claro que el *Post* fuera a seguir adelante con la investigación.

Jodi sugirió que el primer paso consistía en hablar con la clienta a micrófono cerrado para escuchar su historia de primera mano. Katz accedió y también le advirtió: no intentes descubrir la identidad de esta mujer por tu cuenta ni aparezcas en la puerta de su casa. Está asustada y si tratas de sorprenderla te saldrá el tiro por la culata.

Nada más colgar, Jodi envió un mensaje a Corbett y a Megan: «Necesito hablar con vosotras ahora mismo. Kavanaugh, agresión».

Desde ese primer brochazo anónimo, el escenario que había descrito Katz dejaba al descubierto una de las cuestiones más complicadas y no resueltas del debate en torno al #MeToo: el dilema de cómo lidiar con incidentes dolorosos del pasado; el desafío de idear procesos justos que, por un lado, permitieran a las víctimas presentar sus denuncias, y, por el otro, a los acusados responder a dichas denuncias; el debate sobre rendir cuentas: si la historia de esta mujer era cierta, ¿debería juzgarse a los candidatos a un puesto en función de algo que hicieron en el instituto?

Ningún novelista habría imaginado un escenario tan incendiario y que capturara mejor el torbellino de fuertes sentimientos alrededor del #MeToo. La falta de pruebas de la época de la presunta agresión significaba que había grandes probabilidades de que se cuestionaran los hechos. Si la clienta de Katz hacía pública su acusación, algunas la verían como un ataque gravísimo, uno incluso delictivo. Pero otros, seguramente, la desecharían como una simple payasada entre adolescentes borrachos. En el momento del incidente, Kavanaugh era un adolescente en una fiesta privada. Es decir, algo muy diferente a las demandas en el lugar de trabajo que formaban el núcleo de la investigación sobre Weinstein. Por otro lado, el comportamiento que describía la

supuesta víctima podía tener mucha relevancia por involucrar al candidato a uno de los puestos más influyentes del país, en el que ayudaría a tomar decisiones de largo alcance, incluso sobre la vida de las mujeres y las niñas.

Si esta acusación salía a la luz, podía suponer una repetición de la experiencia de Anita Hill en las audiencias de Clarence Thomas en 1991. Pero esto sucedería en el Washington de Trump, tras la jubilación de un juez de cuyo voto dependía la mayoría en el tribunal, en plena furia demócrata contra los republicanos por haber bloqueado el nombramiento elegido por el presidente Obama para ese cargo al final de su mandato, y por medio de un proceso de nombramiento que venía estando politizado desde antes de que Trump saliera elegido. Si Kavanaugh llegaba a juez de la Corte Suprema, podría dictaminar sobre temas como el aborto, tal vez el más controvertido en un país totalmente dividido. Además, se acercaban las elecciones legislativas, por lo que la comparecencia pública de aquella mujer podría tener profundas consecuencias políticas.

Corbett compartió discretamente esta información con varios editores del periódico. Los reporteros ya habían investigado el comportamiento de Kavanaugh hacia las mujeres, pero pidió a un grupo más reducido que profundizara en aquel asunto y que se preparara para la posibilidad de que en cualquier momento se hiciera pública una acusación.

Se llamaba Christine Blasey Ford.[165] A principios del verano de 2018 era una respetada investigadora científica, una intelectual independiente y madre de dos hijos que no había sintonizado del todo con las noticias y el debate en torno al #MeToo. Confiaba en que en el plazo de dos meses su vida diera un vuelco debido a un artículo que sus colegas y ella estaban a punto de publicar sobre los efectos antidepresivos de la ketamina.

Para ella, Washington D. C. era el lugar que había rechazado. Había crecido en los mismos círculos residenciales, pijos y privilegiados que Kavanaugh, pero había huido de ese mundo a los veintitantos para dedicar su vida a la ciencia del cerebro en California. A los cincuenta y uno, era profesora de Psicología y Bioestadística en un equipo compuesto por profesores de Palo Alto y Stanford. Twitter era un territorio desconocido para ella. Era demócrata y de vez en cuando realizaba alguna contribución a una campaña, una vez incluso a Bernie Sanders, pero sentía muy poca afinidad hacia las dinámicas tipo *pinball* de la política nacional. Como muchos de sus compañeros, escribía artículos empleando un lenguaje muy técnico que resultaba incomprensible para la mayoría de los mortales. Su nombre había aparecido en estudios sobre traumas, depresión y resiliencia, pero sus recuerdos del ataque que ahora describía nunca habían ocupado un lugar central en su vida.

Había prestado poca atención a cómo le habían ido las cosas a Kavanaugh, hasta que en 2012 leyó por causalidad en Internet que George W. Bush había sido uno de los invitados a su boda. Por primera vez fue consciente de lo alto que había llegado Kavanaugh en su carrera. No era inusual que la gente de su escuela secundaria alcanzara puestos de mucho prestigio. «Ahí fue cuando pensé: "Me pregunto si algún día llegará a ser candidato a la Corte Suprema"», recordó más tarde en una serie de entrevistas.

Ese mismo año, su marido y ella habían asistido a terapia para solucionar ciertos problemas de comunicación, entre los que se contaban peleas que arrastraban desde que remodelaron su casa en Palo Alto unos años antes. Ford, para gran frustración de su marido, había insistido en construir una segunda puerta principal, porque de lo contrario iba a sentirse atrapada. A instancias del terapeuta, Ford contó por primera vez a su

marido que en los años de secundaria un chico la había retenido en una habitación, donde la había inmovilizado y la había acosado sexualmente mientras un segundo chico miraba. Por eso necesitaba disponer de múltiples vías de escape.

«Me contó que había logrado huir antes de que la violara, pero que había sido una experiencia muy traumática porque sintió que no tenía ningún control y que estaba físicamente dominada —escribió después Russell Ford, su marido, en una declaración jurada—. Recuerdo que dijo que el nombre del agresor era Brett Kavanaugh, un abogado de éxito que había crecido en la ciudad natal de Christine y que era muy conocido en la comunidad de Washington D. C.».[166]

A través de las sesiones terapéuticas, Ford fue tomando mayor conciencia de su lucha contra las consecuencias del incidente, de por qué los espacios cerrados podían provocarle graves ataques de ansiedad y de por qué muchas veces había sentido la necesidad de salir huyendo ante un conflicto. A lo largo de los años explicó su historia a otros terapeutas —entre ellos un especialista en trastornos por estrés postraumático— y a varios amigos.

En la primavera de 2016, su amigo Keith Koegler y ella veían un entrenamiento de sus hijos cuando Ford se giró hacia él muy indignada.[167] Brock Turner, un estudiante de Stanford condenado por agredir sexualmente a una mujer inconsciente en el campus, acababa de ser sentenciado a seis meses de prisión y tres años de libertad condicional, un fallo que muchas voces críticas consideraban un grave error judicial. Ford explicó a Koegler que siendo adolescente había sido agredida por alguien que ahora era juez federal. «No insistí, en parte, porque nuestros hijos correteaban por todos lados y, en parte, porque la expresión de su rostro sugería que no tenía ganas de seguir hablando —dijo Koegler en una entrevista—. Me faltaba contexto, no tenía ni idea de quién era él».

Ese otoño, Ford quedó consternada al escuchar las ordinarieces de Trump en la grabación de *Access Hollywood*, pero no había seguido de cerca las historias de las mujeres que habían formulado acusaciones contra el candidato presidencial. Al cabo de unos meses, se unió a la Marcha de las mujeres en San José, en la que otras mujeres llevaban sombreros rosas en protesta por la violencia sexual, pero sintió una mayor implicación en otra marcha que se celebró ese mismo año en protesta por los recortes federales a la investigación científica. Sus amigos y ella llevaban gorros grises de punto que representaban la materia gris del cerebro. Después de la noticia sobre Weinstein, escribió «#MeToo» en las redes sociales y ahí quedó la cosa.

Sin embargo, en junio de 2018, cuando empezó a circular la lista de candidatos de Trump para la Corte Suprema, que incluía el nombre de Kavanaugh, envió un correo electrónico a su amigo Koegler expresándole su malestar:

> El favorito para la Corte Suprema de Estados Unidos es el gilipollas que me agredió en el instituto. Tiene mi edad, así que estará en el tribunal para el resto de mi vida. ☹

Koegler respondió:

> Recuerdo que me hablaste de él, pero no mencionaste su nombre. ¿Te importa decírmelo para que pueda leer sobre él?

«Brett Kavanaugh», repuso Ford.

Su temor fue en aumento a medida que se acercaban las vacaciones del 4 de julio. El presidente Trump dirigía su búsqueda de candidatos como si fuera un programa de telerrealidad, y había prometido que anunciaría su decisión el lunes siguiente, 9 de julio.

Ford, por su parte, sentía que, en caso de que nominaran a Kavanaugh para un puesto vitalicio, debía compartir una información tan relevante. Aun así, quería proteger su privacidad y no deseaba avergonzar a sus familiares que aún residían en el este. En caso de hacer pública su denuncia, perjudicaría la candidatura de alguien considerado un héroe en su ciudad natal. Los padres de ambos seguían siendo miembros del pequeño club de golf privado de siempre, lo que ya de por sí era bastante incómodo. No quería humillar públicamente a Kavanaugh, solo deseaba desembarazarse de lo que había ocurrido en la secundaria, y quería hacerlo *antes* de que se convirtiera en candidato. Una intervención a tiempo podía lograr que quienes tenían en sus manos la decisión de examinar la información tal vez se decantaran por un candidato sin un lastre semejante. Pero ¿a quién podía contárselo discretamente? ¿Quién manejaría la información de una forma fiable y efectiva?

Ford era consciente de las limitaciones de su posición, porque, entre otras cosas, no sabía si la conducta de Kavanaugh respondía a un incidente aislado o a un patrón de abusos. ¿Había sido un arrebato puntual o era un rasgo de su personalidad?

Ford intentaba dilucidar si debía influir —y, en caso de hacerlo, de qué manera— en una candidatura a la Corte Suprema. Era una gran aficionada al surf, un deporte que se tomaba muy en serio. Su marido y ella se habían conocido a través de una página web que identificó su interés común en coger olas. Tuvieron su segunda cita flotando en las aguas de la costa de San Mateo.[168] En cierta ocasión, un gran tiburón blanco apareció a su lado en el agua y se asustó tanto que no pudo pegar ojo en dos días. En clase, Ford a menudo empleaba analogías relacionadas con el surf y añoraba las amplias playas y la atmósfera de libertad de Santa Cruz, adonde se escapaba todos los veranos, aproximadamente a una hora de Palo Alto en dirección sur.

En los días de la elección de Kavanaugh, sus amigos y ella iban juntos a la playa para contemplar las vistas del Pacífico, pasaban largos ratos bañándose en el mar, observaban el entrenamiento de sus hijos en el programa de Salvamento Juvenil de los Parques Estatales de California y sopesaban las opciones que tenía Ford de intervenir sin causar demasiado revuelo. No se había puesto en contacto con ningún abogado, pero se preguntaba si debía llamar directamente a Kavanaugh para pedirle que se retirara de la posible candidatura a ese tribunal y evitar así a su familia la humillación de que su acusación se hiciera pública. O podía llamar a Mark Judge, el otro hombre que estaba en la habitación en el momento de la agresión, y pedirle que le hiciera llegar el mensaje.

—Me estaba volviendo loca —recordaba más tarde—. No dejaba de pensar: «¿Qué voy a hacer?».

Su marido iba y venía constantemente de Palo Alto por trabajo, y no lo discutió a fondo con él. Russell Ford era un ingeniero que desarrollaba dispositivos médicos y que compartía con su mujer el mismo tipo de mente científica y cierta cerrazón. También era optimista por naturaleza. En ese momento, ninguno de los dos comprendió que hablar tras un silencio de varias décadas podía traer serias consecuencias para su familia.

El viernes 6 de julio salió de la playa de Río del Mar y, desde donde tenía aparcado el coche, llamó al despacho de su representante en el Congreso, Anna Eshoo, demócrata. En cuanto una mujer joven se puso al teléfono, Ford no perdió ni un segundo en

comunicarle el siguiente mensaje:

Uno de los candidatos a la Corte Suprema me agredió sexualmente en el instituto. Necesito hablar con alguien de su gabinete. Es urgente. Trump está a punto de elegir a su candidato.

Le dijeron que le devolverían la llamada lo antes posible.

Ford volvió a coger su iPhone. No estaba segura de cuándo le responderían desde la oficina de Eshoo, por lo que decidió abrir una segunda vía. Entró en la web de *The Washington Post*, hizo clic en la pestaña que permitía presentar denuncias anónimas y comenzó a escribir:

> 10:26 a. m.
>
> Un potencial candidato a la Corte Suprema me agredió sexualmente ayudado por un amigo a mediados de los ochenta en Maryland. Dispongo de informes de las consultas terapéuticas que reflejan mi relato de aquel suceso. Siento que no debo permanecer callada, pero no deseo someter a mi familia en Washington y California a grandes niveles de estrés.

Una hora después, abrió una nueva pestaña para precisar:

> 11:47 a. m.
>
> Brett Kavanaugh con Mark Judge y un mirón llamado PJ.

—Pensaba que mi teléfono sonaría *ipso facto* —dijo más tarde Ford. Pero el *Post* tampoco se puso en contacto con ella de inmediato.

Tres días después, el 9 de julio, el presidente Trump anunció a su candidato: Brett Kavanaugh, distinguido juez, figura íntegra y entrenador del equipo de baloncesto de su propia hija.

En un mensaje a sus amigos, tecleó el emoticono de una carita triste y añadió:

> Uf.
>
> Doble uf.

Ford era una fanática del fútbol americano —competía en una liga *online* e incluso se había ofrecido a acoger en su casa a un jugador de Stanford durante los entrenamientos estivales—, y recurrió a una analogía de *quarterback* para explicar lo que había pasado. Había intentado pasar la pelota a su representante en el Congreso y a *The Washington Post*, pero ambos habían dejado que cayera al suelo. Fin del partido.

A la mañana siguiente, el 10 de julio, Ford retomó la denuncia anónima enviada al *Post* con el equivalente a una amenaza periodística:[169] les dijo que podía llevar su historia a los senadores o al *Times*. A última hora de la mañana, estaba al teléfono con Emma Brown, una reportera del *Post* impaciente por escuchar lo que tenía que decir.

Esa misma tarde, su teléfono volvió a sonar. Era la jefa de gabinete de Eshoo. El día antes le había llamado una ayudante para preguntarle: «¿Se refiere a la persona que acaba de ser elegida?». Acordaron una visita de Ford al despacho de Eshoo el miércoles 18 de julio.

Todavía quedaba una semana para eso. Mientras esperaba, Ford leyó distintas informaciones que alababan a Kavanaugh y subrayaban su apoyo a las mujeres y a las niñas. El *Post* publicó una columna de opinión firmada por una madre que se deshacía en

halagos por lo fantástico entrenador que era.[170] Un viejo amigo del instituto le habló a Ford de lo orgullosos que se sentían todos en su comunidad al proporcionar otro juez a la Corte Suprema (Neil Gorsuch, también miembro del tribunal, había asistido a Georgetown Prep, la misma escuela secundaria que Kavanaugh). «Las cartas no juegan a mi favor», recordó haber pensado Ford.

Podía vivir con su nombramiento: «Me desligué conscientemente del resultado». Pero la perspectiva de ver a Kavanaugh en el tribunal y saber que no había compartido sus recuerdos le parecía intolerable. «Lo traumático era no decir nada».

Así, emprendió la tarea de recopilar pruebas. Fue en coche hasta la consulta de su médico en Silicon Valley y solicitó copias de las notas de las sesiones en las que había hablado de la agresión y a las que había hecho referencia en la demanda anónima al *Post*.

Mientras tanto, a sus hijos les contó lo mínimo: «Una persona que el presidente quiere contratar para un cargo muy importante me hizo algo malo cuando yo tenía vuestra edad —dijo—. Estoy buscando la forma de contárselo. Puede que le resulte útil».

«Genial», dijo su hijo mayor, que tenía los mismos años que ella en el momento de la presunta agresión.

El 18 de julio se reunió con Karen Chapman, la jefa de gabinete de la congresista Eshoo.[171] Ford ofreció un relato exhaustivo de todo lo que recordaba, llegando incluso a dibujar un mapa de la casa donde recordaba haber estado atrapada durante la supuesta agresión. Chapman tomó muchas notas y le expresó su apoyo. Sin embargo, debido a la ausencia de Eshoo en aquel encuentro, dos días después Ford tuvo que volver y repetir toda la historia.

Eshoo prometió llamarla y le dio instrucciones estrictas: todo lo que habían hablado debía ser confidencial. Además de a su marido, Ford solo se lo había contado a un puñado de personas, entre las que se incluían Emma Brown, la periodista del *Post*, Keith Koegler, varios amigos más y dos orientadores laborales. «No puedes ir contándolo por ahí —le dijo Eshoo—. Si se corre la voz, será porque se lo has contado a alguien más». Eshoo le dijo que las noticias volaban y que tanto Ford como la forma en que eligiera proceder podrían verse afectadas.

Ford, que seguía sin tener una idea exacta de lo que quería hacer, pensó que la reunión había supuesto un avance. Había llevado su mensaje hasta alguien que detentaba una posición de autoridad. «Confío en su equipo —dijo por correo electrónico a uno de sus orientadores—, y coincidimos en el objetivo de ofrecer un servicio público». Ford, siguiendo el consejo de Eshoo, ignoró los mensajes de la reportera del *Post*.

Sin embargo, en esa época empezó a recibir mensajes altamente apremiantes de desconocidas. Uno de sus amigos se lo había contado a alguien, que a su vez se lo había contado a otra persona, y muy pronto sus acusaciones se convirtieron en la comidilla entre los círculos feministas de Palo Alto. Las integrantes de estos círculos, algunas de las cuales eran académicas del más alto nivel, habían aunado esfuerzos en el caso contra Brock Turner y en la Marcha de las mujeres, y la actividad de los meses previos en torno al #MeToo había reforzado sus convicciones. Las activistas locales (Ford conocía a una de ellas, pero no a la gran mayoría) la empujaban a dar un paso al frente. «Estamos ante un momento histórico crucial», recalcó una de sus amigas en un mensaje de texto.

Ford ignoraba en gran medida el alcance de todo lo que estaba pasando. Según dijo, de no haber sido por Kavanaugh, no habría prestado ninguna atención al proceso de

nombramiento. No tenía en cuenta si sus acciones podían afectar al movimiento #MeToo ni cómo podían hacerlo.

Sin embargo, aquellos mensajes sirvieron como preludio de los intensos sentimientos que esa situación suscitaría en los demás, de que podía perder el control de su propia historia, de que otras personas con diversos objetivos podían actuar sin tener en consideración sus deseos. Al no prestar demasiada atención a esos mensajes, Ford se estaba perdiendo pistas muy importantes.

En la última semana de julio, Ford se vio nuevamente arrastrada hasta Washington D. C. Su abuela acababa de sufrir una embolia y estaba a punto de morir. Ford odiaba volar, pero sus hijos y ella viajaron hasta allí para pasar diez húmedos y calurosos días con sus padres en su casa de verano en Rehoboth Beach (Delaware), cerca de la capital estadounidense.

Los padres de Ford no tenían ni idea de su secreto —nunca se lo había contado— y no quería preocuparlos, sobre todo mientras cuidaban de su abuela. Cuando recibió una llamada del despacho de Eshoo, salió al porche para hablar en privado. La ayudante le pidió que escribiera una carta contando lo que le había ocurrido con Kavanaugh y que la dirigiera a la Comisión Judicial del Senado, que era la encargada de celebrar las audiencias para los candidatos a la Corte Suprema. Se puso manos a la obra, con un lenguaje sencillo: a esas alturas estaba más que acostumbrada a repetir la historia, pero dudaba sobre a quién debía mandársela. El asistente le dijo que se la enviara a la senadora Dianne Feinstein, la demócrata de mayor rango de la Comisión, y también al senador Charles Grassley, el presidente republicano de la cámara. A Ford le preocupaba que de esta manera aumentaran las probabilidades de que su nombre y su historia se hicieran públicas, de modo que solo envió la carta a Feinstein, asumiendo que respetaría la confidencialidad, tal y como le había asegurado el gabinete de Eshoo.

30 de julio de 2018
CONFIDENCIAL
Senadora Dianne Feinstein

Estimada senadora Feinstein:

Le escribo con información relevante para la evaluación del actual candidato a la Corte Suprema. Como votante, espero que gestione esta información con confidencialidad hasta que tengamos nuevas oportunidades para hablar.

Brett Kavanaugh me agredió física y sexualmente en la secundaria a principios de los años ochenta. Lo hizo ayudado por su buen amigo Mark G. Judge. Ambos tenían uno o dos años más que yo y estudiaban en una escuela privada de la zona. La agresión se produjo en una casa del área residencial de Maryland, en una fiesta que incluía a otras cuatro personas. Kavanaugh me empujó bruscamente hasta una habitación cuando yo me dirigía al cuarto de baño, que estaba encima del salón subiendo por un pequeño tramo de escaleras. Cerraron la puerta y pusieron música a todo volumen, imposibilitando así cualquier intento de pedir socorro. Kavanaugh se colocó encima de mí mientras se divertía con Judge, que cada cierto tiempo saltaba sobre Kavanaugh. Ambos reían mientras Kavanaugh trataba de desvestirme en un estado de extrema embriaguez. La mano de Kavanaugh me tapaba la cara y temí que pudiera asfixiarme sin darse cuenta. Al otro lado de la habitación, Judge, que también estaba muy borracho, le decía cosas contradictorias a

Kavanaugh que iban de «vamos, hazlo» a «para». En un momento dado, cuando Judge se tiró encima de la cama de un salto, me encontré bajo un peso considerable. Los tres nos caímos al suelo y ellos empezaron a pelear entre sí. Ya había intentado zafarme en un par de ocasiones y logré usar esa oportunidad para levantarme y llegar corriendo hasta el cuarto de baño del pasillo. Me encerré con pestillo. Ambos bajaron por las escaleras armando un gran escándalo y se pusieron a hablar con los demás como si tal cosa. Abrí la puerta del baño, salí corriendo y me fui a casa.

Desde la agresión, no he querido volver a ver a Kavanaugh. A Mark Judge sí que lo vi una vez en el Safeway de Potomac Village; parecía extremadamente incómodo de verme.

He recibido tratamiento médico a causa de la agresión. El 6 de julio solicité a mi representante en el gobierno local el procedimiento para compartir esta información. Pese al mal trago de tener que hablar sobre agresiones sexuales y sus repercusiones, me siento culpable y obligada como ciudadana ante la idea de no decir nada. Estoy disponible para discutir esta cuestión más a fondo si así lo desea. En estos momentos me encuentro de vacaciones en la Costa este hasta el 7 de agosto, pero a partir del 10 de agosto estaré en California.

Confidencialmente,
Christine Blasey
PALO ALTO, CALIFORNIA

«¡Recibida! —le contestó la ayudante—. Se la entregaré en mano hoy mismo».[172]

La propia asistente no tardó en llamarle para describirle con todo lujo de detalles el camino que, en esos momentos, recorría otro miembro del gabinete de Eshoo en Washington para entregar personalmente una copia impresa de la carta a la senadora Feinstein. «Ahora se la está entregando», le narraba en directo, como si estuvieran hablando de los códigos nucleares de la nación.

Acto seguido estaba al teléfono con la propia senadora Feinstein. La legisladora, de ochenta y cinco años, parecía dura de oído. Hacía preguntas a grito pelado sobre la naturaleza precisa del incidente, y Ford, a su vez, le respondía a voces para asegurarse de que la senadora entendía todo lo que le estaba diciendo. Feinstein dijo que trataría la carta con confidencialidad y le prometió que volverían a hablar.

Nada más colgar, Ford empezó a presentir lo poderosa que llegaría a ser su carta bajo la cúpula del Capitolio como no habría logrado imaginarlo en la playa en California. Sus confidentes llevaban semanas recomendándole que contratara a un abogado para proteger y mantener el control de su propia historia, pero ella se resistía. Su marido y ella llevaban tiempo ahorrando para comprar un apartamento en Hawái que les permitiera disfrutar del surf y de su jubilación; no quería agotar sus fondos. Sin embargo, empezaba a ser consciente de que necesitaba un abogado sin falta.

Los primeros bufetes de Washington a los que llamó no querían ni acercarse a aquel caso, pero encontró a un abogado, Lawrence Robbins, con una dilatada experiencia en la defensa de casos ante la Corte Suprema, que la escuchó con atención. «No trató de relativizar las lagunas de su memoria —dijo Robbins—. Era sumamente clara respecto a lo que sí recordaba. El relato que proporcionó tal vez no fuera infalible, pero era lo bastante bueno como para que yo pensara que debía tomarla en serio. Me dio la impresión de ser una persona creíble que merecía que alguien luchara por ella».[173] No

obstante, él no podía representarla públicamente porque sus socios temían que sus propios casos en apelación se resintieran si daba la impresión de que el bufete perjudicaba a un juez de la Corte Suprema. Por tanto, cualquier tipo de ayuda por su parte tendría que realizarse en un segundo plano.

El lunes 6 de agosto, poco después de que muriera su abuela y justo antes de que abandonara Washington, según lo había programado, Ford habló con dos nuevas abogadas, esta vez en persona. El despacho de la senadora Feinstein había llamado a un par de abogadas del mismo bufete, Debra Katz y Lisa Banks. Le explicaron que se dedicaban a este tipo de alegaciones. Ford examinó su página web y comprobó que, a lo largo de su carrera, habían trabajado con asuntos confidenciales del mismo tipo. Sin embargo, lo más valioso que podían ofrecerle era su disponibilidad para reunirse inmediatamente con ella. Ford les dijo que podían mantener una breve reunión en un hotel junto al aeropuerto de Baltimore.

Katz y Banks aceptaron enseguida, aunque no tenían muy claro qué saldría de aquel encuentro. Un par de días antes, el despacho de Feinstein se había puesto en contacto con ellas para plantearles varias cuestiones de carácter general —en el caso de una acusación por una agresión sexual muy antigua, ¿qué puede hacerse para probarla?—, seguidas del relato de Ford a grandes rasgos, sin mencionar en ningún momento su nombre. Ford, por su parte, no estaba segura de qué pensar de las dos abogadas ni de todas las preguntas personales y detalladas que le hicieron sobre su historia y sus antecedentes.

No se daba cuenta de que estaba ante dos de las principales abogadas del país en materia de discriminación por cuestiones de género. Debra Katz (Debbie para casi todo el mundo) tenía un temperamento totalmente opuesto al de Ford. Era una decidida activista curtida en Washington y en las luchas feministas. Katz pensaba en términos de derechos civiles y veía la ley como un medio para el progreso. Había empezado su carrera como abogada júnior en el despacho de abogados que había diseñado la estrategia para el caso Meritor Savings Bank vs. Vinson: el primer caso de acoso sexual que se escuchó en la Corte Suprema. Implicaba a una empleada de banca que había denunciado al director de la sucursal en la que trabajaba de repetidas agresiones y de amenazas de despido en caso de desobediencia. En 1986, el tribunal falló nueve a uno a favor de Vinson, estableciendo así el precedente de que el acoso sexual es una forma de discriminación.

Tres décadas después, Katz continuaba siendo una acérrima progresista de izquierdas, pero tenía un armario lleno de trajes de raya diplomática que se ponía para negociar en nombre de los empleados que se sentían agraviados. Lisa Banks, su socia y también mejor amiga fuera del despacho, tenía una presencia más fría, una mirada imperturbable que podía resultar útil con los adversarios y una perseverancia que se remontaba a la infancia, cuando a los siete años alguien hizo añicos sus sueños al informarle de que jamás lograría jugar con los Boston Red Sox porque era una chica.[174]

Su despacho, situado más arriba del barrio de Dupont Circle, estaba decorado con muebles elegantes y maceteros con plantas (y un retrato de Rose McGowan sosteniendo la cabeza cercenada de Harvey Weinstein que había pintado un amigo del hijo de Katz). Cuando las abogadas se reunieron con Ford en Baltimore, llevaban meses trabajando a destajo para sacar el máximo rédito a lo que veían como una excepcional ventana de oportunidad en la era post-Weinstein. Durante la mayor parte de sus carreras, el

progreso en materia de acoso y abusos se había estancado; una y otra vez afloraban el mismo tipo de casos. Habían obtenido numerosos fallos favorables para muchas mujeres, algunos muy importantes, por lo general en forma de acuerdos secretos, unas herramientas que ellas mismas consideraban imperfectas pero necesarias.

Pero el caso Weinstein había animado su bufete porque, de pronto, las denuncias de sus clientes se tomaban mucho más en serio. En los diez meses transcurridos desde la exposición de Weinstein, Katz había representado a trabajadoras del Capitolio cuyas denuncias de acoso desencadenaron la dimisión de un miembro de la Cámara de Representantes y de un empleado de alto rango del Congreso. La demanda de Banks y ella contra un célebre chef del área de Washington había provocado que sus socios abandonaran el negocio y su imperio gastronómico se derrumbara. Se habían reunido con congresistas y con legisladores estatales para impulsar nuevas leyes que ofrecieran una mejor protección a las víctimas de acoso sexual. Durante aquel verano, Katz y Banks se habían sentido entusiasmadas aunque preocupadas porque, a pesar de la enorme importancia del momento, los cambios iban lentos. Querían conseguir el mayor progreso posible lo más rápido posible, antes de que estallaran las reacciones negativas.

Después de pasar varias horas con Ford, las abogadas salieron de la sala en la que se habían reunido. La cabeza les daba vueltas. En un primer momento, solo acertaban a murmurarse la una a la otra: «Oh, Dios mío. Oh, Dios mío». En todos sus años de profesión habían entrevistado a un sinfín de testigos, y Ford les había parecido muy creíble. También les había conmovido lo que ella llamaba su «sentido de la obligación cívica». Pero esa mujer, con su formidable intelecto científico, parecía al mismo tiempo increíblemente ingenua, una cualidad que podía causarle graves problemas: no parecía consciente de la potencial gravedad de su propio caso. Pero era precisamente esa falta del sentido de la consecuencia lo que les atraía del caso. A diferencia de Ford, ellas habían comprendido de inmediato la carga negativa de la carta que había enviado a Feinstein. Si esa carta llegara a filtrarse, Ford iba a necesitar protección; por el contrario, si no se filtraba, iba a necesitar asesoramiento sobre cómo seguir adelante con el asunto. Las abogadas sabían que querían representar a Ford, y que querían hacerlo sin cobrar.

Como preparación para lo que podría avecinarse, las abogadas pusieron a Ford a trabajar en algunos aspectos prácticos. No tardó en superar una prueba de polígrafo realizada por un exagente del FBI. También asumió la embarazosa tarea de llamar a dos de sus exnovios, uno de la secundaria y otro de la época posuniversitaria. «No, no llamo para que volvamos», les dijo. Necesito saber si recordáis si durante el tiempo que estuvimos juntos alguna vez mencioné haber sufrido una agresión sexual. Ninguno de los dos lo recordaba. Cada vez era más evidente que durante años Ford no había hablado de la presunta agresión con nadie.

Las abogadas estudiaron detenidamente la vida de Ford por si encontraban datos públicos que pudieran emplearse para difamar su imagen. Katz llamó al gabinete de la senadora Feinstein y le comunicó que, en su opinión, la acusación era plausible. También les sugirió que empezaran a buscar pruebas de otras posibles agresiones que pudiera haber cometido Kavanaugh.

Entonces fue cuando Katz llamó a Jodi para mencionarle este caso. El sábado 11 de agosto le pidió que hiciera llegar al *Times* esa información confidencial. A lo largo de los años, Rebecca Corbett había supervisado algunas de las investigaciones del periódico sobre candidatos a la Corte Suprema, y ahora hacía lo propio con Kavanaugh. Al mismo

tiempo en que Corbett urgía a un equipo de periodistas cada vez más nutrido a que investigara cualquier comportamiento problemático del juez hacia las mujeres, preguntaba con frecuencia a Jodi si había novedades sobre la acusación de la clienta de Katz.

Pero Ford se negaba tanto a hablar con Jodi como a devolver las últimas llamadas del *Post*. Estaba centrada en otra opción, una que traía aparejada una apremiante fecha límite.

El comienzo de la vista de Kavanaugh estaba programado para el 4 de septiembre. Antes de esa fecha podían suceder tres cosas: que se filtrara la carta enviada a Feinstein; que Ford no dijera nada y se limitara a contemplar la ratificación de Kavanaugh; o que decidiera dar un paso al frente y hacer públicas las acusaciones, lo que podría cambiar el curso de dicha vista. En lo más profundo de su corazón, se inclinaba por la tercera opción, a pesar de lo mucho que la asustaba.

Katz y Banks lo entendían perfectamente. Creían que Ford tenía derecho a contar su propia historia y a hacer algo decisivo. Las violaciones cometidas contra chicas estudiantes de secundaria, contra generaciones enteras de mujeres, importaban, incluso si esas mujeres habían permanecido mucho tiempo en silencio o no disponían de pruebas concluyentes. La doble pregunta era qué precio pagaría personalmente Ford y qué impacto tendría su comparecencia (tanto en la candidatura como en el enfurecido debate sobre poder y sexo).

Otros abogados reconocían la importancia de la historia de Ford. Además de tener a Katz y a Banks en su equipo, Robbins ejercía de asesor (y, siguiendo sus recomendaciones, Ford contrató a un segundo asesor llamado Barry Coburn, un duro abogado de causas penales).[175] Coburn dijo que advertía una clara distinción entre los jugueteos sexuales de instituto y lo que Ford describía como un «intento inequívoco de violación». «No es acoso sexual —recordó haberle dicho después—. No es una transgresión de los límites. No es ser una persona insensible. Es un delito grave». Tanto Robbins como Coburn entendían que todo aquello iba más allá de un simple incidente y dejaron que Katz y Banks tomaran las riendas.

A petición de Katz, al creciente consejo de asesores se sumó otra figura: Ricki Seidman, una discreta y combativa experta con más de tres décadas de peleas judiciales demócratas a sus espaldas, que había trabajado como ayudante en la campaña presidencial de Bill Clinton y que posteriormente había prestado sus servicios en su Administración. Katz no había coincidido nunca con Seidman, pero sabía que, a diferencia de Banks y de ella misma, disponía de un conocimiento y una experiencia profundos en lo referente a las candidaturas a la Corte Suprema. Seidman había participado en batallas que iban desde Robert Bork (a quien los demócratas derrotaron en 1987) a Sonia Sotomayor (ratificada por los demócratas en 2009). Había jugado un papel directo en el único antecedente histórico del caso de Ford: el testimonio de Anita Hill contra Clarence Thomas. En 1991, Seidman trabajaba como investigadora principal para la Comisión de Recursos y Trabajo del Senado siguiendo el nombramiento de Thomas cuando recibió el chivatazo de que una profesora afirmaba haber sido acosada por el candidato. Fue la primera persona de la Comisión del Senado que habló con Anita Hill sobre sus experiencias, y la que la animó a que colaborara de una forma más estrecha con la Comisión.

Más adelante, en el caso de Ford, los republicanos hallaron en la participación de Seidman un argumento para acusarla de ocultar una agenda política y de querer convertir a Ford en un arma para que descarrilara la candidatura de Kavanaugh. De hecho, aún en agosto, el instinto de Seidman le llevaba a pensar que Ford debería permanecer en silencio.

Era una simple cuestión matemática. Teniendo en cuenta que los republicanos controlaban el Senado, Kavanaugh tenía grandes probabilidades de ser ratificado incluso en el caso de que Ford alzara la voz. La primera reacción de Seidman, pues, fue indicar que el coste de comparecer era demasiado alto, porque no creía que fuera a influir de ninguna manera en el resultado.

En las décadas posteriores al testimonio de Anita Hill, la asesora se había cuestionado muchas veces su propio papel animando a la profesora a que diera un paso al frente. Hill, en cierto sentido, logró una victoria al servir como catalizadora de la concienciación sobre acoso sexual. Pero Seidman consideraba que Hill había pagado un alto coste personal por los progresos sociales logrados. Intuía con casi total certeza que el partido republicano lanzaría sus arietes contra Ford para destruirla, y le horrorizaba la idea de que la historia volviera a repetirse.

Los asesores de Ford sospechaban que ella no era la única víctima de Kavanaugh, que no se trataba de un incidente único. Era cuestión de encontrarlas. «Dos mujeres más y me sentiría mucho mejor», pensó Katz para sus adentros. «Incluso con una más sería arriesgado». Pero la realidad era que no tenían ninguna.

Katz y Banks intentaban mantenerse neutrales y repasaban las posibles consecuencias para Ford en cada una de las situaciones, a sabiendas de que era ella la que tendría que vivir con su decisión.

Sin embargo, sus preocupaciones iban más allá de las posibles repercusiones emocionales para su clienta. En ese momento, Katz temía que una mala recepción de la historia de Ford a nivel nacional pudiera perjudicar al movimiento #MeToo en su conjunto. Los detractores dirían que había llegado demasiado lejos, destapando violaciones que eran muy antiguas, no probadas y que carecían del peligro más demostrable que sí tenían el acoso o las violaciones en el lugar de trabajo. Habría hombres que de forma instintiva se pondrían del lado de Kavanaugh, por temor a enfrentarse a acusaciones inesperadas. La rueda del progreso se ralentizaría, o incluso se pondría a girar en la dirección contraria, una consecuencia que las abogadas consideraban demasiado gravosa.

El debate público seguía muy encendido. Ese verano, semana tras semana, aparecían nuevos hombres acusados, suspendidos y despedidos: el jefe de personal de la Agencia Federal para la Gestión de Emergencias, un profesor de UC Berkeley, un comercial de Goldman Sachs, dos bailarines del Ballet de Nueva York. En agosto, Ronan Farrow publicó en *The New Yorker* las primeras acusaciones de acoso sexual contra el director de la CBS, Les Moonves (no obstante, Moonves, respaldado por la junta directiva de la compañía, se mantuvo en el puesto).[176] Louis C. K. hizo su primera aparición en un club de comedia desde la publicación del artículo en el *Times*, entre los aplausos de la sala y los abucheos en el exterior.[177] Bill O'Reilly, que desde su expulsión de la cadena Fox continuaba escribiendo libros de historia, estaba a punto de publicar su última obra (la anterior había vendido casi medio millón de copias gracias a sus siempre leales

seguidores).[178]

El 10 de agosto, Ford estaba de vuelta en Palo Alto sopesando su decisión al tiempo que terminaba de corregir un montón de tesinas de sus alumnos. Apenas conocía a ninguno de los asesores de Washington en cuyas manos había depositado su destino. Las deliberaciones grupales se hacían por teléfono y mensajes escritos. Todos le reiteraban su apoyo independientemente de la decisión que tomara, pero podía sentir sus dudas. «¿Están intentando que siga adelante? ¿O acaso tratan de silenciarme?», se preguntaba.

Mientras, rumiaba sus propias preocupaciones personales. Temía que si señalaba públicamente a Kavanaugh, otros pudieran señalarla a ella. Durante la secundaria había bebido lo suyo, y en los primeros años de universidad sus juergas fueron a más y sus calificaciones, a menos. Poco después se estabilizó y sacó con éxito los estudios. En un discurso pronunciado en su antiguo instituto en 2014, se puso a sí misma como ejemplo de cómo uno puede volver a encarrilar su vida. En la facultad, la estadística le había costado horrores; ahora, en cambio, la enseñaba. Pero le preocupaba que los detractores se centraran exclusivamente en los defectos y errores que había cometido en su juventud.

En cualquier caso, Ford creía que si finalmente terminaba convirtiéndose en blanco de ataques, podría soportarlo. En 2015 le diagnosticaron cáncer y sufrió complicaciones a consecuencia del tratamiento. Fue la primera vez que se vio obligada a valorar su propia mortalidad, y sentía que aquella experiencia le había fortalecido, que ahora disponía de una mayor capacidad de aguante. Su marido le había animado a que diera el paso, a que se lo quitara de encima; presagiaba que el asunto dejaría de ser noticia después de un único ciclo informativo.

El 24 de agosto, Katz puso al día a Ford: no habían encontrado otras acusaciones de conducta sexual inapropiada contra el juez. Si seguía adelante con la suya, sería la única denunciante. Si no quería que la senadora Feinstein compartiera su carta con el resto de la Comisión, republicanos incluidos, necesitaba hacérselo saber. Para ayudarla a tomar una decisión, se pusieron un plazo: Ford debía llamarla el 29 de agosto como muy tarde, siete días antes de que comenzaran las audiencias de Kavanaugh.

El 26 de agosto, Ford aún estaba sumida en una parálisis. Dos días después seguía sin producirse ningún progreso, y Katz y Banks decidieron preparar tres borradores de tres cartas diferentes. Dado que no había un protocolo concreto para informar sobre este tipo de casos, las abogadas trataban de mostrar a Ford las consecuencias de los distintos caminos posibles. Cada una de las versiones conducía a una variación distinta de su futuro, tal vez a una composición diferente de la Corte Suprema e incluso a versiones distintas de la historia de Estados Unidos.

En la primera de ellas, dirigida a los senadores Grassley y Feinstein, las abogadas mencionaban el nombre de Ford y explicaban que quería reunirse con ellos en privado para informarles de una acusación de agresión sexual contra el juez. La segunda versión solicitaba lo mismo, pero se refería a Ford como la doctora Jane Doe, a fin de ofrecerle una mayor protección. La tercera opción, cuya única destinataria era la senadora Feinstein, mencionaba el nombre de Ford, pero indicaba que declinaba seguir con el proceso. «Ha llegado a la conclusión de que las consecuencias personales y profesionales que implicaría una comparecencia ante la Comisión Judicial son demasiado elevadas». El grupo estuvo de acuerdo en que Ford debía elegir una de ellas antes de que terminara el día siguiente.

La primera les parecía demasiado arriesgada a todos: el nombre de Ford llegaría en un santiamén a la Casa Blanca. Ford parecía inclinarse por la segunda carta, que podría permitirle negociar términos de confidencialidad. Las mujeres realizaron pequeños ajustes en el lenguaje de esa carta, y luego otros, porque nunca estaban del todo satisfechas.

Cuanto más se imaginaban entregando esas cartas, más empezaban a reflexionar sobre la pregunta: ¿qué pasará luego? Tanto sus abogadas como Seidman aseguraron a Ford que prácticamente sería imposible seguir adelante sin revelar su identidad. Preveían que podía sufrir el mismo tipo de ataques públicos a los que tuvo que hacer frente Anita Hill, lo que en más de una ocasión compararon con colocarse delante de un tren en marcha.

A medida que se acercaba el plazo impuesto por el propio equipo, Seidman viajó a California para conocer en persona a Ford. Le advirtió otra vez sobre los riesgos de seguir los pasos de Hill. Hacer pública la historia de la presunta agresión le causaría un gran dolor. Tenía muy poca experiencia en la vida pública, no sabía lo que significaba enfrentarse al escrutinio general, ni siquiera conocía bien el léxico que se empleaba durante los ciclos informativos. Seidman aún creía que Kavanaugh saldría ratificado por mucho que Ford compareciera. Si lo hacía, lo único que conseguiría sería poner su vida patas arriba.

Mientras tomaba un café con Seidman cerca del aeropuerto internacional de San Francisco, Ford se sentía superada por el estrés. No conocía a la mujer que tenía delante. «Solo quiero irme», recordó haber pensado en ese momento.

El 29 de agosto, el día en que finalizaba el plazo acordado, Ford pasó el día entero en reuniones académicas, asesorando a sus alumnos de posgrado sobre sus tesinas. Cuando el sol se puso aquella tarde, Ford seguía sin decidirse por ninguna opción.

—He hecho algunas modificaciones en las cartas y tengo algunos síntomas de pánico —escribió esa noche en un mensaje a Katz—. Ahora te las mando y mañana por la mañana temprano podemos decidir si seguimos adelante. Las filtraciones y *The Washington Post* me producen ansiedad.

—Te acabo de enviar las modificaciones —escribió una hora después—. Todavía no hay luz verde.

A la mañana siguiente, seguía sin darla. Empezaba a creer en lo que su equipo ya le había explicado: que una carta anónima sería inútil, que había muchas probabilidades de que su nombre se filtrara y que era jugárselo al todo o nada. Katz y Banks también le daban vueltas. Por un lado pensaban que su clienta tenía razón con sus reservas, y por el otro se preguntaban cuánta gente se sentiría igual. No sabían qué era peor, el silencio o la inmolación.

Era jueves 30 de agosto, la víspera del fin de semana del Día del Trabajo.[179] Las audiencias de Kavanaugh comenzarían el martes siguiente por la mañana. Katz llamó a Ford desde Washington.

—Esta decisión marcará un antes y un después, y está en tus manos—dijo.

Esa tarde, Ford quiso disponer de algunas horas más para pensárselo, para salir a dar un paseo, para hablarlo con algún amigo una última vez.

Al final, Ford no eligió ninguna de las cartas (ninguna la convencía). Y esa, a todos los efectos, fue la decisión que tomó.

Katz llamó al despacho de la senadora Feinstein para notificarles que Ford no quería seguir adelante con la acusación. El 31 de agosto, Feinstein contestó a través de un

correo electrónico: «Le escribo en estos momentos para confirmar que mi gabinete continuará cumpliendo con la petición de confidencialidad y no tomará medidas adicionales a menos que se nos notifique lo contrario. Les aseguro que comprendo y lamento el profundo impacto que este incidente ha tenido en su vida». Katz reenvió la carta a su clienta: «Parecía un adiós y buena suerte», dijo Ford. Esa noche, en su casa en Palo Alto, mandó a uno de sus hijos a dormir con su marido y se refugió en la cama de Ikea del chico. Se puso a pensar en el surf. Había ido remando hasta aguas agitadas y se había preparado para coger una ola complicada. Tal vez se hubiera mantenido de pie hasta alcanzar la orilla. Quizá hubiera salido volando. Pero había trabajado muy duro para ponerse en posición, y se merecía la oportunidad de intentarlo. ¿Por qué les preocupaba tanto a sus asesoras la aparente falta de víctimas? ¿Acaso no era suficiente lo que le había ocurrido a ella?

Acurrucada y sola en la cama de su hijo, rompió a llorar.

157 Melena Ryzik, Cara Buckley y Jodi Kantor, «Louis C.K. Is Accused by 5 Women of Sexual Misconduct», *The New York Times,* 9 de noviembre de 2017, <https://www.nytimes.com/2017/11/09/arts/television/louis-ck-sexual-misconduct.html>.

158 Michael Rothfeld y Joe Palazzolo, «Trump Lawyer Arranged $130,000 Payment for Adult-Film Star's Silence», *The Wall Street Journal,* 12 de enero de 2018, <https://www.wsj.com/articles /trump-lawyer-arranged-130-000-payment-for-adult-film-stars-silence-1515787678>; Megan Twohey y Jim Rutenberg, «Porn Star Was Reportedly Paid to Stay Quiet about Trump», *The New York Times*, 12 de enero de 2018, <https:// www.nytimes.com/2018/01/12/us/trump-stephanie-clifford-stormy-daniels.html>.

159 Joe Palazzolo, Michael Rothfeld y Lukas I. Alpert, «*National Enquirer* Shielded Donald Trump from Playboy Model's Affair Allegation», *The Wall Street Journal*, 4 de noviembre de 2016, < https://www.wsj.com/articles/national-enquirer-shielded-donald-trump-from-playboy-models-affair-allegation-1478309380>; Ronan Farrow, «Trump, a Playboy Model, and a System for Concealing Infidelity», *New Yorker*, 16 de febrero de 2018, <https://www.newyorker.com/news/news-desk/donald-trump-a-playboy-model-and-a-system-for-concealing-infidelity-national-enquirer-karen-mcdougal>; Jim Rutenberg, Megan Twohey, Rebecca R. Ruiz, Mike McIntire y Maggie Haberman, «Tools of Trump's Fixer: Payouts, Intimidation and the Tabloids», *The New York Times*, 18 de febrero de 2018, <https://www.nytimes.com/2018/02/18/us/politics/michael-cohen-trump.html>; Ronan Farrow, «Harvey Weinstein's Army of Spies», *The New Yorker*, 6 de noviembre de 2017, <https://www.newyorker.com/news/news-desk/harvey-weinsteins-army-of-spies>; Mike McIntire, Charlie Savage y Jim Rutenberg, «Tabloid Publisher's Deal in Hush-Money Inquiry Adds to Trump's Danger», *The New York Times*, 12 de diciembre de 2018, < https://www.nytimes.com/2018/12/12/nyregion/trump-american-media-michael-cohen.html>.

160 Melena Ryzik, «Weinstein in Handcuffs Is a "Start to Justice" for His Accusers», *The New York Times,* 25 de octubre de 2018, <https://www.nytimes.com/2018/05/25/nyregion/metoo-accusers-harvey-weinstein.html>.

161 Laura McGann, «The Still Raging Controversy Over Al Franken's Resignation, Explained», *Vox*, 21 de mayo de 2018, <https://www.vox.com/2018/5/21/17352230/al-franken-accusations-resignation-democrats-leann-tweeden-kirsten-gillibrand>.

162 «Defending "Brilliant" Harvey Weinstein», BBC, 15 de junio de 2018, <https://www.bbc.co.uk/sounds/play/p0664pjp>.

163 Entrevistas de Jodi Kantor a Kim Lawson realizadas entre 2018 y 2019.

164 Entrevistas de Jodi Kantor y Megan Twohey a Debra Katz realizadas entre 2018 y 2019.

165 Entrevistas de Megan Twohey a Christine Blasey Ford realizadas entre diciembre de 2017 y mayo de 2019, y comunicación escrita entre Ford y sus amigos, miembros de la Comisión Judicial del Senado y una de sus abogadas. Para el artículo en cuestión véase: <https://www.researchgate.net/publication/327287729_Attenuation_of_Antidepressant_Effects_of_Ketamine_by_Opioid_Receptor_Antagonism>.

166 «Declaration of Russell Ford», Investigación de la Comisión Judicial del Senado de las numerosas acusaciones contra el juez Brett Kavanaugh durante los procesos de confirmación del Senado, 2 de noviembre de 2018, <https://www.judiciary.senate.gov/imo/media/doc/2018-11-02%20Kavanaugh%20Report.pdf, 55-56>.

167 Entrevista de Megan Twohey a Keith Koegler realizada en 2019; entrevistas de Megan Twohey a Christine Blasey Ford realizadas entre 2018 y 2019.

168 Jessica Contrera, Ian Shapira, Emma Brown y Steve Hendrix, «Kavanaugh Accuser Christine Blasey Ford Moved 3,000 Miles to Reinvent Her Life: It Wasn't Far Enough», *The Washington Post,* 22 de septiembre de 2018, <https://www.washingtonpost.com/local/christine-blasey-ford-wanted-to-flee-the-us-to-avoid-brett-kavanaugh-now-she-may-testify-against-him/2018/09/22/db942340-bdb1-11e8-8792-78719177250f_story.html>.

169 Mensaje de WhatsApp enviado por Christine Blasey Ford a la línea informativa del *Washington Post*, Investigación de la Comisión Judicial del Senado de las numerosas acusaciones contra el juez Brett Kavanaugh durante los procesos de confirmación del Senado, 2 de noviembre de 2018, <https://www.judiciary.senate.gov/imo/media/doc/2018-11-02%20Kavanaugh%20Report.pdf, 46>.

170 Julie O'Brien, «I Don't Know Kavanaugh the Judge, but Kavanaugh the Carpool Dad Is One Great Guy», *The Washington Post,* 20 de julio de 2018, <https://www.washingtonpost.com/opinions/i-dont-know-kavanaugh-the-judge-but-kavanaugh-the-carpool-dad-is-one-great-guy/2018/07/10/a1866a2c-8446-11e8-9e80-403a221946a7_story.html>.

171 Entrevistas de Megan Twohey a Christine Blasey Ford realizadas entre 2018 y 2019; correo electrónico de Matthew McMurray a Kelsey Kodak, 17 de junio de 2019.

172 Correo electrónico del despacho de Dianne Feinstein a Christine Blasey Ford, julio de 2018.

173 Entrevista de Megan Twohey a Lawrence Robbins realizada en enero de 2019.

174 Descripción de Debra Katz basada en las entrevistas a Katz de Megan Twohey y Jodi Kantor realizadas entre agosto de 2017 y la primavera de 2019; entrevistas de Megan Twohey y Jodi Kantor a Lisa Banks realizadas entre octubre de 2017 y la primavera de 2019; comunicación escrita a y de las abogadas.

175 Entrevista de Megan Twohey a Barry Coburn realizada en febrero de 2019.

176 Ronan Farrow, «Les Moonves and CBS Face Allegations of Sexual Misconduct», *The New Yorker,* 6 de agosto de 2018, <https://www.newyorker.com/magazine/2018/08/06/les-moonves-and-cbs-face-allegations-of-sexual-misconduct>.

177 Melena Ryzik, «Louis C.K. Performs First Stand-up Set at Club Since Admitting to #MeToo Cases», *The New York Times,* 27 de agosto de 2018, <https://www.nytimes.com/2018/08/27/arts/television/louis-ck-performs-comedy.html>.

178 Hillel Italie, «Next O'Reilly Book Coming in September», Associated Press, 23 de abril de 2018, <https://www.apnews.com/f00002d9107742b991fecb982312243b>.

179 En Estados Unidos, la festividad del Día del Trabajo se celebra el primer lunes de septiembre. *(N. de la T.)*

Capítulo 9 «No puedo garantizar que vaya a ir a D. C.»

Cinco días después, el martes 4 de septiembre, Christine Blasey Ford se sentaba en la consulta de un especialista en trastornos por estrés postraumático al que había acudido de forma intermitente durante un par de años.[180] Quería pedirle consejo sobre cómo procesar el nombramiento de Kavanaugh. Ese mismo día, en Washington D. C. empezaban las audiencias sobre la candidatura del juez, y el nivel de crispación era ya importante. Los senadores demócratas intentaban sin éxito detener el procedimiento argumentando que se había impedido el acceso a documentos relativos al pasado de Kavanaugh. Las manifestantes abarrotaban los pasillos del Senado, algunas vestidas con togas rojas y capotas blancas, en referencia a *El cuento de la criada*, la novela feminista distópica de Margaret Atwood;[181] sus gritos interrumpían el testimonio («¡Más mujeres van a padecer abortos clandestinos!», gritaban) y la policía del Capitolio terminó arrestando a decenas de ellas. Los republicanos, haciendo piña en torno al candidato de Trump, arremetían contra los demócratas tachándolos de «turba descontrolada».[182]

La incapacidad de Ford para seguir adelante con la acusación le generaba frustración, pero estaba decidida a pasar página mentalmente. Durante aquel verano, las repetidas revisiones de un recuerdo tan traumático habían tenido un fuerte impacto emocional y ahora pretendía reencauzar su vida. Sus hijos ya habían vuelto al colegio y Ford se preparaba para el primer día de clase en la universidad.

El terapeuta la escuchó, pero no estaba seguro de poder ayudarla en ese momento. Como parte de su método, animaba a sus pacientes a que dejasen de hablar de la causa subyacente al trastorno por estrés postraumático. Sin embargo, en el caso de Ford se mostró precavido. «No estás preparada para cerrar esto», dijo. No estaba seguro de que la implicación de Ford en la historia de Kavanaugh hubiese concluido.

Una semana más tarde, el lunes 10 de septiembre, Ford se presentó en la clase inaugural de Introducción a la Estadística, su asignatura en el curso de doctorado. Empezó con la misma charla motivacional de cada año, prometiendo a sus estudiantes que avanzarían juntos a través de un material que ahora les infundía gran respeto. Tres horas después, cuando se disponía a marcharse, alguien le quiso preguntar algo. Pero no era estudiante de posgrado, sino una reportera de BuzzFeed que le dijo que sabía lo de la carta. Ford le ordenó que se marchara.

Algunos desconocidos habían empezado a airear la historia de Ford. Cada vez había más mujeres prominentes y activistas del #MeToo que parecían conocer su caso, y algunos periodistas habían intentado ponerse en contacto con los colegas de Ford, llegando incluso a plantarse en la casa de la profesora.

Indignada, Debra Katz se enfrentó con una destacada feminista de Palo Alto que, según sospechaba, estaba intentando desvelar la identidad de Ford. «Esto supone una grave falta de principios», le dijo a la mujer en una acalorada conversación telefónica. Mi

cliente no quiere seguir adelante. La semana anterior, el equipo de Eshoo había llamado a Ford para preguntarle si quería que hicieran algo más, como, por ejemplo, ponerla en contacto con un segundo miembro de la Comisión Judicial del Senado. En última instancia, Ford reiteró que no había cambiado de parecer y que seguía sin querer darse a conocer públicamente. Cuando los periodistas comenzaron a llamar a su puerta, se negó a hablar con ellos.

A pesar de todo, el miércoles 12 de septiembre apareció un artículo.[183] La publicación digital *The Intercept* revelaba que los demócratas de la Comisión Judicial del Senado querían tener acceso a una carta sobre Kavanaugh que habría recibido Feinstein. Según el artículo, dicha carta supuestamente describía «un incidente que implicaba a Kavanaugh y a una mujer cuando ambos cursaban los estudios de secundaria». Estaba firmada por alguien que pertenecía a la Universidad de Stanford. «A pesar de que se ha mantenido en secreto —señalaba el texto—, la carta comienza a manifestar una vida propia».

Daba la impresión de que Feinstein estaba ocultando información vital que afectaba a un candidato. Al día siguiente, la senadora anunció a través de un comunicado de prensa que había entregado la carta a las autoridades policiales para que procedieran a su revisión.[184] En concreto, había remitido el asunto al FBI, que a su vez lo envió a la Casa Blanca para que constara en el expediente de antecedentes de Kavanaugh, lo que llevó al juez a desmentir públicamente una acusación que aún no estaba nada clara. Ford llevaba algo más de una semana reconciliándose con el silencio, pero sentía que en muy pocos días, tal vez en cuestión de horas, quedaría completamente expuesta.

Ford estaba dispuesta a recuperar el control de su propio relato. Había decidido que, antes de que alguien revelara públicamente su identidad, lo haría ella. El miércoles condujo casi cincuenta kilómetros desde Palo Alto hasta uno de los restaurantes del Ritz-Carlton en Half Moon Bay, donde la esperaba Emma Brown, la periodista de *The Washington Post* que se había encargado de la denuncia anónima que Ford había enviado unas semanas antes. A base de llamadas y de mensajes esporádicos, Ford se había mantenido en contacto con Brown y, poco a poco, había compartido con ella fragmentos de su encuentro con Kavanaugh en la escuela secundaria y de su plan inicial de informar al Congreso. Brown la había escuchado con atención, pero sin ejercer demasiada presión sobre ella. La deferencia demostrada por la periodista había supuesto un enorme consuelo para Ford.

El desarrollo de la entrevista fue más largo y difícil de lo que Ford había imaginado. Comenzó ese mismo miércoles por la noche, lo retomaron a la mañana siguiente y continuó por teléfono en los días siguientes. La idea de que se publicase información muy explícita en el periódico, sobre todo referencias a su cuerpo, le horrorizaba. Brown quería saber si había llegado a haber penetración, es decir, quería saber si la había violado. «No», dijo Ford. Tuvo que proporcionar extractos de los informes terapéuticos en los que hablaba de lo ocurrido. Brown pidió hablar con el marido de Ford, que confirmó que su esposa había nombrado por primera vez a Kavanaugh en 2012.

Sin embargo, mientras volvía en coche a Palo Alto, Ford se sintió casi aliviada de haberse visto empujada a hacerlo. Por fin podría abandonar el purgatorio. Katz y el resto de asesoras coincidieron en que aquel artículo era el paso adecuado para asegurarse de que la primera información que se publicase sobre ella fuese correcta. Su marido sostuvo la misma opinión que había defendido a lo largo de todo el verano: cuanto antes lo

hiciera público, antes regresarían sus vidas al cauce normal. Ford también se mostraba optimista y se autoconvencía de que siempre podría conservar algo de privacidad. Después de casarse, Ford había mantenido su apellido de soltera por motivos profesionales, para dar continuidad a la autoría de sus artículos científicos. Justo antes de que el *Post* publicara su historia, se planteó usar el apellido de su marido; *Ford* era tan común que tal vez podría evitar que los lectores la identificaran fácilmente en Internet. «En mi fantasía, buscar Ford y Blasey en Google eran dos cosas muy diferentes». Al final optó por Christine Blasey Ford. Eliminó todas sus fotos de Internet en la medida de lo posible. Solo se le resistía el perfil en LinkedIn, que incluía una foto de ella con gafas de sol. Ford llevó a sus hijos a casa de unos amigos, reservó una noche en un hotel y confió en que su paso por el ciclo informativo fuese rápido y tranquilo.

En cuanto el *Post* publicó el artículo, el domingo 16 de septiembre, el teléfono móvil de Ford no dejó de recibir llamadas y notificaciones. Miles de personas quisieron agregarla en LinkedIn. Llegaron tantísimos correos (algunos de apoyo, otros crueles) que su cuenta de correo electrónico de la Universidad de Palo Alto se colapsó. En todo el mundo, la gente analizaba párrafo por párrafo el contenido del artículo:[185]

> A principios de este verano, Christine Blasey Ford envió una carta a una veterana legisladora demócrata en la que alegaba que Brett M. Kavanaugh, candidato a la Corte Suprema, había intentado violarla hace más de tres décadas, cuando ambos eran estudiantes de secundaria en una zona residencial de Maryland. Desde el miércoles, ha visto cómo una versión resumida de su historia se hacía pública sin que apareciese su nombre ni su consentimiento, lo que ha provocado un desmentido total por parte de Kavanaugh y ha afectado un nombramiento cuyo éxito hace tan solo unos días estaba casi asegurado.
>
> Ford ha decidido que, si su historia va a ser contada, quiere ser ella la que lo haga.

En Brooklyn, Jodi y Megan leyeron el artículo del *Post* e intuyeron la erupción que sin duda estaba a punto de estallar.

A la vista de las pruebas, Ford y Kavanaugh atraerían sendos ejércitos de incondicionales. Tal como había señalado Katz, la historia de Ford tenía lagunas, y no precisamente pequeñas: grietas en la memoria de la denunciante y una ausencia de pruebas de la época del presunto incidente. El viernes anterior, Kavanaugh emitió un contundente desmentido a través de la Casa Blanca:[186] «Niego categórica e inequívocamente esta acusación. No he hecho nada de lo que se me acusa, ni cuando estudiaba secundaria, ni nunca».

No obstante, Ford había admitido desde el principio la existencia de agujeros en su memoria, lo que algunos interpretaron como algo propio de una víctima creíble. Describía detalles muy específicos: la música rock que sonaba a todo trapo mientras los dos chicos se reían «como locos». «Kavanaugh la inmovilizó sobre la cama de espaldas y la manoseó por encima de la ropa, restregando su cuerpo contra el de ella y haciendo torpes esfuerzos por quitarle el bañador de una pieza y desvestirla —explicaba Emma Brown—. Cada vez que intentaba gritar, él le tapaba la boca con la mano». Las reacciones a la noticia del *Post* fueron mucho más favorables de lo que habían anticipado sus abogadas, un testimonio de la fuerza del #MeToo. Personas de todo el mundo que se habían movilizado en apoyo a las víctimas de violencia sexual y que se sentían

conectadas se unían a la causa de Ford.

Se estaba convirtiendo en un símbolo instantáneo para las mujeres que habían sufrido abusos, una figura en quien volcaban sus esperanzas de justicia (aunque también era bastante probable que se convirtiera en foco de reacciones negativas). Megan, que recordaba los gritos de Trump por teléfono hacía casi dos años y que conocía bien la furia con la que se respondía a ese tipo de acusaciones, se preguntaba si Ford estaba a punto de convertirse en un nuevo objetivo a derribar. En el libro de Bob Woodward, *Miedo. Trump en la Casa Blanca*, Trump le decía las siguientes palabras a un amigo que había admitido comportamientos problemáticos hacia las mujeres: «Tienes que negarlo, negarlo y negarlo, y después pelear contra esas mujeres». Y añadía: «Si admites cualquier culpabilidad, estás muerto».[187]

Tal vez Trump no se limitara a atacar a Ford: era probable que quisiera ensañarse con el movimiento #MeToo en su conjunto. Las actuaciones de este movimiento ya habían supuesto un peligro para él, que aún se enfrentaba a muchas acusaciones de conducta sexual inapropiada. Ahora amenazaba a su candidato para ocupar un asiento en la Corte Suprema. Tan solo dos meses antes, el presidente se había burlado de la expresión #MeToo en un mitin político y había defendido a un miembro del Congreso acusado de haber ignorado a quienes denunciaron acoso sexual cuando ejercía de ayudante de entrenador de lucha en la Universidad Estatal de Ohio.[188] «En absoluto les creo a ellas. Le creo a él», había dicho el presidente.

Los expertos en leyes estaban divididos. Las viejas fuentes, los fiscales y los abogados defensores aseguraron a Megan que si los detalles de la acusación de Ford eran ciertos, si los dos chicos la habían inmovilizado en aquella habitación y habían subido la música al máximo, si Kavanaugh le había tapado la boca con la mano cuando ella había tratado de gritar, entonces había cometido un crimen muy grave. En la justicia penal, un único testimonio creíble de una víctima tenía mucho peso: testigos, ADN y otras formas de pruebas corroborativas no eran un requisito indispensable para declarar a alguien culpable.

Otros, no obstante, subrayaron la importancia de los plazos de prescripción: «Me opongo a la candidatura de Kavanaugh, creo que los senadores deberían votar no en función de sus decisiones judiciales, pero me resulta incómodo afirmar que su comportamiento adolescente pueda decirnos algo sobre su "naturaleza" actual», tuiteó Rosa Brooks, profesora de Derecho en la Universidad de Georgetown, que había trabajado para dos administraciones demócratas. Señaló que «después de treinta y cinco años, es casi imposible llevar a cabo una investigación completa o justa».[189]

Esa tarde, Jodi habló con Katz, que se encontraba en un nuevo y más avanzado estado de ansiedad.

—Temo por mi cliente —dijo la abogada—. La Casa Blanca va a destrozarla.

Tampoco confiaba en los demócratas. A dos meses de las elecciones legislativas, temía que usaran a Ford como un arma arrojadiza.

Antes de colgar, Katz añadió un nuevo detalle, de forma extraoficial.

—Mi cliente no puede testificar —dijo—. Es algo innegociable.

Había costado sudor y lágrimas que Ford accediese al artículo del *Post*, y la mujer había dado por hecho que, una vez publicado, poco más podría exigírsele. Tenía pánico a volar y a las cámaras, y no quería volver a Washington. Si los miembros de la Comisión Judicial del Senado querían interrogarla en California, no se opondría, pero ¿que los

senadores la frieran a preguntas delante de las cámaras? «Eso no va a pasar de ninguna manera», dijo Katz.

Sin embargo, a la mañana siguiente, lunes 17 de septiembre, Katz acudió a diversos programas informativos matutinos en los que aseguró a los presentadores que su clienta estaba preparada para testificar en el Congreso.[190]

—La respuesta es sí —dijo Katz en la CNN cuando se lo preguntaron directamente.

Era el órdago de su vida. Nada había cambiado desde el día anterior. Ford apenas era consciente de que su abogada estaba diciendo aquello por televisión.

—Teníamos que decir que iba a venir —explicó después Katz.

Semanas antes, Katz, Banks y Seidman habían recomendado prudencia a Ford, conscientes de los riesgos de exponerse públicamente. Ahora, sin embargo, creían que su mejor baza era testificar en una audiencia pública y televisada, porque estaban convencidas de que en cuanto los estadounidenses la vieran y escucharan su relato, creerían en ella. Hablar con senadores o con sus gabinetes a puerta cerrada solo serviría para que tergiversaran, ocultaran o simplemente menospreciaran las palabras de Ford.

En ese momento sentían que su prioridad era que Ford mantuviera todas sus opciones abiertas. «Si nos mostrábamos ambiguas, habríamos parecido débiles —dijo Katz. Los republicanos habrían dicho que Ford no era una persona lo bastante seria como para dar la cara y defender su acusación—. Si cedes a eso, estás acabada». De modo que se lanzaron de cabeza y decidieron negociar la forma y el momento del testimonio, atrasándolo cuanto fuera posible para que su cliente contara con más días para hacerse a la idea. (Y para que, con suerte, salieran a la luz nuevas acusaciones). Si más tarde Ford se mostraba renuente a aparecer, perfecto. Pero más valía echarse atrás tarde que regalarlo todo en los inicios.

—Tienes que confiar en nosotras, necesitas mantener abiertas todas tus opciones —le dijeron las asesoras a Ford—. Tú decidirás qué se hace en cada momento.

«De acuerdo», había respondido Ford. Pero aseguró a su equipo que jamás acabaría compareciendo. Las asesoras intervendrían en representación de Ford, irían abriendo camino, mientras confiaban en que la profesora acabara animándose y en que su influencia fuese creciendo.

Puesto que el Senado estaba controlado por una mayoría republicana, Chuck Grassley, el presidente de la Comisión Judicial, estaba al frente de casi todo lo relativo al desarrollo de las audiencias de Kavanaugh.[191] Por detrás de él se encontraba el senador Mitch McConnell, el líder de la mayoría republicana, conocido por sus estrategias de mano dura, como, entre otros ejemplos, impedir que el expresidente Barack Obama postulara al nuevo juez de la Corte Suprema antes de la finalización de su mandato.

Tanto Grassley como Trump habían prometido un trato respetuoso a Ford, lo que tal vez servía como prueba de lo mucho que habían cambiado las cosas en tan solo un año. Ese mismo verano, la Comisión Judicial del Senado había celebrado una audiencia en la que Grassley y otros miembros de la Comisión habían tenido que aguantar una buena reprimenda por las acusaciones de acoso sexual surgidas en el seno de la propia judicatura federal.[192] Los republicanos a cargo parecían encantados de respetar a Ford, pero también parecían conscientes de la percepción potencialmente perjudicial de una confrontación entre los integrantes republicanos de la Comisión Judicial, todos hombres, y una mujer vulnerable, como ya había sucedido en las audiencias de Clarence Thomas. Los ayudantes de Trump, al parecer, le insistían en el error político que supondría actuar

a la ofensiva. «No debe recibir un trato insultante —dijo ese lunes por la mañana la consejera presidencial Kellyanne Conway a los periodistas en la entrada de la Casa Blanca—. No debe ser ninguneada».[193] Ante la proximidad de las elecciones legislativas, los republicanos, que ya habían perdido parte del voto femenino, se mostraban casi considerados hacia Ford. En esa actitud, el equipo de Ford encontró un punto de apoyo.

Su plan era que Seidman fuese elaborando los plazos del equipo en un segundo plano, mientras Katz y Banks negociaban directamente con los subordinados de Grassley.

Pero los telespectadores ignoraban que, esa mañana, además de una clienta poco predispuesta, Katz ocultaba un segundo secreto. Después de aparecer en televisión, se trasladó en coche al hospital, se puso una bata de paciente, entregó el teléfono a su mujer y la anestesiaron, porque ese mismo día, y no otro, se sometía a una muy esperada cirugía mamaria.

Años antes, Katz había superado un cáncer de mama y se había recuperado por completo, pero, como muchas mujeres, necesitaba que le reemplazaran un implante. La cirugía había sido programada con semanas de antelación y su compañía de seguros no le había permitido modificar la fecha.

Había jurado a Ford que la intervención no supondría ningún problema. Jodi y Megan recordaron la cirugía de Laura Madden justo antes de que viera la luz el artículo sobre Weinstein. Pero esa vez se trataba de una situación aún más límite, porque Katz estaría inconsciente cuando aún le quedaba un montón de trabajo por delante. ¿Estaba la abogada tan empecinada en aquel testimonio que iba a negociar con Grassley todavía aturdida por la anestesia?

Seidman, mientras tanto, había salido de la ciudad. Su madre había fallecido una semana antes y se encontraba en Atlanta poniendo en orden diversos asuntos familiares.

En el bufete de la avenida Connecticut, la sensación de pánico de Lisa Banks, que se había quedado a cargo de la situación, iba en aumento. El despacho de Grassley ya había empezado a enviar mensajes para concertar una llamada con Katz y su clienta, y sus ayudantes no comprendían la falta de respuesta de Katz.

«Me pregunto sinceramente cómo he podido perderla de vista —dijo medio en broma Banks en un mensaje de texto a la mujer de Katz—. ¡Vaya puto espectáculo! Y aquí me tienes, intentando reconducir el futuro del país yo sola. Una persona con menos experiencia terminaría dándose a la bebida, o a algo peor. Por favor, dile que todo está bien y borra este mensaje», concluía con el emoticono de una copa de martini.

El día avanzaba y las activistas del #MeToo continuaban celebrando las movilizaciones sin sospechar que Ford no estaba dispuesta a testificar y que su principal representante estaba tumbada en una mesa de quirófano.

A la mañana siguiente, martes, Katz se despertó en la granja familiar, en un rincón apartado de Maryland. Le habían dado puntos, tenía una buena hinchazón y el médico le había ordenado que no pisara su despacho hasta pasados dos días como mínimo. Pero ella renunció a cualquier medicación que pudiera nublarle la mente, se incorporó en la cama, abrió el portátil, revisó los correos electrónicos enviados por el gabinete del senador Grassley y comenzó las negociaciones.

El primer paso del equipo de Ford había sido solicitar al FBI que investigara la acusación de Ford, con la esperanza de que la imparcialidad de los agentes arrojara algo de luz sobre el incidente ocurrido hacía tres décadas. Pero el FBI se negaba a implicarse;

daban la verificación de antecedentes sobre Kavanaugh por concluida. Los republicanos de la Comisión Judicial del Senado insistían en que la propia comisión poseía la autoridad y la capacidad necesarias para llevar a cabo la investigación.

El equipo de Ford rechazaba las propuestas de la Comisión de Grassley para entrevistar a Ford en privado, por lo que les correspondía negociar los términos de una vista pública, es decir, de elaborar normas sobre la marcha. Esa mañana, en un artículo de opinión en el *Times*, Anita Hill expresaba su preocupación ante esa misma posibilidad.[194] Decía que veintisiete años antes, durante su propia comparecencia, los miembros de la comisión «actuaron de tal manera que permitieron que las empresas abordaran con negligencia las denuncias de acoso en el lugar de trabajo durante décadas». El hecho de que la Comisión, en la que aún seguían algunos senadores de entonces, careciera todavía de un protocolo específico para evaluar las acusaciones de acoso o agresión sexual contra un candidato sugería que «había aprendido poco de las audiencias de Thomas, por no hablar del mucho más reciente movimiento #MeToo». La forma en que Ford lidiaría con la Comisión estaba en el aire: el momento, el formato y quién más podría participar.

En las siguientes jornadas, las dos partes intercambiaron correos electrónicos cuidadosamente redactados y sucintas llamadas telefónicas. Katz y Banks presionaron para que la Comisión citara a Mark Judge, el viejo amigo de Kavanaugh y, según el relato de Ford, la tercera persona en la habitación en el momento de la agresión. Tal como había descrito en su carta a Feinstein, recordaba haberlo visto pasado un tiempo en una tienda de alimentación, visiblemente incómodo, como si se sintiera mal por lo ocurrido. Judge, un alcohólico en recuperación, había escrito dos libros de memorias sobre la vida en Georgetown Prep, la célebre escuela preparatoria para la universidad.[195] En ellos describía una cultura de excesos donde era habitual beber hasta perder el conocimiento. En uno de los libros, *Wasted: Tales of a GenX Drunk* (*Cogorza: historias de un borracho de la generación X*), uno de los personajes, Bart O'Kavanaugh —una presumible referencia velada al juez—, cierta noche «potó en el coche de alguien» y «se desmayó volviendo a casa después de una fiesta». El equipo de Ford pensaba que, como mínimo, Judge podría corroborar los excesos de su viejo amigo con la bebida.

«¿Cómo podía la Comisión llegar a la verdad sin solicitar la comparecencia de Judge?», preguntaban Katz y Banks. Sin embargo, el equipo de Grassley respondió que solo seguirían adelante con el proceso si no se aceptaban citaciones de testigos. En su lugar, aceptaron una declaración escrita de Judge en la que reconocía haber sido amigo de Kavanaugh en la secundaria, pero no recordar esa fiesta ni haber visto jamás a Kavanaugh comportándose como había descrito Ford.[196] El gabinete de la Comisión aceptó también una declaración escrita de P. J. Smyth, otro amigo de Kavanaugh que Ford recordaba en la misma fiesta, en la que aseguraba que no recordaba nada, que Kavanaugh era una persona de «gran integridad» y que nunca le había visto incurrir en ninguna conducta inapropiada hacia las mujeres.[197]

Los republicanos habían eliminado a los posibles testigos, por lo que la situación se reducía a las siguientes preguntas: «¿A quién creéis? ¿A ella o a él?».

En su correspondencia oficial, el equipo de Ford trató de contener su indignación. Estaban lidiando con una institución como el Senado, por lo que el mundo entero las observaba. Ford había solicitado a sus abogadas que se dirigieran a la Comisión con la máxima profesionalidad posible. Insistía en que dar un paso al frente no era ninguna

acción partidista por su parte y que habría actuado igual si Kavanaugh hubiera sido de su propio partido. No estaba claro si era consciente de que mucha gente no lo veía así: colaboraba con abogadas demócratas a las que había conocido a través de la principal figura demócrata en la Comisión Judicial del Senado, y con Seidman, una empleada al servicio del partido demócrata, con el objetivo de presentar una acusación que podría echar por tierra la elección de un candidato republicano a la Corte Suprema. Mike Davis, la persona al frente del comité republicano en las negociaciones de la Comisión, consideraba que el equipo de Ford había aprovechado la acusación con fines políticos y que los retrasos en las negociaciones formaban parte de una estrategia coordinada para arruinar el nombramiento de Kavanaugh.[198]

De vuelta en Palo Alto, encerrada en el hotel, Ford iba recibiendo los informes de las negociaciones, pero no terminaba de asimilar todas sus implicaciones, según explicó más tarde. Muchas de las reacciones al artículo del *Post* la habían animado, incluyendo las de algunos colegas de profesión, que se apresuraron a defender su firmeza, y las de antiguos compañeros de la secundaria, que publicaron una carta en la que aseguraban que la supuesta agresión era «muy coherente con las historias que escuchamos y vivimos» en esa época. «No creo que los medios de comunicación, amigos de distintas épocas de mi vida y colegas de Stanford y de la facultad de Palo Alto estén dispuestos a ayudarme», le había dicho Ford en un mensaje a Katz el día previo a la publicación el artículo.

Pero ya estaban a jueves y Ford seguía sin comprometerse de ninguna manera a viajar a Washington. Cada vez que Katz intentaba convencerla, Ford se resistía:

> Ford: Siento demasiada presión en estos momentos.

Katz intentaba ser paciente, pero no podía tener a la Comisión Judicial esperando eternamente.

> Katz: Créeme, lo último que quiero es presionarte yo también. Simplemente soy consciente de las limitaciones de tiempo. Tenemos que enviar un correo electrónico a Grassley y a Feinstein pronto.
>
> Ford: No puedo ir ☹
>
> Ford: A D. C.
>
> Katz: No pasa nada. Siempre nos podemos echar atrás poniendo en cuestión la ecuanimidad de las reglas que iban a emplearse. Ese sería el siguiente paso.

Aun así, la abogada necesitaba que su cliente le diera luz verde para seguir adelante con las negociaciones.

> Katz: Para aclararnos: te parece bien que enviemos el correo electrónico (necesitamos hacerlo pronto). Pero quieres que dejemos muy claro que si no aceptan unas condiciones ecuánimes que sean justas y garanticen tu seguridad, no seguirás adelante.
>
> Ford: Quiero que sepas que mientras escribes esto no puedo garantizar que vaya a ir a D. C. 😟 ¿Puedo echar un vistazo a la versión final?
>
> Ford: Estoy tan asustada que me falta el aire.

Ford aún no había aceptado lo que estaba pasando en realidad (algo que se había

convertido en un patrón: había enviado la carta a Feinstein sin ser del todo consciente de las posibilidades de que terminara filtrándose; había seguido adelante con el artículo del *Post*, convenciéndose de que su paso por el ciclo informativo solo se prolongaría una semana); había puesto todo aquello en marcha haciendo lo posible para que su intervención fuese pequeña y discreta, pero a cada paso la situación había ido cogiendo fuerza y haciéndose más grande. Ahora se encontraba ante una decisión que podía cambiarle la vida a ella y, posiblemente, al país entero, y trataba de evitarla. A lo largo de todo el proceso, Katz, Banks y Seidman la habían animado a que siguiera pidiéndole que dejara las cosas en sus manos. No querían actuar en contra de la voluntad de su cliente, pero estaban tomando las riendas, decididas a guiar a Ford hacia delante.

Ese jueves por la noche, Ford llegó a un oscuro restaurante francés encajonado en una calle tranquila de San Francisco. Coburn, otro de los abogados de Washington que le asesoraba, estaba en la ciudad y deseaba conocerla en persona. Al sentarse frente a él, Ford señaló la gorra de béisbol sobre su cabeza. «Este es mi disfraz», dijo intentando forzar una sonrisa.

Durante una larga cena, dejó muy claro el motivo de su miedo a viajar a Washington. Su familia se había visto obligada a contratar los servicios de una empresa de seguridad privada las veinticuatro horas del día. No sabían a ciencia cierta cuándo podrían volver a casa de forma segura.

Ford ya había experimentado suficientes trastornos y peligros.

Apretó un botón de su teléfono: «¡Zorra mentirosa!», exclamó una voz al otro lado.[199] El abogado le dijo que tenía derecho a estar asustada por todos esos mensajes y la animó a que los compartiera con el FBI. «Te quedan tres meses», dijo una segunda voz. Otros mensajes repetían frases similares y sonaban como si hubieran salido de la misma máquina de alterar la voz, lo que le había hecho sospechar que pudieran estar coordinados. «No te metas con mi chico Brett». «No te metas con mi chico Trump».

Al día siguiente, viernes 21 de septiembre, Katz fue a la consulta del médico para que le quitara los puntos. En la sala de espera echó un vistazo al televisor. A los republicanos se les estaba agotando la paciencia.

La CNN emitía una lista confidencial de exigencias que Katz había enviado al despacho de Grassley y que debía haber filtrado algún miembro del gabinete republicano.[200] Trump cuestionaba abiertamente la acusación de Ford con el siguiente tuit: «Estoy seguro de que si el ataque contra la doctora Ford hubiera sido tan terrible como ella dice, o bien ella, o bien sus queridos padres lo habrían denunciado inmediatamente a las autoridades».[201] En un encuentro con activistas evangélicos, McConnell prometía que el Senado «saldría adelante» y que Kavanaugh sería ratificado.[202]

Esa noche, el bloque republicano de la Judicatura anunció que la Comisión votaría a favor de la ratificación de Kavanaugh el lunes siguiente, 24 de septiembre.[203] Punto. Si Ford quería comparecer, necesitaba confirmarlo antes de las 10 de la noche del viernes. Los presentadores de los informativos nocturnos hablaban como si ya hubiera pasado todo. «Estaban a punto de arrollarnos», recordaría Katz más adelante.

Trabajando desde su despacho, Katz y Banks, con sendas tazas de café en la mano, escribieron una incendiaria carta dirigida al gabinete de Grassley con acusaciones de intimidar a una mujer vulnerable que se estaba enfrentando a amenazas de muerte.

«La imposición de plazos artificiales y agresivos respecto a la fecha y a las condiciones

de una posible audiencia ha sumido a la doctora Ford en tremendos e injustificados niveles de estrés y ansiedad —escribieron—. El trato arrogante a la víctima de una agresión sexual que ha estado haciendo todo lo posible por cooperar con la Comisión es del todo inapropiado».

«El plazo de las 22:00 horas es arbitrario. Su única finalidad es intimidar a la doctora Ford y privarla de su capacidad de tomar una decisión sopesada en un caso cuyas implicaciones podrían cambiarles la vida a ella y a su familia —proseguía la carta—. Pedimos modestamente que pueda disponer de un día adicional para tomar dicha decisión».

Enviaron su respuesta directamente a los medios de comunicación, y fue emitida de inmediato por televisión.

Dos horas después, Grassley tuiteó su concesión empleando una redacción extraña con la que parecía dirigirse expresamente al juez:[204]

> Juez Kavanaugh acabo d permitir una nueva prórroga a la Dra Ford para decidir si quiere proceder cn la declaración q hizo la semana pasada para testificar ante el Senado. Si se decide, podemos continuar. Quiero escucharla. Espero q lo comprenda. No suelo mostrarme indeciso.

Sin una hoja de ruta clara y sin que los demócratas tuviesen ningún control sobre las decisiones de los poderes estatales, Katz, Banks y Seidman habían colocado a Ford en una posición en la que tendría que testificar en el plazo señalado, a pesar de que su cliente ni siquiera había dado el visto bueno. Con el tiempo, el mundo entero hablaría de la fuerza del testimonio de Ford sin comprender el papel en la sombra desempeñado por estas mujeres.

Pero, de momento, necesitaban que su clienta fuera a Washington.

El sábado ya estaba claro que Ford nunca daría un sí firme y definitivo a testificar en una audiencia pública. Su indecisión la paralizaba. Sus asesoras trabajaban en tándem, convenciéndola para que diera un pasito detrás de otro.

Un simpatizante, directivo de la industria tecnológica, había ofrecido su *jet* privado para que Ford viajara a Washington. Ford advirtió a su equipo que cualquier mención del avión solo conseguiría ponerla más nerviosa. Aun así, Katz le envió fotos del aparato para transmitirle lo real de la situación.

A continuación, sus asesoras le pidieron que ponderara a quién llevaría a Washington si al final decidía seguir adelante. El avión podía acomodar a algunos de sus amigos. Su marido se quedaría en Palo Alto cuidando de sus hijos; ambos progenitores estaban decididos a no alterar la vida de los chicos más de lo estrictamente necesario. Ford analizó quiénes entre sus amigos podrían ofrecerle una mayor tranquilidad. Una era madre de trillizas y de una cuarta hija que se llevaba menos de dos años con sus hermanas; había sido su confidente durante todo ese verano, desde aquellas primeras conversaciones en la costa de Santa Cruz. Ella la ayudaría a mantener la calma. Lo mismo podía decirse de Keith Koegler, su amigo y confidente, que presentaría una declaración jurada ante la Comisión Judicial del Senado explicando que unos años atrás Ford le había hablado de una agresión sufrida a manos de un destacado juez. También le convendría contar con la presencia de otros dos amigos, miembros del profesorado de la

Escuela de Medicina de Stanford.

Al ir compartiendo paso a paso estos hipotéticos escenarios, Katz, Banks y el resto de asesoras lograron convencer a Ford para que viajara a Washington a hablar con los senadores. El domingo, su equipo y el de Grassley finalmente llegaron a un acuerdo: la audiencia se celebraría el jueves siguiente, 27 de septiembre.

Pero ese domingo, el 23 de septiembre, la batalla contra Kavanaugh pegó un giro brusco. Por fin llegó lo que el equipo de Ford llevaba semanas esperando: dos nuevas acusaciones contra el juez se hicieron públicas casi al mismo tiempo. De repente, Kavanaugh quedaba retratado de una forma mucho más siniestra, como un agresor reincidente.

The New Yorker publicó el relato de Deborah Ramirez, quien afirmaba que Kavanaugh había cometido exhibicionismo delante de ella durante una fiesta en la que había corrido el alcohol cuando ambos eran compañeros de clase en Yale.[205] Mientras estaba borracha «en el suelo, aturdida y arrastrando las palabras», Kavanaugh le puso el pene en la cara y ella lo tocó para apartarlo. «Brett se reía —decía Ramirez—. Todavía puedo ver su cara y el modo en que me acercaba las caderas, como cuando te subes los pantalones».

Casi al mismo tiempo, Michael Avenatti, el abogado de California que representaba a Stormy Daniels, la estrella del porno que había aceptado un acuerdo con Trump, tuiteó unas acusaciones inquietantes contra Kavanaugh supuestamente presentadas por una nueva clienta:[206]

> Tenemos constancia de la existencia de importantes pruebas de múltiples fiestas en el área metropolitana de Washington D. C. a comienzos de los ochenta en las que Brett Kavanaugh, Mark Judge y otros habrían participado en el acoso a mujeres con alcohol/drogas para después permitir que un «tren» de hombres las violara en grupo.

Avenatti no mencionaba el nombre de su clienta, pero sus tuits incluían preguntas importantes dirigidas al juez, como, por ejemplo: «¿Alguna vez ha abordado a una o más mujeres para tener sexo o para violarlas en una fiesta privada?». Afirmaba contar con numerosos testigos dispuestos a testificar.

Katz, Banks y Seidman seguían el desarrollo de los acontecimientos. Y, a pesar de que creían que Ramirez decía la verdad con respecto al exhibicionismo de Kavanaugh contra ella, y que esa nueva acusación serviría para aumentar la credibilidad de Ford, la actuación de Avenatti les parecía posiblemente perjudicial.

Ese mismo domingo por la mañana, Rebecca Corbett, trabajando desde su casa en Baltimore, se enteró de que *The New Yorker* se disponía a publicar su artículo; a menudo los periodistas saben estas cosas sobre la competencia por el solapamiento de informaciones y de fuentes. Cuando tuvo conocimiento de que *The New Yorker* estaba a punto de publicarlo, dio por hecho que la revista habría cimentado bien su reportaje y pidió a sus reporteros que comenzaran a esbozar un texto que resumiera los hallazgos de la revista. En periodismo, ese tipo de artículo, cuya redacción supone una auténtica cura de humildad, se conoce como «artículo de seguimiento».

Sin embargo, en cuanto Corbett, Baquet y Purdy leyeron esa noche el artículo de *The New Yorker*, Corbett pidió a sus periodistas que esperaran. La revista había conseguido

algo fundamental que el *Times* no tenía: una entrevista con Ramirez. Algunos aspectos de su historia eran similares a los de Ford (el artículo de *The New Yorker* tampoco incluía testigos; un compañero de clase anónimo aseguraba haber oído el incidente, pero no lo había presenciado). Personas que Ramirez recordaba en la fiesta lo desmintieron o, directamente, no recordaban aquella fiesta.

En cualquier caso, el relato de Ramirez incluía otros peros. El artículo reconocía que Ramirez se había mostrado reacia a hablar, en parte por las lagunas mentales causadas por el alcohol. Había necesitado seis días para revisar sus recuerdos y estar segura del papel que había tenido Kavanaugh en el presunto incidente. (Ronan Farrow, coautor del artículo, dijo al cabo de un tiempo que muchas víctimas deben lidiar con lagunas mentales y que esos seis días eran una indicación de lo cauta que se había mostrado Ramirez). A la pregunta de si había confiado a otras personas que el agresor fuese Kavanaugh antes de que se anunciase su candidatura, *The New Yorker* no ofrecía ninguna respuesta. Tal vez tuvieran en su haber un mayor respaldo no revelado para el relato de Ramírez, pero lo cierto es que en el artículo brillaba por su ausencia.

En la labor periodística, al informar sobre noticias importantes, lo habitual es que los medios traten de igualar los reportajes de la competencia. Si el *Post* tiene una primicia sobre los negocios de Trump en Rusia, el *Times* intentará investigar el mismo material, y viceversa. No solo para tener informados a sus propios lectores sino también para ofrecer una confirmación adicional. Como las revisiones entre pares que realizan los científicos: si equipos separados, e incluso rivales, son capaces de realizar los mismos experimentos y de obtener los mismos resultados, los descubrimientos se consideran más fiables. En las investigaciones sobre Weinstein, los artículos del *Times* y de *The New Yorker* coincidieron en su mayor parte (cuando no en su totalidad), lo que dio cuenta de la robustez del material.

Sin embargo, este escenario era diferente. En los últimos días, periodistas del *Times* habían entrevistado a decenas de antiguos compañeros y no habían encontrado a ninguno que tuviera un conocimiento directo del incidente. Es más, el *Times* supo que Ramirez había contado a varios antiguos compañeros de Yale que no estaba segura de que Kavanaugh fuera la persona que se había exhibido ante ella. Los editores del *Times* no estaban sacando conclusiones sobre lo ocurrido aquella noche en la fiesta, pero sí pensaban que, según las propias investigaciones del periódico, la acusación no era lo bastante sólida como para que mereciera un artículo de seguimiento.

Los tuits de Avenatti, por su parte, suscitaban un conjunto de preocupaciones distintas y más graves. Había formulado acusaciones veladas contra el juez por violaciones grupales sin mencionar siquiera quién era la denunciante. El abogado parecía tener sus propias motivaciones. Cuando representaba a Stormy Daniels, Avenatti había ofrecido información a los medios al mismo tiempo que esparcía sus elevadas ambiciones personales. Meses antes, con la historia en pleno desarrollo, el presuntuoso abogado le había explicado a Corbett que estaba dispuesto a cooperar con el *Times* y con otros medios escritos, pero que su principal objetivo era salir por televisión. «Puedo acostarme contigo, pero no voy a casarme contigo», le dijo.[207]

Ese domingo, Corbett dio instrucciones a los periodistas del *Times* para que continuaran indagando en busca de nuevas acusaciones. Pero en el artículo de esa noche sobre las intrigas del inminente testimonio de Ford, la acusación de Ramirez solo se mencionaba en el párrafo decimocuarto, a la vez que se recogían otros hallazgos del

Times.[208] No había ninguna mención a Avenatti ni a su clienta anónima.

El lunes por la mañana, los republicanos se apoyaban en los puntos débiles de las nuevas acusaciones para defender con más ahínco a Kavanaugh. Tal vez el equipo de Ford se había equivocado al pensar que las denuncias adicionales reforzarían la historia. En su lugar, podían restar valor a la de Ford. Una semana antes, Kellyanne Conway había defendido que Ford merecía ser escuchada. Ahora, en una intervención en el programa *CBS This Morning*, Conway decía que las acusaciones contra Kavanaugh «comenzaban a parecer una gran conspiración de izquierdas», e insinuaba que el juez se había convertido en una válvula de escape para una acumulación de «denuncias contenidas» por parte de víctimas de acoso y agresiones sexuales.[209]

En el Senado, McConnell acusaba a los demócratas de haber emprendido una «vergonzosa campaña difamatoria» contra el juez.[210] Envalentonado, Kavanaugh publicó una carta en la que afirmaba que de ninguna manera pensaba rendirse.[211]

Mike Davis, el asesor republicano de la Comisión Judicial del Senado, dijo después que la aparición de Avenatti había sido especialmente significativa: «Ha aparecido de la nada en mitad de todo esto y lo ha convertido en un circo, minando la credibilidad del resto de denunciantes».[212]

La mañana del miércoles 26 de septiembre, la víspera de su testimonio, Ford estaba instalada de incógnito en el Hotel Watergate, una elección que no respondía tanto a su legado como a su ubicación alejada del núcleo central de Washington.

Ford había llegado en avión el día anterior a bordo del *jet* privado prestado y con lorazepam recetado para ayudarla a relajarse, según explicó ella misma más tarde. Nada más bajar del avión, de entre todas las personas con las que podía haberse encontrado, lo hizo con Conway, que aparentemente esperaba para subirse a otro avión. Ford se había calado la gorra de béisbol y los amigos que la acompañaban desde California la rodeaban como si fuesen un escudo protector. En cualquier caso, Conway no dio señales de haberla reconocido. No era de extrañar, porque a pesar de que Ford estaba en el punto de mira de todas las noticias, la gente no conocía el sonido de su voz ni el aspecto que tenía. Lo único que se había publicado de ella era una fotografía procedente de LinkedIn, tomada décadas antes y en la que salía con gafas de sol. En el Watergate estaba tan protegida que un guardia de seguridad apostado en la habitación contigua abría su puerta cada vez que Ford abría la suya. Hasta la mañana siguiente seguiría siendo un misterio para la mayor parte del país.

Mientras sus amigos visitaban monumentos en Washington, Ford se dirigía a una sala de conferencias situada en un nivel inferior del hotel. Katz y Banks estaban allí, yendo y viniendo de su bufete a la sala secreta donde se preparaban. También estaba Larry Robbins, que continuaba asesorando a Ford en un segundo plano, y Michael Bromwich, un antiguo colega de Robbins que el viernes anterior se había unido al equipo para ayudar en la ronda final de las negociaciones con la Comisión Judicial. Seidman trabajaba al otro lado del vestíbulo.

La estrecha y sencilla habitación tenía un wifi irregular, pero alguien había provisto cada asiento alrededor de la mesa con blocs de notas con el logotipo del Watergate, bolígrafos y botellas de agua. Katz, una abogada júnior de su bufete y Bromwich habían redactado una declaración inicial basándose en los detalles que Ford les había proporcionado a ellas y al *Post*, evitando toda alusión a un lenguaje sexual explícito

porque eran conscientes de lo mucho que incomodaba a Ford. Esta leyó el borrador y lo reescribió casi por completo. «Taché casi todo —dijo más adelante. No porque hubiera errores fácticos, sino porque no sonaba a ella—. No era mi lenguaje. No estaba ordenado como yo lo habría hecho. Tenía que hacerlo mío». Ford escribía y reescribía, igual que cuando trabajaba en sus artículos científicos, sin prestar atención a los abogados que había en la sala.

Bromwich y Robbins dedicaron una hora a preparar a Ford para algunas de las preguntas que podían hacerle durante la vista, y le ofrecieron consejos generales sobre cómo manejarse durante el testimonio: estás ahí para decir la verdad; no estés pendiente del resultado. Si los senadores emplean palabras ambiguas, no te pongas a especular acerca de su significado. Si te hacen una pregunta en tres partes, pide que la desglosen de una en una. Bromwich le explicó que él se sentaría a su lado durante la audiencia. Cuando los senadores hicieran una pausa, ella debía mirarlos, respirar profundamente y no preocuparse de lo que decían.

Robbins y Bromwich, ambos especialistas en testimonios ante el Congreso, sabían que la clave para rendir bien en ese tipo de situaciones era practicar por adelantado, anticipando preguntas y puliendo respuestas. Todo el mundo practicaba antes de un testimonio en el Congreso, incluso cuando se trataba de simples y rutinarias cuestiones reglamentarias. El no practicar las respuestas se consideraba una actitud ingenua, incluso imprudente. Los abogados necesitarían entrenar a Ford con mucha rapidez; algunos directivos corporativos dedicaban semanas, meses incluso, a preparar sus propias comparecencias en el Congreso, pero ellos solo disponían de un día.

Ford tomó algunas notas, pero le costaba concentrarse porque los abogados se pisaban unos a otros al hablar. Cuando le pidieron que practicara sus respuestas, se negó. «Era muy obstinada», dijo Robbins.

En menos de veinticuatro horas, Ford estaría dando el testimonio más emotivo que nadie en Washington hubiera escuchado en mucho tiempo. Para evitar la impresión de que en la bancada republicana solo había hombres, estos senadores cederían su turno de preguntas a una experta fiscal llamada Rachel Mitchell. Todo el mundo, no únicamente los senadores, estaría atento a posibles debilidades, inconsistencias o momentos incómodos durante la intervención de Ford.

Ford no estaba nerviosa. Para ella era como practicar para un examen del que sabía todas las respuestas. Estaba muy segura de lo que sabía y de lo que no. Ninguna preparación podría cambiar eso.

Solo le preocupaba una cosa: «No estoy segura de poder hacer esto delante de las cámaras», dijo al equipo. Repitió una vez más la pregunta que llevaba haciéndose desde hacía días: ¿por qué no podía responder a las preguntas de la Comisión Judicial del Senado en una audiencia a puerta cerrada?

Entonces intervino Seidman. En una conversación cara a cara con Ford, reiteró lo que Katz y Banks llevaban días diciéndole: la única forma de asegurarse de que su relato se comunicara con precisión e integridad era a través de una vista televisada. Kavanaugh haría lo mismo. «De acuerdo», repuso Ford.

Seidman finalmente se convenció de que Ford seguiría adelante. Katz y Banks no estaban tan seguras.

Esa tarde, Jodi tomó un tren a Washington, buscó la dirección del bufete de Katz y Banks, entró en una cafetería a pocos pasos de sus oficinas y se preparó para pasar allí

muchas horas de espera. Katz no la había invitado. Nunca había conocido a Banks y todavía no había intercambiado una sola palabra con Ford. A esas alturas, Megan y ella solamente conocían una parte de lo que sucedía entre bastidores. Cuando Jodi informó a Katz de que se preparaba para ir a D. C., la abogada le dijo que no podía prometerle que lograra ver a Ford. Pero Megan y Jodi habían acordado que una de las dos estaría en Washington para cubrir lo que estaba a punto de suceder, para ser testigo de todo aquello desde la posición más cercana posible mientras intentaban descifrar el desarrollo de los acontecimientos.

Más tarde, esa misma noche, Jodi seguía sentada en la misma cafetería cuando Katz y Banks acudieron a su rescate y la escoltaron a su despacho para que presenciara el tramo final de los preparativos. Las abogadas estaban de muy buen humor. Su despacho se había transformado en un centro de operaciones lleno de recordatorios de las dispares reacciones a la historia de su clienta. Había guardias de seguridad en la puerta debido a las amenazas que habían recibido las abogadas, pero el espacio también estaba abarrotado de muestras de apoyo, como centros florales enviados a Ford por personas desconocidas y que estaban amontonados de cualquier manera sobre el escritorio de Katz. Habían recibido tantas cajas de galletas que habían tenido que apilarlas encima de los archivadores.

En la oficina solo quedaba un pequeño grupo de abogados y estrategas, en su mayoría mujeres, que se habían ofrecido voluntarias para ayudar a Ford. Se sentían llenas de energía, optimistas y desafiantes.

De camino al ascensor, Katz cogió un ejemplar del *Times* de una de las mesas y señaló el titular con gesto triunfal: «Bill Cosby, en su día ejemplo de paternidad, es ahora un recluso».[213] El día anterior, Bill Cosby había sido condenado a tres años de prisión, una rendición de cuentas que muchos pensaban que jamás llegaría. Los tertulianos decían que era el primer veredicto importante de la era del #MeToo. Katz sentía que la historia estaba de su parte.

Pero en ese mismo momento, Megan, que seguía el caso desde Nueva York, contemplaba a Trump pegando voces por televisión para decir que las acusaciones contra Kavanaugh formaban parte de una gran «estafa» demócrata.[214] El presidente utilizaba el caso de Kavanaugh para reafirmar su propia inocencia y presentarse a ojos del mundo como víctima. «Llevo mucho tiempo siendo una persona famosa y se han presentado muchos cargos falsos contra mí, cargos realmente falsos —dijo Trump—. Por eso, cuando veo que le pasa a otros, me lo tomo de una forma distinta a como se lo toma alguien que está en su casa viendo la televisión y dice: “Oh, el juez Kavanaugh esto o lo otro”. Me ha pasado muchas veces».

Una vez más, Trump apuntaba directamente a la cobertura que habían realizado Megan y Barbaro de su trato hacia las mujeres, calificándola de «periodismo poco veraz» y de «noticias falsas». Trump también afirmaba que «cuatro o cinco mujeres han recibido mucho dinero por inventarse historias sobre mí». No había pruebas que respaldaran las afirmaciones de Trump, pero los esfuerzos de Lisa Bloom por recaudar donaciones entre destacados demócratas para apoyar a posibles denunciantes contra Trump habían sido bien documentados por periodistas, proporcionando a Trump un tema de discusión, que, convenientemente adulterado y exagerado, le había ayudado a defender sus argumentos.

Ford se fue a la cama a las diez de la noche confiando en dormir sin sobresaltos. Pero a

las dos horas estaba despierta. Se dio otra ducha y vio la televisión hasta que amaneció. «Estaba impaciente, lista para hacerlo y terminar de una vez», diría más tarde.

La mañana estuvo consagrada a los preparativos. Llegó una estilista para peinarla, y no se reconoció al mirarse en el espejo porque le dejó las puntas rizadas. Algunos de los asesores habían sospechado, y no se equivocaron, que la académica de California no dispondría del tipo de ropa con la que uno normalmente acude a una vista en el Congreso, por lo que habían encargado once trajes diferentes que fueron entregados en el hotel el día antes. A Ford le parecieron oscuros y caros, muy de la Coste este. Eligió una opción azul oscuro casi negro, un traje que habría podido llevar para dar clase; un sastre apareció de la nada para ajustárselo.

Dos colegas de Stanford, uno de los cuales había volado hasta allí en el *jet* privado y otro que casualmente se encontraba en la ciudad, desayunaron con ella en su habitación de hotel. Mientras hablaban de los artículos científicos en los que trabajaba cada uno, Ford sintió que alcanzaba el talante profesional que pretendía adoptar durante la audiencia.

Le esperaba una SUV Chevy Suburban que la llevó al Capitolio junto a Katz, Banks, Bromwich, Robbins y dos guardias de seguridad. El vehículo entró en un aparcamiento subterráneo y la escoltaron por las entrañas del Congreso, atravesando un vestíbulo y subiendo por unas escaleras hasta llegar a un ancho pasillo con puertas de despachos a ambos lados. La gente se asomaba para tratar de verla. Enseguida su equipo y ella estaban en un espacio propio, una estancia que parecía una oficina varias puertas más allá de la sala de audiencias, donde podrían descansar y reagruparse durante los recesos. Ford seguía editando de forma obsesiva su discurso inicial, que llevaba en una carpeta; quería elegir bien hasta la última palabra. Más tarde explicó que en el último momento había tachado «gritó» y lo había cambiado por «chilló».

Cuando Grassley fue a saludarla a la sala, Ford sonrió e intercambió impresiones con él. Estaba decidida a ser lo más agradable posible en todo momento.

Los asesores de Ford habían presionado a la Comisión Judicial para que la audiencia se celebrase en una de las salas pequeñas, porque pensaban que eso ayudaría a paliar los temores de Ford. Ninguno de ellos le había dicho con todas las letras el alcance que tendría la difusión de su testimonio: un nuevo intento de obviar cuán inmensa y relevante se había vuelto esa disputa en torno a un único encuentro durante los años de secundaria. A Katz y a Banks les preocupaba que el miedo la paralizara si llegaba a enterarse.

Cuando se inició la sesión, Ford empezó a leer su declaración sin prestar mucha atención a la impresión que causaba.[215] Llevaba todo el verano contando la misma historia. No había dormido en toda la noche. Lo primero que hizo al colocarse delante del micrófono fue pedir un café. La habitación le resultaba extraña, con los senadores sentados un poco más arriba que ella. La luz era extremadamente brillante, como si estuvieran en un quirófano.

Su voz sonaba áspera por la emoción, pero no se vino abajo. Las palabras y las imágenes que había escogido con tantísimo cuidado resultaban particularmente evocadoras. Habló de los torpes intentos de Kavanaugh por arrebatarle el traje de baño que llevaba debajo de la ropa, y del sonido «como de partida de pin pon» que hicieron los chicos al bajar por las escaleras, chocándose con la pared mientras ella permanecía escondida en el cuarto de baño.

«He tenido que revivir este incidente traumático ante los ojos del mundo, y he visto cómo algunas personas me desacreditaban en televisión, en Twitter, en otras redes sociales, en otros medios de comunicación y en esta institución —dijo—. Gente que nunca me ha conocido ni ha hablado conmigo. Soy una persona independiente, no soy el peón de nadie. Me mueve la idea de ser útil y proporcionar hechos sobre el daño que me han causado las acciones del señor Kavanaugh, para que ustedes puedan tomarlos seriamente en consideración a la hora de decidir su proceder».

Ford estaba acostumbrada a los intercambios de preguntas y respuestas gracias a todas las horas que había pasado en conferencias científicas, y echó mano de esa experiencia, procurando hablar con claridad y precisión. No le importaba el tira y afloja con Rachel Mitchell, la fiscal a la que los republicanos habían cedido el interrogatorio. A diferencia de los senadores, la fiscal se sentaba a su mismo nivel, lo que ayudaba a que Ford sintiera que mantenían una interacción entre iguales, según ella misma reconoció. Las primeras rondas de preguntas le parecieron respetuosas.

Pero a medida que se desarrollaba la sesión, la preocupación de Ford fue en aumento. El objeto de las preguntas de Mitchell parecía haberse desplazado. ¿Cómo había viajado hasta Washington? ¿En qué circunstancias se había sometido a la prueba del polígrafo? Todas esas preguntas le resultaban tangenciales y confusas. En el último receso, Ford estaba agotada. No quería volver a comparecer.

Cuando finalmente terminó su turno al micrófono, Mitchell se acercó a ella.

«Rezaré por tu seguridad», dijo la fiscal, y ese comentario le metió el miedo en el cuerpo. ¿Estaba Mitchell al corriente de algo concreto que Ford haría bien en temer?

De vuelta en su sala privada, los asesores de Ford sonreían y la aplaudían. Ella apreció el recibimiento, pero aún veía todo aquello en términos académicos. «Cuando das una charla sobre ciencia, dices lo que sabes —explicó—. No es una cuestión de "¡buen trabajo!"». Pero sentía que había transmitido bien su relato (se había dejado la piel en el campo, dijo después, empleando una de esas analogías deportivas a las que era tan proclive). Cuando Jeff Flake, el senador republicano de Arizona cuyo voto parecía estar en el aire, se acercó a verla, Ford lo saludó de forma afectuosa. Todavía no era muy consciente del poder o de la repercusión que sus palabras habían ejercido a lo largo y ancho del país.

Jodi había conseguido un pase para acceder a la abarrotada sala de audiencias poco antes de que finalizara el turno de Ford y pudo formarse sus primeras impresiones en persona. Estaba sentada frente a los senadores, detrás de una enorme mesa de madera y flanqueada por Katz y Bromwich. Solo podía verle la nuca a Ford, por eso lo que más llamó su atención fue la voz. A pesar del tono inesperadamente juvenil, rezumaba autoridad, en parte por su enorme precisión al hablar. A lo largo de su testimonio, parecía decidida a ofrecer todas las respuestas adecuadas. A diferencia del caso Weinstein, en el que las voces de las víctimas fueron difundidas por las periodistas, esa vez el mundo observaba y escuchaba la narración sin filtros de la propia mujer.

Teniendo en cuenta la gran cantidad de espectadores que la consideraron una testigo muy convincente, se llegó a creer que el nombramiento estaba prácticamente anulado. Víctimas de agresiones sexuales llamaban a C-SPAN[216] para compartir sus historias. «Hace años que no hablaba de esto, hasta que he escuchado su testimonio. Me rompe el corazón», dijo una mujer de setenta y seis años.[217]. Trump dijo que Ford le había parecido «muy convincente», «una testigo muy creíble».[218] En el *Times*, editores y

reporteros se preparaban para cubrir una posible retirada de Kavanaugh.

Como muchos otros espectadores, Jodi y Megan no sabían qué esperar del turno de palabra de Kavanaugh. ¿Se presentaría como si estuviera por encima de aquello, para recordarle al mundo todo lo que había conseguido a lo largo de su carrera? ¿O tal vez diría que sinceramente no recordaba ningún incidente de este tipo, pero que debía ser juzgado por su conducta adulta? Esta táctica había ayudado a otras figuras a desechar informaciones perjudiciales sobre sus años de juventud. Durante la carrera presidencial del año 2000, George W. Bush se desligó de ciertas historias sobre su consumo excesivo de alcohol diciendo: «Cuando era joven e irresponsable, era joven e irresponsable».[219] Fue uno de los giros autobiográficos más efectivos que jamás se hayan dado; logró que el exjuerguista pareciera una persona autocrítica y comprensiva: nadie quiere que le juzguen por los peores momentos de su yo joven.

Sin embargo, enseguida quedó claro que esa no era en absoluto la intención de Kavanaugh. Al comienzo de su turno en la mesa de madera pulida, ganó terreno negando amplia y contundentemente la acusación de Ford bajo juramento: «Niego de manera categórica e inequívoca la acusación de la doctora Ford contra mi persona. Nunca he asistido a ninguna reunión como la que la doctora Ford describe en su alegato. Nunca he agredido sexualmente a la doctora Ford ni a nadie».

Jodi no podía verle la cara, tan solo mechones castaños y canosos sobre una espalda ancha. Pero podía oírle, a él y a su cólera: casi parecía estar escupiendo su declaración inicial. Su comportamiento era lo opuesto al de Ford. Ella había sonado comedida, tranquila, educada, no especialmente política, y ansiosa por causar una buena impresión, salpicando su testimonio con terminología científica, como si eso ayudara a validar sus palabras. Él gritaba y sonaba mordaz y abiertamente partidista. «Todo este esfuerzo de las últimas dos semanas ha sido un golpe político orquestado y calculado, impulsado por una ira aparentemente reprimida hacia el presidente Trump y las elecciones de 2016».[220]

Durante varios minutos hizo que los oyentes se pusieran en su piel. Describió una vida de duro esfuerzo que se había visto trastocada por una serie de denuncias cada vez más frecuentes y descontroladas. La semana anterior, Julie Swetnick, la clienta de Avenatti, por fin había hablado públicamente. En una declaración jurada dirigida a la Comisión primero y en una entrevista por televisión después, se contradijo a sí misma, dando una imagen de persona no creíble.[221]

«Lo de Swetnick es una broma —dijo Kavanaugh—. Una farsa».

«Quise que se celebrara una audiencia inmediatamente después de que apareciera la acusación —dijo refiriéndose al relato de Ford—. En lugar de eso, han pasado diez días en los que se han sucedido un sinfín de despropósitos —prosiguió, mencionando algunos de los rumores que habían circulado—: estoy a bordo de barcos en Rhode Island, estoy en Colorado, ya saben, se me ve por todas partes. Y estas cosas se publican y se emiten sin respiro en las noticias por cable».

«Mi familia y mi nombre se han visto total y permanentemente destruidos por acusaciones adicionales falsas y maliciosas», dijo. Esa palabra —*adicionales*— era muy elocuente.

Preparaba el terreno para un argumento más amplio que lo situaba en el epicentro de las quejas masculinas. Dijo que la víctima era él, que toda una vida de dedicación y cuidados, hasta las horas pasadas entrenando a sus hijas al baloncesto, estaba siendo

destruida por las mujeres que hacían denuncias irresponsables.

«Si a cada estadounidense que beba cerveza, o que la bebiera en la secundaria, de repente se le considerara culpable de agresión sexual, no me quiero ni imaginar lo feo que se pondría este país», dijo.

Los senadores republicanos utilizaron su turno de preguntas para intensificar su mensaje. Apartaron a Rachel Mitchell, que había insistido a Kavanaugh sobre los detalles de los presuntos incidentes, abandonando así su plan de dejar que una mujer los representara públicamente. En su lugar, el grupo republicano, compuesto exclusivamente por hombres, expresó por turnos su indignación ante lo que llamaron la victimización de un hombre honorable.

«La situación es cada vez peor —dijo el senador John Cornyn, de Texas—. La acusación de la señorita Ramirez es algo de lo que ni siquiera *The New York Times* informaría. Y luego va y aparece el abogado de Stormy Daniels con esa increíble historia, acusándolo de una conducta de lo más sórdida y salaz. Es indignante, y es normal sentirse enfadado».

«Es una vergüenza», dijo el senador Orrin Hatch, de Utah.

«Por desgracia, este ha sido uno de los capítulos más bochornosos en la historia del Senado de Estados Unidos», afirmó el senador Ted Cruz, de Texas.

Durante su testimonio, el juez hizo algunas declaraciones inverosímiles. Dijo que lo que se conocía como «el triángulo del diablo», una expresión que se leía en su mediático anuario escolar, era un juego de beber, cuando casi todo el mundo sabía que, en la jerga de los estudiantes, se usaba para referirse a una relación a tres bandas entre dos hombres y una mujer. Afirmaba que la historia de Ford había sido «refutada por las mismas personas cuya presencia en esa fiesta ella misma aseguraba, entre las que se incluye una vieja amiga suya», lo cual no era verdad:[222] la amiga en cuestión, Leland Keyser, a quien Ford recordaba en la fiesta, dijo a la Comisión Judicial en una carta escrita por su abogado que no se acordaba de dicha reunión y que no conocía a Kavanaugh, pero también declaró a *The Washington Post* que creía que Ford decía la verdad. Cuando Amy Klobuchar, senadora demócrata por Minesota, preguntó a Kavanaugh si alguna vez había perdido el conocimiento parcial o totalmente a consecuencia del alcohol, él respondió a la defensiva devolviéndole su propia pregunta.

En la sala de audiencias, a Jodi le sorprendió algo que en televisión no resultaba tan evidente: lo pequeña que resultaba aquella habitación llena de gente, en la que no solo se habían congregado los defensores de Ford y de Kavanaugh, sino también los distintos líderes y detractores del #MeToo. Cuando Ford concluyó su testimonio, gritos de «¡gracias, doctora Ford!» se mezclaron con otros de «¡ratificad a Brett!». En los asientos reservados a los visitantes solo cabían ocho personas, y no eran mucho más grandes que las filas de un avión. Mujeres con camisetas pro-Kavanaugh se sentaban junto a las que habían acudido en apoyo a Ford. Tarana Burke, fundadora del movimiento #MeToo, iba en zapatillas de deporte para desplazarse entre las diferentes protestas que se habían organizado en todo Capitol Hill. No muy lejos de ella se sentaba Ashley Kavanaugh, la mujer del juez, con expresión horrorizada. Todas esas personas se apiñaban en una especie de caja con aire burocrático, paneles de madera y asientos de latón, preparadas para una disputa cuyas reglas se habían improvisado y en la que no había un árbitro imparcial.

A la mañana siguiente, Jodi se reunió con Katz en el vestíbulo del Hotel Watergate.

Los montones de subrayadores y M&M's aún estaban desperdigados por la pequeña sala de conferencias en la que Ford se había refugiado con su equipo. Un segundo después, entró Ford.

Su aspecto era completamente similar y a la vez totalmente diferente al del día anterior. Las primeras palabras que salieron por su boca fueron exactamente las mismas que había pronunciado al comienzo de la vista: pidió un café. Estaba igual de ávida por complacer como lo había estado la víspera, y preguntó a Katz si había saludado al senador Flake con la suficiente amabilidad. («Has estado encantadora», le aseguró Katz). Pero el traje formal había desaparecido y en su lugar llevaba una sudadera de color turquesa con capucha y sandalias Birkenstock con suela de goma, recordatorios ambos de que esa persona tenía una identidad y una vida que solo habían sido parcialmente representadas a lo largo de unas pocas horas en la escena pública. Volvía a parecer californiana, con el pelo revuelto como si se acabara de despertar. En la muñeca llevaba una pulserita de plata en la que ponía «valiente».

Tras marcharse de Capitol Hill el día anterior, por fin se permitió derrumbarse un poco. No había visto el testimonio de Kavanaugh. Por la noche, sus amigos y familiares se habían reunido en una habitación en el Watergate para celebrar que, menos mal, ya había pasado todo; en aquella velada, sus invitados de Palo Alto conocieron a sus amigos de la secundaria. Uno iba a conceder una entrevista por televisión para hablar sobre Ford, y ella le agradeció el gesto. Sus padres también estaban allí. Mientras todos los demás charlaban y bebían, Ford se tumbó en un banquito tapizado en mitad de la fiesta y cerró los ojos.

El avión de Ford salía pronto y estaba deseando regresar a la Costa oeste, alejarse volando del calvario de Washington. Cuando hablaba sobre cuándo podría instalarse otra vez en su casa, se centraba en lo que supondría retomar su antigua vida y su rutina, algo que parecía complicado: su historia estaba teniendo un efecto político, nacional y cultural equivalente al de un seísmo.

Al cabo de unas horas, mientras la Comisión Judicial se preparaba para votar a favor o en contra de elevar la nominación al conjunto del Senado, Katz y Banks seguían la cobertura minuto a minuto desde la sala de juntas de su despacho. Jodi estaba con ellas y observaba a las abogadas mientras aguardaban para conocer si el testimonio de su cliente realmente influiría en el resultado del nombramiento.

Katz se paseaba de una punta de la sala a la otra intercambiando mensajes con Ford, que en esos momentos estaba volando. La espera era una agonía, y el resultado que las abogadas deseaban —que el senador Jeff Flake o que algún otro senador republicano votara en contra del juez— parecía improbable. Así pues, a medida que se sucedían los titulares y las imágenes, sin que apareciera ninguna noticia real, Jodi planteó a las abogadas una pregunta más amplia: ¿cuánto habían cambiado realmente las cosas durante el último año y cuál sería el legado del testimonio de Ford?

—Si ratifican a Kavanaugh, dudo mucho que vayamos a estar mejor —dijo Banks, la pesimista de la pareja.

Katz, que seguía creyendo que era posible, no estaba de acuerdo con esa respuesta. Sentía que Ford había desafiado normas sociales obsoletas, y la única razón de que hubiera podido hacerlo era gracias a la plataforma que le había ofrecido el movimiento #MeToo; los estándares ya habían cambiado.

—Hace un año jamás le hubieran dado la oportunidad de testificar —argumentó—. Se ha producido un salto cualitativo. Las instituciones no han cambiado. El Senado no ha cambiado. El poder de este país está concentrado en torno a la Casa Blanca y al Senado, pero esto no quiere decir que este movimiento sea un fracaso.

Katz añadió que muchos de los adversarios de Ford no la habían llamado directamente mentirosa. En su lugar, sobrevolaba la excéntrica teoría de que había confundido la identidad del agresor. Admitía que era una extraña forma de progreso, pero un progreso al fin y al cabo.

—No estoy diciendo que este movimiento sea un fracaso —replicó Banks—. Lo que estoy diciendo es que, a pesar de lo poderoso que es, los resultados parecen los mismos.

Al final, la televisión no ofreció respuestas claras. Después de haber sido interpelado dramáticamente en un ascensor en Capitol Hill por dos víctimas de agresión sexual, Flake negoció un paréntesis en el procedimiento para que el FBI investigara tanto la acusación de Ford como la de Ramirez antes de que el conjunto del Senado votara el nombramiento. Eso era exactamente lo que Katz y Banks habían tratado sin éxito de conseguir hacía semanas. Los republicanos de la Comisión y la Casa Blanca lo aceptaron, dispuestos a cualquier cosa con tal de que Flake apoyara al juez.

Jodi regresó a Nueva York y Megan llegó para ser la sombra de las abogadas. Por televisión y por Internet, algunos comentaristas interpretaban el aplazamiento del voto y la apertura de una investigación como una victoria para Ford, pero Katz y Banks se mostraban escépticas.

—Todavía no sabemos qué va a pasar —le dijo Katz a Megan.

Varias horas más tarde, de vuelta en California, el viernes 28 de septiembre, Ford tuvo un emotivo encuentro con su marido y sus dos hijos. Los chicos brincaban arriba y abajo, colmándola de abrazos.

Por primera vez en meses, Ford se sintió casi serena. Había sentido algo de vergüenza sentada frente a todas aquellas cámaras, además de cierta incomodidad con Rachel Mitchell, pero nadie había tratado de destruir a su familia ni su carrera académica. Había asumido que Kavanaugh saldría ratificado, que era lo que siempre había pensado. Su victoria consistía en haber explicado su historia al mundo con dignidad. Tal vez eso facilitaría que la siguiente generación de víctimas diera un paso adelante. Y quizá la gente encargada de investigar a los candidatos a la Corte tuviera más cuidado la próxima vez.

Por fin podía recuperar su vida, pensó Ford. Declinó todas las solicitudes de entrevista que le propusieron y manifestó a su equipo que no quería ser ese tipo de persona. Lo único que quería era volver a dar clase.

Pero en vez de eso, mientras los republicanos buscaban la manera de sacar adelante la confirmación de Kavanaugh, se convirtió en blanco de ataques.

El domingo por la noche, Rachel Mitchell envió un memorando de cinco páginas a los integrantes republicanos del Senado cuestionando la credibilidad de Ford.[223] («Cualquier caso de “él dijo, ella dijo” es increíblemente difícil de probar. Y este lo es aún más si cabe»). Tres noches después, Trump se burló de ella socarronamente durante un mitin en Southaven (Misisipi), soltándose más de lo que lo había hecho hasta entonces.[224] («¿Cómo llegaste a tu casa?». «No me acuerdo». «¿Cómo llegaste allí?». «No me acuerdo». «¿Dónde está ese lugar?». «No me acuerdo». «¿Hace cuántos años que pasó?». «No lo sé.

No lo sé. No lo sé». «¿En qué vecindario estaba?». «No lo sé». «¿Dónde está la casa?». «No lo sé». «En la planta de arriba, en la planta de abajo, ¿dónde pasó?». «No lo sé»).

Mientras Trump pronunciaba aquel discurso, los republicanos de la Comisión Judicial del Senado divulgaron la declaración jurada de un hombre con el que Ford había salido a principios de los noventa. En ella afirmaba haber sido testigo de cómo Ford empleaba sus conocimientos de psicología para preparar a una compañera de piso para una prueba del polígrafo que formaba parte del proceso de selección para un trabajo en los cuerpos de seguridad, una afirmación que parecía diseñada para poner en entredicho la prueba del polígrafo que la propia Ford había superado. Ford estaba furiosa. Una cosa era que sus detractores la tomaran con ella, pero esa mentira perjudicaba también a su amiga, Monica McLean, una exagente del FBI que se vio obligada a negar públicamente que Ford o cualquier otra persona la hubiera preparado para pasar un examen del polígrafo.[225]

Nadie en Estados Unidos parecía indiferente a lo que había hecho Ford. Todos tenían una opinión. Una camarera del restaurante Dale, en Southaven (Misisipi), la misma ciudad en la que Trump acababa de hacer un mitin, se contaba entre los indignados:[226] «Las mujeres pueden decir cualquier cosa —dijo sobre el movimiento #MeToo—. Sabes tan bien como yo que se lo buscan ellas mismas para subir peldaños, para destruir a alguien que no les importa lo más mínimo. Creo que es algo que debería haberse mantenido en privado. Claro que hay un montón de tíos en este mundo que se dedican a hacer un montón de cosas que no deberían hacer». Su propia hija había sido víctima de una violación. «Vamos, que sé perfectamente de lo que hablo. Puedes ir a terapia uno o dos años, o lo que sea que necesites, pero un trastorno por estrés postraumático… No, no lo veo. Eso ya es pasarse. Mi hija ha seguido la mar de bien con su vida. Perdonas. Olvidas. No cargas con ello durante toda tu maldita vida».[227]

Para otros, Ford era una auténtica heroína. Por todos los rincones, víctimas de violencia sexual abrían sus corazones como respuesta a su testimonio. Recibía decenas de miles de cartas de gente que la apoyaba y que le confiaba sus propias historias de abusos, agresiones y acoso. Celebridades como Ellen DeGeneres y Connie Chung, citando a Ford como inspiración, hicieron públicas por primera vez las violaciones que habían sufrido.[228] Capitol Hill estaba plagado de manifestaciones cuya intensidad hacía que las primeras marchas anti-Kavanaugh parecieran tranquilas. En una de sus portadas, la revista *Time* publicó un montaje con distintas frases de su declaración formando la imagen de su cara.

Al hablar con *The Washington Post* y al testificar ante las cámaras, Ford había tratado de mantener el control sobre su propio relato, pero ahora sentía que se le estaba escapando entre los dedos y que se había expandido en todas direcciones; en resumidas cuentas, que otros se lo estaban apropiando. Desesperada por tener la última palabra, volvió a consultar con su equipo. ¿Había algo más que pudiera hacer o decir? Su equipo le aconsejó que no hiciera nada. Aunque compartiera un vídeo mostrando los ataques, sus detractores seguirían menospreciándola. Y de ninguna manera podía cargar con el peso del trauma de cada víctima.

—No puedes echarte a la espalda las esperanzas, las plegarias y los sueños de todas las personas que quieren que a las mujeres se las trate con respeto —le dijo Katz durante una llamada—. No puedes hacerlo.

Sin embargo, Ford era incapaz de dejarlo estar. La noche del 4 de octubre llamó a Katz

y a Banks. Al día siguiente, el Senado iba a celebrar finalmente la primera de las votaciones para que avanzara la nominación de Kavanaugh. La investigación del FBI finalmente había sido muy limitada. Después de entrevistar a Mark Judge, P. J. Smyth, Leland Keyser y al abogado de uno de los testigos, el FBI no había encontrado «pruebas».[229] No entrevistaron a Ford, ni a Kavanaugh. No se resolvieron los interrogantes sobre lo que realmente había sucedido tres décadas antes. (La investigación tampoco encontró pruebas que corroboraran la acusación de Ramirez).

Pero Ford insistía en tener la última palabra. Esa noche terminó de escribir una carta secreta que había empezado a redactar dos días antes. Iba dirigida al senador Jeff Flake, y en ella le daba las gracias por el trato amable que le había expresado.

Más tarde esa misma noche, Banks envió la carta a la dirección de correo electrónico privada del senador. A la mañana siguiente, antes de que se celebrara la votación, un mensajero llevó una copia impresa a su despacho.

La tarde del viernes 5 de octubre, el Senado dio un paso más hacia la ratificación. El voto final probablemente tendría lugar al día siguiente. Se cumplía un año exacto desde la publicación del primer artículo de Jodi y Megan sobre Weinstein, y hacía casi dos años que la grabación de *Access Hollywood* había salido a la luz.

Megan tomó un tren a Washington y se encontró a Katz fuera de su despacho. La abogada tenía el móvil apoyado en el cuello y lágrimas en los ojos. El proceso seguía los derroteros esperados. Estaba al teléfono con Ford; ambas trataban de asimilar lo que estaba pasando. Ford había llegado muchísimo más lejos de lo que jamás había planeado, y, aun así, el juez iba a acabar en la Corte Suprema.

—Tú has hecho tu parte, ten fuerza —le dijo Katz.

Al día siguiente, Katz, Banks y una abogada júnior de su bufete se abrieron paso entre centenares de manifestantes para acceder al edifico del Senado y asistir a la votación final del nombramiento de Kavanaugh; Megan iba tras ellas. En la galería del Senado, las abogadas empujaron las puertas de madera, bajaron por las escaleras de mármol blancas y se sentaron en las sillas de color azul. Estaban allí para representar a Ford hasta el final, aunque eso no significara más que estar sentadas en la galería.

Las abogadas contemplaban con gesto serio cómo los senadores republicanos, uno tras otro, se levantaban para explicar que en todas partes había hombres inocentes que corrían el riesgo de ser injustamente atacados. La mayoría de ellos no apuntó directamente a Ford; la veían como un peón de quienes pretendían derrotar el nombramiento de Kavanaugh. Los demócratas hacían lo contrario: criticaban a Kavanaugh y elogiaban a las que lo acusaban, mostrando su apoyo a las víctimas de agresión sexual en todas partes. Cuando el senador Dick Durbin, un demócrata de Illinois, ensalzó a Ford como la definición del deber cívico y se disculpó por el trato que había recibido, Katz, superada, agachó la cabeza.

La creciente preocupación que había a ambos lados del debate dio paso a la indignación. En Capitol Hill, las manifestantes anti-Kavanaugh sujetaban enormes letreros que rezaban «Creemos en Christine Blasey Ford» y «Creemos en todas las víctimas», y se encaraban con los senadores republicanos; incluso se presentaron en casa de McConnell con latas de cerveza para gritar, en alusión a los hábitos adolescentes de Kavanaugh,[230] «¡Bebe, bebe, bebe!», y también «¿Qué podemos hacer con un juez borracho?». Algunas se abrían camino en la galería para asistir a la votación final. Una

tras otra, se fueron levantando para gritar sus proclamas. Mientras los guardias de seguridad las sacaban de allí a rastras, sus consignas resonaban por todo el vestíbulo: «Estoy con las víctimas». «Esto es una deshonra para la historia estadounidense».

Al otro lado de la sala, Don McGahn, asesor de Trump en la Casa Blanca, observaba el desarrollo de la sesión con una sonrisa en la cara. Con la votación terminada, el senador McConnell celebró una rueda de prensa. Megan advirtió que también él irradiaba regocijo: había conseguido una nueva mayoría en la Corte Suprema y, tal vez, una inesperada bonificación política. La «masa virtual que nos ha atacado en el transcurso de este procedimiento ha incendiado a nuestras bases», dijo.

Ciertamente, la confirmación de Kavanaugh no era la medida definitiva del porvenir del movimiento #MeToo. Unas semanas antes, trabajadoras de McDonald's, entre las que se encontraba Kim Lawson, la mujer entrevistada por Jodi, habían celebrado una huelga de costa a costa para protestar por las débiles políticas de la empresa en materia de acoso sexual.[231] Los historiadores dijeron que se trataba de la primera huelga contra el acoso sexual en todo un siglo. Leslie Moonves, presidente de la CBS, dimitió de su cargo, convirtiéndose en el primer director general de la lista Fortune 500 que perdió su empleo por sus actos.[232] El día antes, el Comité del Premio Nobel de la Paz anunció que el galardón de 2018 sería para Nadia Murad y Denis Mukwege, dos activistas que trabajaban para poner fin a la violencia sexual. En ese momento, el *Times* estaba finalizando un impactante reportaje sobre Google y sus problemas, que se habían mantenido en secreto, con algunos de los principales directivos masculinos, incluido el llamado padre de los teléfonos Android, a quien habían pagado noventa millones de dólares para que abandonara la compañía después de que una empleada lo acusara de obligarla a mantener sexo oral, una acusación que él había negado.[233]

El debate en torno a las acusaciones de Ford estaba ayudando a que la gente reexaminara la conducta de los estudiantes, aunque solo fuera a nivel privado. Ahí era donde se estaban gestando los cambios más profundos. Y es que los cacofónicos debates públicos, a menudo insatisfactorios, desencadenan conversaciones privadas más reflexivas.

Los sentimientos de la propia Ford continuaron fluctuando sobre lo sucedido. En las entrevistas que concedió a Megan en los meses siguientes, a menudo se mostraba triste o confusa, en ocasiones envalentonada y enfadada, y casi siempre nerviosa. ¿Había hecho bien en compartir su historia? ¿Habría sido mejor guardársela para ella misma? Un día era capaz de enumerar las muchas razones por las que era mejor no dar un paso al frente en caso de agresión, y al día siguiente podía afirmar no arrepentirse de nada. La ambivalencia que había sentido al principio tenía visos de alargarse mucho tiempo.

En el momento álgido de su encontronazo con Kavanaugh en Washington, el *Times* preguntó a sus lectores si alguna vez se habían comportado hacia las mujeres de maneras de las que ahora se arrepintieran.[234] Cientos de personas respondieron, confesando transgresiones que iban desde manoseos a violaciones en grupo.

«Creo que "conquistarla" sexualmente era algo que pensaba que necesitaba hacer», escribió Tom Lynch al explicar cómo había metido mano a una chica por debajo de la falda en el baile de graduación en 1980.

Terry Wheaton, que ahora tenía ochenta y dos años, explicó que había besado por la fuerza a una compañera de clase hacia 1952.

«Lo siento, Diane», añadió.

[180] Entrevistas de Megan Twohey a Christine Blasey Ford realizadas entre 2018 y 2019.

[181] Sheryl Gay Stolberg, Adam Liptak y Charlie Savage, «Takeaways from Day 1 of Brett Kavanaugh's Confirmation Hearings», *The New York Times,* 4 de septiembre de 2018, <https://wwww.nytimes.com/2018/09/04/us/politics/kavanaugh-confirmation-hearing-updates.html>.

[182] *Ibid*.

[183] Ryan Grim, «Dianne Feinstein Withholding Brett Kavanaugh Document from Fellow Judiciary Committee Democrats», *The Intercept,* 12 de septiembre de 2018, <https://theintercept.com/2018/09/12/brett-kavanaugh-confirmation-dianne-feinstein>.

[184] Dianne Feinstein, «Feinstein Statement on Kavanaugh», senadora de Estados Unidos por California, Dianne Feinstein, 13 de septiembre de 2018, <https://www.feinstein.senate.gov/public/index.cfm/press-releases?ID=FB52FCD4-29C8-4856-A679-B5C6CC553DC4>.

[185] Emma Brown, «California Professor, Writer of Confidential Brett Kavanaugh Letter, Speaks Out about Her Allegation of Sexual Assault», *The Washington Post,* 16 de septiembre de 2018, <https://www.washingtonpost.com/investigations/california-professor-writer-of-confidential-brett-kavanaugh-letter-speaks-out-about-her-allegation-of-sexual-assault/2018/09/16/46982194-b846-11e8-94eb-3bd52dfe917b_story.html>.

[186] Seung Min Kim, «Kavanaugh Denies Decades-old Allegation of Potential Sexual Misconduct», *The Washington Post,* 14 de septiembre de 2018, <https://www.washingtonpost.com/politics/kavanaugh-denies-decades-old-allegation-of-potential-sexual-misconduct/2018/09/14/60ee3ae8-b831-11e8-94eb-3bd52dfe917b_story.html?utm_term=.7d6c36ca93cf>.

[187] Bob Woodward, *Miedo. Trump en la Casa Blanca*, Roca Libros, Barcelona, 2018, traducción de Traducciones Imposibles.

[188] Aaron Blake, «"I Don't Believe Them": Trump Doubts Sexual Abuse Accusers and Sides with an Ally—Again», *The Washington Post*, 6 de julio de 2018, <https://www.washingtonpost.com/news/the-fix/wp/2018/07/06/i-dont-believe-them-trump-doubts-sexual-abuse-accusers-and-sides-with-an-ally-again>.

[189] Rosa Brooks (@brooks_rosa), «Tweet 1 of a bunch: I oppose Kavanaugh's nomination, think senators should vote no based on his judicial record, but am uncomfortable with asserting that his behavior as a teen tells us anything about his "character" now», Twitter, 16 de septiembre de 2018, <https://twitter.com/brooks_rosa/status/1041482381625122816>.

[190] «Lawyer: Kavanaugh Accuser Willing to Testify», CNN, 17 de septiembre de 2018, <https://www.cnn.com/videos/politics/2018/09/17/kavanaugh-accuser-christine-ford-attorney-debra-katz-newday-sot.cnn>.

[191] Descripciones de las negociaciones entre el equipo de Ford y el gabinete republicano de la Comisión Judicial del Senado de Estados Unidos basadas en las entrevistas de Twohey y Kantor a Katz y Banks; entrevista de Megan Twohey a Mike Davis; comunicación escrita incluida en la investigación de la Comisión Judicial del Senado de las numerosas acusaciones contra el juez Brett Kavanaugh durante los procesos de confirmación del Senado, 2 de noviembre de 2018, <https://www.judiciary.senate.gov/imo/media/doc/2018-11-02%20Kavanaugh%20Report.pdf>; correos electrónicos adicionales proporcionados por Katz.

[192] Lydia Weaver, «Senate Judiciary Urges Response to Sexual Harassment in Federal Courts», *The Hill*, 13 de junio de 2018, <https://thehill.com/regulation/392075-senate-judiciary-wants-response-to-sexual-harassment-in-federal-courts>.

[193] «Kellyanne Conway Says Kavanaugh Accuser "Should Not Be Ignored"», NBC, 17 de septiembre de 2018, <https://www.nbcnews.com/video/kellyanne-conway-says-kavanaugh-accuser-should-not-be-ignored-1322246211718>.

[194] Anita Hill, «How to Get the Kavanaugh Hearings Right», *The New York Times,* 18 de septiembre de 2018, <https://www.nytimes.com/2018/09/18/opinion/anita-hill-brett-kavanaugh-clarence-thomas.html>.

[195] Dwight Garner, «What a Book Critic Finds in Mark Judge's *Wasted* 21 Years Later», *The New York Times*, 2 de octubre de 2018, <https://www.nytimes.com/2018/10/02/books/wasted-mark-judge-memoir.html>.

[196] Investigación de la Comisión Judicial del Senado de las numerosas acusaciones contra el juez Brett Kavanaugh durante los procesos de confirmación del Senado, 2 de noviembre de 2018, <https://www.judiciary.senate.gov/imo/media/doc/2018-11-02%20Kavanaugh%20Report.pdf.79>.

[197] Investigación de la Comisión Judicial del Senado de las numerosas acusaciones contra el juez Brett Kavanaugh durante los procesos de confirmación del Senado, 2 de noviembre de 2018, p.90-91 <https://www.judiciary.senate.gov/imo/media/doc/2018-11-02%20Kavanaugh%20Report.pdf, 90–91>.

[198] Entrevista de Megan Twohey a Mike Davis realizada en junio de 2019.

[199] Entrevistas de Megan Twohey a Barry Coburn y Christine Blasey Ford realizadas en 2019.

[200] Transcript, «Trump's Star Gets Bars; Kavanaugh Accuser Open to Testifying; Conway's Interview Reviewed», CNN, 21 de septiembre de 2018, <http://transcripts.cnn.com/TRANSCRIPTS/1809/21/nday.06.html>.

[201] Donald J. Trump (@realdonaldtrump), «I have no doubt that, if the attack on Dr. Ford was as bad as she says, charges would have been immediately filed with local Law Enforcement Authorities by either her or her loving parents. I ask that she bring those filings forward so that we can learn date, time, and place!», Twitter, 21 de septiembre de 2018, <https://twitter.com/realdonaldtrump/status/1043126336473055235>.

[202] «"We're going to plow right through it", McConnell says on Kavanaugh nomination», *The Washington Post*, 21 de septiembre de 2018, <https://www.washingtonpost.com/video/politics/were-going-to-plow-right-through-it-mcconnell-says-on-kavanaugh-nomination/2018/09/21/39beef50-bdac-11e8-8243-f3ae9c99658a_video.html?utm_term=.56cd2476da50>.

[203] «Judiciary Committee Continues Effort to Accomodate Testimony from Dr. Ford Next Week», Comisión Judicial del Senado, 21 de septiembre de 2018, <https://www.judiciary.senate.gov/press/rep/releases/judiciary-committee-continues-effort-to-accommodate-testimony-from-dr-ford-next-week>.

[204] La fecha del tuit de Grassley se ha predeterminado a la hora de la costa del Pacífico, por lo que dice 20:42 huso horario del Pacífico, pero Grassley realmente publicó este tuit a las 23:42 huso horario del este. Chuck Grassley

(@ChuckGrassley), «Judge Kavanaugh I just granted another extension to Dr Ford to decide if she wants to proceed w the statement she made last week to testify to the senate She shld decide so we can move on I want to hear her. I hope u understand. It's not my normal approach to b indecisive», Twitter, 21 de septiembre de 2018, <https://twitter.com/ChuckGrassley/status/1043344767684366336>.

205 Ronan Farrow y Jane Mayer, «Senate Democrats Investigate a New Allegation of Sexual Misconduct, from Brett Kavanaugh's College Years», *The New Yorker,* 23 de septiembre de 2018, <https://www.newyorker.com/news/news-desk/senate-democrats-investigate-a-new-allegation-of-sexual-misconduct-from-the-supreme-court-nominee-brett-kavanaughs-college-years-deborah-ramirez>.

206 Lisa Ryan, «What "Credible Information" Does Michael Avenatti Have on Kavanaugh?», *The Cut,* 24 de septiembre de 2018, <https://www.thecut.com/2018/09/michael-avenatti-kavanaugh-judge-client-tweets.html>.

207 Entrevistas de Megan Twohey y Jodi Kantor a Rebecca Corbett realizadas entre 2018 y 2019.

208 Sheryl Gay Stolberg y Nicholas Fandos, «Christine Blasey Ford Reaches Deal to Testify at Kavanaugh Hearing», *The New York Times,* 23 de septiembre de 2018, <https://www.nytimes.com/2018/09/23/us/politics/brett-kavanaugh-christine-blasey-ford-testify.html>.

209 Emily Tillett, «Kellyanne Conway says Brett Kavanaugh allegations feel like "a vast left-wing conspiracy"», *CBS This Morning,* 24 de septiembre de 2018, <https://www.cbsnews.com/news/kellyanne-conway-says-brett-kavanaugh-accusers-allegations-feel-like-a-vast-left-wing-conspiracy-2018-09-24>.

210 «McConnell slams "shameful smear campaign" against Kavanaugh», *The Washington Post*, 24 de septiembre de 2018, <https://www.washingtonpost.com/gdpr-consent/?next_url=https%3a%2f%2fwww.washingtonpost.com%2fvideo%2fpolitics%2fmcconnell-slams-shameful-smear-campaign-against-kavanaugh%2f2018%2f09%2f24%2ff739f09a-c02f-11e8-9f4f-a1b7af%2520255aa5_video.html%3futm_term%3d.6d2f69646c81&utm_term=.6d2f69646c81-campaign-against-kavanaugh/2018/09/24/f739f09a-c02f-11e8-9f4f-a1b7af 255aa5_video.html?utm_term=.6d2f69646c81>.

211 «Brett Kavanaugh defends himself in letter to Senate Judiciary Committee», CNN, 24 de septiembre de 2018, <https://www.cnn.com/2018/09/24/politics/read-brett-kavanaugh-letter-senate-judiciary-committee/index.html>.

212 Entrevista de Megan Twohey a Mike Davis realizada en junio de 2019.

213 Graham Bowley y Joe Coscarelli, «Bill Cosby, Once a Model of Fatherhood, Sentenced to Prison», *The New York Times,* 25 de septiembre de 2018, <https://www.nytimes.com/2018/09/25/arts/television/bill-cosby-sentencing.html>.

214 Conferencia de prensa del presidente Trump, la Casa Blanca, 27 de septiembre de 2018, <https://www.whitehouse.gov/briefings-statements/press-conference-president-trump-2>.

215 Christine Blasey Ford, declaración inicial, vista sobre Kavanaugh, 27 de septiembre de 2018, <https://www.c-span.org/video/?c4760434/christine-blasey-ford-opening-statement>.

216 Cadena de televisión estadounidense de pago. *(N. de la T.)*

217 «Brenda from Missouri calls into C-SPAN», C-SPAN, 27 de septiembre de 2018, <https://www.c-span.org/video/?c4751718/brenda-missouri-calls-span>.

218 «Trump's Evolving Statements on Christine Blasey Ford», Associated Press, 3 de octubre de 2018, <https://apnews.com/04e24ef006f4487282e2f9be3faf0a01>.

219 Jim Yardley, «Bush, Irked at Being Asked, Brushes Off Drug Question», *The New York Times,* 19 de agosto de 1999, <https://www.nytimes.com/1999/08/19/us/bush-irked-at-being-asked-brushes-off-drug-question.html>.

220 «Kavanaugh Hearing: Transcript», *The Washington Post*, 27 de septiembre de 2018, <https://www.washingtonpost.com/news/national/wp/2018/09/27/kavanaugh-hearing-transcript>.

221 David Bauder, «NBC Faces Scrutiny for Interview with Kavanaugh Accuser», Associated Press, 2 de octubre de 2018, <https://www.apnews.com/42674fffa6dd4c108ccd908bee7c856e>.

222 Investigación de la Comisión Judicial del Senado de las numerosas acusaciones contra el juez Brett Kavanaugh durante los procesos de confirmación del Senado, 2 de noviembre de 2018, <https://www.judiciary.senate.gov/imo/media/doc/2018-11-02%20Kavanaugh%20Report.pdf, 93>; Seung Min Kim, Sean Sullivan y Emma Brown, «Christine Blasey Ford Moves Closer to Deal with Senate Republicans to Testify against Kavanaugh», *The Washington Post*, 23 de septiembre de 2018, <https://www.washingtonpost.com/politics/lawyers-for-christine-blasey-ford-say-she-has-accepted-senate-judiciary-committees-request-to-testify-against-kavanaugh/2018/09/22/e8199c6a-be8f-11e8-8792-78719177250f _story.html?utm_term=.296382a233b1>.

223 Rachel Mitchell, «Memorandum, Analysis of Dr. Christine Ford's Allegations», 30 de septiembre de 2018, <https://www.jimhopper.com/pdf /mitchell_memo_highlighted.pdf>.

224 Allie Malloy, Kate Sullivan y Jeff Zeleny, «Trump mocks Christine Blasey Ford's testimony, tells people to "think of your son"», CNN, 4 de octubre de 2018, <https://www.cnn.com/2018/10 /02/politics/trump-mocks-christine-blasey-ford-kavanaugh-supreme-court/index.html>.

225 Gregg Re y John Roberts, «Christine Blasey Ford Ex-boyfriend Says She Helped Friend Prep for Potential Polygraph; Grassley Sounds Alarm», Fox News, 2 de octubre de 2018, <https://www.foxnews.com/politics/christine-blasey-ford-ex-boyfriend-says-she-helped-friend-prep-for-potential-polygraph-grassley-sounds-alarm>; Peter Baker, «Christine Blasey Ford's Credibility Under New Attack by Senate Republicans», *The New York Times*, 4 de octubre de 2018, <https://www.nytimes.com/2018/10/03/us/politics/blasey-ford-republicans-kavanaugh.htm>.

226 Susan Chira y Ellen Ann Fentress, «In a Mississippi Restaurant, Two Americas Coexist Side by Side», *The New York Times,* 8 de octubre de 2018, <https://www.nytimes.com/2018/10/08/us/politics/trump-kavanaugh-mississippi-.html>.

227 «Who Is Believed and Who Is Blamed?», *The Daily*, 10 de octubre de 2016, <https://www.nytimes.com/2018/10/10/podcasts/the-daily/kavanaugh-assault-metoo-women-girls-respond.html>.

228 Savannah Guthrie, «Ellen DeGeneres Opens up about Being a Victim of Sexual Abuse», *Today Show,* 4 de octubre de 2018, <https://www.today.com/video/ellen-degeneres-opens-up-about-being-a-victim-of-sexual-

abuse-1336566851633>; Connie Chung, «Dear Christine Blasey Ford: I, Too, Was Sexually Assaulted—and It's Seared into My Memory Forever», *The Washington Post,* 3 de octubre de 2018, <https://www.washingtonpost.com/opinions/dear-christine-blasey-ford-i-too-was-sexually-assaulted—and-its-seared-into-my-memory-forever/2018/10/03/2449ed3c-c68a-11e8-9b1c-a90f1daae309_story.html>.

229 Senate.gov, «Supplemental FBI Investigation Executive Summary», 5 de octubre de 2018, <https://www.grassley.senate.gov/news/news-releases/supplemental-fbi-investigation-executive-summary>.

230 Jenna Amatulli, «Brett Kavanaugh Protesters Bring Beer, Chant "Chug" Outside Mitch McConnell's House», *The Huffington Post,* 5 de octubre de 2018, <https://www.huffpost.com/entry/brett-kavanaugh-protesters-bring-beer-chant-chug-outside-mitch-mcconnells-house_n_5bb75543e4b028e1fe3cdc5a>.

231 Rachel Abrams, «McDonald's Workers across the U.S. Stage #Metoo Protests», *The New York Times,* 18 de septiembre de 2018, <https://www.nytimes.com/2018/09/18/business/mcdonalds-strike-metoo.html>.

232 Edmund Lee, «CBS Chief Executive Les Moonves Steps Down after Sexual Harassment Claims», *The New York Times*, 9 de septiembre de 2018, <https://www.nytimes.com/2018/09/business/les-moonves-longtime-cbs-chief-may-be-gone-by-monday.html>.

233 Daisuke Wakabayashi and Katie Benner, «How Google Protected Andy Rubin, "Father of Android"», *The New York Times,* 25 de octubre de 2018, <https://www.nytimes.com/2018/10/25/technology/google-sexual-harassment-andy-rubin.html>.

234 Alicia P. Q. Wittmeyer, «Eight Stories of Men's Regret», *The New York Times,* 18 de octubre de 2018, <https://www.nytimes.com/interactive/2018/10/18/opinion/men-metoo-high-school.html>.

Epílogo: El encuentro

En los últimos meses de 2018, decidimos retomar una idea que habíamos considerado por primera vez en el transcurso de nuestras investigaciones sobre Weinstein. Por aquel entonces, mientras nos esforzábamos en convencer a las mujeres para que rompieran su silencio, nos preguntábamos si reunir a algunas para que conversaran cara a cara tal vez sirviera de ayuda. En ese momento la idea nos pareció imposible, una amenaza para la confidencialidad que exige nuestra labor como reporteras.

Sin embargo, por nuevos motivos, nos descubrimos replanteándonos la posibilidad de hacerlo. Nos dimos cuenta de que podía contribuir a contestar algunas preguntas irresueltas que iban más allá del caso Weinstein: ¿qué pasaba después con las mujeres que alzaban la voz y qué pensaban de todo lo que había sucedido?

El 16 de enero de 2019, doce mujeres que habían formado parte de nuestras investigaciones se reunieron en Los Ángeles para responder a estas preguntas.[235] Vivían en tres países distintos e hicieron falta muchas llamadas y muchos mensajes para cuadrar los calendarios y explicar nuestras intenciones. No, no iba a ser una sesión de terapia de grupo. Lo que queríamos era llevar a cabo una entrevista conjunta con fines periodísticos. Tratamos de encontrar una sala de conferencias en algún hotel donde juntarlas a todas, pero ninguno parecía lo bastante privado. De modo que Gwyneth Paltrow, que tenía pensado asistir, nos ofreció su casa en Brentwood; las comidas correrían a nuestro cargo para evitar la aceptación de dispendios significativos por parte de una fuente. Para algunas de las participantes, los gastos de viaje suponían una barrera, así que nosotras cubrimos el coste de varios billetes de avión y habitaciones de hotel.

La tarde que llegamos —al mismo tiempo que nuestras fuentes, que también eran el objeto de nuestra investigación—, llovía. Eran las 18:00. Los coches atravesaron una discreta verja gris y nos vimos en el mismo tipo de entorno resguardado que habíamos encontrado en la casa de Paltrow en Los Hamptons, el escenario de nuestra primera entrevista con ella hacía muchos meses. Dentro, nos reunimos en la sala de estar, nuestro punto de encuentro principal durante aquella noche y parte del día siguiente. Aceptamos unas bebidas y nos instalamos en amplios sofás frente a una chisporroteante chimenea.

Por toda la estancia, el relato de nuestras investigaciones cobraba vida. Rachel Crooks, la mujer que le había contado a Megan que el presidente la había besado a la fuerza en el ascensor de la Torre Trump, había viajado desde Ohio, donde continuaba lidiando con los efectos colaterales de haber compartido públicamente su historia, lo que le había procurado tantas oportunidades como problemas, más de los que jamás hubiera imaginado. Tener allí delante, en California, a aquella mujer alta procedente del Medio Oeste supuso una sacudida para Megan, aunque tal vez no más que el resto de cosas que habían sucedido desde su primera conversación.

Ashley Judd iba en chándal porque había llegado directamente de su vuelo desde

Alemania, donde residía. Desde la publicación del artículo sobre Weinstein, había sido frecuentemente elogiada como un ejemplo a seguir, había recibido premios y había aceptado un puesto como docente en la Escuela de Gobierno John F. Kennedy de la Universidad de Harvard, su alma máter. Su curso iba a empezar en otoño de 2019 con un nombre muy simple: «Líder». Se había unido a la junta directiva de Time's Up, la organización para la promoción de entornos laborales seguros y justos que se había puesto en marcha en Hollywood tras el escándalo de Weinstein y que para entonces se había expandido enormemente, y había interpuesto su propia denuncia contra el productor por acoso, difamación y pérdida de oportunidades laborales. Personas desconocidas a menudo se acercaban a ella para expresarle su gratitud, y en cierta ocasión incluso llegó a encontrar una cola de gente esperando a que bajara de un avión.

Jodi tenía ganas de ver a Judd estrechando la mano de Laura Madden, la exayudante de Weinstein que había relatado el acoso sufrido hacía décadas en Dublín y que había viajado desde Gales. Ellas fueron las dos primeras mujeres que decidieron hacer públicas sus historias sobre el productor. A pesar de lo decidida que se había mostrado en octubre de 2017, Madden seguía hablando en voz baja mientras se colocaba el fino pelo castaño detrás de las orejas. Dijo que no estaba acostumbrada a compartir ese tipo de cosas con personas desconocidas.

Madden había viajado en avión junto a Zelda Perkins, su antigua compañera en Miramax, ahora convertida en activista. Pocas semanas después de que se publicara el reportaje sobre Weinstein, se convirtió en la primera de varias mujeres que rompieron oficialmente sus acuerdos de confidencialidad.[236] Habló de todo tipo de asuntos con la prensa, menos de los detalles explícitos y de la identidad de Rowena Chiu, la colega a la que había tratado de proteger. Efectivamente, Perkins se había arriesgado a un enfrentamiento legal con Weinstein, pero este no hizo nada. En los medios de comunicación y en el Parlamento británico lideró un debate contra los acuerdos de confidencialidad, cuestionando la propia existencia de estos sobornos para silenciar acusaciones de abusos sexuales y otros delitos.[237] Perkins era una persona crítica por naturaleza —una característica que le había ayudado a plantar cara a Weinstein hacía muchos años y de la que ahora se servía para impugnar prácticas jurídicas aceptadas—, y examinó la habitación con aire escéptico.

Se le hacía raro entrar en casa de Paltrow: la última vez que se habían visto había sido trabajando en *Shakespeare enamorado* y en otras películas, pero nunca habían compartido sus experiencias sobre el comportamiento de Harvey. Tras el estreno de *Shakespeare enamorado*, pocos meses después de que Perkins firmara el acuerdo que borraría su historia durante los siguientes veinte años, Paltrow había ganado su Óscar. Ahora, estas dos mujeres rubias estaban sentadas una al lado de la otra sobre una alfombra, charlando. Paltrow, que todavía iba con la ropa y el maquillaje de la grabación de un programa de entrevistas, se mostró como una anfitriona muy tranquila y relajada, y dejó que nosotras nos encargáramos de dirigir el encuentro.

Kim Lawson, la trabajadora de McDonald's con la que Jodi había hablado por primera vez hacía casi un año, vino desde Kansas City. Desde aquella conversación, se había convertido en una de las líderes de la campaña para que el gigante de comida rápida, el segundo mayor empleador de la nación, abordara el acoso sexual en el lugar de trabajo. Le acompañaba Allynn Umel, una de las organizadoras de la campaña sindical. Pero no daba la sensación de que Lawson necesitara que alguien la llevara de la mano: era una

persona muy vivaz y, a juzgar por las risas que se oían en la otra punta de la sala, parecía que había conectado rápidamente con las demás.

Christine Blasey Ford estaba sentada en el sofá, flanqueada por Debra Katz y Lisa Banks, las dos abogadas que la habían animado a testificar. La suya sí que fue una excursión inesperada: tres meses después de las audiencias de Kavanaugh, Ford pasaba la mayor parte del tiempo escondida. Se encontraba en una posición muy distinta a la de las demás mujeres reunidas en aquella habitación. Aún recibía amenazas de muerte. Ni siquiera había vuelto a las tiendas de su vecindario por miedo a que se le acercaran extraños, y mucho menos al trabajo docente que amaba. Pero le dijo a Megan que ir a Los Ángeles era un reflejo de su nueva determinación para intentarlo.

Además de todas esas participantes, cuyos nombres y apellidos se habían publicado, estaba Rowena Chiu, que se unió al encuentro, aunque siguiéndolo desde un segundo plano. Desde que el reportaje sobre Weinstein había visto la luz, se había mantenido al margen y solo se comunicaba con Jodi a través de su abogado. Nunca se le había identificado públicamente ni había roto su silencio, y no estaba segura de que llegara a hacerlo alguna vez. En cualquier caso, habíamos decidido invitarla, no a pesar de su silencio, sino precisamente a causa de él: muchas mujeres se habían guardado historias terribles para sí mismas. Tal vez Chiu hablara de las consecuencias de esa decisión. Pero había asistido con la condición de que, en el caso de que nunca se decidiera a dar un paso al frente, el grupo mantuviera en secreto su identidad; también quiso que su abogada, Nancy Erika Smith, estuviera presente en el encuentro.

Como Chiu había decidido permanecer oculta, pensábamos que sería una mujer tímida o afectada, pero en realidad era cálida y transmitía seguridad, y llevaba colgada del hombro una cámara impresionante. Sus padres se habían trasladado desde Hong Kong a Reino Unido antes de que ella naciera, y hablaba con acento británico. Hacía muchos años que había dejado atrás su vida en el cine. Se había licenciado en Derecho, se había convertido en consultora de gestión, se había mudado a Estados Unidos y ahora escribía informes de investigación para el Banco Mundial al tiempo que criaba a sus cuatro hijos. Resulta que vivía muy cerca de Ford. Para gran alivio de Jodi, Chiu y su marido no estaban enfadados por el momento incómodo en el caminito de entrada a su casa; comprendían lo confusa que había sido la situación. Perkins y ella finalmente habían retomado el contacto, tratando de averiguar qué papel desempeñaban para la otra después de tanto tiempo. Con todo, insistía en que no estaba segura de participar en la reunión. Aún no había compartido su historia en voz alta con un nuevo grupo de personas.

Mientras empezaban a mezclarse, las mujeres se mostraban afables pero titubeantes. Casi todas ellas eran desconocidas entre sí, y lo que tenían en común era muy inusual. En el pasado, la decisión sobre compartir sus relatos de acoso o agresión había sido un motivo de preocupación para todas ellas. Y, en muchos casos, se habían encontrado ya fuera a Jodi o a Megan al otro lado de la línea, tratando de convencerlas o de animarlas. Les habíamos pedido que asistieran a la reunión preparadas para responder una pregunta principal: después de su salto al vacío, ¿qué habían encontrado al otro lado?

Pretendíamos que la entrevista, que comenzaría esa misma noche y se prolongaría a lo largo del día siguiente, estuviese lo más compensada posible. Lo que cada mujer quisiera explicar sería igual de importante, pero era evidente que entre ellas existían disparidades

insalvables. En McDonald's, Lawson ahora cobraba diez dólares a la hora. Seis meses antes se había quedado sin hogar. No se lo mencionamos a las demás, pero hasta el último detalle de la casa de Paltrow —un conjunto de habitaciones en tonos grises y blancos distribuidas en una sola planta, conectadas por una amplia cocina y salpicadas de lujos como suaves fulares encima de los sillones y tazas de té bañadas en oro— era un recordatorio tangible de las diferencias entre las mujeres.

Hicimos una breve ronda de presentaciones explicando el papel de cada una en nuestra labor periodística, y enseguida todas nos sentamos a una mesa larga con platos de comida japonesa: brochetas, ensaladas, arroz. Una tras otra, las mujeres fueron explicando cómo habían decidido dar un paso al frente, relatando básicamente las historias que habíamos escrito, y la conversación poco a poco fue entrando en calor. Cuando llegó su turno, Paltrow alzó un vaso y brindó por Judd, por ser la primera actriz que se había atrevido a romper el silencio en torno a Weinstein.

—Ashley, en serio, lo que hiciste… Es muy muy difícil ser la primera en salir a la palestra —dijo, reconociendo que, al hablar públicamente para el primer reportaje sobre Weinstein, Judd había llegado a donde ella no lo había hecho—. Realmente tú preparaste el terreno para que las demás diéramos un paso al frente.

—Siempre estuve preocupada por ti —le respondió Judd (se refería a los años noventa, a si Paltrow estaba a salvo con Weinstein).

A medida que la conversación recorría la mesa, empezaron a aflorar ciertas experiencias comunes. Crooks explicó que algunos miembros de su propia familia habían continuado apoyando a Trump en lugar de a ella. Perkins dijo que, a pesar de toda la atención pública que había recibido a raíz de su batalla contra los acuerdos secretos, algunos de sus parientes no habían aplaudido ni una sola vez sus esfuerzos.

Madden se giró hacia Ford y le dijo que ella había sido capaz de denunciar a Weinstein en parte porque estaba segura de que sus encuentros con él formaban parte de un patrón depredador más amplio.

—Pero tú alzaste la voz sola. ¡Qué pasada! —dijo Madden.

—Sí, no sabía si había otras personas —repuso Ford.

La expectación subió de nivel en la sala. El grupo solo conocía a Ford —su rostro ahora famoso y su voz aguda ahora tan familiar— por su comparecencia pública, pero ella empezó a contarles los entresijos, las deliberaciones a lo largo del verano en la costa de Santa Cruz. Incluso les contó su idea inicial de llamar directamente a Kavanaugh antes de su nominación para pedirle que lo reconsiderara.

—En plan, ¿por qué no le llamo y le digo: «Oye, evitemos todo esto a nuestras familias»?

Cuando llegó el turno de Chiu, Jodi le ofreció la posibilidad de que la saltaran si así lo prefería.

—No pasa nada —dijo. Sus palabras fueron escuetas, pero, para ella, transcendentales —. Soy la única persona que aún no ha hecho pública su historia, por lo que tengo muy poca práctica a la hora de relatarla. —Aparte de su marido, su familia aún no sabía nada —. Pienso que muy pocas voces asiáticas han explicado públicamente este tipo de historias —prosiguió—. No es que crea que a las personas asiáticas no les ocurren esta clase de cosas, pero me parece que en Estados Unidos se ha incluido a toda una cultura dentro de un modelo minoritario de gente que no arma escándalo, que no alza la voz, que agacha la cabeza, que trabaja muy duro y que no causa revuelo.

Chiu dijo que, por esas y otras razones, había empezado a contemplar la posibilidad de romper su silencio.

—La idea de aparecer en público para contar algo que sin duda sorprenderá a mis amigos y que me cambiará la vida es realmente aterradora —dijo—. Me está ayudando mucho estar hoy aquí escuchando cada uno de vuestros puntos de vista, sobre todo en lo referente a cómo habéis dado un paso al frente y qué os llevó a hacerlo.

Con esas palabras, el orden del día se volvió más urgente y concreto. Para nosotras, la reunión era una entrevista que podríamos compartir con los lectores. Para ella, un posible impulso para una decisión que determinaría su vida.

Chiu señaló su cámara y preguntó si podía tomarles algunas fotos esa noche y al día siguiente. Se había procurado una ocupación a su medida: podía esconderse detrás del objetivo, permaneciendo invisible si quería y observando a las demás.

El grupo volvió a reunirse a la mañana siguiente, formando un círculo imperfecto con los mismos sofás y sillas en la sala de estar. En el centro había una gran otomana blanca y gris con tazas de café (y tiestos que contenían micrófonos). Aquello seguía siendo una entrevista y, como todas sabían, la estábamos grabando. El plan para las próximas horas era simple: pedimos a las mujeres que se turnaran para compartir sus historias sobre qué había pasado después de que hablaran, y confiamos en que la conversación fuera tomando forma a partir de ahí. En el exterior aún llovía, lo que aumentaba la sensación de estar en un lugar acogedor.

Laura Madden aún se mostraba nerviosa al hablar. Era muy discreta y su valentía había cosechado relativamente pocos reconocimientos. Seguía lavando platos y supervisando las tareas escolares de sus hijas en Swansea. Pero con su acento cantarín explicó a las demás mujeres lo que había sucedido en su cabeza después de que la historia sobre Weinstein saliera a la luz: había reescrito el relato de su vida como persona adulta.

—Supongo que fue el año pasado, después de escuchar las historias de otras personas, y también después de haber visto un documental que hablaba sobre los empleados de Londres… Al ver lo joven que yo era… —su voz se fue apagando mientras trataba de describir lo que había sentido al ver su propia experiencia retratada con objetividad en la pantalla—. Me permitió redefinirla y ver que en realidad yo no había hecho nada malo —dijo—. Fue él quien se portó mal.

Nadie podía devolver a Madden, ahora de cuarenta y ocho años, el tiempo que había pasado sintiéndose intranquila por su etapa en Miramax, ni hacerle entrega de una nueva carrera o de una mejor situación económica. Pero dijo: «El simple hecho de entender que él era el problema me ha ayudado a recuperar algo de mí misma».

Paltrow, sentada con las piernas cruzadas en la alfombra junto al calor de la chimenea, describió un cambio diferente a la hora de interpretar su historia y carrera personales. A partir de la publicación del artículo sobre la conducta de Weinstein descubrió que el productor la había utilizado —su nombre, su Óscar, su éxito— como un instrumento para manipular a otras mujeres vulnerables. A partir del otoño de 2017, Paltrow había pasado muchas horas al teléfono hablando con otras mujeres que le explicaban que, mientras Weinstein las acosaba y agredía, sistemáticamente la citaba a ella y su fulgurante carrera, dando a entender de forma falaz que la actriz había cedido a sus insinuaciones. «Señalaba mi carrera y les decía: ¿no quieres lo que ella tiene?».

Algunas de aquellas mujeres habían contado sus historias públicamente. Otras le habían dicho a Paltrow que, tras haber sucumbido a las pretensiones sexuales de Weinstein, sentían que nunca podrían contar lo ocurrido. Weinstein negaba haber realizado tales afirmaciones sobre Paltrow, pero al parecer por eso le había preocupado tanto que ella hablara: en cuanto las demás conocieran su historia, su plan se desmoronaría.

—Sin duda, esto ha sido lo más difícil de todo, sentirme como una herramienta coercitiva para violar —dijo Paltrow entre lágrimas—. Hace que me sienta de alguna manera culpable, aunque sé que no tiene ningún sentido.

Mientras hablaba, todos los lujos y comodidades de su casa de repente adquirieron un tono distinto: Weinstein había tomado la envidiable vida de Paltrow y la había utilizado contra otras mujeres.

Umel, la representante sindical de los trabajadores de McDonald's, ofreció una caja de pañuelos a la estrella.

A medida que hablaban unas y otras, las demás escuchaban muy atentas, sin que apenas se produjesen interrupciones ni nadie mirara el móvil. Cada una de ellas era una mensajera de un mundo desconocido: el campo de batalla del Medio Oeste; el negocio del espectáculo; la atronadora bóveda de las comparecencias en la Corte Suprema. Pero esas diferencias, en lugar de dividir al grupo, generaban curiosidad y cohesionaban a las mujeres.

Kim Lawson, la trabajadora de veintiséis años de una empresa de comida rápida, que lucía el pelo recogido en una cuidada trenza, vivía a casi 6500 kilómetros de Zelda Perkins. La productora le sacaba veinte años, hablaba con un marcado acento británico y llevaba una sudadera con el nombre de David Bowie bordado. Sin embargo, ambas se habían lanzado de cabeza al activismo, y sus palabras resonaban cuando una habló después de la otra.

Perkins describió cómo se había sentido al ofrecer su testimonio sobre los acuerdos de confidencialidad ante los miembros del Parlamento:

—Lo más extraordinario de todo fue entrar en el Palacio de Westminster y darme cuenta de que, como ciudadana, aquel lugar en realidad me pertenecía, el Palacio de Westminster me pertenecía, los políticos me pertenecían.

Lawson explicó al grupo que había presentado una queja contra McDonald's ante la Comisión para la Igualdad de Oportunidades en el Empleo, la agencia gubernamental encargada de defender los derechos de los trabajadores contra la discriminación.

—Nunca en mi vida me había sentido tan poderosa.

Pocas de las mujeres que estaban allí habían participado en huelgas de piquetes, por lo que les describió la protesta que se había celebrado en septiembre: las sonoras consignas y los gritos de solidaridad, mucha gente nueva por conocer, la sensación de energía y camaradería y todos los hombres que habían acudido en su apoyo, manifestándose deliberadamente detrás de las mujeres. Lawson pronunció un discurso, dio entrevistas y empujó durante toda la marcha el carrito donde iba su hija.

—Todos están contigo —añadió—. Es como si dijeras: hoy me vais a escuchar, aunque nunca antes lo hayáis hecho, ¿sabéis?

Sus historias implicaban una especie de inversión poética. Habían sufrido acoso pero habían adquirido una autoridad y respeto nuevos gracias a haberle plantado cara. A

pesar de su juventud, Lawson se había convertido en algo así como una entrenadora para otras empleadas de McDonald's a lo largo y ancho del país implicadas en la campaña sindical, a quienes asesoraba en una cadena de mensajes. Los clientes la miraban de otra forma: «¿No eres tú la que salió el otro día por la tele hablando de acoso sexual?», le preguntaban.

—Desde que alcé la voz he sido capaz de convertirme en la persona en la que me estaba convirtiendo a los veinticuatro —dijo Perkins, refiriéndose a la edad que tenía cuando se marchó de Miramax.

Sin embargo, ni Perkins ni Lawson podían dar cuenta de triunfos completos. La legislación en materia de acuerdos no había cambiado en Reino Unido, y Perkins no sabía si alguna vez lo haría. McDonald's, por su parte, empezaba a reforzar su política en temas de acoso sexual y había introducido una nueva formación para supervisores, así como un número de atención telefónica, y planeaba la creación de letreros que explicaran a los empleados los pasos que debían seguir para realizar una denuncia. Lawson, no obstante, no había visto que ninguno de esos cambios se hubiera materializado en su propio restaurante, y no estaba claro cuánto cambiarían los miles de lugares de trabajo de la compañía.

—Hay una parte de mí que no puede esperar a que todo haya pasado para irme con mis caballos y con mis ovejas y no tener que volver a hablar con un periodista, ni salir por televisión ni hacer nada de esto nunca más —dijo Perkins.

Algunas de las mujeres asintieron. Juntas, habían formado parte de un verdadero reordenamiento que, aunque genuino, aún estaba incompleto. ¿Cuánto más de sí mismas querían entregar a ese esfuerzo?

Rachel Crooks, sentada frente a las demás sobre sus largas piernas, contó que después de haber dado un paso adelante para compartir su historia sobre Trump, en 2016, sufrió de ansiedad incapacitante y de inseguridad. De entre las presentes, era la única que vivía en un área rural y conservadora, «una comunidad más bien #HimToo», como la llamaba ella.[238]

Después de varias apariciones en televisión y de una conferencia de prensa para hablar sobre la acusación, Crooks recibió una invitación inesperada. Los demócratas locales querían que se postulara para un cargo en la Asamblea del Estado; «una idea horrible», pensó ella. Ya había recibido críticas de quienes la acusaban de haber compartido su historia sobre Trump con fines políticos.

—Esto confirmaría lo que todo el mundo pensaba: que lo estaba haciendo con algún tipo de agenda política en mente.

Pero, por otro lado, la educación y la atención médica eran asuntos que le importaban. Y el senador actual le parecía «una marioneta del partido republicano», según dijo al grupo. Por tanto, pensó que tal vez podría usar su nuevo perfil de manera positiva.

—Para bien o para mal, dispondría de una mayor capacidad para recaudar fondos porque mi voz había adquirido un alcance nacional.

De modo que Crooks se postuló para un cargo público y aprendió a encabezar mítines y a pronunciar discursos.[239] Se había sumado a una oleada sin precedentes de mujeres que presentaban sus candidaturas por todo el país y que hacían campaña para hacerse con un poder político mayor que el que habían tenido en toda la historia de Estados Unidos.[240]

La noche que perdió las elecciones, ni lloró ni sintió autocompasión: los demócratas perdieron en casi todo Ohio. Pero, meses más tarde, vio cómo el haberse presentado a las elecciones había reforzado a quienes solo la veían a través del prisma de su historia sobre Trump. En televisión, a veces simplemente aparecía acompañada por el rótulo «acusadora de Trump» en la parte inferior de la pantalla, una expresión que su madre odiaba. «Se ha convertido en tu identidad», le había dicho hacía poco un amigo.

—Me ha abierto puertas y me ha provisto de un nuevo camino, pero también me mantiene atada a ese espantoso ser humano —dijo.

El grupo ponderó el dilema en silencio. Crooks vivía en sus carnes uno de los miedos más comunes a la hora de dar un paso al frente: podía definirte para siempre. Ford la escuchaba con particular atención. Su actual miedo coincidía con lo que Crooks decía haber enfrentado dos años antes, hasta en el preciso detalle de evitar las tiendas locales. Sentada en el sofá, con sus gafas rojas subidas sobre su frente, empezó a interrogar a Crooks, como si estuviera en posesión de un mapa de lo que le esperaba.

—Me preguntaba cuánto tiempo pasó más o menos hasta que volviste a subirte con normalidad al coche y fuiste a un restaurante sin que la gente se te quedara mirando y se preguntara si eras realmente tú —dijo Ford, que también había tenido problemas en Internet, por ejemplo, con la creación de perfiles suyos falsos en las redes sociales, donde se afirmaba: «Me retracto de toda mi historia»—. Y yo, en plan, ¡eso no es verdad! —dijo Ford—. Pero no soy lo bastante valiente para meterme en esos fregados. Y es que hay tantos… Todo eso de las redes sociales… No se me da bien.

—Lo que yo hago a veces es escribir las respuestas, pero luego nunca las publico —le explicó Crooks—. Es muy catártico.

Ford reconoció que no todas las reacciones habían sido negativas. Le habían ofrecido premios, invitaciones, contratos para un libro y para una película. Todavía se le acumulaba el correo, incluyendo muchas historias personales de violencia.

—175 000 cartas en Palo Alto —interrumpió Katz.

Esas eran solo las cartas en papel. Había muchas más electrónicas. En estas y en cualquier otra parte, las reacciones a lo que había hecho eran muy extremas.

Durante horas, las demás simplemente se habían limitado a asentir y a hacer educadas preguntas sobre los distintos temas que iban surgiendo. Ahora, en cambio, opinaban con un propósito. Paltrow ofreció su propia analogía futbolística:

—Solo te hacen un placaje cuando tienes la pelota —dijo. Se lo había escuchado una vez al cantante de country Tim McGraw.

Judd y ella —expertas desde hacía mucho tiempo en vivir bajo el escrutinio público y las críticas— empezaron a aconsejar a las demás sobre cómo lidiar con los juicios de otras personas. Judd fue muy directa e insistió a Ford en que dejara de leer sobre sí misma en Internet.

—Si una persona alcohólica puede mantenerse alejada de la bebida día tras día, yo puedo hacer lo mismo y mantenerme alejada de la sección de comentarios día tras día —dijo Judd—. Cuando me expongo a ese material estoy participando en mi propia autodestrucción.

—¿De verdad usas poco Internet? —preguntó incrédula Ford a Judd.

—Soy completamente abstemia de todos los medios que hablan sobre mí, y llevo así unos veinte años —dijo Judd.

Publicaba fotografías y compartía enlaces en las redes sociales, pero intentaba no leer

nada sobre ella: esa era una de las razones por las que se había retirado a un bosque tras la publicación del primer artículo sobre Weinstein.

Hablaba al grupo acurrucada en una silla tapizada de color rosa. Había pasado todo el día allí sentada, asimilando lo que decían las demás y hablando poco. En realidad, parecía la única participante que no había sufrido una transformación. Siempre había querido ser activista, y cuando habló abiertamente sobre Weinstein, el mundo entero parecía estar confirmando sus instintos.

—Necesito conocer la montaña en la que estoy dispuesta a morir —explicó al grupo—. Y, para mí, esa montaña es la igualdad entre los sexos.

A lo largo de la conversación, Chiu escuchaba sentada, apenas participaba y de vez en cuando cogía la cámara y sacaba fotos de las demás. Nadie la presionaba para que tomara la trascendental decisión de hacer público el relato de lo que le había sucedido hacía tantos años.

Sin embargo, en las últimas horas del encuentro, a medida que Ford se explayaba, Chiu parecía absorta en cada una de sus palabras. En la mente de Chiu, Ford se había convertido en una especie de proyección de lo que podría ocurrirle a ella si daba el paso. El hecho de que las dos fueran vecinas subrayaba aún más la conexión que sentía. Incluso mientras ella ocultaba su historia, había visto cómo sus amigos y vecinos organizaban vigilias con velas y enviaban comida a Ford.

Durante meses, Chiu había imaginado cómo sería si la controversia y las críticas que envolvían a Ford se hubiesen dirigido hacia ella. No obstante, era una analogía inexacta: el caso Weinstein estaba mucho más resuelto y era menos controvertido (aunque, para ella, era muy real).

—Imaginaba que todo se derrumbaría —admitió Chiu al resto del grupo—, que las furgonetas de los equipos de los medios de comunicación estarían aparcadas en la puerta de mi casa. Me preocupaba que siguieran a mis hijos al colegio.

Ese ejercicio mental estaba teniendo un efecto inesperado. Observar a Ford desde cerca (y conocerla ahora en persona) había reforzado el deseo de Chiu de dar un paso al frente. Dijo al grupo que sentía que estaba más cerca de unirse a ellas, de incluir su nombre en aquella historia.

—No puedo decir que estar en esta habitación con todas vosotras… No puedo decir que no me haya inspirado —dijo—. Creo que va a cambiar quién soy realmente —añadió.

Después de horas de discusión, este se había convertido en el principal hilo conductor: casi todas las participantes que habían alzado la voz se habían visto transformadas al hacerlo, y estaban sorprendidas por el impacto que había tenido en las demás el hecho de compartir su historia.

Alrededor de la sala de estar, las mujeres profirieron palabras de apoyo.

—Si decides hablar, será un gran paso, y uno que te hará crecer —dijo Lawson—. No importa cuánto hayas tardado en hacerlo.

—Si lo haces, te cubriremos las espaldas —dijo Paltrow.

Ford intervino con una advertencia:

—¿Puede decirte algo? —preguntó—. Cuando yo estaba en tu situación, tenía a un montón de gente diciéndome: «Deberías hacerlo. Va a ser genial…». Un poco parecido a lo que está pasando hoy aquí.

Pero los consejos, especialmente las proyecciones optimistas sobre lo bien que iba a salir todo, le resultaron imposibles de asimilar.

—Me sentía tan abrumada por todo que ni siquiera las escuchaba.

Nadie podía predecir qué pasaría al dar un paso al frente. Tratar de pronosticarlo era inútil. Cuando una historia se contaba públicamente por primera vez, no había forma de saber qué consecuencias tendría, quién la leería o lo que otros podrían extraer, añadir o con lo que podrían discrepar. No existía ninguna garantía de su aceptación ni de su impacto. Los resultados podían ser desgarradores, empoderantes o ambas cosas.

Pero había algo que todas las presentes en aquella habitación, y mucha más gente, ahora comprendían: si la historia no se compartía, nada cambiaría. Uno no puede abordar los problemas que no ve. En nuestro mundo del periodismo, un reportaje era el fin, el resultado, el producto final. Pero a ojos del mundo entero, la aparición de nuevas informaciones es solo el principio: de la conversación, de la acción, del cambio.

—Aquí seguimos —dijo Perkins entre risas en uno de los últimos intercambios del grupo.

No le hablaba directamente a Chiu, pero el mensaje estaba claro: «Seguimos sonriendo. Ninguna de nosotras ha muerto por haber dado un paso al frente. Hemos caminado sobre fuego, pero todas hemos llegado al otro lado».

—Creo que probablemente todas estamos orgullosas de las cicatrices que portamos— dijo.

Al imaginar cómo recordarían todo aquel proceso con el paso del tiempo, Laura Madden ofreció una perspectiva más amplia.

—No somos las primeras personas en alzar la voz —dijo—. Tampoco somos las primeras mujeres en alzar la voz. Nunca va a haber un final. La cuestión es que la gente siempre va a tener que alzar la voz y no tener miedo a hacerlo.

Varias semanas después, recibimos una llamada de Chiu: estaba preparada para que se publicara su historia y para que sacáramos su nombre a la luz.

Era consciente de que más de ochenta mujeres ya habían contado sus historias sobre Weinstein.[241] No estaba segura de que a la opinión pública siguiera importándole su relato, pero de todas formas quería hacerlo. Durante la investigación inicial sobre Weinstein, no se había sentido preparada, pero las otras mujeres, en Los Ángeles y en todo el mundo, habían allanado su camino. Le preocupaba que los casos legales contra él no tuvieran éxito. Por eso quería ayudar a escribir la historia y a continuar exigiendo el cambio.

—No voy a dejar que se me escape —dijo.

[235] Este capítulo está basado en grabaciones de audio de la entrevista de grupo que tuvo lugar durante dos días.
[236] Matthew Garrahan, «Harvey Weinstein: How Lawyers Kept a Lid on Sexual Harassment Claims», *Financial Times,* 23 de octubre de 2017, <https://www.ft.com/content/1dc8a8ae-b7e0-11e7-8c12-5661783e5589>.
[237] Holly Watt, «Harvey Weinstein Aide Tells of 'Morally Lacking' Non-disclosure Deal», *The Guardian,* 28 de marzo de 2018, <https://www.theguardian.com/film/2018/mar/28/harvey-weinstein-assistant-zelda-perkins-i-was-trapped-in-a-vortex-of-fear>; Comité de Mujeres e Igualdad de la Cámara de los Comunes, «Sexual Harassment in the Workplace. Fifth Report of Session 2017–2019», Women and Equalities Committee, 18 de julio de 2018, <https://publications.parliament.uk/pa/cm201719/cmselect/cmwomeq/725/725.pdf>.
[238] En contraposición al #MeToo, un movimiento contra el abuso y el acoso sexual para denunciar los delitos sexuales cometidos por hombres poderosos o prominentes, #HimToo es un movimiento contra las acusaciones de violación falsas que coloca a los hombres en la posición de víctimas. *(N. de la T.)*
[239] Matthew Haag, «Rachel Crooks, Who Accused Trump of Sexual Assault, Wins Legislative Primary», *The New York Times,* 9 de mayo de 2018, <https://www.nytimes.com/2018/05/09/us/politics/rachel-crooks-ohio.html>.
[240] Karen Zraick, «Night of Firsts: Diverse Candidates Make History in Midterm Elections», *The New York Times,* 11 de noviembre de 2017, <https://www.nytimes.com/2018/11/07/us/politics/election-history-firsts-blackburn-pressley.html>.
[241] Sara M. Moniuszko y Cara Kelly, «Harvey Weinstein Scandal: A Complete List of the 87 Accusers», *USA Today*, 27 de octubre de 2017, <https://www.usatoday.com/story/life/people /2017/10/27/weinstein-scandal-complete-list-accusers/804663001.Index>.

Epílogo II (junio de 2020)

Una mañana de finales de invierno, casi exactamente un año después de la reunión grupal en Los Ángeles, el equipo que había trabajado originalmente en la investigación sobre Harvey Weinstein volvió a juntarse a toda prisa en la redacción del periódico. Nos sentamos codo con codo, con los portátiles encendidos, mientras Rebecca Corbett, Dean Baquet y Matt Purdy daban vueltas a nuestro alrededor. El jurado del juicio contra Harvey Weinstein estaba a punto de emitir su veredicto.

Los periodistas no teníamos la menor idea de qué podíamos esperar. No podía afirmarse que los esfuerzos para exigir responsabilidades legales a Weinstein marchasen demasiado bien. A esas alturas, en febrero de 2020, casi un centenar de mujeres habían acusado públicamente al productor caído, con denuncias que iban del acoso a la violación. Pero la gran mayoría de estas acusaciones eran demasiado antiguas para ser llevadas a juicio, o conllevaban comportamientos abusivos que no constituían un delito. La fiscalía acababa de presentar cargos contra Weinstein en Los Ángeles, pero los detalles de ese caso aún no habían trascendido. Decenas de presuntas víctimas habían demandado a Weinstein ante un tribunal civil, en un intento de exigirle responsabilidades económicas, pero conforme a lo establecido en una propuesta de acuerdo que alcanzaba los veinticinco millones de dólares, las compañías aseguradoras podían sufragar esa cantidad. El productor no tendría que admitir culpa alguna.

Llevábamos meses cubriendo el caso penal en Nueva York, conscientes a cada paso de que se trataba de un asunto mucho más complicado de lo que mucha gente pensaba. La fiscalía se había visto obligada a desestimar un cargo contra él por mala praxis policial. Las dos mujeres que se encontraban en el meollo del caso, Jessica Mann y Miriam Haley, habían reconocido relaciones sexuales consensuadas con Weinstein después de los presuntos ataques, y habían mantenido un contacto amistoso con él durante años. Sabíamos que ese comportamiento era común, que la víctima de violación «perfecta» apenas existe, y que ambas mujeres habían tenido razones profesionales para mantener el contacto con los productores.

También habíamos aprendido que los casos complejos como ese casi nunca terminaban en condena. Quienes solían participar en ellos ya habían asumido que eran demasiado embrollados para que un jurado se decidiera a condenarlos.

Weinstein se había servido de los factores que complicaban la investigación para armar una defensa feroz y aplastante. Sus abogados y él argumentaban que Mann, Haley y otras testigos en realidad lo habían manipulado para sacar provecho profesional a su costa, y que todo el movimiento #MeToo había llegado demasiado lejos. Weinstein había insistido en contratar a una abogada, y la escogida, Donna Rotunno, se convirtió en una audaz y provocadora portavoz que aglutinaba las reacciones negativas en contra del movimiento. Unas semanas antes, en plena celebración del juicio, Megan había preguntado a Rotunno en una entrevista para un pódcast de *The New York Times* si

alguna vez había sido agredida sexualmente. «No —respondió—, porque nunca me pondría en una situación como esa». Entre los oyentes hubo quienes expresaron su apoyo a la postura de la abogada, pero las muestras de indignación por aquel comentario fueron más. Con el *hashtag* #DondeYoMePongo, víctimas de agresiones sexuales compartieron las circunstancias en las que habían sido atacadas, rebatiendo frontalmente la idea de que, de alguna manera, ellas habían sido responsables de lo que les había ocurrido.

Sentados juntos, esperando a que pasaran los largos minutos y se anunciara el veredicto, sabíamos todo lo que estaba en juego. Aunque el juicio era demasiado limitado como para considerarlo un verdadero examen al movimiento #MeToo, era precisamente así como se percibía. Si Weinstein, una de las figuras centrales para el movimiento, era declarado no culpable, ¿qué consecuencias tendría para el cambio social alcanzado hasta ese momento? Confiábamos en que nuestra investigación periodística perdurase independientemente del resultado, pero también éramos conscientes de que, en caso de absolución, el periodismo podría convertirse en la única responsabilidad a la que Weinstein tuviera que enfrentarse.

Escuchamos la palabra «culpable». Dos veces. Weinstein fue condenado por la violación de Mann y de Haley, fue absuelto del resto de cargos y fue enviado directamente a prisión a la espera de la sentencia. La fiscalía había presionado para ensanchar los límites sobre qué víctimas de delitos sexuales podían tener acceso al sistema de justicia penal, y había ganado. El jurado había creído a las mujeres y había dictaminado a su favor; el cambio cultural que había iniciado su camino en el periódico se estaba abriendo paso en los juzgados.

Intercambiamos una mirada profunda, un destello de intimidad en la abarrotada redacción.

Y acto seguido nos pusimos a trabajar. Teníamos fuentes a las que llamar para obtener sus reacciones, y artículos que escribir. Nuestros colegas ya estaban manos a la obra y publicando: no se trataba de una investigación pausada y prudente, sino de una noticia de última hora que debía comunicarse de la forma más veloz y precisa posible.

Jodi telefoneó a Ashley Judd para informarle personalmente de la primicia que acababa de producirse hacía solo tres minutos. A lo largo de los últimos tres años habían compartido muchas llamadas relevantes, y aquella parecía la última de la serie. Judd, tan reflexiva como de costumbre, iba absorbiendo todo lo que Jodi le explicaba. Lo que había ayudado a poner en marcha. Hasta dónde había llegado.

—Así es como se supone que debe ser —dijo Judd—. Así es como se supone que debe ser.

A continuación, Jodi llamó a Irwin Reiter, que parecía aturdido tras conocer la noticia de que su antiguo jefe iba a enfrentarse a una larga pena de prisión.

—El tipo pensaba que podía hacer lo que le diera la gana —dijo—. Todos los que hemos trabajado para él se lo habíamos escuchado miles de veces: «Yo soy supermán y vosotros no. Soy un genio y vosotros, simples oficinistas».

Una compañera llamó a Rowena Chiu, que había aprendido a contar su historia con desenvoltura y seguridad en sí misma. Ofrecía entrevistas y se enorgullecía de lo que había superado.

—De alguna forma, siento que la vida que he construido, cada día vivido y disfrutado, es una victoria sobre Harvey.

Una mañana al cabo de varias semanas, nos sentábamos en el juzgado, solo unos metros por detrás del propio Weinstein, para escuchar su sentencia. En las bancadas no cabía un alma, y solo habíamos podido entrar en el último minuto: como apenas había acudido gente en apoyo de Weinstein, nos ofrecieron los asientos asignados a sus familiares y amigos. Era el 11 de marzo de 2020 y, aunque un nuevo y alarmante virus se expandía por el mundo, en Nueva York pocos hacían algo al respecto: en ese momento, un poco de gel hidroalcohólico parecía suficiente.

El procedimiento nos resultaba familiar: era la última etapa de un ciclo que conocíamos bien. En la primera fila se sentaban las seis víctimas que habían testificado, algunas de las cuales ofrecieron declaraciones conmovedoras. Weinstein respondió con un soliloquio largo, inconexo y, en cierto modo, arrepentido; pero también lleno de halagos hacia sí mismo. Irwin Reiter estaba sentado unas cuantas filas más atrás, al igual que Lance Maerov. Gloria Allred también estaba allí; a pesar del reciente escrutinio al que habían sido sometidas su hija, Lisa Bloom, y ella, había conseguido representar a Annabella Sciorra, una de las actrices que había declarado en contra de Weinstein.

El juez dictaminó con su mazo una de las sentencias más duras posibles: veintitrés años. Weinstein ya tenía sesenta y siete, por lo que probablemente pasaría el resto de su vida encarcelado. «Aunque se trata de una primera condena, no es una primera ofensa», dijo el juez.

Y con esas palabras, Harvey Weinstein fue esposado a su silla de ruedas y se lo llevaron.

Agradecimientos

Si has leído estas páginas, ya te habrás dado cuenta de lo mucho que les debemos a otras personas. Y ellas son solo el principio.

A todas nuestras fuentes, gracias por participar en nuestro periodismo. Algunas de vosotras habéis asumido un enorme riesgo personal por el simple hecho de hablar con nosotras o de confiarnos historias que jamás pensasteis que compartiríais con un desconocido (y luego habéis compartido aún más cosas para este libro). Muchas de vosotras os habéis sometido a interrogatorios largos y repetitivos o a incómodas líneas de investigación. Damos las gracias en especial a todas las que nos han proporcionado los correos electrónicos, textos y otros documentos clarificadores que se intercalan a lo largo de la narración. Un elenco mucho más amplio, desde expertos a informantes silenciosos que no podemos nombrar, han aportado orientaciones básicas, incluyendo historias e ideas a las que no hemos dejado de dar vueltas.

Además de los colegas retratados en este libro, queremos dar las gracias a los periodistas del *Times* que se unieron a nuestros esfuerzos en la historia sobre Weinstein: Rachel Abrams, Ellen Gabler, Susan Dominus, Steve Eder, Jim Rutenberg, William Rashbaum, Barry Meier, Al Baker, Jim McKinley y el equipo de audio de *The Daily*. Hemos recibido un apoyo crucial a cada paso de Arthur Sulzberger Jr., A. G. Sulzberger, Sam Dolnick, nuestros colegas en la parte empresarial del periódico, y de nuestros suscriptores, que hacen este periodismo posible. Dean Baquet, Matt Purdy, David McCraw, Sheryl Stolberg, Emily Steel, Carolyn Ryan y Michael Barbaro proporcionaron generosos comentarios al manuscrito.

La editora que es invisible en este libro y que, aun así, está presente en cada una de estas páginas es Ann Godoff, la fuerza que nos impulsa. Por todo, siempre le estaremos agradecidas. William Heyward y Casey Denis, Sarah Hutson y Gail Brussel, Carolyn Foley y Juliann Barbato, todos han invertido un montón de horas y años de experiencia para ayudarnos a contar y a compartir esta historia. Muchas gracias por vuestra extraordinaria dedicación.

Rebecca Corbett, nuestra editora en el *Times*, es nuestro verdadero norte. No solo nos ha guiado a través de nuestras investigaciones sobre Weinstein, sino que además ha leído y comentado varias versiones de estos capítulos, ayudándonos a capturar y a explicar lo que hemos presenciado.

Alexis Kirschbaum, nuestro editor y aliado en Londres, ha proporcionado una perspicacia, comentarios y amistad esenciales. Gracias también a Emma Bal y Jasmine Horsey, de Bloomsbury Publishing.

Elyse Cheney es nuestra agente, celestina y guía, y le agradecemos su tenacidad, buen juicio y empuje. También estamos en deuda con sus colegas Claire Gillespie, Alice Whitwham, Alex Jacobs y Allison Devereux. Charlotte Perman y Kristen Sena, de Greater Talent Network, se han encargado de nuestros compromisos de conferencias con grandes

dosis de amabilidad, en particular en las visitas a los campus, en las que las preguntas de los estudiantes nos han ayudado a articular lo que queríamos decir en estas páginas.

Kelsey Kudak revisó la información que aparecía en el manuscrito con sensibilidad y compromiso, moviéndose a través de centenares de páginas de complicado trabajo de investigación y escuchando con ecuanimidad las directrices de dos autoras diferentes. Astha Rajvanshi asistió en la investigación de temas grandes y pequeños.

Para otras ayudas esenciales, también nos gustaría dar las gracias a Joseph Abboud, Kendra Barkoff, Kassie Evashevski, Natasha Fairweather, Jonathan Furmanski, Molly Levinson, Eleanor Leonard, Priya Parker, Melissa Schwartz, Felicia Stewart, Nancy Erika Smith y Josh Wilkinson. En la familia extendida de *She Said* hemos tenido la suerte de poder contar con un fotógrafo que alguna que otra cosa sabe sobre retratos; muchas gracias a Martin Schoeller y a su equipo por esas fotografías.

Cualquiera que haya criado a niños pequeños puede incluir en un periquete las escenas de cambio de pañales, escenas con biberón y entrenamiento del sueño que tuvieron lugar entre (y, en ocasiones, durante) nuestras investigaciones. Una y otra vez nuestras niñeras, las profesoras de nuestras hijas y, sobre todo, nuestras familias, fueron nuestra salvación.

Agradecimientos de Jodi:

En la vida no todo ocurre en el orden que una espera. Durante el periodo que describe este libro, necesité a mis padres, Wendy y Harry Kantor, más de lo que nunca los había necesitado desde que era niña, por la constancia de su amor y por el modo en que muchas veces aparecían para cuidar, entretener y guiar a mis propias hijas. Mamá y papá; Charlene Lieber, mi segunda madre; Fred Lieber, tranquilo y valiente; y el clan Kantor Lieber en su conjunto: gracias por soportarnos a lo largo de estos años frenéticos. Donna Mitchell, gracias por ser un portento de calma y bondad en la vida de nuestras hijas, y por compartir con nosotras los momentos más grandes y más pequeños.

Ron, incluso mientras desenterrabas historias de infracciones financieras e informabas en tu propio libro sobre el dinero que cuesta ir la universidad, has respaldado este trabajo con absoluta firmeza, animándome, alimentándome y sosteniéndome. Uno de los mejores regalos que me has hecho nunca fue la notita que dejaste en mi escritorio unos días antes de que se publicara el artículo original sobre Weinstein, que decía: «Puedes hacerlo». Sí, pero solamente con tu amor, tu ayuda y tu devoción.

Talia, eres una luz, una caja fuerte y una oradora e interlocutora cada día más formidable. Has oído cosas que ningún adolescente debería oír, y eres una fiel guardiana de secretos. Has ayudado a tu hermana pequeña y has mantenido la calma incluso cuando muchas veces yo estaba sumergida en dramas más grandes. Nada me conmueve más que verte articular quién eres realmente y cómo empiezas a construir una vida.

Violet, tenías solo un año y medio cuando empezamos, y tu inocencia se convirtió en mi refugio. Se supone que son los padres los que deben consolar a sus hijos, pero a menudo era yo la que encontraba consuelo en tus rizos, canciones, palabras inventadas, descubrimientos y, por encima de todo, en la ferocidad de tus abrazos.

Agradecimientos de Megan:

Estoy en deuda con mis padres, John y Mary Jane Twohey, que han sido mi brújula moral durante décadas, reforzando mis valores, empujándome en la búsqueda de la verdad y recogiéndome a cada tropiezo. Ben y Maya Rutman, Helen y Felix Rutman-Schoeller y Martin Schoeller, gracias por vuestra infinita amabilidad y alegres risas. Jenny Rattan-John, eres nuestra roca, nuestra maestra y un miembro muy querido de nuestra familia.

Jim, llevábamos casados menos de un año y acabábamos de ser padres cuando se puso en marcha la investigación sobre Weinstein. Tu apoyo, primero con el proyecto y después con este libro, no se tambaleó ni una sola vez, incluso cuando se tradujo en vacaciones canceladas, en largos periodos de paternidad en solitario y en canalizar las intensas emociones que han acompañado este trabajo. Tus cálidos abrazos, tu aguda capacidad para escuchar y tus mensajes de aliento me han propulsado hacia delante, y tu experiencia y juicio propios como agente literario llegaban en el momento justo.

Mira, has aprendido a caminar y a hablar en el transcurso de esta investigación, y la energía y la fuerza con las que has abordado cada nueva etapa del desarrollo me han servido de importante fuente de inspiración. Estoy cada vez más impresionada y agradecida por tus agallas, astucia y pasión.

A nuestras hijas, y a las vuestras: ojalá siempre conozcáis el respeto y la dignidad, en el lugar de trabajo y fuera de él.

Notas

Este libro se basa en tres años de investigaciones, desde la primavera de 2016 hasta la de 2019, en el trato hacia las mujeres del presidente Donald Trump, en las décadas de presuntos acosos y abusos sexuales de Harvey Weinstein y en el camino recorrido por Christine Blasey Ford para acusar públicamente a Brett Kavanaugh de agresión sexual. Las notas están destinadas a que los lectores dispongan de un mapa de carreteras sobre las fuentes de las que proceden las distintas informaciones que hay en este libro.

Hemos entrevistado a centenares de personas, incluyendo a casi todas las personas que aparecen en este libro, como Trump, Weinstein y Ford, que detalló su experiencia a Megan durante decenas de horas. El equipo legal de Ford, Bob Weinstein, David Boies, Lance Maerov, Irwin Reiter y la mayoría de las presuntas víctimas retratadas nos han concedido múltiples entrevistas. Parte de lo que compartimos en un primer momento fue extraoficial, como las primeras conversaciones que Jodi mantuvo con Reiter y la visita sorpresa de Weinstein a las oficinas del *Times* el 4 de octubre de 2017. Pero a través de investigaciones adicionales, entre las que se incluyen nuevas visitas a las personas involucradas, hemos logrado incluir este material. Durante los últimos dos años, en numerosas ocasiones hemos solicitado a Weinstein comentarios sobre nuestros descubrimientos, la última en la primavera de 2019. Kelsey Kudak ha pasado cinco meses verificando los hechos que aparecen en el libro, y añadiendo a menudo nueva información.

Hemos revisado miles de páginas de documentos que aparecen citados como notas al pie, incluyendo demandas presentadas contra Trump, documentación interna de The Weinstein Company y parte de la correspondencia entre Ford y sus abogados. En el libro se reproducen algunos mensajes de texto, correos electrónicos y otros expedientes fundamentales para que los lectores puedan examinarlos directamente.

También nos hemos inspirado en los informes de otros periodistas, entre los que se incluyen Ronan Farrow, Emily Steel y Michael Schmidt.